



*El
Legado
del
Sefardita*

Andrés J. Albarracín Calle

EL LEGADO DEL SEFARDITA

Andrés J. Albarracín Calle

Elías, un descendiente de judíos sefardíes y residente actualmente en Nueva York, ha sentido siempre la necesidad de conocer la historia de su familia cuando esta residía en Sefarat.

Conoce algo de sus familiares de esa época, pero sobre todo anhela saber de Ysrael, un antepasado suyo que un día vivió en esas tierras lejanas y de las que tuvo que salir obligado. Le gustaría conocer cómo vivió, a qué se dedicaba y cuál fue la relación con su amigo Manuel Alfonso, también judío sefardí, pero que al contrario que él, no se marchó por haber preferido convertirse al cristianismo antes que dejar su tierra.

Era este un grupo más entre todos los que visitaban la ciudad diariamente. Uno de esos grupos que parece que ha sido elegido homogéneamente por su edad, altura, textura o quién sabe qué. Uno de esos que parece formado por personas iguales, casi hermanos diríase, pero que cuando te fijas detenidamente no hay nadie parecido a nadie.

Antonio, era guía, el señor del gigantesco mostacho que les hablaba. Ahora explicaba en alemán, después sería en inglés y para el final guardaba el español, el idioma de los de la tierra.

Las ocurrencias de Antonio y su saber, hacían el paseo divertido y ameno. Cuando los has seguido algunas veces, te das cuenta de que son unos especialistas en su trabajo. La ciudad tiene sus historias, sus leyendas y ellos las conocen al dedillo, las conocen todas. Se podría pensar que son capaces de mantener la atención durante días en cada uno de los rincones.

La visita comienza siempre por la parte nueva. Desde la plaza de toros, por el borde del Tajo y continua por La Ciudad para bajar después a los Ocho Caños. Desde allí se vuelve a la parte nueva donde los viajeros hacen sus compras.

El grupo de estudiantes alborotaba a la menor ocasión. El trabajo de su profesor era agotador, incluso el resto del grupo en ocasiones se enfadaba porque no podían escuchar las explicaciones.

Los viajeros alemanes hacían sus comentarios prudentemente en voz baja, una vez oída la versión en su idioma.

Los españoles eran los más habladores. Interrogaban constantemente a Antonio, hacían comparaciones con otras ciudades, preguntaban sobre cualquier cosa.

Enrique no se perdía detalle. Desde el comienzo de la visita, colocó a cada miembro del grupo en su sitio. Por su experiencia y la apariencia inicial aplicó instintivamente sus conocimientos y supo inmediatamente quién era quién, no obstante se esforzó en no catalogar al grupo de alumnos, pues ya tenía bastante con los suyos.

Era un personaje especial, parecía estar en otro mundo. Entre sus divagaciones, la atención al guía, observar cada monumento y tanta cosa que ver, sus tropiezos eran constantes. Algunos del grupo ya lo tenían catalogado como "el despistado". Pocos lo conocían de verdad. Tal vez ni siquiera su mujer.

Había terminado una brillante carrera, y el doctorado en informática, a los treinta años. Conocía a Sara desde el instituto y aun siendo mayor que él, parecía más joven. Desde que la conoció, supo que sería un lujo vivir a su lado.

Sara, aunque también estaba pendiente de todo, ofrecía otra imagen, preguntaba e intercambiaba opiniones con otros viajeros. Completaba la información del guía, porque además de atractiva, también tenía un impresionante currículum como licenciada en historia. Ella sí que estaba pendiente de todo, incluso de su marido, y lo hacía como si se tratara de un niño pequeño, pues pensaba que no podía fiarse de su despiste.

Pasearon por el borde de la cornisa donde, bajo la atenta mirada de Sara, Enrique tropezó varias veces.

– Menos mal que las rejas son altas, Enrique, porque si no fuera así, igual tendríamos que continuar la visita hasta abajo, para recogerte.

– Tú siempre tan simpática –se molestaba él con las bromas sarcásticas de su mujer.

La bajada a los "Ocho Caños" fue casi un vía crucis. Uno de los tropezones le costó una caída sin mayores consecuencias, salvo una broma de Sara.

En la fuente, y puesto que la visita tocaba a su fin, Antonio les ofreció la posibilidad de continuar con él, o la de quedarse por la zona dando un paseo y luego subir por la calle que les llevaría directamente al centro de la ciudad, unos cien metros más arriba.

Sara convenció a su marido para quedarse por allí y refrescarse un poco. Algunos también se quedaron por la zona, pero la mayoría del grupo siguió al guía.

Enrique se proponía entrar en uno de los patios de vecinos, cuando oyó a Sara decirle que volvería en un momento. La vio alejarse por la calle detrás de un hombre moreno de unos cuarenta y tantos años.

En un principio, ella se había sorprendido al verlo. Había visto su cara antes y creyó que se trataba de algún conocido. El extraño le había hecho señas para que lo siguiera y por su aspecto e indumentaria no creyó que hubiera ningún problema en seguir sus instrucciones.

Enrique, se había extrañado del comentario de Sara y decidió seguirla, e intentar alcanzarla, para saber qué pasaba. No la perdió de vista hasta que giró la calle.

Al volver la esquina, se la encontró tendida en el suelo junto a una casa. Vio a un sanitario entrar en una ambulancia y cerrar las puertas desde dentro. El vehículo partió a toda velocidad, mientras él, totalmente desenchajado, pedía ayuda. Los vecinos de las casas salieron para ver qué pasaba,

mientras se formaba un enorme revuelo de gente alrededor. Sara tenía una herida en la cabeza y estaba inconsciente. Enrique no entendía cómo se había ido la ambulancia sin atender a su mujer.

Frío, el hospital era frío, como todos. Cuando Sara abrió los ojos se encontró con su marido, al lado, mirándola. Tenía la cara pálida a pesar de que el médico de guardia le había dicho que no tenía por qué preocuparse.

Los habían instalado en una sala donde había más enfermos, separados unos de otros por unas cortinas, era la sala de observación.

No tenía datos, no conocía los hechos y la duda, la desinformación, no era su situación ideal. Tampoco quería molestar a Sara con preguntas en ese momento, no conocía su estado y hacerle recordar los hechos podría ser contraproducente, sin embargo fue ella quien preguntó por el hombre al que seguía.

– ¿Sabes dónde está el hombre que iba delante de mí?

Enrique no supo responderle, como siempre, había llegado tarde. Le contó que no vio más que la ambulancia salir y creyó intuir a un señor sobre en una camilla.

– ¿Tú no recuerdas qué pasó?

– No, sólo recuerdo que seguía a un hombre que conocía.

– ¿Quién era?

– No lo sé, solo recuerdo su cara. Lo conozco, pero no sé dónde lo he visto antes.

– ¿Y por qué lo seguías?

– Porque me hizo señales para que fuese.

– ¿Lograste hablar con él?

– Recuerdo que llegué hasta la puerta de una casa. De pronto salieron dos personas desde dentro y una de ellas se le acercó por la espalda con algo en la mano. Yo creí que era algún conocido suyo y de pronto se desplomó, en ese momento sentí un fuerte golpe y no recuerdo nada más.

– Está bien, ahora tienes que descansar. El grupo ha salido ya para Málaga, nosotros nos quedaremos aquí hasta mañana. Hablaré con el contacto de la agencia de viajes y veremos cuándo y dónde nos pueden recoger, pues el médico ha dicho que tendrás que quedarte en observación al menos veinticuatro horas.

– ¿Qué vas a hacer ahora? –le preguntó ella.

– Iré a comer algo y así descansas un rato.

– Ah, muy bien. Hasta luego entonces.

– Adiós.

Enrique salió de la habitación y fue directamente al despacho del médico de guardia para conocer exactamente el estado de su mujer. Tras un largo rato de espera consiguió que lo recibiera.

– Doctor, aunque ya conozco el parte, quiero saber en realidad qué consecuencias puede tener la lesión de mi mujer, pues estoy bastante preocupado.

– Ella no presenta síntomas destacables de que sea una lesión grave. Las pruebas realizadas confirman que sólo ha sido una simple contusión sin más consecuencias. No hay fracturas, coágulos, ni nada que nos lleve a pensar que pueda encontrarse en peligro. No tiene nada de qué preocuparse, no obstante ahora le haremos algunas pruebas más y la tendremos en observación durante las próximas veinticuatro horas, de esa forma descartaremos cualquier tipo de complicación.

– Gracias por su información, me quedo mucho más tranquilo. No le robo más tiempo, porque sé que está usted muy ocupado y no quiero entretenerlo.

En la puerta del recinto lo esperaban dos personas. Al ver que se le acercaban se inquietó un poco pero, por su aspecto y el lugar en el que estaba, no les prestó demasiada atención. Al llegar a su altura, una de ellas, el caballero, le habló.

– ¿Es usted el señor Fuentes Lázaro?

– Sí, ¿qué querían?

– Somos los detectives de la Policía Nacional, Adela del Canto y Juan Ramón Écija, esta es nuestra identificación –dijo Écija, mientras mostraban los documentos.

– Bien, ustedes dirán, ¿en qué puedo ayudarles?

– ¿Es usted el marido de Sara Fernández?

– Sí.

– Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre lo ocurrido a su señora, en el hospital no nos han permitido aún hablar con ella. Al tratarse de una posible agresión, nos han pasado el parte y tenemos que cumplir con estos requisitos para completar el expediente. Tendrán que presentar la denuncia en la comisaría, pero comprendemos que ahora están un poco liados, por lo que hasta que puedan hacerlo, nos gustaría que nos anticipara lo que recuerda sobre lo sucedido, de esa forma podremos agilizar la investigación.

– De acuerdo. En estos momentos iba a tomar algo en un bar, estoy desfallecido ya que no he comido nada desde esta mañana.

– Si no le importa, como usted no tiene automóvil, podemos acompañarle y de camino nos cuenta lo que pasó.

– De acuerdo.

Subieron al coche, y él les relató cómo había trascurrido la mañana caminando por la ciudad. Cómo ella se adelantó, y cómo al doblar la esquina se la había encontrado en el suelo inconsciente. También les dijo que había preguntado a su mujer sobre lo ocurrido y sólo recordaba ir paseando. No sabe si la herida fue por un golpe o porque simplemente se desvaneció y al caer se dio con algo.

– ¿No recuerdan ustedes nada más? ¿Algo que les llamara la atención en ese momento o durante la visita?

– No, no recuerdo nada especial, no obstante podrían preguntar a los vecinos por si ellos hubieran visto algo.

– Ya lo hemos hecho, pero nadie vio nada distinto a lo que nos ha contado usted. Según nos han dicho

todos, ellos salieron de sus casas al oír su petición de ayuda, pero ninguno vio lo que había sucedido antes.

– Pues estamos todos igual.

– ¿Y dice usted que su mujer no recuerda si la golpearon y después cayó, o si fue al revés?, es decir, que primero podría haberse caído y por eso se golpeó.

– No, no lo recuerda.

– Sin embargo, hemos consultado a los doctores y se inclinan, casi en un noventa por ciento, a decir que el golpe fue anterior a la caída. Además, por el lugar de la herida, no parece normal que sea la consecuencia, sino más bien el origen.

– Pues entonces no lo entiendo, no tiene sentido.

– ¿Conocen a alguien en la ciudad?

– No, es la primera vez que venimos y no tenemos ningún conocido.

– ¿Han tenido algún problema en su grupo de viaje?

– No, ninguno que yo sepa.

– ¿Le ha comentado su mujer si vio o le extrañó algo durante la visita?

– No, no me ha dicho nada, todo ha sido muy normal.

Ya habían llegado al centro y el coche estaba en doble fila frente a un bar.

– Muy bien, nosotros no tenemos ninguna pregunta más por ahora, así que nos marchamos y le dejamos comer tranquilo, no obstante, si recuerda algo, le ruego que nos llame a este móvil que se indica en la tarjeta –dijo Écija entregándole la suya– Ahora continuaremos con la investigación a la

espera de que se pasen por comisaría para presentar la denuncia, si hubiera alguna novedad, se la comunicaríamos.

Deseamos que su señora se recupere pronto. Muchas gracias.

– Gracias a ustedes.

Los agentes se marcharon y Enrique se quedó en el bar con su zumo de melocotón y un bocadillo, pero no podía dejar de pensar en lo sucedido. Estaba satisfecho con lo hablado con la policía, seguro que los dejarían en paz. No tenía ganas de interrogatorios ni papeleo con la policía, estaba demasiado cansado como para atender también este tipo de burocracia.

Cuando terminó, pagó la cuenta y pidió al camarero que llamara un taxi, subió al automóvil y le dijo al conductor que lo llevara a los Ocho Caños.

Los agentes de la policía conocían bien su trabajo, y según la información que poseían, pensaron que lo ocurrido no tendría mayor importancia, que se trataría de cualquier confusión en alguna reyerta, algún golpe fortuito, o lo más probable, cualquier intento de robo. Completarían la ficha hablando con la señora, que a fin de cuentas era la víctima, y cerrarían el expediente.

Dentro de la habitación encontraron a Sara incorporada en la cama, daba la impresión de estar totalmente recuperada.

Se presentaron y le informaron de la investigación que estaban llevando a cabo después de recibir el aviso del hospital. También le dijeron que si se encontraba mal o si la molestaban de alguna forma, se lo comunicara. Ella les dijo que no tenía inconveniente en hablar e incluso que el médico le había aconsejado que estuviera despierta. Para terminar cuanto antes, los agentes comenzaron a hacerle preguntas.

- Las preguntas son un mero formalismo ya que estimamos que se trata de un suceso aislado, sin la mayor importancia.
- De acuerdo.
- ¿Recuerda usted lo ocurrido esta mañana?, ¿puede decirnos qué pasó?
- Solamente recuerdo que estaba paseando y de pronto perdí el conocimiento.
- Antes de perder el conocimiento, ¿había alguien cerca de usted?
- No, nadie.
- ¿Conoce a alguien en esta ciudad?
- No.
- ¿Es posible que haya molestado a alguien durante su visita?, bien sea del grupo o de la ciudad.
- No.
- ¿Recuerda haber recibido el golpe en la cabeza?
- No, sólo recuerdo que andaba por allí y nada más.
- ¿Y no puede decirnos si recibió el golpe y cayó, o si fue al contrario, se desvaneció primero?
- No, les digo que no recuerdo nada.
- Muy bien, ya no la molestamos más. No obstante si recuperara su memoria o apareciera algo nuevo, le ruego nos lo comunique bien a través del hospital, o de su marido. Con él ya hemos hablado y le hemos dado nuestro número de teléfono.

Juan Ramón, el policía, y Sara cruzaron sus miradas una vez más por un sólo instante. Durante la entrevista lo habían hecho en varias ocasiones, pero ya antes de mirarse la primera vez, se habían sentido.

Los policías se marcharon y ella se quedó satisfecha con su respuesta. No quería complicar la situación contando algunos datos que no tenían importancia.

Sara era muy avispada. No recordaba donde había visto la cara del hombre al que seguía, pero sabía que tarde o temprano, si continuaba haciendo memoria y recordando sus rasgos, lo situaría en su lugar.

Su trabajo era un constante manejo de fechas, hechos, tratados, reuniones... No olvidaba ninguno y siempre los situaba en su sitio. Su extraordinaria memoria era su apoyo en todo, incluso sus colegas de la facultad la admiraban por esa capacidad de almacenar información. Cuando necesitaban aclarar alguna duda siempre recurrían, entre bromas, a Sara.

Pablo, su colega de departamento, la adulaba, pero sobre todo era Enrique quien siempre tenía elogios para ella. En el fondo sabía que estaba loco por ella.

De pronto, y mientras recordaba todo esto, le vino a la memoria algo.

Eso es... Pablo. Pablo le había presentado un día en la facultad a ese hombre. ¿Cómo se llamaba?... Elías, si Elías. Ahora lo recordaba, había llegado al departamento solicitando información sobre la historia de los judíos sefardíes en España, su paso por Andalucía y en especial por esta zona, por Ronda.

De eso hace ya al menos tres meses, recordaba que Elías se fue con Pablo, en busca de un colega, y ya no lo vio más.

Varios días más tarde, Pablo le había pedido algunos datos sobre un poeta sevillano del Siglo de Oro, Baltasar del Alcázar. Ahora recordaba que Pablo le dijo que aquel señor, el tal, Elías, era de aquí o vivía aquí, aunque le había extrañado un poco su acento, pues no parecía andaluz. También

recordaba que su compañero le había estado hablando de nuestras vacaciones en Ronda, este verano.

Estaba deseando contárselo a Enrique, aunque como siempre, su marido no le haría el menor caso, no le daría importancia.

Nadie se fijó en él. Salió del taxi, una vez pagada la carrera, ante la indiferente mirada del taxista.

Sin meditar lo que hacía, como un autómatas, siguió los pasos que había recorrido detrás de ella por la mañana, sin pararse en ninguna parte. No supo si alguien lo miraba, pues sabía perfectamente que la mejor manera de pasar desapercibido era ser decidido y tener los nervios tranquilos.

Fue directamente a la casa. Desde lejos observó que la puerta estaba cerrada. No obstante, mientras caminaba, decidió que la empujaría diligentemente como si fuera su residencia habitual. Si no cediera, llamaría, aunque esto podría atraer la atención de los vecinos, pero pensaba que la mejor manera era hacerlo así.

Cuando llegaba y con un simple vistazo, le llamo la atención una inscripción en el dintel de entrada, bajo una cruz esculpida en la piedra. Faltaban algunas letras, pero creía saber que, con lo que allí quedaba, podría reconstruir la frase completa. Si lograba entrar, dentro de la casa, la escribiría para no olvidarse de nada. Tenía interés en conocer lo que allí se decía.

Empujó la puerta y ésta cedió con un poco de esfuerzo, diligentemente entró y la cerró tras de sí.

Era una casa antigua, fría, húmeda. En el salón sólo entraba la luz de la ventana que daba a la placita de la entrada. Muebles viejos, cuadros con estampas de la ciudad, ajados por los años, vitrinas con cristales casi opacos, suelos de ladrillos de barro. Justo el hogar que se puede desear, pensó irónicamente.

Premeditadamente y siguiendo su plan, hizo algunos ruidos para ver si aparecía alguno de sus habitantes. Tosió, carraspeó varias veces, incluso preguntó en voz alta si había alguien en la casa, pero no hubo respuesta.

A la derecha se abría una puerta por la que entraba algo de luz. A la izquierda subía una escalera que, con toda seguridad, conduciría al piso superior.

Decidió ver qué había tras la puerta de la derecha.

Era la cocina, también antigua, con algunos toques modernos que le daban una apariencia surrealista. Todo estaba perfectamente ordenado, no había rastro de haber sido utilizada recientemente. A la derecha los muebles, el fregadero y el poyo, a la izquierda una alacena antigua con unas puertas de cristales. Miró dentro de ella, y sólo encontró el orden que había fuera, una vajilla antigua impecablemente colocada, la cristalería y algunas piezas de decoración y útiles de cocina. Abajo, el aceite, una tinaja y algunos cubos.

Al fondo de la cocina había una puerta que también abrió, y atravesó, para ver un patio con algunas macetas y una pila de lavar a la izquierda, a la derecha un pequeño alcorque custodiaba el tronco de la parra que lo cubría y protegía del sol en el verano. Después del patio, una puerta abierta mostraba un pequeño cuarto de aseo.

No había nadie.

Volvió nuevamente al salón y decidió seguir con su plan para intentar saber algo más sobre lo ocurrido, tenía la sensación de que encontraría algo o a alguien que le iba a aclarar todo.

– ¿Hay alguien ahí arriba? –preguntó en voz alta.

Continuó subiendo la escalera con un poco más de tranquilidad. A mitad de la subida, se volvió nuevamente hacia el salón, había algo que le llamaba la atención, algo que no encajaba en aquella estancia, pero no lograba averiguar de qué se trataba.

Arriba, la visita se hizo más ágil. Había dos habitaciones y un cuarto de baño, todo estaba igual de impecable, las camas hechas y muy limpio.

Pero Enrique no estaba tranquilo, no se encontraba cómodo y era normal. Un profesor de universidad con su modo de vida, su reputación, su estatus, no podía encontrarse cómodo invadiendo la morada de otras personas.

Bajó rápidamente y comenzó a dar vueltas por el salón. Estaba decepcionado, sus expectativas se habían frustrado, no había conseguido nada.

Ya se disponía a abrir la puerta, cuando recordó que no había apuntado las palabras que quedaban de la frase de la puerta y de repente, sin pensarlo, volvió la cara hacia uno de los rincones de la habitación. Había un papel sobre una de las sillas. Inconscientemente sabía que aquel papel le iba a hacer falta para anotar la frase de la puerta, pero no había reparado en ello. Sabía que eso era lo que le había extrañado y se quedó mucho más tranquilo al saber que, su desasosiego, no era más que su subconsciente reclamando anotar la frase de la entrada.

Tomó el papel y, al abrirlo, vio que había algo escrito, dos frases, "UNA CENA" y "FUE ALFONSO". Aparecían una junto a la otra y relacionadas con una flecha de doble sentido, como si pretendiera unir las. También estaba el nombre de una persona, Baltasar del Alcázar. De todo ello dedujo que bien podía tratarse de alguna anotación del dueño de la casa para una cena con alguien.

Enrique, en su interior, se reía de sí mismo. Al ver lo que había escrito pensó "esto parece un acertijo", la anotación era tan enigmática como lo ocurrido a su mujer, sin embargo no le dio mayor importancia. También pensó que coger ese papel no tendría grandes consecuencias, pues eran tan simples las anotaciones que su dueño se acordaría sin necesidad de tenerlo en sus manos.

Anotó al dorso las palabras de la entrada para, más tarde, intentar recomponerlas.

Cuando salió, habló con varios vecinos, pero nadie supo darle noticias sobre sus moradores, nadie los conocía. La mayoría le indicó que la puerta estaba casi siempre cerrada, únicamente a uno de ellos le parecía haber visto, en alguna ocasión, a un joven entrar o salir de la vivienda, pero sin intercambiar saludos o conversaciones con nadie del barrio. De todo eso extrajo la conclusión de que, la mayor parte del tiempo, la casa estaba deshabitada.

Cuando llegó al hospital, miró su reloj, sólo había pasado una hora desde que salió y pensó que su mujer aún estaría descansando, por lo que antes de ir a verla, decidió pasar por las oficinas para hacer algunas preguntas.

Detrás del mostrador había un señor algo mayor, leyendo una revista, mientras, una señorita de uniforme trabajaba tras la pantalla de un ordenador.

Pensó en interpretar el papel como un actor, y así lo hizo. Puso cara de preocupación y preguntó dónde estaba su compañero de viaje. Para aclararse un poco, le dijo a la chica de uniforme que lo habían traído en una ambulancia sobre la una y media de la tarde tras haber sufrido un golpe.

El señor de la revista dijo que él había entrado de guardia a las tres, y por tanto no había visto nada. La señorita, después de permanecer unos minutos sin responder, le indicó que no había ningún ingreso entre la una y las dos y media.

- ¿Cómo se llama su amigo? –le preguntó la chica.
- No era mi amigo, sólo el compañero de viaje y no recuerdo su nombre.
- Pues sin ese dato no lo vamos a poder localizar.
- ¿No puede ver los ingresos entre las doce y las cuatro?
- Eso estoy haciendo. Solo ha ingresado un señor con problemas cardiovasculares de sesenta y cinco años y está en observación. ¿Por qué no pregunta en urgencias?, quizás allí puedan decirle algo más.

Una vez le hubieron informado de cómo llegar, se marchó a urgencias. Allí lo atendió otra señorita y tampoco pudo aclararle mucho. Con los datos que le facilitó miró los enfermos trasladados desde los centros de salud próximos, pero ninguno coincidía con el "amigo" de Enrique. También preguntó si había otro hospital en la ciudad y su respuesta fue negativa, no obstante, la señorita le dijo que la ambulancia podría no ser de allí y depender de algún centro de salud próximo. En ese caso, y si la lesión no hubiera tenido graves consecuencias, podía haber sido atendido en el propio centro sin tener por qué pasar por el hospital.

Cuando terminó estaba más abatido que cuando llegó. No había conseguido saber nada sobre lo ocurrido a aquel hombre, pero pensó que quedaba un último cartucho si Sara recordaba algo.

Ella estaba levantada, miraba por la ventana de la sala de observación. Su mente estaba ausente y su cuerpo también.

Enrique empujó la puerta y, al entrar, casi tira el gotero de un señor. Sara lo miró, y nuevamente perdonó a su marido con un gesto de condescendencia.

La desesperación que los primeros años de su matrimonio la había azotado, al comprobar su carácter distraído, ahora se había transformado en un continuo ejercicio de paciencia, de comprensión. Incluso a veces pensaba que apreciaba el mundo de ilusiones en que vivía.

Ella se sentía viva, lo veía todo, estaba pendiente de él, resolvía sus dudas. Controlaba todos los papeleos administrativos de sus bienes y propiedades, toda la administración de la economía familiar estaba en sus manos.

– Hola, ¿cómo estás?

- Bien, no sé por qué me tienen aquí, ya estoy bien.
- ¿Ha venido el médico?
- No, estoy esperándolo. Ya le he dicho a las enfermeras, que si no viene, pediré el alta voluntaria.
- Ten paciencia, no creo que tarde mucho, además es bueno para ti estar aquí. Cuando salgas, debemos tener la total seguridad de que estás completamente bien.
- ¿Dónde has estado todo este tiempo?, ¿has comido algo?
- Fui a dar un paseo.
- ¿Has comido?
- He tomado un bocadillo, unos policías me han acompañado a un bar.
- ¿De qué habéis hablado? –preguntó con desinterés.
- Me han preguntado qué sabía de lo ocurrido.
- ¿Y qué les has dicho?
- Lo que había visto.
- ¿Les has comentado algo de la persona a quién seguía o de la ambulancia?
- No, no me ha parecido que tuviera demasiada importancia. No sabemos si está relacionado con tu caída, además, si hubiera hablado de ello, me habrían hecho muchas más preguntas. Creo que hubiera complicado la situación y no sabemos cuánto tiempo nos habrían retenido.
- Conmigo también han hablado.
- ¿Siiii?, y tú ¿qué les has dicho?
- Lo mismo y por las mismas razones.
- Bueno, por una vez hemos coincidido en algo.

– De todas formas, cuando salgamos de aquí quiero que veas algo, a ver si me puedes ayudar con un jeroglífico que he encontrado.

– Yo también tengo que hablar contigo, he recordado de qué conocía a ese hombre.

En ese momento entró el médico y preguntó por Sara.

– ¿Cómo se encuentra?

– Muy bien.

– Bueno síganme. Este señor es su marido ¿verdad?

– Sí.

– Pues vengan conmigo.

El médico los llevó a su despacho y les comunicó que no habían detectado nada digno de mencionar. Le recomendó guardar reposo durante veinticuatro horas en el hospital, según los protocolos habituales, pero a la vista de su decisión de solicitar el alta voluntaria, él estimaba que podrían irse al hotel, contando con que iba a tener la prudencia que se requería en estos casos.

Les rogó que no reanudaran su viaje hasta dentro de dos días. Podían dar algún paseo por la ciudad y en caso de que notara algún malestar, desvanecimiento o cualquier otra cosa que le llamara la atención como anormal, se presentara urgentemente allí. Terminó ofreciéndoles el formulario de alta hospitalaria y deseándoles una buena estancia en la ciudad.

Estaban muy contentos al verse salir del recinto. Buscaron un taxi y le pidieron al taxista que los llevara al mejor hotel, siempre que fuese tranquilo y bien situado en el centro.

– Los llevaré al Parador Nacional de Turismo, ¿les parece bien?

– Perfecto.

– ¿Conocen Ronda?

– Algo conocemos –contestó Enrique.

– Verán cómo les gusta, está muy bien situado y tiene unas preciosas vistas al Tajo, desde allí pueden ir a dar un paseo por la parte antigua, pues está muy cerca.

El parador, por suerte, tenía habitaciones libres, alguna de ellas con la situación que deseaban, así que tomaron una y subieron a descansar.

La estancia era esplendida, amplia. Tenía dos camas, un par de sillones y un escritorio. El baño también era bastante grande. Al fondo había una terraza.

Entraron y dejaron las pequeñas bolsas de viaje en el suelo y lo primero que hicieron fue salir a la terraza, había algo allí que les atrajo nada más entrar. Ambos se quedaron en silencio.

El atardecer era claro, brillante. Aquella visión invitaba a meditar. Era como si fuesen volando, todo se veía a distancia y desde lo alto, pero sin ruido de motores. Creían estar en ese sueño que a veces se tiene, volar sin motor.

De repente Sara recordó que no tenían equipaje, lo habían dejado en Málaga, pues sólo se trataba de una visita a Ronda, el regreso a la capital estaba previsto para hoy mismo y por eso no habían

traído más ropa que la puesta.

Rápidamente su cabeza entró en modo intendencia y dijo a su marido que tendría que salir a comprar algo de ropa interior, útiles de aseo, un par de pijamas y alguna otra cosa urgente. Le preparó una lista y Enrique salió de compras.

Mientras él compraba, ella habló con la agencia de viajes y le dieron el teléfono de su contacto en Málaga para organizar su incorporación al grupo. Ese señor le dijo que, como el programa incluía visitas a varias ciudades cercanas a la capital, durante los próximos días ellos podrían continuar en Ronda mientras se recuperaba. Les facilitó su número de móvil para que lo llamaran y así acordar el transporte y el lugar de encuentro.

Cuando Enrique volvió, su mujer estaba sentada en la terraza absorta en sus pensamientos.

– Hola.

– Hola –dijo ella sorprendida y como movida por un resorte. Tenemos que hablar urgentemente sobre todo lo ocurrido. Tiene que ser, ahora mismo.

– ¿No quieres ver antes lo que he comprado por si me he equivocado en algo?

– No, ahora no, más tarde lo vemos.

Enrique se sentó a su lado y Sara comenzó a hablar con el ímpetu de aquellas veces que está apasionada con un tema.

– ¿Recuerdas que te dije que ya sabía dónde había conocido a ese hombre?

– Sí.

– Pues verás, te cuento. Me lo presentó Pablo, mi compañero, en la facultad hará un mes, recuerdo que se llamaba Elías. Vino preguntando por alguien que conociera bien la historia de los judíos sefardíes y su paso por Andalucía. Yo conozco el tema bastante bien, pero fue Pablo quien lo atendió.

– ¿Y esa fue toda vuestra conversación?

– Con ese señor, sí. Sin embargo, días después, cuando me encontré con Pablo nuevamente, me dijo que el tal, Elías, era descendiente de uno de esos judíos expulsados de la península en tiempos de los Reyes Católicos. Como todos ellos, había recibido en su educación la nostalgia de su vida en nuestra tierra, su tierra. Siempre la había añorado, pretendía conocer la historia de sus antepasados y sabía que en nuestra facultad impartían clases algunos de los mejores estudiosos en esa materia, quizás los mejores expertos en historia sefardí de nuestro país. Quería saber todo lo posible sobre estas personas y su vida en la zona de Andalucía, en especial en Ronda.

– ¿Y ese señor estuvo mucho tiempo por allí?

– Por lo visto no, porque Pablo me consultó algunas cosas más, para completar la información que quería facilitarle. Me dijo que tenía que ampliarle esos datos por correo electrónico. La mañana del día que yo lo conocí, Pablo no había tenido mucho tiempo y no había podido atenderle como hubiera querido; por otra parte, Elías tenía el billete de regreso a Ronda para el día siguiente y no se podía retrasar.

– Entonces no entiendo cómo ahora aparece por aquí y te encuentra, ¿qué es, casualidad?

– No, yo creo que todo viene porque Pablo le habló de mí, ahora he recordado que le indicó que nosotros pasaríamos por Ronda pronto y que le había ofrecido, en mi nombre, la posibilidad de ponerse en contacto conmigo. Supongo que habrá hablado con Pablo y a través de él ha conseguido saber cuándo estaríamos por aquí.

– Puede ser, porque si no lo conoces de nada, la única opción es esa, que haya llamado a Pablo y a través de él haya conseguido todos esos datos.

- De todas formas, hablaré en cuanto pueda con Pablo para ver si nuestras suposiciones son correctas.
- Creo que sí, que debes hacerlo.
- Bueno, ¿entiendes ahora por qué tenía tanto interés en contártelo?
- Claro. La verdad es que todo es muy extraño.
- Yo, por lo pronto, he encontrado cual era mi relación con esa persona. Es más, casi te puedo aventurar el motivo por el que ha intentado ponerse en contacto conmigo –dijo ella.
- ¿Cuál?
- Igual me equivoco, pero recuerdo que quería ampliar su información sobre el personaje de Baltasar del Alcázar. De él, Pablo no pudo decirle mucho, pero quedó en ampliársela.

Enrique reconoció inmediatamente el nombre que había anotado en la hoja que encontró en la casa y eso lo confundió aún más, pues no guardaba relación con ninguna cena como él había supuesto. Tendría que revisarla, pero aún no tenía decidido si comentarle algo a su mujer o no, porque no quería preocuparla. Por el momento sólo decidió seguir acumulando información, para después decidir.

- ¿Quién era Baltasar del Alcázar? –preguntó con un tono de indiferencia Enrique.
- Era un poeta menor del Siglo de Oro español.
- ¿Y era judío?
- No lo sé, pero Elías tenía mucho interés en conocer todo lo posible tanto sobre su vida personal, como sobre su obra.

- ¿Y qué pasó para no poder darle la información?
- Que no podemos saberlo todo. Quedamos en buscarlo y luego lo hemos olvidado los dos. Al menos yo, no me he vuelto a acordar.
- Bueno, pero cambiando un poco de tema, a mí lo que más me llama la atención de todo esto, es el asunto de la ambulancia y cómo se llevaron a ese tal Elías. Además es inexplicable que unos profesionales de la salud te dejaran allí tendida y se fueran sin más.
- Yo no lo comprendo tampoco. He intentado recordar lo ocurrido y he llegado a la conclusión de que Elías quería hablar conmigo sobre el tema de del Alcázar, ya que no hemos tenido ningún otro tipo de relación salvo la de ese día en Madrid, pero me llama mucho la atención que aquí no quisiera contactar conmigo delante de nadie. He pensado que pudiera ser que no se fiara de algo o de alguien, o bien que no quisiera que le vieran en público hablando conmigo por alguna razón. Después de hacer memoria sobre sus gestos, estoy segura de que estaba nervioso y preocupado.
- Desde luego su actitud no fue normal, lo lógico hubiera sido que te hubiese saludado, puesto que ya te conocía.
- Otra conclusión a la que he llegado es que, creo que aquellas personas, lo sedaron para llevárselo en contra de su voluntad, pero no esperaban que yo estuviera allí, y por eso no les quedó más remedio que golpearme.
- Tal vez.
- Ahora pienso que deberíamos habérselo contado a la policía. Me da un poco de miedo que por nuestra comodidad estemos dejando pasar un tiempo que pudiera ser importante para aclarar este asunto. Me preocupa que puedan hacerle daño y nosotros estemos ocultando parte de la información, por no querer molestias.
- Yo también lo estoy pensando.

- Ten en cuenta que puede tratarse de un secuestro. Creo que no deberíamos callar lo que sabemos.
- Llevas razón, yo tengo aquí una tarjeta con el número de móvil del agente Écija. Lo llamaré, aunque tendremos que tener cuidado, ya que pudieran creer que hemos ocultado información premeditadamente –dijo Enrique.
- Hablaré yo. Diré que he recordado lo de la ambulancia y tú dirás que cuando llegabas, la furgoneta salía y no le prestaste atención.
- De acuerdo.

Los policías, llegaron pasada media hora, Enrique les había dicho que su mujer recordaba algunos detalles más sobre el suceso. Los recibió en la puerta de la habitación, eran los mismos, Adela y Juan Ramón según recordaba, y los hizo pasar a la terraza.

Saludaron nuevamente a Sara y ese apretón de manos con Juan Ramón resultó cálido, agradable, sensible, en total consonancia con la mirada que cruzaron y con el recuerdo de su despedida horas antes.

Sara les dijo que, haciendo memoria una vez en la habitación del hotel, había recordado que vio como unos sanitarios habían cogido a un señor, al que había visto unos segundos antes, y lo habían metido en una ambulancia.

Les manifestó su indignación porque no comprendía cómo no la habían atendido a ella. También les dijo que creyó reconocer a ese señor, pero no llegó a conversar con él. A instancias de los policías, les explicó cómo había sido su único encuentro en Madrid.

Los agentes quedaron un poco sorprendidos por el cambio de la situación. Estos, para no

alarmarlos, les comentaron que seguían pensando que el suceso no tenía importancia, no obstante les informaron de que harían algunas averiguaciones.

También le preguntaron a Enrique si él había visto algo, y según lo acordado, respondió que sólo había visto marcharse un vehículo por el otro extremo de la placita, pero no lo había relacionado con lo ocurrido a su mujer.

Los policías, que ya habían hecho averiguaciones en el hospital cuando supieron que estaba de alta, intentaron ampliar los datos con algunas preguntas a las que les dieron el tono de indiferencia necesario para restarles importancia.

– Entonces, se quedarán por aquí algún tiempo ¿verdad?

– Sí, –contestó Sara– nos quedaremos unos días siguiendo la recomendación del médico.

– Parece lo más conveniente, además con una habitación como esta, no les va entrar ganas de irse.

– Pues sí, ahora mismo sólo nos apetece estar en un sitio como este y por otra parte nos vendrá bien, pues conoceremos mejor esta ciudad.

– ¿Dejarían el circuito que tenían contratado?

– En principio no. Nuestro grupo estará en Málaga y los alrededores, y esos lugares no los veremos, pero luego nos uniremos a ellos.

– ¿No tienen concertada con la agencia una fecha para su incorporación?

– No, depende de cómo me vaya encontrando.

– Bueno, de cualquier forma les rogaríamos que antes de marcharse se pusieran en contacto con nosotros por si tuviéramos nuevos datos o necesitáramos de su ayuda.

– De acuerdo, los tendremos al tanto. Buenas noches.

– Buenas noches.

Cuando hubieron salido los policías, la pareja dejó escapar un suspiro de alivio, que casi se pudo oír en el pasillo del hotel.

– Bueno, ya hemos cumplido con nuestro deber de ciudadanos, ahora serán ellos los que continuarán con las pesquisas, si creen necesario saber lo que pasó.

– Para intentar olvidarnos de todo esto, y relajarnos un poco, por qué no miras lo que he comprado.

– ¡Venga!, vamos a ver cómo has hecho los recados.

Ambos durmieron profundamente. Descansaron toda la noche y no se despertaron ni una sola vez, por eso a las ocho de la mañana ya estaban totalmente despabilados y ensimismados en sus pensamientos.

Como hacían siempre, no se molestaban, dejaban unos quince minutos como un espacio sagrado que ambos respetaban desde que vivían juntos. El silencio de la mañana colaboraba a ese tiempo de reflexión que habían pactado tácitamente desde hacía mucho. Hoy, sin embargo, los dos sabían lo que ocupaba la mente del otro, se dieron ese tiempo de relax y al rato Enrique rompió el silencio.

– ¿Cómo has pasado la noche? –preguntó Enrique.

– Bien, he dormido estupendamente.

– ¿Te encuentras bien?

- Perfectamente. Ya te digo, he dormido como hacía tiempo que no lo hacía. Creo que los tranquilizantes que me dieron en el hospital me han hecho efecto toda la noche.
- ¡Qué bien!, entonces hoy podemos dedicar el día a pasear por nuestra cuenta.
- Me parece buena idea, pero antes quiero pasarme por la biblioteca municipal. Me gustaría completar los datos por los que me preguntó Pablo, ya es por simple curiosidad.
- Por favor, no me digas que te vas a poner a trabajar, el médico ha sido tajante en eso, deberías descansar.
- No trabajaré, simplemente consultaré algún dato. No tardaré más de una hora, pero la curiosidad me mata, ya sabes cómo soy.
- Está bien, sólo tienes esa hora. Luego si no estás aquí voy y hablo directamente con el médico.
- Estoy bien, no te preocupes, cumpliré lo que te he dicho.
- Una hora. Mientras daré una vuelta.
- Sí, una hora.

Sara se sentó frente al ordenador de la biblioteca municipal y rápidamente empezó a abrir pestañas solicitando información. Preguntaba..., abría otra pestaña, preguntaba... Cuando calculó que ya tenía alguna respuesta, comenzó a consultarlas, y cada una de ellas no hacía más que confirmar lo que ya sabía, pero ella, incansable, continuaba preguntando.

Ronda había tenido judería en las afueras, como era habitual en todas las poblaciones de la época. Los trabajos de menor consideración eran realizados por los judíos, que normalmente se dedicaban a la curtiduría de pieles, herrerías y ese tipo de tareas, es decir, los trabajos más duros. No se les permitía tener ganado, ni tierras, leía todo lo que ya conocía, no había nada nuevo.

Con el decreto de expulsión de los Reyes Católicos en el año 1.492, salieron también de Ronda

con dirección a Almería los judíos no conversos, donde embarcaban hacia el norte de África. De igual manera que el resto, tuvieron que vender las posesiones que pudieron, pasando a propiedad de la Iglesia Católica la mayoría de sus viviendas. Siempre se ha dicho que los sefarditas guardaron las llaves de sus casas en España y sus descendientes aún las conservan.

Había algunos datos curiosos, en algunos manuscritos, se hablaba de algún que otro judío que había obtenido privilegios y se quedó en la ciudad autorizado por los Reyes Católicos. Este hecho llamó la atención de Sara, pero pensó que no era el momento de ver estos temas, solo le interesaban los datos generales.

También completó datos sobre Baltasar del Alcázar que, como ya sabía, fue un poeta menor del Siglo de Oro español, nacido en Sevilla y que murió en Ronda. Una de las consultas que realizó señalaba textualmente "su poesía es totalmente distinta a las tendencias de la época con un tono festivo, burlón, jocosos, a veces satírico. Sus versos, a veces, han sido tildados de traviosos e incluso maliciosos, lo llamaban el poeta gastrónomo". Sara tenía algunas referencias de él, pero no le había prestado la atención que ahora le prestaba, le resultaba todo muy llamativo, curioso. Vivió en Sevilla, pertenecía a una familia ilustre y tuvo buenas relaciones con algunos personajes famosos de la época, como el pintor Pacheco, Quevedo o Góngora. También estuvo consultando distintas biografías del poeta, leyó someramente algunas de sus poesías e intentó conocer al personaje por su obra y sus relatos. Efectivamente, pasó sus últimos años en Ronda con su hija y murió aquí, de gota.

Le llamó la atención un extraño archivo que encontró cuando ya se disponía a marcharse y que hablaba de la librería de los sucesores de Hernández, Impresores y Libreros de la RAE. Ese archivo mencionaba, en una de sus partes, el famoso libro de relatos que el pintor Francisco Pacheco, maestro y suegro de Velázquez, empezó a dibujar y escribir en Sevilla en 1599. En este libro se habla de Baltasar del Alcázar, y se dice que en Sevilla corrió la creencia de que la familia Alcázar era descendiente de judíos, o que al menos algún miembro de la familia fue penitenciado por la Inquisición como judaizante.

Este dato la puso en guardia, pues relacionaba la información que había solicitado Elías a su compañero Pablo, con la figura del poeta.

Sara ya sabía que Pacheco era amigo de Baltasar del Alcázar, pero desconocía que hubiera escrito su biografía.

Con la premura de tiempo, pues sabía que Enrique la estaría esperando, continuó leyendo y descubrió que, al parecer la familia Alcázar, consiguió limpiar con testigos la fama de conversos, no obstante guardó la dirección por si, en otro momento, necesitaba consultar el documento.

Cuando vio que se le acababa el tiempo, cerró rápidamente los archivos y salió a la carrera en dirección al hotel.

Enrique acababa de llegar cuando Sara también entró en la habitación. Ambos comentaron lo que habían hecho durante la mañana.

– Cuéntame lo que has visto en la biblioteca.

– Bueno, sólo he confirmado lo que ya sabía. He visto algo más sobre el poeta, como por ejemplo, que murió aquí y algunos otros datos. Nada importante.

– ¿Y tú, qué has hecho?

– He dado un paseo, como el otro día.

– ¿Nada más?

– Bueno, sí. Tengo que comentarte algo sobre lo que tú has dicho.

Él creyó que era el momento oportuno para contar a su mujer su paseo por la zona de los Ocho Caños, por eso al oír nuevamente hablar de Baltasar del Alcázar, no dudó en hacerlo.

Comenzó diciéndole que al disponer de algún tiempo, y movido por la curiosidad, bajó a la zona para intentar saber qué podía haber ocurrido. Le relató todo el paseo, lo que vio en la casa y finalmente le mostró la nota en la que había apuntado la frase del dintel de entrada.

NaA de Jve

- No tengo ni idea de lo que puede ser esto, o lo que significa –dijo Sara.
- A mí tampoco se me ocurre nada, pero pensaba que con tu experiencia podrías decirme algo.
- Posiblemente no tenga ninguna importancia. ¿Estaba pintado en el dintel?
- Sí, pero no era una inscripción reciente.
- ¿Para qué quieres saber lo que significa?
- Para nada, sólo se trata de una curiosidad, no tiene ninguna importancia.
- No sé, tendría que verlo tranquilamente y estudiarlo. Si quieres, esta tarde damos un paseo y lo contemplamos en vivo.
- De acuerdo.

Al tomar la nota de nuevo en su mano, Enrique le dio la vuelta, a propósito, mostrándole lo que allí había escrito, a sabiendas de que a ella le llamaría la atención.

- ¿Esto qué es?, ¿de dónde lo has sacado?
- Lo encontré encima de una silla, en la casa que visité. Lo cogí para anotar la inscripción.

– ¡Qué curioso!

– ¿Por qué? –le preguntó Enrique fingiendo sorprenderse.

– Porque aparece el nombre del poeta.

– Ah... ¿sí?

– Sí, y porque entre las poesías más famosas que hizo, está la que se titula "Una Cena", que es un largo relato de "redondillas" sobre la cena de un caballero.

– ¿Y la otra frase?

– No sé, no tengo ni idea.

– Podría no tener relación con el resto.

– Tal vez, o quizás se trate de una anotación diferente, sobre otro tema.

– La verdad es que estoy intrigado. Se están dando una serie de coincidencias que, al menos, resultan llamativas.

– Sí, a mí también me lo parece.

– Me entran ganas de leer la poesía –dijo Enrique.

– Sí, a mí también me han entrado ganas de leerla nuevamente.

– Cuando volvamos al hotel intentaremos buscarla en internet y la imprimiremos para verla tranquilamente en la habitación.

– Perfecto.

Ya en el vestíbulo del parador consiguieron imprimirla y se dirigieron a la habitación para descansar durante esas horas de calor insoportable, que supone la siesta en Andalucía

Esperaban el ascensor cuando oyeron a su espalda que alguien los llamaba por sus apellidos. Al volverse encontraron a Écija, el teniente de la policía.

– Hola, buenas tardes.

– Hola, ¿cómo está? –saludaron ambos a la vez.

– Perdonen que les moleste, pero he estado aquí varias veces esta mañana preguntando por ustedes y no he podido localizarlos.

– Sí, es que no hemos parado ni un solo momento. Sin hacer esfuerzos, pero sin descanso, hemos salido a dar paseos y conocer la ciudad a fondo. Como teníamos la obligación de permanecer un par de días por aquí, hemos decidido conocer Ronda de verdad.

– Me parece buena idea, no se conoce esta ciudad en una mañana.

En su presencia, Sara no se encontraba del todo cómoda, había algo en su persona que le atraía de una manera especial. Ella intentaba disimularlo, pero pensaba que se le notaba a una legua.

– Bien y qué deseaba –le preguntó Sara decididamente.

– Sólo queríamos informarles de que hemos encontrado la ambulancia que vieron en la zona. Estamos investigando en esa línea, ya que al parecer fue sustraída por alguien en uno de los centros de salud de la localidad. Poseen tres vehículos de urgencias y nadie echó de menos uno de ellos. Los conductores deducen que, solamente habría estado desaparecido aproximadamente una hora, y como los vehículos son utilizados indistintamente por varios de ellos, no lo echaron en falta. Únicamente les extrañó que una de las ambulancias estaba en un lugar poco habitual, pero dedujeron que podía deberse a que no había aparcamiento en su sitio y alguien la dejó un poco más alejada, por lo que no le dieron importancia.

– ¿Qué raro no? –dijo Enrique.

– La verdad es que es un poco extraño, pero al final tendrá alguna explicación.

– De todas formas, aprovechando que he venido a comunicarles esto, me gustaría hacerle alguna otra pregunta a su señora. ¿Tienen tiempo ahora?

– Por supuesto, pero si no somos necesarios los dos, me gustaría subir a descansar un poco –comentó Enrique.

Juan Ramón contestó con una diligencia que no pudo disimular.

– Desde luego que no, con ella es suficiente, aunque espero que no esté demasiado cansada.

- Si no es mucho tiempo, no hay ningún problema. Yo también tengo ganas de descansar un poco – dijo Sara bromeando.
- Bien, hasta luego, me llevo esto –dijo Enrique a su mujer, cogiendo el papel con la poesía impresa.
- Adiós –se despidió el policía.

Los dos se quedaron en el vestíbulo y Juan Ramón invitó a Sara a tomar un café.

Juan Ramón era alto, delgado, moreno, dentadura perfecta y el pelo un poco largo y engominado. Su nariz aguileña le daba el toque de "matador" que completaba su aspecto. A pesar de su juventud, pues no llegaba a la cuarentena, tenía toda la pinta de un policía curtido en la calle, se le notaba acostumbrado a lidiar con todo tipo de personajes de los ambientes más oscuros, pero a la vez poseía el encanto de la persona que sabía estar cuando el momento lo requería, y ahora era uno de ellos.

Desde que lo vio, Sara notó que no podría dominarlo, en el mejor sentido de la palabra, no podría dirigirlo. Pensó que se trataba de una de esas personas impredecibles a las que uno no llega a conocer nunca.

Sintió una especie de magnetismo que, en lo más profundo de su cuerpo, le impedía ser como normalmente era. No conseguía controlar la situación, no sabía cómo actuar. Ella, que en el vestir, en el moverse, en los conocimientos, era la Hipatia de cualquier reunión, se encontraba totalmente insegura en su presencia, pero a la vez totalmente protegida. No conseguía explicárselo.

En su mente lógica y acostumbrada al autocontrol, no encontraba el sitio adecuado, por eso pensó dejarse llevar. Cada acontecimiento que ocurriera al lado del policía, sabía que iba a ser una aventura especial y complicada, por eso decidió que sólo estaría y contestaría lo necesario para no

delatar su estado.

Ambos se sentaron al lado de un pequeño velador y nuevamente se miraron.

– Bueno, ante todo me gustaría saber cómo se encuentra. Hasta ahora, y por su aspecto, no se puede decir que haya estado enferma.

– Esto no ha sido una enfermedad, sólo una pequeña herida.

– ¿No ha notado mareos, ni nada por el estilo?

– Nada, nada, estoy perfectamente, además el paseo de esta mañana me ha sentado muy bien.

– De eso quería hablarle precisamente, de su paseo por los Ocho Caños. No consigo entender por qué se separaron usted y su marido, y adónde iba por esa calle.

– No tenía ningún destino en particular, se trataba de una de esas veces en las que te separas de tu acompañante por ver un sitio diferente, nada más, y esa vez cada uno decidió ver un rincón de la zona.

El policía no estaba convencido de que, esa, fuera toda la verdad e insistía por otros medios para conocerla.

– Me resulta un poco extraño, porque en esa parte no hay monumentos destacables.

– Bueno, pero es muy típica, y a mí personalmente me gusta mucho ese tipo de arquitectura –comentó ella un poco contrariada por el tono de duda que utilizó el policía.

– Típica sí que lo es, muy propia de esta zona de Andalucía.

– Pues eso, a mí me gusta.

– ¿Llevaban algún plano?

– Sí, nos dieron uno a cada uno de los excursionistas, pero no lo consulté. Simplemente paseaba por la calle.

Juan Ramón dedujo que además de guapa, Sara era muy inteligente, observó que sus respuestas eran cortas y dejaba una pausa para estudiarlas y no errar; no obstante notó por sus gestos que estaba nerviosa y desconocía el motivo.

– ¿No le resulta extraño que la persona que metieron en la ambulancia fuera conocida suya?

– Pues sí, pero como no tengo datos de su vida, ni una amistad grande con él, tampoco puedo emitir ningún juicio, ni creo que pueda tener ninguna relación ese hecho con mi persona, ¿no le parece?

– Es verdad, pero quería saber su opinión por si se me había pasado algún detalle.

– No creo posible que se le pase ninguno –dijo Sara con un poco de sorna y una sonrisa en la cara.

– Bueno, no lo crea, siempre se nos escapa algo a todos, por eso insistimos en las preguntas y en la reflexión sobre lo ocurrido.

– Lo comprendo, no se preocupe.

– ¿Notó si en algún momento ese señor les siguió o se acercó a usted para algo?

Sara se cogió las manos y empezó a girar el anillo que tenía en una de ellas, fue un movimiento apenas perceptible, pero que no pasó inadvertido a Juan Ramón.

– No noté nada. Tampoco me fijé mucho, pero igual lo hizo.

Juan Ramón supo que ya no obtendría más información, pues Sara se había puesto a la defensiva. Conocía perfectamente su trabajo y sabía que quizás en otro momento más oportuno, podría averiguar algo más.

Por otra parte, la personalidad de Sara le hacía trabajar constantemente. Intentaba interpretar los gestos como le habían enseñado en la academia, procuraba preguntar para hacerla caer en el error, pero las cosas no le salían igual que otras veces. La intentó comprender aplicando la psicología que siempre había manejado tan bien, pero apenas deducía nada, además había algo más que le hacía no estar fino y no podía identificar qué era. Por todo ello decidió dejarlo para otra ocasión.

– Bueno, ya no la molesto más, será mejor que descanse.

– De acuerdo.

Se despidieron con un adiós y esa mirada que ninguno de los dos sabía cómo interpretar.

Serían la siete de la tarde cuando salieron para dar el paseo del que habían hablado por la mañana. En la puerta del hotel, Enrique se interesó por su conversación con el policía.

– ¿De qué estuviste hablando con el teniente Écija?

– Pues más de lo mismo. Toda la conversación giró en torno a lo ocurrido ayer por la mañana.

– Pero ya se lo hemos explicado de todas las formas ¿no?

– Sí, pero esta vez matizó un poco más y quería saber por qué paseaba sola, por qué no estabas tú.

– ¿Y qué le dijiste?

– Que a veces, en una excursión, cada uno va por un sitio.

– ¿Sólo eso quería saber?

– También me preguntó sobre Elías. Se interesó por saber si lo habíamos visto durante la excursión, si había intentado contactar con nosotros.

– Y tú le dijiste que no, por supuesto.

– Efectivamente.

– En fin, sólo se trató una especie de charla entre amigos –afirmó Enrique.

– Bueno eso y unas preguntas con un poco de intención. En algunos momentos de la conversación daba la impresión de no estar del todo conforme con lo que hemos contado.

– Bueno, esperemos que amplíen los datos con su investigación y nos aclaren algo más.

Seguidamente Sara se acordó de lo que había estado buscando esa mañana en la biblioteca y cambió el tema de la conversación.

– Oye, hablando de otro tema, ¿has leído la poesía?

– Sí, la he leído un par de veces o tres.

– ¿Y qué te parece?

– Pues sinceramente, me ha encantado, –dijo Enrique– ahora entiendo la razón de catalogarlo como un poeta distinto, capaz de hacer, en esa época, una poesía diferente a la que hacían todos los poetas de esas fechas. La encuentro jovial, distraída, graciosa, hecha por un hombre que disfrutaba de los placeres mundanos a fondo. Al leerla me ha recordado a esas personas que viven la vida intensamente, esas personas que no tienen en cuenta ni siquiera su salud, mientras disfrutan de lo que les gusta. Inmediatamente me ha venido a la mente aquello que decía el cantautor: "después de comer cómo como, beber cómo bebo y amar cómo amo, es normal que tenga todas estas cicatrices".

– Yo la considero espectacular, adelantada a su época, original. Pero... hay algo más en ella que no encaja y que intento descifrar –dijo Sara.

– La verdad es que yo también veo algo detrás, aunque quizás sea porque estamos condicionados por todo lo sucedido y por supuesto, también, por la nota que encontramos en la casa.

– Posiblemente.

Habían llegado a la calle Real cuando le sonó el móvil a Enrique. Era un número desconocido.

– Diga.

– ¿El señor Fuentes?

– Sí, soy yo, ¿con quién hablo?

– Soy el teniente Écija de la policía de Ronda.

– Ah, hola, ¿qué tal?

– Perdona que les moleste nuevamente, pero he estado en el hotel y no se encontraban allí. Necesitábamos hablar con ustedes.

– Ahora estamos dando un paseo, si le parece bien podemos vernos sobre las nueve en el hotel.

– De acuerdo, allí nos vemos.

Enrique le dijo a Sara quien había llamado y por qué. Ella sintió un vuelco en el estómago, cuando su marido le dijo que había quedado con él, esa tarde.

A las nueve y tras una ducha, bajaron al recibidor. No vieron al teniente por ningún sitio y

decidieron esperarlo por allí.

– La puntualidad no es mi fuerte, y siempre es por motivos de mi trabajo –comentó Écija a las nueve y diez.

– Estábamos a punto de marcharnos, pensábamos que habría tenido algún problema inesperado.

– Siempre los hay, pero hay que separar el grano de la paja y posiblemente esa sea mi asignatura pendiente.

– Bien, usted dirá –continuó reclamando Enrique.

– Si les parece podemos ir dando un paseo por los alrededores y les comento las novedades.

– De acuerdo.

La tarde era serena, el cielo estaba totalmente despejado y el calor comenzaba a remitir. El graznido de las grajillas en el Puente Nuevo, invitaban a asomarse a las alturas.

Sara no pudo resistirse y se separó de ellos para contemplar el vacío. Con las manos en los hierros centenarios y la vista a través de esos barrotes llenos de herrumbre, la imagen era sobrecogedora.

Al fondo, un paisaje de campos dorados con sus casitas blancas cuidándolos. El campo en calma, la tierra en reposo después del largo día. El seco verano le hizo cambiar de color y le otorgó el merecido descanso, una vez que ofreció sus generosos frutos.

A los lados el corte, la piedra, la garganta sobria, seca, fría, pelada, con sus casas al borde como pidiendo arrojarse. Curiosas y extrañadas de ser solas y únicas en disfrutar de tan alto honor, ese honor sólo reservado a unas pocas privilegiadas, ese privilegio de estar al borde del Tajo.

Abajo. ¿Quién mira abajo?, ¿cómo mirar sin sentirse desprotegido, indefenso, pequeño? Miles de sensaciones diferentes se acumulan con todo lo que ves alrededor. Cuando estás allí te sientes solo, tan solo como esas pocas casas privilegiadas. Es como si estuvieras tú, con tus pensamientos, en medio de un paraíso de piedra y agua.

– Sara –la llamó Enrique.

– Sí, perdonad, estaba distraída.

– Ya hemos notado que no estabas aquí. Bueno, ¿continuamos?

– De acuerdo, iremos por esa calle, al final hay un pequeño bar típico y si les apetece les invito a una cerveza.

Por el camino les dijo Écija que habían ampliado la información gracias al estudio de la ambulancia y que habían encontrado una buena cantidad de huellas dactilares. Algunas de ellas no estaban en sus archivos porque evidentemente correspondían a personas no fichadas y al tratarse de un vehículo público, les costaría más tiempo identificarlas.

Algunas de las halladas pertenecían a miembros de grupos dedicados al tráfico de obras de arte y otras eran de algún delincuente de poca monta. En cualquier caso, les informó de que ya estaban avisados todos sus compañeros de la provincia, para que en cuanto apareciera alguno de ellos, fuera detenido e interrogado.

A la vista de cómo evolucionaba la investigación, el teniente era optimista y pensaba que en poco

tiempo tendrían más datos. No obstante les dijo que a partir de ahora ya no les quitaría más tiempo de sus vacaciones. Les vería sólo cuando fuera necesario.

Pasaron dos horas charlando sobre sus diferentes trabajos. Enrique fue el único que se aburría, incluso estaba deseando que el policía se marchara para poder relajarse en compañía de Sara; en cambio a ella parecía no importarle el paso del tiempo.

Enrique estaba ya por decir que se marchaba, cuando sonó el teléfono de Écija. Al terminar la conversación el rostro del policía había cambiado. No pudieron saber el motivo, aunque ambos intuyeron que su deber profesional, una vez más, le privaba de esos ratos que necesita toda persona.

– Lo siento, me tengo que marchar.

– Gajes del oficio –dijo Sara con una mueca en el rostro.

– Efectivamente. Este es así, pero tiene otras ventajas...

Nuevamente se despidió del matrimonio y se marchó, después de haber hecho señas al camarero para que anotara el importe de la cuenta a su nombre.

Como de costumbre se despertaron temprano y se quedaron pensativos durante un largo rato en la cama.

Él pensaba en todo lo ocurrido, también recorría con su memoria los días que estaban pasando allí y la tranquilidad que reinaba en la ciudad, frente al ajetreo de las excursiones de su viaje concertado.

Ella también pensaba en el viaje, en todo lo ocurrido, en Juan Ramón, sobretodo en Juan Ramón.

Enrique rompió el silencio con una pregunta, que ni siquiera Sara podría haberla formulado mejor.

– ¿Qué te parece si hablamos con la agencia y cancelamos definitivamente el circuito?, así nos quedaríamos aquí unos días más, descansando.

– Parece que me has leído el pensamiento. Es una idea excelente –contestó Sara.

– Podemos hablar con la agencia y ver si ellos pueden hacernos una devolución parcial del importe pagado por el viaje. El abandono no ha sido por propia voluntad, sino por el percance sufrido,

además el seguro tendrá algo que decir, ¿no crees?

– Perfecto, les diremos que nos envíen todo nuestro equipaje y nos quedamos aquí –dijo Sara.

– Creo que sería mejor que fuera yo y lo recogiera todo. Sabes que en el equipaje hay cosas personales que nos gustaría recoger nosotros –comentó Enrique.

– Me parece bien. No quería decírtelo, pero yo también creo que es lo mejor.

Después de ducharse y desayunar, Enrique solicitó un taxi a recepción y partió para Málaga.

Sara, para no aburrirse, y ávida de más información, se fue directamente a consultar en el ordenador. Lo primero que buscó fue la poesía, y la volvió a leer.

UNA CENA. Baltasar del Alcázar.

- A En Jaén donde resido
- B vive don Lope de Sosa
- C y direte, Inés, la cosa,
- D más brava de él que has oído.

- E Tenía este caballero
- F un criado portugués,
- G Pero cenemos, Inés,
- H si te parece, primero.

- I La mesa tenemos puesta;
- J lo que se ha cenar, junto;
- K las tazas y el vino, a punto;

L falta comenzar la fiesta.

M Rebana pan. Bueno está.

N La ensaladilla es del cielo

Ñ y el salpicón, con su ajuelo

O ¿No miras qué tufo da?

P Comienza el vinillo nuevo

Q y échale la bendición;

R yo tengo por devoción

S el santiguar lo que bebo.

T Franco fue, Inés, ese toque;

U pero arrójame la bota;

V vale un florín cada gota

X de aqueste vinillo aloque.

Y ¿De qué taberna se trajo?

Z Más ya: de la del cantillo;

A diez y seis vales el cuartillo,

B no tienen vino más bajo.

C Por nuestro Señor, que es mina

D la taberna de Alcocer:

E grande consuelo es tener

F la taberna por vecina.

G Si es o no invención moderna,

H vive Dios, que no lo sé;

I pero delicada fue

J la invención de la taberna.

K Porque allí llevo sediento,

L pido vino de lo nuevo,

M mídenlo, dánmelo, bebo,

N págolo y voime contento.

Ñ Esto, Inés, ello se alaba;

O no es menester alaballo;

P sólo una falta le hallo;

Q que con la priesa se acaba.

R La ensalada y salpicón

S hizo fin; ¿qué viene ahora?...

T La morcilla. ¡Oh, gran señora,

U digna de veneración!

V ¡Qué oronda viene y qué bella!

X ¡Qué través y enjundias tiene!

Y Paréceme Inés, que viene

Z para que demos con ella.

A Pues, ¡sus!, encójase y entre

B que es algo estrecho el camino.

C No echas agua, Inés, al vino,

D no se escandalice el vientre.

E Echa de lo trasañejo,

F porque con más gusto comas.

G Dios te salve, que así tomas

H como sabia, mi consejo.

I Mas di: ¿no adoras y precias

J la morcilla ilustre y rica?

K ¡Cómo la traidora pica!

L Tal debe tener de especias.

M Qué llena está de piñones.

N Morcilla de cortesanos,

Ñ Y asada por esas manos

O hechas a cebar lechones.

P ¡Vive Dios, que se podía

Q poner al lado del Rey

R puerco, Inés, a toda ley,

S que hinche tripa vacía!

T El corazón me revienta

U de placer. No sé de ti

V cómo te va. Yo, por mí

X sospecho que estás contenta.

Y Alegre estoy, vive Dios.

Z más oye un punto sutil:

A ¿No pusiste allí un candil?

B ¿Cómo remanece dos?

C Pero son preguntas viles;

D ya sé lo que puede ser;

E con este negro beber

F se acreciéntan candiles

G Probemos lo del pichel

H ¡Alto licor celestial!

I No es el aloquillo tal

J ni tiene que ver con él.

K ¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!

L ¡Qué rancio gusto y olor!

M ¡Qué paladar! ¡Qué color,

N todo con tanta fineza!

Ñ Mas el queso sale a plaza,

O la moradilla va entrando,

P y ambos vienen preguntando

Q por el pichel y la taza

R Prueba el queso, que es extremo,

S el de Pino no le iguala;

T pues la aceituna no es mala,

U bien puede bogar su remo.

V Pues haz, Inés, lo que sueles:

X daca de a bota llena

Y seis tragos. Hecha es la cena;

Z levántese los manteles.

A Ya que, Inés, hemos cenado

B tan bien y con tanto gusto

C parece que será justo

D volver al cuento pasado.

E Pues sabrás, Inés hermana,

F que el portugués cayó enfermo...

G Las once dan; yo me duermo;

H quédese para mañana.

Nuevamente le pareció espléndida. Pensó que tenía arte en su pluma, Baltasar del Alcázar. También consultó otras composiciones del mismo autor, entre ellas las últimas, que al parecer fueron redactadas desde su cama en Ronda cuando, impedido ya por la gota y la piedra, los dos males que le aquejaban, no se podía mover.

Hubo también algo que le llamó mucho la atención. Si bien la poesía original se inicia con "En Jaén donde resido", hay varias versiones en distintos textos, que la inician con "En Ronda donde resido". Este detalle no dejaba de ser una mera curiosidad, ya que está totalmente demostrado cual era la versión verdadera.

Volvió a revisar la biografía y nuevamente le llamó la atención que en algún momento de su vida lo tacharan de judío converso. Siguió, a través de los apuntes que fue encontrando, algunos datos históricos sobre su persona, en especial todos los sucesos relacionados con el asunto del origen de su apellido, así como la investigación que se hizo sobre sus antepasados y familiares para aclarar su ascendencia.

Buscó información sobre los judíos en Ronda. Había muy poca, por lo que pensó que debería consultar con algún historiador de la ciudad, los arqueólogos municipales, en fin, al tratarse de una ciudad con tanta historia, alguien habría, que le pudiera ampliar datos sobre esa etapa.

En sus consultas, también había reconocido el decreto de expulsión, fechado y firmado el treinta y uno de marzo de 1492 por los Reyes Católicos. Siempre le resultaban atractivos los hechos relatados en el castellano de cada época.

"Por ende nos con consejo y parecer de algunos perlados y grandes e cavalleros de nuestros reynos e de otras personas de ciencia e conciencia de nuestro consejo, aviendo avido sobre ello mucha deliberación, acordamos mandar salir todos los dichos judios e judias de nuestros reynos e que jamas tornen nin vuelvan a ellos ni a alguno de ellos".

Centrándose en la zona de Andalucía, vio que en otro texto se hacía referencia a la fecha en la que el decreto se puso en marcha. Fue en el mes de mayo de ese mismo año. Se les daba el plazo de tres meses para la venta de sus bienes y la recuperación de las deudas con ellos contraídas. También leyó que se les ofrecía protección a ellos y a sus bienes, durante ese plazo.

En otros casos, y como su religión se lo permitía ante el peligro de muerte, muchos decidieron convertirse al cristianismo. Los que así lo hicieron pudieron conservar sus bienes y permanecer en España, no obstante eran muy observados por la Inquisición. En el trato diario eran conocidos como "marranos". La leyenda popular dice que este calificativo les fue puesto porque comían mucho cerdo para acallar los rumores de su conversión ficticia; sin embargo parece ser que la realidad de ese apodo procede del nombre que los musulmanes daban a los cerdos menores de un año, a los que llamaban marranos. De esa manera a los judíos conversos, al ser "jóvenes" en la religión cristiana, se les aplicó ese mismo apodo.

En otros textos se afirmaba que los destinos principales de los que decidían marcharse eran Portugal, Italia e incluso el norte de Europa. Para los andaluces el principal destino era el norte de África y su puerto de salida, Almería. Hacía allí se dirigían desde todos los puntos para su embarque en navíos.

Toda esa información era conocida, genérica, no suponía novedad para Sara, sin embargo su sorpresa fue mayúscula cuando encontró un listado de embarque de uno de esos navíos de Almería. Estaba fechado el veintinueve de junio de 1.492, y en él también se recogía el detalle de procedencia de los pasajeros.

La lista de embarque señalaba a un tal Ysrael, de Almería, que procedía de Ronda. Se le señalaba como un personaje de especial relevancia, pues era intérprete, y se decía de él, que tuvo un papel decisivo en las capitulaciones de Ronda en 1.485. Totalmente inmersa en la investigación, encontró otro documento que estaba fechado en la ciudad de Córdoba, el dos de julio de 1.485, en el que también se le nombraba.

"Asy mismo es nuestra mercer e voluntad que en la dicha cibdad de Ronda no pueda bivar ni morar judío, ni estar en ella de tres días arriba, ecepto Ysrael, nuestro trujamán (intérprete) de aravigo".

Sara no podía parar, había encontrado datos, algunos muy interesantes, por eso era incapaz de detenerse a reflexionar. Continuó consultado y consultado textos y de nuevo apareció el mismo nombre, la misma persona, Ysrael, esta vez en el año 1.490, y ahora lo hacía como recaudador de impuestos en la Serranía de Ronda.

Casi sin darse cuenta llegó la hora de almorzar, pero no tenía hambre, sino que su sensación era de satisfacción por lo que había encontrado. Al menos, había logrado obtener alguna información

especialmente centrada en esta ciudad. Por otra parte, le pareció de gran interés al tratarse de un judío de tan especial relevancia por haber desempeñado unos puestos muy significativos en la administración.

Revisó las fechas y las situó cronológicamente para comprobar que no había cometido ningún error. Así, este personaje aparecía en 1.485 como traductor en las capitulaciones de Ronda, luego fue recaudador de impuestos en la Serranía en 1.490 y por último en la lista de embarque en el puerto de Almería en 1.492. Todo encajaba.

Le resultó muy llamativa la excepción que se hacía con Ysrael para habitar en Ronda el tiempo que quisiera. Hubieron de tener gran confianza en esa persona para asignarle unos puestos de tanta categoría siendo practicante de unas creencias religiosas, tan denostadas en esa época.

Totalmente abrumada por lo que había encontrado, cerró el ordenador y se fue al restaurante.

Estaba leyendo la carta, cuando llegó Enrique. Inmediatamente se pusieron a charlar sobre el viaje a Málaga y los resultados de su búsqueda.

Ambos se sentían satisfechos de haberse quedado allí. Enrique le dijo que había pactado con la agencia de viajes, la sustitución de la indemnización, por diez días de estancia en el parador de Ronda. A Sara le pareció muy buen trato.

Al día siguiente, una vez que ya tenía su portátil, Sara no pudo con la curiosidad y propuso a su marido seguir consultando sobre el tema, al menos durante un rato. Enrique, mientras, decidió ir a pasear que era una de sus aficiones.

Estaba orgullosa de haber estudiado historia, era su pasión. Cuando, caía en su manos alguna información sobre hechos acaecidos en cualquier tiempo, enseguida se disponía a conocer todo lo que había acontecido alrededor de ello. Unía cabos, relacionaba hechos, extrapolaba los resultados y obtenía sus conclusiones. Por eso, aparte de ser una estudiosa, de extraer la información, de intentar conocer el relato de la forma más cercana y desde los más diferentes puntos de vista, ella se consideraba una investigadora.

Desde su pequeño ordenador, consultó los libros de los repartimientos de la época de los Reyes Católicos, algunos legajos de la Biblioteca Nacional, documentación extraída de los archivos municipales de algunos municipios y otras informaciones procedentes de algunos autores que a su vez provenían del Archivo General de Simancas.

Ella era consciente de que gracias a los medios actuales era posible todo esto, y lo valoraba en su justa medida. Desde un punto tan distante se podían conocer al momento multitud de documentos que hubiera sido de muy difícil acceso, por necesitar días de viaje para ello. En muchos casos, también se eliminaban multitud de permisos y solicitudes para poder consultarlos.

Cuando leía algunos capítulos del libro de Joaquín Gil Sanjuan titulado "Disidentes y marginados de la Serranía de Ronda en el tránsito a los tiempos modernos", encontró como se hacía referencia a los problemas que tuvo el Tribunal del Santo Oficio en la Serranía. Allí se hablaba de que el control de todas las minorías religiosas marginadas fue muy difícil debido a la lejanía de la sede, pues esta se encontraba en Granada, así como a la fragosidad del territorio.

En otro de sus apartados se afirmaba que no hubo penas capitales, aunque, los judíos conversos, fueron la minoría más castigada.

Sara, leía los pasajes, totalmente inmersa en esas fechas, lo vivía tan intensa, tan apasionadamente, que ella misma se creía dentro de cada historia que conocía.

En uno de esos episodios descubrió que, posteriormente, en otra visita Inquisitorial realizada a la Serranía, hubo varios procesos y acusaciones contra los judaizantes por sus ritos y ceremonias. El autor afirmaba que lo que se relataba se había extraído del Archivo Histórico Nacional.

Totalmente asombrada, no acababa de creerse el texto, lo releyó varias veces hasta que al final se dejó caer en la cama recordando el párrafo casi palabra por palabra.

—ASÍ LE OCURRIO A MANUEL ALFONSO, PORTUGUES AFINCADO EN LA CIUDAD DEL TAJO, A QUIEN DENUNCIARON PORQUE:

"MANDANDO ASAR UNA PIERNA PARA ALMORÇAR, ANTES DE QUE SE PUSIERA,

DIXO EL REO QUE NO SE ASARÍA BIEN, SI NO LE QUITABAN UNA LANDRECILLA QUE TENÍA EN LA PIERNA; Y LUEGO, EN PRESENCIA DE DOS TESTIGOS, SACÓ LA LANDRECILLA DE DICHA PIERNA, Y UNO DE LOS TESTIGOS DICE QUE LE PARECIÓ QUE SERÍA POCO MAS GORDA QUE UNA AVELLANA, Y QUE LA SACÓ HACIA EL MEDIO DE LA PIERNA, Y DICHIENDO AL REO QUE PARA QUÉ HACÍA AQUELLO, RESPONDIÓ: PARA QUE SE ASE MEJOR" ,

CUANDO EN REALIDAD LO HABÍA EFECTUADO PARA DAR CUMPLIMIENTO A UN RITO JUDAICO.

Sara despertó cuando Enrique abrió la puerta de la habitación. Se había quedado dormida.

- Luego dices que has estado trabajando...
- No sé el tiempo que llevo así, pero no creo que sea mucho.
- ¿Te encuentras bien?, te veo un poco desconcertada.
- Sí, estoy perfectamente, aunque creo que me ha sentado mal quedarme dormida antes de comer.
- Algunas personas dicen que "la víspera", como le llaman a la siesta de antes del almuerzo, es mucho más placentera que la de después.
- Pues a mí me parece que no me ha sentado demasiado bien.
- Podemos dar un paseo antes del ir al restaurante, todavía son las dos.
- Me parece buena idea, así te comento lo que he leído esta mañana.
- ¿Pero además de dormir has hecho algo?
- Eres muy gracioso.

Salieron del hotel y por el camino Sara le contó a su marido lo que había encontrado. Ya no recordaba en su totalidad lo leído, pero le hizo un resumen y le preguntó qué opinaba él.

– Bueno, me sorprende todo esto.

– Pero, aparte de la sorpresa, intenta desechar un poco los condicionantes que lo han rodeado todo y dime qué ves.

Enrique se acariciaba la barbilla con la mano, mientras demoró unos segundos la respuesta, revisando mentalmente todo lo acontecido. Intentaba componerlo para hacerle un resumen a su mujer.

– Podemos decir ciertamente que, tú conoces en Madrid a un señor que se llama Elías y que quiere información sobre los judíos en Andalucía, en especial en la zona de Ronda. También quiere saber algo sobre Baltasar del Alcázar.

Por coincidencia, o a propósito, lo ves aquí. Sin tener otra información, parece que lo han secuestrado, mientras a ti te dejan inconsciente.

Por otra parte yo encuentro una nota en la que aparece escrito el nombre del poeta, lo que parece ser que el título de una de sus poesías, "Una Cena", y además la frase "Fue Alfonso".

Por último, con tus investigaciones, conocemos a algunos judíos famosos, de la época de los Reyes Católicos, en Ronda.

– ¡Joder Enrique! siempre con tu síndrome matemático. Tus explicaciones parecen mensajes de guerra, carecen del sentimiento que lleva todo lo que hemos vivido estos días.

- Bueno, me has pedido que te diga lo que veo y eso es exactamente lo que veo, no tengo nada más. Puedo hacer especulaciones, pero serían sólo eso, pura especulación.
- No se trata de especular, se trata de deducir, tú que eres tan racional.

Sara estaba crispada con la actitud de su marido. Ésta era la otra faceta, además de sus despistes, que la irritaba de especial manera. No podía entender, cómo con los hechos que ocurrían a su alrededor, no se emocionaba. No comprendía cómo no sentía cada una de las vibraciones que producían.

Ella se sentía mal porque Enrique no notaba que ellos mismos estaban dentro de una historia especial, una historia única. Su marido no se daba cuenta de que no podían dejarlo pasar como si fueran hechos insignificantes, sin ningún valor. Sara vivía en primera persona la situación, se consideraba parte de la historia, prácticamente se veía sentada a la cena con don Lope de Sosa.

- A ver, dime como lo describirías tú –dijo Enrique.
- Yo no tengo que ponerle ni quitarle una sola coma a lo que has dicho, pero sí tendría que decirte varias cosas que se deducen de todo lo que hemos visto.

Yo creo que lo que le ha sucedido a Elías no ha sido fortuito, eso es indiscutible. Hay algo más tras su desaparición y eso lo prueban los hallazgos encontrados por la propia policía.

Está claro que Elías vivía en la casa del barrio donde estuvimos, o tenía alguna relación con sus moradores, porque allí encontraste la nota que hacía referencia a Baltasar del Alcázar. Pablo ya me dijo en Madrid que buscaba información sobre ese poeta y esto sería demasiada coincidencia.

Por otra parte me pongo a investigar e intento completar mis conocimientos sobre lo que quería saber ese hombre y aparecen varios personajes, en la historia de Ronda, que coinciden en sus

nombres, su procedencia, y su religión con los relatados en la obra más famosa del poeta. Portugués, judío, Alfonso, ¿no te suena esto de nada?

Si te fijas, yo tampoco me he inventado nada, todo ha pasado, y ni siquiera especulo con la información. Y ahora, dime, ¿no te resulta extraño al menos?

– Sí, la verdad es que hay muchas coincidencias, pero no puedo ver más allá. No sé, quizás haya sido un poco apático con tus averiguaciones, en compensación te prometo que me voy a tomar el tema con un poco de más cariño. Si tanto te interesa, voy a ayudarte.

– Gracias, sabía que sólo tenía que hablarte sobre ello, para que te comprometieras conmigo.

Ambos se cogieron de la mano y continuaron su paseo.

Ella pasó toda la tarde leyendo más y más manuscritos de los siglos XV y XVI. Conoció historias de moriscos, de regidores de la ciudad, de causas de la Inquisición, de bandoleros. Sabía de la Serranía, donde estaban las mezquitas, la posible ubicación de las sinagogas e incluso la situación de las principales rábitas, como la de Montejaque.

Enrique, desde que se despertó de la siesta sólo tenía un objetivo, había prometido a su mujer ayudarle y pensó que leer nuevamente "Una Cena" podría ser un buen comienzo.

Así lo hizo, la leyó decenas de veces, intentaba sacar algún significado, necesitaba encontrar alguna relación entre los datos que tenía. Buscaba algo que le diera alguna pista.

Finalmente, intentando meterse en la piel de su mujer, imaginó que el poeta quería decir algo en su composición, pensó que del Alcázar intentaba relatar algo más que una cena.

Como Sara estaba utilizando el ordenador, decidió bajar a recepción para conectarse, desde allí, al de la facultad. El bicho, como él lo llamaba, tenía mucha mayor capacidad de trabajo, el número de núcleos, como técnicamente los denominaba, era mucho mayor que cualquier ordenador

convencional, así pues, desde abajo podría trabajar mucho más rápido y probar algunas combinaciones que tenía en la mente.

Enrique, como buen matemático, había pensado que podría existir una especie de clave oculta para relacionar los versos de la poesía. Una clave que podría haber inventado el poeta, o alguna otra persona, para transmitir el mensaje que Sara pensaba que estaba detrás de todo. Sabía que era una tontería, pero no conocía otra manera mejor de poder ayudar a su mujer. La experta en historia era ella, él sólo podría ayudarle de esa forma, no se le ocurría otra manera de hacerlo.

Primeramente probó enumerando cada una de las veintiocho "redondillas" que componían el texto. Dio instrucciones a la máquina para que buscara relación entre ellas a través de su ordinal, en la composición, pero no consiguió nada.

Después enumeró todos los versos y pidió a la máquina que realizara diferentes combinaciones también de acuerdo con su orden, resultando todas ellas negativas. Posteriormente, pensó que, utilizando en las combinaciones el número 6, asignado al verso donde se hablaba del criado portugués, podría obtener algún resultado, pero igualmente resultó infructuoso. También lo intentó empezando por el último verso.

Todo negativo, no encontraba ninguna relación numérica entre los versos que pudiera relacionar unos con otros y transmitir un mensaje con sentido.

De repente cayó en la cuenta de que podía enumerar los versos con letras, en lugar de con números, y así puso a la máquina a trabajar en ese sentido, pero tampoco parecía tener ninguna lógica lo que obtenía con sus combinaciones. Como con los números, también probó en orden inverso y no obtuvo ningún resultado.

Aplicó otros métodos, quizás alguno de ellos más complicado y que sin lugar a dudas jamás hubiera utilizado una persona del siglo XVI, pero todos ellos fueron negativos.

Finalmente, aburrido por el fracaso de su intento, desistió, cerró la conexión, y subió a la

habitación.

Sara estaba echada en la cama, despierta, pensaba que era una tontería seguir con ese asunto. También se sentía un poco culpable por haber involucrado a su marido, pues creía que no tenía ningún derecho a implicarlo en algo que bien podría tratarse de pura imaginación suya.

Cuando Enrique llegó, le contó, paso por paso, lo que había estado haciendo. Explicó detalladamente las combinaciones con letras y números que había estado relacionando, y aún se desmoralizó más. Se sintió culpable y decidió terminar con todo aquello.

– Mira Enrique, no creo que debamos seguir calentándonos la cabeza con esto. Son sólo alucinaciones mías. Mi celo profesional me hace tomarme este asunto como un tema personal y no tengo derecho a hacerlo, no sólo por mí, sino por ti.

Enrique, que la conocía muy bien, sabía por sus palabras que estaba desmoralizada y decidió animarla.

– ¿Ahora qué has sembrado el gusanillo en mí, dices eso?

– Es que, pensándolo fríamente, no tenemos nada, debemos de ser realistas. Creo que deberíamos esperar hasta que aparezca Elías, y cuando estemos en ese punto ya veremos qué pasa. Mientras tanto disfrutemos de nuestras vacaciones.

– Tampoco hay que tomárselo tan a pecho, no nos está quitando tiempo en nuestras diversiones, es más, creo que nos está sirviendo de distracción, además estamos paseando, conociendo la ciudad y viendo sus gentes. Para colmo, tú estás aprendiendo historia y yo estoy practicando en mi trabajo.

– Es verdad, tú lo has dicho, tenemos que ser optimistas, ver las cosas desde la parte positiva. Ese

análisis que has hecho me parece muy apropiado, ahora nos vestiremos y nos iremos a dar un paseo tranquilamente.

– Dicho y hecho.

Pasaron junto a la plaza de toros y enseguida llegaron a esos preciosos jardines de la Alameda del Tajo. Les apetecía aquella frescura que proporcionaba la abundante vegetación, disfrutaron de la frondosidad de los árboles y del colorido de las plantas llegando hasta el final de la glorieta. Allí encontraron los famosos balcones suspendidos en el aire, con casi cien metros de caída libre.

Enrique llevaba un rato muy callado. Su mujer, sabía que estaba en otro sitio, que estaba con sus cosas, a pesar de que ella hablaba y hablaba sin parar intentado atraer su atención, no conseguía nada. Ahora no estaba allí, estaba ausente. Esta era una de esas veces que desaparecía, aun estando presente.

– ¿Tu qué piensas de eso, Enrique?

– ¿Qué?... ¿cómo?... no te he entendido.

– No, no me has entendido, no. No me has estado escuchando.

– Bueno, un poco sí, he intentado seguirte, pero a ratos me he despistado.

– Ya sé, al menos espero que te haya merecido la pena –dijo ella un poco enfadada.

– No lo sé, tal vez sí, ya veremos.

– En fin... ¿nos vamos ya?

– Me parece buena idea.

El parador estaba tranquilo, como siempre, ningún ruido, sólo el pequeño murmullo de alguna reunión en la cafetería.

Nada más entrar, Enrique se fue directo al ordenador.

– Perdona Sara, voy a hacer una pequeña consulta antes de subir a la habitación. Ve subiendo tú, que ya te alcanzo.

– Lo sabía, sabía que no estabas tranquilo, sabía que algo te rondaba por la cabeza, que tenías algo que hacer.

– Pues sí, mujer, necesito hacer una pequeña consulta.

– ¿Y se puede saber sobre qué, es esa consulta?

– Pues no, hasta que no vea qué es en realidad lo que busco, no, no se puede saber.

– ¡Vaya, que simpático!

– Bueno, por lo menos podrías conectarte arriba. Ya tenemos ordenador ¿recuerdas?

– Ah, es verdad. Pues si no lo vas a utilizar tú, me subo contigo. Arriba estaré mejor.

Ya en la habitación y sin demorarse ni un segundo, Enrique se conectó otra vez al ordenador de la facultad y recuperó las investigaciones que había estado haciendo con la poesía.

En un momento de la tarde, mientras paseaba, se había dado cuenta de que cuando había asignado las letras a cada uno de los versos, había utilizado todas las del alfabeto, pero esa asignación era errónea. En el siglo XVI no existían todas las letras que tiene hoy el alfabeto, pues no estaban ni la U, ni la Ñ, ni posiblemente la I, y sobre todo no estaba la W.

Con esa nueva idea, probó nuevas combinaciones. El resultado fue otra vez negativo, no tenía ningún sentido el resultado. Cansado, y a pesar de que tenía la seguridad de que al preguntar a Sara ella le echaría en cara que no estaba cumpliendo su palabra, decidió hacerle la consulta.

– Oye, perdona, ¿sabes qué letras del alfabeto eran las que se usaban en el Siglo de Oro?

Ella sólo levanto la vista del libro girando la cabeza hacia él.

– De verdad, Sara, con miradas como esa se podría cargar un móvil.

– Sí, te quejas de mí, y eres tú, al final, el que se pasa la tarde fuera de nosotros, pensando en otros asuntos.

– ¡Esta sí que es buena!, ¿quién me ha metido aquí?, no quieras ahora que me olvide, cuando no he resuelto la cuestión.

– Está bien, no tengo derecho, llevas razón, la verdad es que debo agradecerte que continúes interesándote por esto y por mí.

– Y bien... ¿qué letras son?

– Verás, si te fijas en la poesía, prácticamente se utilizaba la totalidad del alfabeto actual. Las dudas pueden existir en las letras I, U, Ñ y W.

– Es exactamente lo que yo pensaba.

– La Ñ existía. Los poetas del Siglo de Oro la utilizaron, al igual que la U, que ya había evolucionado desde la V. También se usaba la I que procedía de la J. Estos cambios eran relativamente recientes en esas fechas, es más, creo que en el siglo anterior todavía no se utilizaban.

El caso de la W, sin embargo, es distinto. Esta letra es mucho más reciente en nuestro alfabeto. Creo que quizás fuera incluida en el siglo diecinueve. ¿Tú las estabas utilizando todas? –insistió Sara.

– Sí

– Vaya, ¿y has probado a enumerarlos excluyendo la W?

– Ahora lo estoy haciendo.

Sara no quería interrumpirlo, por lo que abrió nuevamente su libro y fingió estar leyendo.

Él no paraba de teclear, así estuvo durante al menos treinta o cuarenta minutos, que a ella se le hicieron eternos. Con los nervios, no se enteraba de lo que leía, multitud de veces tuvo que regresar al principio de cada párrafo, para poder saber lo que allí se decía.

Por fin Enrique cesó en su golpeteo y respiró profundamente. Sara cerró el libro.

– Lo tienes, ¿verdad?

– Creo que sí.

– Por favor, no lo demores más, dime lo que has encontrado.

– Te cuento lo que he hecho.

Primero he asignado a cada verso una letra del abecedario existente en esas fechas. Al primer verso la A, al segundo la B, y así sucesivamente. Cuando terminaba con la Z, empezaba nuevamente, de esa manera cada verso tenía su letra.

Después he pedido a la máquina que elimine las frases que no tengan asignadas las letras – F – U – E – A – L – O – N – S –.

– ¿Por qué esas letras?

– Porque son las letras que aparecen en la frase FUE ALFONSO que estaba escrita en la nota que encontré en la casa.

Hasta ahora sólo había pensado que esa frase quería culpar a alguien, y que con la combinación a través de los números, o de las letras asignadas a los versos, obtendría como resultado qué fue lo que hizo "Alfonso", de qué era culpable.

Ahora le he dado la vuelta a la tortilla, es decir, durante toda la tarde he estado pensando que ya que había asignado una letra a cada verso, podría probar utilizando las letras de FUE ALFONSO, para ver si los versos que le habían correspondido, nos decían algo.

Pero claro, al ser tantos versos, aparecían varios de ellos asignados a una misma letra, por eso, en un cuarto paso, fui descartando algunos que yo creía que no tenían ninguna relación con el tema. Dicho de otra manera, fui dejando, a propósito, y por elección puramente personal, aquellos que pudieran tener algo que decir en relación a nuestro asunto.

– Bien, por favor, dime ya el resultado.

– Al final lo que tengo es esto, según la frase FUE ALFONSO, trasladando los versos literalmente, resulta esto:

"Un criado portugués, digna de veneración, tenía este caballero".

"Ya que Inés, hemos cenado, falta comenzar la fiesta, que el portugués cayó enfermo... ¿No miras qué tufo da?, todo con tanta fineza, hizo fin, ¿Qué viene ahora?, la moradilla va entrando.

– Como verás, esto ya tiene algún sentido. Aquí sí se ve claramente que separando el grano de la paja, hay algo; sin embargo no está del todo claro.

– Sí, parece confirmar lo que estábamos pensando.

– Pues mira ahora. Después de un pequeño ajuste y una vez ordenados los versos, resulta esto:

"Tenía este caballero un criado portugués"

– En esta primera frase se define al protagonista y, según mi propio criterio, continuaría:

"digna de veneración, falta comenzar la fiesta"

– Esta parte es la que menos sentido tiene, parece que quiere comentar algo sobre la fiesta, quizás ponderarla, no sé... pero tampoco parece definitiva a la hora de comprender el sentido del conjunto.

El siguiente párrafo sería este:

"La moradilla va entrando. Todo con tanta fineza, ¿no miras qué tufo da?"

– En esta frase, dice cómo se ha realizado, con las setas. Aunque "La Moradilla" no sea venenosa, sino todo lo contrario, muy rica al paladar, sin embargo parece estar indicando que entre ellas se pudo ocultar la que verdaderamente le produjo el fatal desenlace. Dice también que lo hace con delicadeza, además, señala "lo mal que huele todo".

Y por último completa la información con el resultado.

"Ya que, Inés, hemos cenado, hizo fin, ¿qué viene ahora?... Que el portugués cayó enfermo..."

– ¿Qué opinas Sara?

– Espera, espera, se me ocurren muchas cosas.

– Pues empieza a hablar, que yo también iré diciendo lo que estoy pensando.

– Lo que se ve claramente es la relación de la poesía con la frase encontrada en la casa. Parece que alguien escribió esa frase para relacionarla con esa obra.

– Yo así lo creo. Es imposible que sea puro azar, no puede ser que con esa frase tan corta, "FUE ALFONSO", se obtenga una conclusión tan clara. Es evidente que se trata del relato resumido de unos hechos –dijo Enrique.

– Por otra parte se me ocurre que, a pesar de que ahora lo vemos tan claro, no es tan fácil llegar a ese final. Vamos, que no es tan sencillo encontrar la relación entre la poesía y la frase. El que la diseñó,

si bien pretendía decir bien claro lo que ocurrió, con esa forma de esconderlo no le iba a resultar fácil encontrarlo a cualquiera.

– Yo me siento totalmente impresionado con el resultado, a pesar de que trabajaba con poca convicción. Si te digo la verdad, no tenía ninguna confianza en llegar a una conclusión de este tipo.

– Pero sigue comentando, Enrique, ¿qué más ves?

– Pues no veo nada más, ¿te parece poco?, ¿qué más quieres? Nunca había colaborado con nadie en temas de este tipo y me ha impresionado. Ahora comprendo porque te gusta tanto tu trabajo.

– Bueno, mi trabajo no es esto, yo tampoco había realizado este tipo de indagaciones.

Pero, hablando de otra cosa y en relación a quién ha escrito la nota, pienso que quien lo hizo también debe de conocer su significado e igualmente debe de haber llegado a la misma conclusión que nosotros.

– El que alguien lo conozca también, no quita que lo que hemos encontrado sea un descubrimiento especial nuestro. Nosotros no hemos tenido ningún tipo de ayuda ni información exterior y sin embargo hemos llegado a una conclusión final.

– Sí, casi al final, porque te habrás dado cuenta de que hay más –insistió Sara.

– ¿Más?

– Sí, más...

– ¿Dónde?, no lo veo.

– Por eso te decía que se me estaban ocurriendo tantas cosas.

– Venga Sara, cuéntame.

– En la poesía se habla de "un criado portugués", ¿verdad?

– Sí.

- Haz memoria sobre algo que te comentaba estos días atrás. Era sobre un judío que había sufrido un proceso de acusación por prácticas judaizantes en la Serranía de Ronda.
- Quiero recordar algo –dijo Enrique.
- Pues eso todavía completa nuestra investigación mucho más.
- Explícate, por favor.
- Ese judío que sufría el acoso de la Inquisición, según el relato, era portugués –le recordó Sara.
- ¡No me digas!
- Pero es más, ¿sabes cómo se llamaba?
- No
- Se llamaba Manuel Alfonso.
- Dios, dios...
- Sí, eso, dios. Esto no puede ser coincidencia, no obstante, tengo que ver la fecha del proceso, pero no puede ser coincidencia.
- Vamos por partes, por favor, ahora soy yo quien no da abasto con las ideas que se me ocurren...
- Te cuento yo primero, lo que pienso, y de esa manera ponemos un poco de orden en lo que tenemos hasta ahora.

Sabemos que un poeta escribió sobre una cena en Jaén, como dice la versión original, o en Ronda como alguien cambió en algún momento, pero al fin y al cabo nos da igual, lo importante son los hechos.

En la poesía se habla de un portugués cenando, que cayó enfermo.

Por otra parte tenemos a Elías y una nota encontrada en la que podemos deducir que es su casa. En esa nota aparece la relación entre dos frases, que con tus indagaciones, logras relacionar con la

poesía y que cierra el círculo en torno a un judío de origen portugués acusado de prácticas judaizantes y que vivió realmente en Ronda.

– Además, creo recordar que tú también habías dicho que incluso el propio autor, Baltasar del Alcázar, había sido acusado de proceder de una familia de judíos conversos.

– Efectivamente, todo es muy curioso por las múltiples relaciones que existen entre los hechos históricos y la ficción creada por el poeta.

– Lo único que nos quedaría por conocer es, quién ha escrito la nota, y por qué.

– Pienso que Elías es la llave de todo este asunto. Necesitaríamos saber dónde está, hablar con él, conocer exactamente cuál era la información que necesitaba de nosotros y sobre todo, preguntarle por qué quería hablar conmigo aquella mañana, por qué me llevaba hacia aquella casa.

– Esperemos que la policía dé pronto con la solución a su desaparición.

– Juan Ramón dijo que tenían muchas posibilidades de encontrarlo. Habían aparecido muchas pistas en la ambulancia –dijo Sara.

– ¿Juan Ramón?... ¿el teniente Écija, no?

– Sí, claro, es que la última vez, se empeñó en que lo llamara por su nombre de pila. Dijo que parecía mucho más natural y llamaba menos la atención sobre cuál era su trabajo.

– Ah... ya.

– Bueno, de cualquier forma, creo que nos hemos merecido un descanso.

– Es verdad, son las dos de la madrugada y ya sabes que no estoy acostumbrado a trasnochar tanto.

– Sí, pero eso es porque tienes que levantarte temprano para trabajar y necesitas estar concentrado, en plena forma, dispuesto a lidiar con tus alumnos, pero mañana será distinto, no tendremos prisa, nos levantaremos tarde, disfrutaremos en el desayuno con churros, y sobre todo, hablaremos sobre nuestro descubrimiento.

– ¡Que buen programa!, así cómo me voy a encontrar mal.

– Buenas noches.

– Buenas noches, hasta mañana.

A día siguiente, tal como lo habían planeado la noche anterior, se levantaron tarde. Tarde para ellos eran la diez de la mañana. Se ducharon y, con ropa informal, decidieron desayunar unos churros con chocolate. Les dijeron dónde podían tomarlos y salieron del parador disfrutando del fresco ambiente de la mañana.

Luego fueron a dar un paseo por La Ciudad, que es como se conoce en Ronda a la parte antigua, y que está pasando el Puente Nuevo. Tomaron la primera calle que encontraron a la derecha, siguieron parte de la ruta que el primer día les había enseñado Antonio, pero hoy era Sara la que hacía de guía.

Con lo aprendido el día que llegaron y los conocimientos de su mujer, Enrique se enteró de que toda esa zona era la parte más antigua de Ronda. Allí se había asentado, alrededor del Castillo del Laurel, toda la población musulmana hasta mediados del siglo XV y primeros del XVI, La Ciudad correspondía exactamente a la medina musulmana.

A partir de esa fecha, después de las capitulaciones, la población comenzó a extenderse desde el Puente Viejo hacia el Barrio del Mercadillo por la otra orilla del río.

Cuando se construyó el Puente Nuevo, inaugurado alrededor de 1.800, la población se expandió a ambos lados de la garganta, y por supuesto desde abajo hacia el Mercadillo. En esa parte, donde ahora se extiende toda la parte nueva, sólo existían algunos conventos, fue posteriormente, a partir del siglo XIX, cuando se desarrolló Ronda por esa zona.

Llegaron a la Iglesia de Santa María, "la catedral" como también la conocen los habitantes de Ronda, debido a que en tiempos de los Reyes Católicos tuvo una categoría que la aproximaba al rango de las catedrales principales del reino.

Esta vez no entraron, pero la rodearon por completo. Sara explicaba los distintos estilos que se superponían en el monumento que en su día también fue mezquita. Ella disfrutaba aclarando cada detalle de las fachadas, contemplaban los arcos de medio punto, las columnas, las inscripciones, los bajorrelieves, llaves, espadas, cruces...

Después bajaron para ver otra iglesia, hasta allí no habían llegado en su primer recorrido. Era la del Espíritu Santo, también erigida sobre una mezquita, que estaba en el arrabal alto, y terminada, en el siglo XVI. Bajaron por calles empedradas para ver las murallas y la Plaza de San Francisco.

Mientras paseaban, de algún establecimiento de la zona, les llegaron unos olores que les despertaron el apetito. Preguntaron a un señor, que estaba al lado del pilar que hay junto a la Puerta de Almokabar, por un lugar donde tomar unas tapas, o incluso comer, y este hombre les indicó varios establecimientos.

No habían hablado nada sobre lo encontrado la noche anterior, ninguno de los dos había mencionado ni un sólo detalle, daba la impresión de que se habían puesto de acuerdo para no hablar del tema, pero no era así.

Su subconsciente les estaba jugando una mala pasada, estaba jugando con ellos. Habían encontrado algo que realmente podía ser valioso pero, interiormente y sin premeditación, no habían querido sacar el tema para no romper el hechizo. Había sido una noche tan importante que no querían

destrozarla con palabras.

Sin embargo, la realidad terminaría apareciendo, más pronto que tarde, alguno de los dos vería u oiría algo, diría alguna cosa que supondría esa gota última, esa que rompería la presa y desbordaría ese río repleto de palabras, frases, averiguaciones contenidas, ese caudal de información que serviría de sustento para continuar intentando saber... por qué.

Así fue, se sentaron en la terraza de uno de los bares de la plaza de San Francisco y pidieron un par de cervezas bien frías, también preguntaron si servían comidas. El camarero les contestó afirmativamente y les aconsejó dos opciones, podían hacer una comida formal, para lo que les traería la carta, o bien, comer a base de platos variados para compartir. Ellos decidieron comer de manera informal, así probarían más variedad. El número de platos para elegir era muy grande, pescados, carnes, verduras, plancha, fritos, guisos. Uno de los que les ofreció el camarero fue "ración de boletus en salsa rondeña". Ambos se miraron y dijeron que por ahora era suficiente con lo que habían elegido, si más tarde les apetecía algo, lo llamarían.

– ¿Por qué no has pedido una de setas? –dijo Sara, con su sorna de los días de fiesta.

– Porque no tienen "moradilla", sólo boletus.

– ¿Has vuelto a pensar sobre lo que encontramos anoche?

– No, cuando terminamos nuestra conversación desconecté y, tengo la sensación de que, no he querido volver a recordarlo.

– A mí me ha pasado igual, es curioso, nos hemos levantado, hemos empezado a hacer cosas, desayunar, paseos, visitas, pero mi mente no ha pasado, ni de cerca, por lo encontrado anoche.

– Yo creo que si alguno de los dos hubiera pensado en eso, se lo habría recordado al otro. Nuestro subconsciente lo ha ocultado por alguna razón, tal vez sólo para dar descanso a nuestra mente.

– Pues a mí ahora me apetece hablar, ¿a ti no?

– Sí, seguro que sí, estoy deseando, pero te cedo la vez a ti, que eres la promotora.

– Bueno, para empezar, te diré que, con todas estas novedades, me gustaría saber quién ha escrito la nota y ha relacionado los hechos antes que nosotros. También me gustaría saber qué tiene que ver Elías en todo esto. Y por último me gustaría conocer dónde puede llevarnos todo lo que hemos averiguado.

– Y a mí también me gustaría todo eso, pero se me está ocurriendo que puede no haber nada más, que simplemente se trate de un acontecimiento puntual que alguien ha querido contar y que otra persona ha querido utilizar para ocultar otros hechos que, por razones de seguridad, no podía hacer público en esas fechas.

– Es muy interesante lo que acabas de decir.

– ¿Por qué?

– Simplemente porque se trata de judíos en tiempos de los Reyes Católicos y eso significa que no se podían tocar determinados temas, entonces reinaba el imperio del Santo Oficio.

– Claro, y por eso, alguien ocultó esa información a los ojos de cualquier profano.

– Por eso te he dicho, que es muy importante lo que acababas de decir –dijo Sara. Yo deduzco que, aunque la nota esté escrita recientemente, la frase la escribió alguien de la época del judío Manuel Alfonso. Ese alguien pudo ser el poeta, o simplemente alguna persona del entorno del portugués que pretendió dejar constancia de lo que le pasó, pero decidió hacerlo de esa manera por peligrar su vida.

– No quiero ser yo quien te lo diga, pero creo que deberías intentar continuar tus averiguaciones sobre ese tal Manuel Alfonso, igual llegas a alguna conclusión. Tal vez si continuaras indagando, encontrarías alguna lista de embarque en la que aparezca su nombre, como aparecía el del otro,

¿cómo se llamaba...?

– Ysrael.

– Eso, Ysrael.

– ¡Hay que ver, como me tientas!, ¡qué malo eres!

– Bueno, sólo es una posibilidad, pero ahora vamos a disfrutar de nuestra estancia aquí. Quizás en Madrid, cuando regresemos y hasta que retomemos el trabajo, tengas algunos días y puedas dedicarte a ello.

– Perfecto, lo tendré en la recámara para utilizarlo en su momento.

– Pero ahora creo que sería mejor que nos olvidáramos y saboreemos estos manjares, al estilo de como lo hacía Baltasar del Alcázar.

Después de descansar, tras el almuerzo, bajaron a la cafetería del parador para tomar un café y fue allí donde se encontraron nuevamente con el teniente Écija. Llevaba una camisa de cuadros abierta con manga larga y puños vueltos, pantalón vaquero de marca y unos mocasines de cuero. Estaba solo, de espaldas, tomando algún refresco y se volvió de pronto.

– Creí oír su voz... –dijo al verlos cuando se giró y sin referirse a ninguno en particular.

– Hola, buenas tardes –contestaron ambos.

– ¿Quieren tomar algo?

– Precisamente veníamos a tomar un café –comentó Sara.

– Pues los invito, podemos sentarnos en aquel rincón junto a la ventana, allí hay menos ruido y podremos charlar mejor.

El policía avisó al camarero para que les tomara nota y le informó de dónde se iban a sentar.

Ya acomodados en los sillones parecían los tres un poco más relajados, sin embargo el primer contacto les sorprendió un poco a todos, sobre todo al matrimonio, pero el policía, a pesar de estar esperándolos, tampoco estaba totalmente en su lugar.

El teniente estaba acostumbrado a todos los ambientes, era un hombre curtido en las calles desde su infancia. A pesar de tratarse de una persona que procedía de la clase media, desde pequeño, sus padres habían intentado hacer de él y de sus hermanos, unas personas de mundo, los habían educado en la austeridad a pesar de tener medios suficientes, en la humildad a pesar de tener razones para alardear y en la constancia a pesar de tener ejemplos cercanos de dejadez.

Había trabajado desde muy joven para costearse sus caprichos y había luchado con todas sus fuerzas para conseguir la graduación y el puesto que ahora ocupaba. Se sentía satisfecho y orgulloso de lo que hacía, pero procuraba no demostrarlo.

Aparentemente era otra cosa. Las personas, incluso sus conocidos cercanos, no sabían cómo era en realidad, sólo en contadas ocasiones, y por supuesto con las personas que él elegía, era Juan Ramón. En cualquier otro caso, y sobre todo para los que lo odiaban, era "Brillamor".

La gente decía que el apodo se debía a su pelo negro engominado, pues era moreno y brillante, otros, a su elegante compostura pues siempre era lucida, los más atrevidos decían que su mote era porque era brillante en sus juegos de amor.

De todo ello, lo único cierto es que se trataba de una persona que no pasaba desapercibida, sin embargo, a pesar de su inquebrantable aplomo, cuando se encontraba con esta pareja no estaba cómodo, o tal vez demasiado cómodo, o tal vez incómodo, o tal vez no era por la pareja... era sólo por ella.

– ¿Qué le trae por aquí teniente? –preguntó directamente Enrique.

- He venido a tomar un café.
- ¿Sólo ha venido a eso?, o también quería hablar con nosotros.
- Es usted muy directo, se nota cómo la parte científica aparece en su vida.
- Claro, en cada uno de nosotros, sin querer, siempre aparecen rasgos de su forma de ser y de su trayectoria vital –dijo Enrique.
- ¿En mi caso también?
- Entiendo que los habrá, pero yo no soy la persona adecuada para detectarlos, quizás sea una de mis asignaturas pendientes, la psicología.
- Bueno, no se puede ser un experto en todo –dijo Brillamor.
- Expertos... ¿qué son expertos?, nadie es experto. Puedes tener más o menos conocimientos, pero en un mundo en que cada parcela tiene ya tantas ramificaciones, siempre habrá alguien en una de esas ramitas que te diga algo que desconoces, además, a tu alrededor hay infinidad de ramitas con infinidad de conocimientos distintos, visiones diferentes y sensaciones particulares.
- Veo que también tiene usted algo de filósofo –afirmó el policía.
- Eso puede ser, todos tenemos un pequeño filósofo dentro, aunque tampoco es mi fuerte.
- Bien, creo que estamos aburriendo a su señora.
- No, a ella le gustan más que a mí este tipo de conversaciones, lo que me extraña es que no participe.
- Es cierto, sin embargo hoy sólo escucho, será porque estoy recién levantada de la siesta –dijo Sara.

En ese momento sonó el teléfono móvil del policía, pidió disculpas para atenderlo y se retiró unos segundos.

– Bueno, no quiero entretenerlos más, supongo que tendrán planes para esta tarde, además me requieren en otro asunto urgente, sin embargo antes de marcharme, contestaré a la pregunta que me hizo al principio.

Efectivamente, el motivo de mi visita, además del café, era comentarles que ha aparecido Elías.

– ¿Dónde está? –preguntó impaciente Sara.

– Mis compañeros de Sevilla han llamado esta mañana comunicándonos que lo habían encontrado.

– ¿Cómo han sabido ellos que lo buscaban?

– Nosotros habíamos solicitado su colaboración porque algunas de las huellas dactilares encontradas en la ambulancia pertenecían a personas con un pasado algo complicado, por llamarlo de alguna manera, y su lugar de residencia era Sevilla capital.

– ¿Cómo se encuentra?

– Al parecer está bien. Mañana estará aquí para contarnos lo sucedido.

– ¿No puede decirnos algo más?

– Lo siento, ahora no puedo entretenerme, tengo que marcharme. Intentaré conseguir alguna información adicional y les diré algo en cuanto pueda.

Ah... por cierto, nos han enviado algunas invitaciones a la comisaría, para un concierto que va a celebrarse hoy en una de las bodegas de la ciudad. Me he acordado de ustedes, ¿les gustaría asistir?

Ambos se miraron y coincidieron con un gesto afirmativo.

– Pues sí –contestó Sara.

– Ya que están de vacaciones y entiendo que quieren conocer esta ciudad a fondo, aquí tienen un par de ellas. Creo que les va a gustar, en recepción les pueden pedir un taxi para que los lleve, porque el lugar está fuera de la población. La hora también la tienen ahí.

– Muchas gracias.

– Allí nos veremos y continuaremos esta charla. Seguro que tendré más datos y podré decirles algo más.

Se separaron y el policía se dirigió hacia la salida. La pareja se quedó en el vestíbulo del hotel, no tenían prisa, pues la invitación señalaba que el comienzo era a las nueve de la tarde.

A las nueve menos cuarto estaban los dos en la recepción pidiendo un taxi para que los llevara a la bodega.

Enrique, clásico, como siempre. Pantalón y chaqueta azul marino con camisa blanca y corbata granate. Los zapatos sin cordones, eran negros. Elegante, sobrio él.

Sara estaba espectacular. Se había soltado la melena rubia, que caía suavemente sobre los hombros al desnudo. En su rostro, blanco como la naca, destacaban sus ojos celestes y su perfecta nariz. Llevaba un vestido largo, de color rosa fucsia con unos pliegues laterales. Toda la espalda quedaba al descubierto. La pieza estaba sujeta al cuerpo sólo por dos cintas que partían de la parte de delante del propio vestido y que le rodeaban el cuello. Una raja lateral hasta la mitad del muslo, dejaba a la vista unas piernas infinitas y perfectamente formadas. Los zapatos eran de color rosa pastel a juego con el vestido y de la misma tonalidad que el bolso de mano. Provocativa, sensual

ella.

El recepcionista les comentó que el taxi estaba en la puerta.

– ¿Se marchan ya o esperarán a Brillamor?

Ambos se miraron extrañados.

– ¿Quién es Brillamor? –preguntó Enrique.

– Ah, perdonen, el teniente... de policía, es que no recuerdo su nombre –dijo el empleado ruborizándose al saber que había metido la pata.

– ¿Su apellido es Brillamor?

– No, perdonen, no he debido llamarlo por su mote, pero es que en la ciudad es conocido así. Les ruego que no le digan que se lo he dicho, por favor.

– No se preocupe, pero, ya que lo ha dicho, nos gustaría saber el motivo del apodo.

El recepcionista, una vez tomada confianza, y en la seguridad de que no hablarían de él, les contó, con todo lujo de detalles, la razón del sobrenombre.

La bodega estaba a las afueras de la población, como les había informado Juan Ramón. La entrada y alrededores no indicaban que se tratara de un lugar acorde a la indumentaria que llevaban, sin embargo los invitados sí estaban en la línea que esperaban.

Presentaron las invitaciones a la entrada y les solicitaron información a las personas que los habían atendido, amablemente les indicaron dónde se celebraría el evento y cómo llegar hasta allí.

Sólo habían caminado unos treinta metros por una rampa de albero cuando, a la derecha y con un cigarro en la mano, los estaba esperando el teniente de la policía Juan Ramón Écija.

Saludó con un seco "buenas tardes", a la pareja que los precedía, y enseguida partió hacia ellos.

El policía vestía de manera más informal, pero sumamente elegante. Su traje era de lino, color crudo, con zapatos del mismo tono, no llevaba corbata. Debajo de la chaqueta, de corte magistral, sorprendía con una camiseta negra de cuello de pico. Las mangas de la chaqueta las tenía un poco recogidas. Su pelo negro y brillante, con el mechón caído sobre el lado derecho, su rostro moreno y sus ojos negros, protegidos por dos abanicos de pestañas, lo hacían atractivo, seductor.

Cogió la mano de Sara y de un seco y a la vez delicado tirón, ella vio cómo la besaba, a continuación saludó con un fuerte apretón de manos a Enrique, que correspondió de igual manera.

– Buenas tardes, los estaba esperando.

– Gracias por el detalle –dijo Enrique.

– He pensado que podrían encontrarse incómodos al no conocer a nadie.

– Pues sí, la verdad es que estábamos un poco despistados, aunque hemos preguntado a la entrada y nos han indicado el camino.

– Si quieren acompañarme, les serviré de guía.

– Por supuesto, gracias de nuevo.

Continuaron bajando por la rampa de albero y en su camino solamente hablaban de temas intrascendentes como el clima, la bondad de la noche y lo que habían visto de la ciudad. Mientras charlaban, llegaron ante un edificio antiguo que parecía una iglesia. Ambos se quedaron sorprendidos ante tan bonita construcción, pues no la esperaban allí. Esta vez fue Sara la que cortó en seco el diálogo.

– ¿Qué edificio es este?, parece una iglesia más que una bodega.

– Efectivamente, es una iglesia, pero también es una bodega –comentó Juan Ramón.

– Pues es preciosa, ¿se puede visitar?

– Claro, de hecho el concierto tendrá lugar ahí dentro.

– ¡Qué maravilla!, estoy deseando verla.

– ¿La bodega está en el mismo edificio, teniente? –preguntó Enrique.

– Por favor, le ruego que deje de llamarme teniente, mi nombre es Juan Ramón y ahora son mis invitados. Si me apuran, les diré que los considero mis amigos, así que les pido que me llamen por mi nombre de pila.

– Está bien, pues entonces dejaremos también de hablarnos de usted, pues entre amigos no cabe tanta formalidad.

– Perfecto, Enrique, ahora intentaremos disfrutar de la tarde, del entorno y de la música.

Entraron a la iglesia. El edificio era del siglo XVI y fue rápidamente situado en el tiempo por Sara. Aunque mostraba sus heridas producidas por el paso de los años, se notaba que los técnicos habían sabido curarlas de manera sabia. Al fondo se veían unas pinturas al fresco, parcialmente conservadas. A los laterales quedaban rastros de las columnas y nervaduras que sujetaban el techo del edificio. Las sillas estaban dispuestas en el centro, con pasillos laterales y central. Justo entre los pasillos laterales y las paredes de la iglesia, se disponían los toneles de acero inoxidable que contenían los sabrosos caldos.

Era un contraste espectacular. El edificio antiguo, era el continente seguro y ponía el pasado, la sabiduría, la fortaleza. En el interior, el contenido era moderno, vanguardista, delicado, protegido, frágil.

Sara se preguntaba cómo era posible que una mezcla tan dispar pudiera conseguir un resultado tan homogéneo, tan integrado. Ya sólo quedaba esperar el sonido que complementaría aquel entorno.

Los invitados continuaron llegando y ocupando todos los asientos disponibles, no quedó un sólo sitio vacío.

El cuarteto de cuerda se situó ante los frescos y desde allí se escucharon las primeras notas. Los

tres amigos, sentados juntos, prácticamente no cruzaron palabra desde su entrada a la iglesia. Enrique y Sara comentaron algún detalle de la edificación y enseguida callaron para disfrutar de la velada. Fue un espectáculo muy bonito, a cuyo término todos los invitados comentaban el éxito de la actuación.

Cuando salieron del recinto, Juan Ramón les dijo que en los jardines se serviría una copa, así que decidieron refrescarse un poco.

Una vez salieron, rodearon la nave principal. El policía, que hacía las veces de guía turístico, les fue explicando que no sólo se trataba de una iglesia, sino que todo el conjunto había sido un convento de Monjes Trinitarios. Estaba situado en plena cornisa del Tajo, con vistas al valle, los madrileños se quedaron nuevamente asombrados con esa espectacular imagen de Ronda a la luz de la luna llena.

El edificio estaba rodeado de jardines en los que había multitud de flores y árboles frutales que alternaban con los decorativos. Juan Ramón les dijo que entre los frutales había algunos que exclusivamente se daban en esa zona de la ciudad, el motivo era que al estar protegido del norte por la cornisa del Tajo, allí se creaba un microclima especial.

En la parte más alta de la finca había una cueva y dentro de ella un manantial del que brotaba un agua cristalina. Desde allí bajaba por su propio peso, y conducida por acequias, al resto del recinto. De esa manera, tan primitiva, los monjes habían sabido acercar el rumor del agua a los oídos, colaborando a que aquello pareciera un paraíso. En la alberca, iluminada, se veía, en un mosaico, el escudo que representa a los Monjes Trinitarios.

Continuaron bajando hasta llegar a una zona al borde del acantilado, allí habían instalado una barra provisional y se concentraba la mayoría de la gente. Juan Ramón dijo que se acercaría para pedir y que no era necesario que fueran los tres.

– ¿Qué vais a tomar?

– Una cerveza –respondieron ambos al unísono.

– De acuerdo, ¿tenéis alguna preferencia en las tapas, o me dejáis elegir a mí?

– Mejor decides tú –respondió Sara.

Ante las miradas de algunas de las chicas que había por allí, el más puro Brillamor se alejó hacia la barra.

El matrimonio se acercó al borde para sentarse en una especie de banco corrido que formaba la protección que separaba, la zona de paseo, y el vacío del Tajo. Unos ochenta metros abajo, con la claridad de la noche, se veían los viñedos de la finca. Los cortijos iluminados y diseminados por el valle, daban a la noche ese aspecto de tranquilidad que ofrecen los paisajes bucólicos de los cuentos.

Sara y Enrique conversaron sobre la noche, el concierto, el lugar y todo lo que lo que estaban viviendo, lo hacían con la misma calidez y confianza que siempre había reinado en sus conversaciones, con la comprensión y la quietud que les daban los años de convivencia, que aunque pocos, ya suponían casi la decena.

No era una noche cualquiera para Sara. Era una noche con un toque mágico para ella, que era una persona sensible a los matices, todo le parecía tocado por una varita mágica. Luna y estrellas en una noche clara, música alimentando la mente y arte arquitectónico para agrandar la sabiduría.

Pero había algo en su interior que la hacía no encontrarse plenamente bien. Se sentía amenazada sin saber por qué, había revisado todo, cada cosa la había estudiado a fondo y no encontraba ningún motivo para tener esa pequeña desazón por dentro.

Claro que también había pensado en el policía, pero se negaba a aceptar algo que no estuviera dentro de sus patrones.

Enrique también disfrutaba de la noche, pero a su manera. La música suponía para él tranquilidad,

le daba calma y le hacía reflexionar sobre la fugacidad de lo presente. Como buen matemático, la filosofía era la base de su conducta. También disfrutaba del resto de las cosas que percibían sus sentidos, pero de una manera más equilibrada, si se puede llamar equilibrado a algo que se siente. Analizaba el entorno y se situaba en los tiempos de esplendor del convento, imaginaba a los monjes labrar los jardines, regar los campos y orar, incluso purgar sus pecados en las cuevas que había al fondo. Él sin embargo, no estaba nervioso ni tenía ninguna desazón, todo lo contrario, estaba totalmente seguro de sí mismo, de cómo actuaba, y de lo que veía.

Al rato llegó Juan Ramón con las cervezas y pidió a Enrique que lo acompañara para traerse unos platos con tapas.

– Bueno, pues ya tenemos de todo.

– Ponedlo aquí, en esta mesa, nosotros podremos sentarnos en el poyo –comentó Sara.

– Yo lo que necesito es un poco de cerveza, estoy sediento –dijo el policía.

– Creo que todos necesitábamos refrescarnos un poco –confirmó también Enrique cogiendo una de las bebidas.

– ¿Que os parece todo esto?

– Mientras venías, hemos estado conversando Sara y yo sobre eso. Nos parece un lugar muy bonito y el concierto también ha estado bien, nos hemos alegrado de venir.

– Sí, nos hemos alegrado, pero también nos acordamos de que nos dijiste que nos ampliarías la información sobre lo ocurrido con Elías –dijo Sara.

– Algunas personas son muy directas y pienso que eso ocurre muchas veces con las mujeres, ¿verdad Enrique?

– Sí, pero son sinceras, siempre hacen y dicen exactamente lo que quieren, aunque pienso que, como

dices tú, eso no es exclusivo de ellas pues también hay hombres que son así.

– En fin Sara, voy a contestar a tu pregunta que es lo que más te interesa según parece.

Como os dije esta mañana, los compañeros de Sevilla han encontrado a Elías.

Cuando encontramos la ambulancia y analizamos las pruebas halladas, informamos a nuestros compañeros de la capital para que hicieran las averiguaciones necesarias en torno a las personas posiblemente implicadas. Ellos continuaron la investigación allí con métodos propios de nuestro trabajo y de los que no creo necesario informaros. El resultado fue llegar hasta una nave en un polígono industrial, donde los implicados guardaban gran cantidad de objetos antiguos y obras de arte. Al parecer se dedican a la compraventa de este tipo de material, viajan por los todos los pueblos de nuestro país y compran, llamémoslo así, toda clase de artículos que puedan tener algún valor.

– ¿Pero son delincuentes profesionales?

– No lo sabemos aún, eso forma parte del secreto de la investigación y me vais a perdonar por no daros más detalles.

– Es verdad, continúa contando lo que puedas, te lo agradecemos –dijo Sara.

– También han aparecido algunas obras de arte de gran valor, que en su día habían desaparecido, y de las cuales tenemos denuncia por robo.

– Entonces son ladrones, ¿no? –volvió a insistir Sara.

– No tiene por qué ser así, pudieron haberlas comprado a alguien y este a un tercero y así sucesivamente.

– ¿Pero tendrán responsabilidad?

– Pues no sabemos, pero te ruego que no insistas en ese tema por favor.

– De acuerdo, perdona, pero mi deseo de saber me hace ser imprudente.

– Os cuento un poco por encima el proceso, porque no creo que tenga demasiada importancia.

Nuestros compañeros siguieron a las personas que estimábamos estaban implicadas hasta la nave y a la vista del gran movimiento de entrada y salida de personal que presentaba, solicitaron una orden judicial urgente para poder entrar y conocer lo que había en su interior.

Un par de horas más tarde, y una vez en su poder la orden, llamaron a la puerta y solicitaron pasar. En ningún momento sus moradores les pusieron impedimento a entrar o registrar el recinto, por lo que no tuvieron que mostrar la orden. En todo momento se mostraron colaboradores con la investigación y no pusieron ningún tipo de pega a nada de lo que les solicitaron mis compañeros.

En uno de los despachos encontraron a Elías sentado en una silla, conversando con otra persona. No presentaba ningún daño físico aparente.

– ¿Pero entonces que hacía allí? –preguntó Sara.

– Elías dice que no sabe cómo llegó, pero que de ninguna manera lo dejaban salir. Ante cualquier intento de saber dónde estaba o de poder llegar a la puerta, las personas que estaban con él, que por cierto eran cambiadas con mucha frecuencia, siempre le ponían excusas y lo hacían desistir diciendo que por problemas de seguridad no era posible.

– ¿Los implicados que dicen?

– Es muy gracioso, porque dicen que ellos han llegado esta mañana y se lo han encontrado allí. No saben cómo ha entrado, también dicen que han estado interrogándolo para ver si había entrado a robar y que iban a llamar a la policía para denunciar el caso.

Esta gente tiene una cara que se la pisa, pero en fin, vamos a ver cómo nos enteramos de lo que ha ocurrido de verdad. Además tenemos alguna huella más de la ambulancia que tenemos que gestionar bien, para ver si aclaramos lo ocurrido.

– ¿Elías no ha explicado por qué no lo han dejado salir o qué es lo que querían? –preguntó Enrique.

– Él dice que querían saber algo sobre unos manuscritos antiguos y unos objetos de arte del siglo XV y XVI, sobre los que personalmente había estado indagando en Ronda y en distintos museos y archivos, pero tampoco nos ha aclarado más.

Nosotros hemos comprobado que ha estado haciendo averiguaciones sobre objetos de arte antiguos en Ronda, también ha indagado sobre viviendas de algún antepasado suyo que al parecer vivió en esta ciudad, pero todo ello desde un punto de vista de su historia familiar, sin ningún interés en comprar o vender objetos antiguos, tráfico de arte, ni nada por el estilo. Sobre eso, precisamente, hablaremos con él cuando venga por aquí.

– Sí, nosotros también tenemos interés en hablar con él, y estamos intrigados por habernos visto mezclados en una historia como esta.

– Bueno, ¿quieren otra copa?

– Sí, nos apetece otra cerveza, pero deberíamos tomarla ya en el centro, cerca del hotel. Además quiero invitar yo, porque hasta ahora siempre has sido tú el que has pagado y nosotros también queremos agradecerte todas las atenciones que estas teniendo –dijo Enrique.

– Perfecto, yo tengo el coche en la puerta, os llevo.

– De acuerdo.

Los tres salieron dialogando como si fueran amigos de toda la vida. Subieron al automóvil y se fueron alejando del ruido de la fiesta, mientras en la distancia las luces de la parte trasera se convertían en un pequeño punto rojo.

La noche era calurosa, pues, a pesar de que en esta zona refresca al ponerse el Sol, por el influjo de las montañas, ahora estaban atravesando unos días con una temperatura mayor de lo habitual motivada por una ola de calor.

Los tres contertulios hablaron de algunos personajes de esta población, de sus habitantes. También hablaron de sus profesiones, comentaron otra vez datos sobre el suceso que les había hecho conocerse. Pasaron un buen rato conversando y a ninguno le pareció demasiado largo.

Al final Enrique estaba totalmente agotado, no estaba acostumbrado a beber cuatro cervezas seguidas. De los tres, él era el que peor llevaba este tipo de reuniones, en un principio se integraba e incluso participaba hablando de sus propias experiencias, pero conforme pasaban los minutos se iba aburriendo hasta llegar a no oír siquiera lo que estaban hablando los demás.

A pesar de que el día había sido agotador para todos, la condición física de Enrique le hacía incapaz de aguantar situaciones como esta. A esas horas el profesor de informática era incapaz de disimular su cansancio, por lo que llegado a ese punto de no retorno como lo calificaba interiormente

él, propuso dar por finalizada la reunión.

– Si os parece, nos marchamos ya. Es un poco tarde.

– ¡Pero si estamos de vacaciones! Son todavía las doce y cuarto –dijo Sara.

– Pues yo estoy cansado, el día ha sido agotador.

– Mira, mañana no tenemos que madrugar, Enrique, hay que aprovechar estos días, que luego llega el invierno y el trabajo y entonces no podremos salirnos de nuestro horario.

– Pero Sara, tú sabes que yo llego hasta un punto, después de ahí me pongo penoso como cualquier niño y lo que hago es dar la lata. Si os apetece, podéis quedaros vosotros un rato más. Yo no puedo, sólo haría de mueble y para eso estoy mejor en la cama.

– Está bien, si Juan Ramón no tiene que irse todavía, nos quedaremos nosotros un rato más.

– No, no tengo ninguna prisa, además te puedes quedar tranquilo que yo la acompaño al hotel.

– De acuerdo, esto lo pagaré yo, como habíamos quedado. Nos vemos luego –dijo Enrique despidiéndose de su mujer.

Salió en dirección al parador. Conocía perfectamente el camino, pues ésta no era una ciudad grande y después de los días que llevaban aquí, se había familiarizado perfectamente con las calles del centro.

A pesar de que estaba cansado como les había dicho a los dos, mientras caminaba por las calles iba perdiendo un poco el sueño y el sopor que tenía en el bar. La noche había refrescado un poco más el ambiente, ahora que llegaba al hotel le daba pereza meterse en la cama. El sosiego de la noche invitaba a caminar un rato, ahora se encontraba en el lado opuesto, era incapaz de negarse a seguir andando, así que sin pensarlo, decidió dar un paseo por la parte antigua. Interiormente, como excusa,

pensó que además sería una buena idea andar un poco antes de acostarse, por haber cenado algo más de lo habitual.

Lo que no entendía, o no quería entender, era por qué de pronto se le había quitado el sueño, por qué no había comentado antes, en la reunión, la posibilidad de dar todos una vuelta, para despejarse un poco.

En cierta manera, pensó, era lo que quería que pasara, quería dejar hacer a los demás. Necesitaba dejar a Sara a solas con ella misma, darle su espacio, su libertad para que no se sintiera aprisionada. Tenía que estar cómoda, haciendo lo que deseara, no debía coartar sus actos porque él estuviera cansado o no le gustara la reunión, siempre lo había hecho, siempre lo seguiría haciendo.

Enrique no era una persona que impusiera su voluntad a nadie, como mucho y si se lo pedían, podía hacer reflexionar a las personas, pero no intentaba dirigir. Sus alumnos se desesperaban en muchísimas ocasiones cuando solicitaban el camino a seguir en determinadas investigaciones o estudios, pero él siempre decía que les había dado la base, ahora deberían ser ellos los que tendrían que elegir el camino, el grado de dificultad y las soluciones a cada uno de los problemas que se les fueran presentando.

Eso era lo mismo que esperaba de esta situación, que vivía en lo más íntimo de su persona, que las soluciones las aportaran las personas que estaban implicadas más directamente, al fin y al cabo él nada podría hacer.

Enrique era consciente de lo que pasaba, sabía desde el principio lo que estaba ocurriendo, quizás, él más que nadie, y con más claridad, por encontrarse fuera del plano. Pero también conocía cuál era su papel, y era solamente ese, ser consciente de todo, para que la marea no se lo llevara por delante.

La noche estaba estupenda, pensaba que no era capaz de expresar la grandeza de una noche así,

pero sí podía saborearla. Los pocos paseantes que al igual que él se habían sentido necesitados de caminar, hablaban suavemente como requería el entorno. Veía las parejas pasar, pero él no era una persona que deseara especialmente tener una acompañante a la que abrazarse, simplemente apreciaba todo lo que veía.

Sara y Juan Ramón se habían quedado en el bar tomando una copa de vino tinto de la tierra. Él le estaba explicando cómo, desde hacía unos años, la zona se había convertido en productora de unos vinos excelentes, le contaba que todo había comenzado cuando una familia de la aristocracia, famosa entre los residentes habituales de Marbella, se había comprado una finca en los alrededores de Ronda. Estos señores decidieron plantar cepas para producir vinos, de esa forma convirtieron su finca en una bodega. Contrataron buenos enólogos además de otros expertos en la materia, cuidaron las cosechas y de esa forma, atendiendo los pagos con mucho mimo, vieron cómo el vino que estaban produciendo era de buena calidad.

Después de eso, algunos rondeños, acompañados por otras personas foráneas, también se pusieron manos a la obra y decidieron comprar fincas a la vez que pidieron autorización para sembrar sus vides, de esa forma se extendió este cultivo por todos los alrededores, con tanto ímpetu, que en la actualidad puede haber alrededor de veinte o veinticinco bodegas.

– Te puedo decir que algunos rondeños nos hemos enterado hace poco que, con anterioridad a la siembra de los olivos que pueblan la mayor parte de la superficie cultivable del término, esta tierra había contado con una buena cantidad de cepas, siendo también, hace muchos años, productora de ricos caldos. De hecho, en muchos olivares todavía perduran algunos sarmientos de plantaciones anteriores.

– ¿Y por qué dejaron de producir?

– Porque tuvieron problemas con unas plagas de filoxera que azotaron la zona y los agricultores decidieron cambiar el cultivo, porque lo encontraban demasiado delicado. Prácticamente la totalidad dedicaron la tierra a plantaciones con menos riesgo como puede ser el olivar o los cultivos de secano.

– ¿Ahora es rentable la producción?

– Los entendidos dicen que todavía no, que es costosa, que necesitan algún tiempo para introducirse en el mercado, pero aun así, el producto es bueno e incluso algunas bodegas de Ronda han obtenido premios internacionales con sus vinos.

– Es como todo, necesitará su tiempo.

– Pues sí, pero entre tanto para la ciudad representa un nuevo aliciente en su principal industria que es el turismo. Además, el entorno mágico de esta población, nuevamente vuelve a aparecer y algunas de las bodegas tienen una ubicación excepcional, como por ejemplo la que hemos visitado esta tarde.

– Es lógico, este nuevo campo abre nuevos caminos de desarrollo.

– Claro, y se abren nuevos negocios relacionados con la vinicultura.

Estaban terminando cuando Juan Ramón propuso un cambio.

– Si te parece podemos dar un paseo.

– Claro, llevamos toda la tarde sentados, nos convendría andar un poco y con eso nos vamos acercando al hotel –dijo Sara.

– ¿Al hotel tan pronto?

- Ya hemos charlado un rato, hemos tomado unas copas, y como decía mi marido, estamos un poco cansados.
- Pero como decías tú, estáis de vacaciones, ¿cuándo vais a tener otra oportunidad de ver una ciudad como esta?
- Bueno, vamos hacia allí y luego decidimos.
- De acuerdo.

Salieron en dirección al hotel, la noche seguía serena, el tráfico había disminuido bastante y se veían grupos de muchachos y muchachas disfrutando de su juventud.

Los bares todavía estaban llenos, aunque algunas parejas salían de ellos, caminaban con aire pausado hacia sus hogares hablando entre susurros.

Al llegar a la altura del Puente Nuevo, ya frente a la entrada del parador, Juan Ramón sugirió nuevamente alargar un poco la noche.

- Creo que deberíamos dar ese paseo. Ronda, de noche, es preciosa.

Sara no dijo nada, giró sobre si misma hacia la izquierda y Brillamor acompañó su movimiento. Los dos se dirigieron lenta pero decididamente a cruzar el puente.

Las luces de las farolas, hechas con hierro forjado a la antigua usanza y con su forma habitual desde hacía siglos, iluminaban tenuemente el suelo adoquinado. El ruido del agua entre las piedras, en el fondo de la garganta, hacía volar la imaginación. Algunas parejas en los balcones se abrazaban mirando el fondo.

Al entrar en las callejuelas empedradas de La Ciudad, una leve brisa fresca acarició sus rostros. El rumor de la conversación de algunos paseantes con los que se cruzaban, era el único contacto con el mundo real. A veces se oían los pasos de algún caminante perdido en la inmensa red de callejuelas que cortaban todos los espacios, incluso los invisibles. Serían los pasos de algún solitario paseante envuelto quizás en penas indescifrables.

Brillamor caminaba como en una nube. Su cuerpo se movía con ese toque de serenidad y suficiencia que le daba la parte de su ser oculta en sus genes. No interpretaba, sin embargo todo él era una sinfonía. Se diría que Mahler habitaba esa noche en su cuerpo, incluso podría tratarse de una marcha fúnebre, porque había algo que se estaba muriendo, quizás incluso fuera el movimiento tres de la primera sinfonía, lo que estaba siendo interpretado por él, sólo para los ojos de ella.

No procedía esa inspiración de su interior, no era él quien manejaba aquello, simplemente su cuerpo, su alma, su vida, toda esa noche, respondía a los impulsos que manaban de Sara.

Nunca había tenido que insistir a nadie para que lo acompañara a pasear. Él, que se reía siempre de sus amigos cuando les daban calabazas. Él, que veía cómo los que se le acercaban, ellos y ellas, se sentían felices al disfrutar un rato de su compañía. Él, que se hacía de rogar cuando no tenía tiempo material para atender a sus amigos, hoy era él, el que se veía en el espejo de los demás.

Esa noche no sabía de qué hablar, sólo hacía pequeños comentarios sobre temas triviales, contaba alguna anécdota, preguntaba sobre nada y a continuación volvía a callar; sin embargo ni él ni Sara sentían el más mínimo deseo de regresar.

A veces se volvía a escuchar los pasos de algún caminante perdido en la zona.

Ese caminar despacio de la pareja, en aquella atmósfera irreal, era cómo una droga para todos los sentidos.

En alguna ocasión sus manos se rozaban levemente, en esos momentos él parecía no estar allí, cada vez que ocurría, se quedaba sin fuerzas para dar un paso más.

En alguna ocasión sus manos se rozaban levemente, en esos momentos ella parecía perder sus manos, sentía como si no fueran suyas.

Sara no creía posible estar en esa situación, pensaba que no era posible sentir lo que sentía, que no era posible esa realidad, estaba convencida de que se despertaría en cualquier momento.

Había decidido dar un paseo y ahora, sin saber, el por qué, de su decisión, estaba en un mundo del que no quería separarse. No sabía, no podía manejar aquella situación, no quería cambiar nada de lo que estaba ocurriendo. Era una persona distinta, no comprendía cómo su cuerpo reaccionaba de una manera tan inesperada, era como si alguien desconocido estuviera manejando unos hilos, como si alguien la hiciera caminar, la hiciera mirar o simplemente contestara por ella.

Sus sentidos eran otra cosa bien distinta, tenía ganas de tocar, ganas de mirar, tenía ganas de decir tantas cosas...

Cuando en algún momento cruzaban sus miradas, ninguno era capaz de sostenerla más de unos segundos. En una de las muchas callejas que se entrecruzaban en La Ciudad, el silencio se hizo atronador, se pararon y se miraron incapaces de decir nada. Brillamor, sin saber por qué, acercó sus labios a los de Sara y sólo los rozó mientras le sujetaba tiernamente el rostro. Ambos siguieron caminado con la misma pausa que les había llevado hasta allí, pero en su interior toda incertidumbre, toda inquietud, todo nerviosismo había desaparecido.

Prolongaron el paseo un rato más y fue Brillamor quien, con una voz totalmente serena, quiso unir los momentos. En el silencio de la noche Sara se estremeció.

– ¿Sabes algo Sara?

– Dime –dijo ella necesitada de oír algo más.

– Cuenta la historia, que nadie conoce verdaderamente Ronda hasta que no ha oído, en la noche, sus propios pasos por las calles de La Ciudad.

– Es muy bonito lo que dices y creo que es así. Durante este paseo y en el silencio de la noche he visto esta ciudad en otros tiempos, con otras gentes. Con los ecos de nuestro caminar, he soñado con las noches en la época de los musulmanes, de los sefardíes, de los cristianos. He visto ráfagas de amores ocultos por estas callejuelas. He contemplado reyertas en las esquinas. He conocido Ronda a través del tiempo.

Brillamor cogió su mano durante el resto del camino hasta el Puente Nuevo.

No salieron más palabras de sus bocas hasta que llegaron a la puerta del Parador, allí se oyeron dos "buenas noches" que sonaron a sentimientos mucho más profundos.

Cuando Sara llegó a la habitación se quedó consternada.

Las camas estaban sin deshacer, todo estaba tal cual lo dejaron por la tarde pero Enrique no estaba allí.

Decidió llamarlo al móvil y así lo hizo, pero al dar el primer tono de llamada, sonó en uno de los bolsillos del pantalón que había tenido puesto por la tarde y que estaba encima de una de las sillas de la habitación.

Totalmente preocupada hablaba en voz alta.

– Es inútil intentar conseguir nada de él, su despiste es único.

Llamó a recepción por si había dejado dicho algo, por si sabían algo, pero el resultado fue negativo, no pudieron decirle nada.

Desesperada, sin saber qué hacer, pensó en llamar a Juan Ramón, pero cuando se disponía a hacerlo, sonó la cerradura de la puerta. Era él, y en ese momento su mirada de desazón cambió para ser de enfado cuando comprobó que se encontraba bien. Sara se había dado cuenta de que sólo se trataba de una de las excéntricas ocurrencias de su marido.

– Es increíble, por favor, ¿dónde estabas?

Enrique contestó pausadamente en un tono que planteó todo tipo de dudas a su mujer.

– No te lo querrás creer, pero he ido a dar un paseo.

Sara no sabía cómo reaccionar, ni qué decir, ésta era una situación totalmente nueva que tenía que manejar bien; no obstante contestó con la suficiencia que le daba su ego y que la hacía sentirse un poco por encima de su marido y de su despiste.

– ¿Dónde has estado?

– Por La Ciudad.

Nuevamente Sara se sentía atrapada, el tono de las palabras de Enrique no mostraba ninguna connotación especial, pero ella sabía que había algo detrás de aquello, sin embargo no quería creer que su marido tuviera en su mente algo distinto de lo habitual y decidió indagar algo más.

– Entonces ¿por qué te fuiste tan pronto?, ¿por qué no dijiste nada del paseo?

– Porque se me ocurrió de repente. Tenía pensado ir directamente al hotel y cuando estaba llegando se me había quitado el cansancio, así que hice caso a tus palabras, como no me apetecía volver al bar, decidí pasear un rato.

Ninguno de los dos quiso hablar más, seguidamente cambiaron de conversación para evitar cualquier pregunta inoportuna por cualquiera de las dos partes.

Él fue consciente del cambio y ella lo asumió como un nuevo despiste.

– Mañana podríamos ir a uno de los pueblos de la serranía, es otra de las visitas que tenemos pendientes.

– Me parece bien, si quieres podemos alquilar un coche y pasamos el día de ruta.

– ¿Nos cambiamos?, necesitamos descansar un poco.

– Sí, mejor vemos mañana dónde vamos.

La mañana siguiente no fue como esperaban.

Cuando bajaron para desayunar el recepcionista les entregó un sobre que alguien había dejado para ellos.

Se trataba de una nota de Brillamor, en ella les comunicaba que Elías había llegado la tarde anterior y se encontraba en Ronda. Habían quedado citados en la comisaria a las doce del mediodía. También les rogaba que se pasaran por la allí sobre esa hora, para concretar algunos detalles.

Aunque supuso un giro en lo que habían planeado la noche anterior, ambos se alegraron de poder tener la oportunidad de hablar, al fin, con Elías. Deseaban saber de su boca qué había ocurrido y por qué le había afectado a ellos.

A la vista de este cambio de planes, durante el desayuno, decidieron tomarse la mañana con más tranquilidad; no obstante, para no desaprovechar el tiempo, fueron a la oficina de turismo para concretar alguna ruta por la zona, también pidieron folletos sobre alguna agencia de alquiler de

coches.

De manera pausada y siempre en dirección a la parte norte de la ciudad, donde se encontraba situada la comisaría, atravesaron todo el centro. Visitaron comercios de todo tipo y compraron algunas cosas. Toda la mañana su conversación estuvo marcada por temas ocasionales, incluso triviales, ninguno de los dos comentó nada sobre la noche anterior, quizás porque no se acordaron o tal vez porque no querían recordarlo.

Como siempre, llegaron puntuales. A las doce menos cinco estaban entrando a la comisaría. Preguntaron por el teniente Écija, el agente de guardia les indicó dónde podían sentarse y les rogó que esperaran unos minutos. Descolgó un teléfono que tenía sobre una pequeña mesita y estuvo hablando durante un corto espacio de tiempo.

Mientras ellos esperaban, el policía continuó en su puesto informando a todos los que llegaban para los asuntos más frecuentes, renovación de los documentos de identidad, pasaportes, certificados y todo ese papeleo que muchas veces se nos antoja innecesario.

Al cabo de unos quince minutos apareció el teniente y los saludó amigablemente, pero esta vez notaron un toque de frialdad, que ellos entendieron era el que correspondía al papel que en ese momento interpretaba, por lo que no le dieron mucha importancia.

– Buenos días, ¿cómo estáis?

– Bien –contestó Enrique.

– Os he enviado la nota porque he estado toda la mañana muy ocupado, me ha sido imposible llamar, le dije a uno de los agentes de servicio que tenía que bajar al centro, que se pasara por el parador y os dejara el aviso.

– Nos lo hemos imaginado, no te preocupes.

– Bien, como os han dicho, Elías está aquí desde ayer. Lo citamos en la comisaría esta mañana a las nueve y desde esa hora ha estado declarando sobre lo que le ocurrió.

– ¿Y qué ha dicho? –preguntó Sara.

– Bueno, me vais a permitir que no diga nada, –dijo en un tono de broma el policía– como comprenderéis, no puedo hablar de eso por ahora, después celebraremos una reunión y ya tendréis ocasión de hablar entre vosotros.

– Claro, claro. Perdona, lo entiendo, pero como no estoy acostumbrada, no me doy cuenta de que esto tiene su procedimiento.

– Nuestra conversación con él ha ido perfectamente, esperaremos a que habléis los tres y contestéis a nuestras preguntas, pero creo que será un mero trámite.

Yo pienso que este es uno de esos casos que no durará mucho porque ellos están muy bien asesorados legalmente, además no hay indicios determinantes que los acusen directamente para que podamos preparar un expediente con la suficiente consistencia contra ellos; por otra parte Elías no quiere complicarse demasiado, al no haber sufrido ningún tipo de lesión, él es un extranjero aquí y eso lo condiciona. En definitiva, no quiere enfrentarse a un grupo como este, con una acusación que no cuente con las suficientes pruebas concluyentes.

– La postura de Elías parece razonable, ninguno queremos complicarnos la vida, sobre todo sin tener certeza de los resultados –dijo Enrique.

– Si queréis, podemos pasar, ya debe de haber terminado.

Los tres cruzaron la puerta por la que había salido el teniente y que era la entrada a un pasillo en el que se veían varias de ellas. Todas tenían su placa con el nombre de una persona y debajo su graduación. Pasaron junto a una de ellas en la que se leía Juan Ramón Écija, Teniente. Continuaron

caminando hasta el fondo, en la que había otra sin ninguna inscripción.

Al entrar se encontraron a la detective que conocieron el primer día y que se presentó nuevamente recordándoles su nombre.

– Hola, ¿no sé si se acuerdan de mí?, soy Adela del Canto, nos conocimos hace unos días.

– Si, por supuesto que nos acordamos –contestó Sara.

– Este señor es Valentín Tuhab, el comisario jefe –presentó Écija.

Ambos lo saludaron.

– A Elías lo conocéis ¿verdad?

– Pues yo no tengo ese placer, mi mujer y él sí se conocen, pero yo no –dijo Enrique.

Los tres se saludaron y, a instancias del comisario, se sentaron alrededor de una gran mesa redonda que ocupaba el centro de la habitación.

Se trataba de un recinto bastante amplio. Estaba desprovisto de decoración, sólo una foto del Rey en una de las paredes y varias cámaras de vídeo en las esquinas.

Había una serie de ventanas que daban a un patio interior. En una de las paredes había un gran cristal oscuro, era como los de las películas. Se imaginaron tan protagonistas de ésta, que desde que entraron allí, ambos intuyeron que estaban siendo observados, es más, estaban convencidos de que los equipos de grabación tomarían cada uno de los detalles de su conversación.

Una vez sentados, el comisario hizo una breve presentación de los hechos y de por qué estaban

allí. Insistió de manera especial en que no se trataba de ningún interrogatorio, sino de una simple conversación entre los implicados en el suceso, para poder obtener más datos sobre lo ocurrido, pues las declaraciones ya se habían hecho con anterioridad y estaban recogidas y firmadas por cada uno de ellos.

Después hizo un gesto y con la mirada indicó a sus dos subordinados que podían iniciar el dialogo.

Fue Écija quien rompió el hielo con su habitual desparpajo y seguridad.

– Usted nos ha dicho que conoció a este matrimonio en Madrid, a través de un amigo, ¿nos puede recordar cuál fue el motivo que lo llevó allí? –preguntó Brillamor a Elías.

– Conocí a la señora Fernández a través de un profesor de la universidad que fue quien nos presentó. Llegue allí guiado por algunas informaciones recogidas a través de la red, en ellas se decía que el departamento de historia de esa universidad estaba especialmente bien conducido por sus miembros, pues se trata de unas personas con especial preparación en ese campo. A su marido sin embargo lo acabo de conocer, ya lo han visto.

– Pero usted nos dijo que había quedado con la señora Fernández para verse aquí en Ronda.

– No, se ha confundido. Yo no he hablado de nada de eso, comenté que sabía que vendrían a Ronda porque un compañero de ella me lo dijo hace unos días y que había pensado buscarla para hacerle algunas preguntas y completar la información que necesito.

– ¿Entonces no había quedado con usted? –le repitió la pregunta a Sara.

– No, para mí supuso toda una sorpresa encontrarlo aquí, de hecho ni siquiera recordaba dónde lo había visto antes. Sólo con posterioridad, conseguí acordarme de nuestro anterior encuentro y de que él había solicitado a mi compañero unos datos. Pero todo eso se me había olvidado y los datos que me pidió Pablo, mi compañero, los he tenido que completar aquí. No soy persona que deje temas

pendientes, pero en este caso se me había olvidado totalmente.

– Por eso sus consultas en la biblioteca ¿no?

Sara lo miró extrañada. Se sintió mal al saber que había estado vigilada.

– Sí –contestó secamente.

– ¿De qué hablaron en la conversación que tuvieron antes de que ocurrieran los hechos delante de su casa?

La pregunta no fue dirigida a ninguno en particular, por lo que Elías y Sara se miraron sin saber qué responder. No sabían a quién iba dirigida, ninguno de los dos había declarado que había tenido una conversación con el otro, antes de lo que ocurrió.

Fue Sara la que contestó, estaba ya lo suficientemente indignada con lo de la vigilancia, como para no poder contenerse ni un minuto más.

– Yo no tuve ninguna conversación con este señor antes de lo ocurrido. Mi declaración está ahí firmada, así que si ha sido él quien ha declarado eso, que diga sobre qué estuvimos hablando.

–Yo tampoco he dicho en ningún momento que habláramos de nada allí, se lo están inventando ustedes –corroboró Elías.

– Perdón, me he confundido, quería decir que había deducido que habían hablado antes.

– Pues no fue así –dijo seriamente Sara.

– ¿La relación entre ustedes sólo se ha limitado al ámbito de su trabajo, verdad? –dijo entrando en

escena la detective del Canto.

– Efectivamente, yo sólo quería que la profesora Fernández me informara sobre algunos asuntos relacionados con la historia de mis antepasados que, como ya les he contado, vivieron en esta ciudad.

Los detectives continuaron haciendo algunas preguntas más, intentando hacer caer en contradicciones a los presentes, pero en todo momento las versiones fueron coincidentes. Fue tanta su insistencia, que los policías tuvieron que dar por concluida la reunión cuando Sara, con su genio totalmente desbocado, interrumpió una de las preguntas del teniente Écija.

– Yo creo que ya no voy a contestar nada más, me parece suficiente. Mi declaración sobre lo ocurrido está firmada y en su poder, en ella se dice todo lo sucedido con el mayor detalle, nosotros no hemos cometido ninguna falta, no somos los delincuentes ni nada parecido, así que ya está bien.

Sara se levantó y ya se dirigía a la puerta de la habitación cuando el teniente la sujetó por el brazo, mientras ella lo miraba fijamente.

– Disculpe, no queríamos molestarlos, bien saben ustedes que no hay nada más lejos de nuestra intención que hacerles daño. Solamente es nuestro trabajo y tienen que comprenderlo, a veces nos pasamos, pero es necesario para obtener la verdad.

– ¿Y no han tenido siempre la verdad?

– Sí.

– Bien, pues ya no tenemos más ganas de hablar, ahora nos marchamos.

– Disculpen nuevamente –dijo Écija.

Ambos salieron de la comisaría sin despedirse siquiera de los que se quedaron, ni de los que se encontraron en su camino a la calle.

Sara llevaba un enfado monumental. Enrique, como la conocía, no se atrevía a hablar. Caminando, a paso muy rápido, atravesaron toda la calle peatonal del centro de la población.

– ¿Podemos ir un poco más despacio? –preguntó tímidamente Enrique.

– Si quieres ir más despacio, hazlo tú, te espero en el hotel.

Él disminuyó la marcha casi al final de la calle y se fue dando un paseo mientras la vio alejarse dando largas zancadas y con el rostro lleno de ira.

Sabía que tenía que dejarla ahora, debía dejar pasar algún tiempo para que recuperara parte de su cordura. Enrique decidió girar ciento ochenta grados y recorrer nuevamente lo andado por el centro, ya de una manera más pausada. Hacia la mitad de la calle encontró un bar con unas mesas en la puerta y decidió tomarse algo. Se sentó esperando al camarero y viendo pasar la gente por esa calle tan concurrida, totalmente ensimismado, sin pensar en nada.

Al rato se dio cuenta de que era distraído observar a cada viandante, padres e hijos, hombres de negocios, familias cargadas de paquetes, muchachotes con bolsas de tiendas de moda. Era curioso, cada cual con su historia y paseando las bolsas llenas de sus necesidades físicas o intelectuales.

De pronto vio venir a Elías calle abajo. Desde su mesa le hizo señas y él se dirigió a su encuentro, se saludaron y Enrique lo invitó a sentarse a su lado. Rápidamente entablaron conversación porque, aunque no se conocían más que de la reunión, ambos se sentían unidos de alguna forma al

considerarse agredidos en esa cita.

Elías era una persona relativamente joven, pues tendría unos cuarenta años, de estatura media y pelo moreno. En su cara, morena también, destacaba una nariz ancha. Parecía una persona sencilla, en la que se notaba un pequeño acento al hablar que le daba un toque antiguo, rancio, a lo que decía. Esa forma de hablar estaba a tono con su vestimenta, que era demasiado formal, quizás un poco anticuada y que ponía de manifiesto que una de sus pasiones no era la moda.

– Hola, ¿cómo se encuentra? –preguntó Elías.

– Muy bien, lo he visto venir y he querido invitarlo, creo que necesitamos un refresco después del rato que hemos pasado.

– Sí, es muy apropiado.

– ¿Ha terminado usted ya con la policía o tiene que volver? –dijo Enrique.

– Sí, pienso que sí. Me han dicho que no me molestarían más por ahora, de todas formas me han informado de que si es necesario, me llamarían.

– Yo creo que esto no termina así de fácil, estoy seguro de que dentro de poco nos avisarán nuevamente para aclarar alguna otra cosa que se les haya olvidado.

– ¿Su señora no está con usted?

– No, se ha marchado.

– ¿Por qué?

– Porque estaba un poco cansada y ha decidido irse al hotel. Como ha podido ver, ha pasado un mal rato.

– A mí me gustaría hablar con ustedes en privado, ¿van a estar por aquí algunos días?

– Sí, estaremos algún tiempo todavía. Nosotros también teníamos mucho interés en hablar con usted, de hecho mi mujer y yo hemos comentado en varias ocasiones que nos gustaría tener la oportunidad de intercambiar impresiones sobre todo lo ocurrido. El teniente de la policía nos ha tenido informados en todo momento de cómo iba la investigación y por él hemos sabido que pronto iba a estar usted de vuelta.

– ¿Dónde viven?

– Nosotros no vivimos en Ronda, estamos de vacaciones y nos alojamos en el parador de turismo de aquí.

– Eso quería decir, que dónde se alojaban estos días.

– Perdona, es que no le había entendido bien.

– No se preocupe, mi español no es muy bueno.

– Yo no diría eso, lo habla usted perfectamente, incluso podría pasar por ciudadano español aunque, eso sí, de otra parte de España, no de Andalucía.

– Es verdad, aquí hablan demasiado rápido y a veces es difícil entender lo que dicen.

– ¿Es usted de Estados Unidos?

– Sí, pero tengo una casa aquí, la compré hace varios años y vengo a esta ciudad, algunas temporadas, para descansar.

– ¿Dónde reside habitualmente?

– En New York tengo mi casa, bueno, en realidad es la de mis padres.

Ambos se quedaron charlando sobre "la ciudad que nunca duerme" y de sus atractivos arquitectónicos y culturales, aunque Elías parecía no ser la persona más adecuada para hablar de

temas turísticos de Nueva York.

Al cabo de un rato Enrique propuso terminar, porque su mujer lo estaría esperando y podía estar preocupada; no obstante dado el interés que tenían en verse, quedaron en reunirse esa tarde a las seis en la recepción del hotel.

Cuando llegó a la habitación, Sara estaba echada en la cama, todavía estaba vestida con la ropa que había tenido esa mañana, pero su cara ya no estaba tan roja. Tenía la mirada clavada en el techo y los labios apretados. Aún quedaban rastros del enfado, pero Enrique decidió hablarle.

– ¿Cómo estás?

– Bien, ¿por qué has tardado tanto?

Él decidió comentarle motivo de su retraso para atraer la atención de su mujer sobre los temas que más le interesaban.

– No me ha quedado más remedio que entretenerme un poco, pues me he encontrado con Elías y hemos estado charlando un rato.

A Sara se le iluminó el rostro, de repente le cambió el semblante y el enfado había desaparecido como por arte de magia.

– No me digas, cuéntame cómo ha sido y de qué habéis hablado.

– Como sabes, me quedé un poco rezagado y pensé que te daría igual si llegaba un poco más tarde. La calle estaba muy animada y decidí tomar un refresco en la puerta de una cafetería, de pronto lo vi bajando la calle, lo llamé, lo invité a un refresco y estuvimos hablando, eso fue todo.

– ¿Qué te ha dicho?

– Sólo hemos estado charlando un ratito, así que me ha contado un poco de su vida, como por ejemplo que vive en un barrio de Nueva York. También me ha estado diciendo cómo es esa ciudad, que vive con sus padres y que viene algunas temporadas a Ronda. Me ha confirmado que tiene una casa aquí y que la compró hace algunos años.

– ¿Y qué más?

– No hemos tenido más tiempo, sólo eso.

– ¿Nada más?

– ¡Ah!, lo más importante, que tiene mucho interés en hablar con nosotros.

– ¿Y no habéis quedado?

– Pues claro mujer.

– Bien, ¿cuándo?

– Hoy a las seis.

Como todas las tardes, alrededor de las cinco y media, la pareja bajó a la cafetería con la necesidad de calmar su deseo. Era su hábito vespertino, una tacita de oloroso y humeante café solo.

Estaban conversando sobre lo que querían preguntar a Elías, cuando apareció por la entrada, ambos se levantaron y se dirigieron hacia él. Tras el saludo, Elías propuso sentarse, pero Sara se negó a hacerlo allí, ella dijo de manera inequívoca que la charla debería celebrarse en la habitación. Señaló que, aunque sólo tenían una silla y una butaca, era preferible, pues estarían más tranquilos y no los molestaría nadie.

Como no quedó otra opción ante la determinante decisión de Sara, subieron, y en cuanto entraron, señalaron a Elías la butaca para que tomara asiento, mientras que Sara hacía lo mismo en la silla y Enrique se sentó en una de las camas. Ella rompió el hielo haciendo referencia a la conversación mantenida entre Enrique y él esa misma mañana.

– Me ha comentado mi marido que usted vive habitualmente en Nueva York.

- Sí, es allí donde nací, donde vivo y es donde también tengo mi trabajo.
- Cuando hemos hablado anteriormente no hemos tenido ocasión de saber nada de nosotros, nos hemos limitado a cuestiones meramente profesionales, ahora, después de todo lo ocurrido, parece que ya nos une algo más.
- Yo también lo creo, y ahora que estamos aquí sentados, parece normal que hablemos un poco de nuestras vidas, es como si hubiera nacido una amistad por medio de los infortunios que hemos sufrido.
- Para haber nacido en Nueva York y vivir allí la mayor parte del tiempo, veo que habla muy bien el español, aunque ya sabemos que también es un idioma muy utilizado en Estados Unidos –dijo Sara.
- Así es, se habla en muchos sitios de mi país, hay muchos grupos de distintas comunidades para los que es su único idioma, también es el de muchos inmigrantes, ahora mayoritariamente procedentes de los países del sur. Ellos están consiguiendo que dentro de unos años pueda competir en número de hablantes con el inglés.
- Sin embargo usted no tiene acento sudamericano.
- Mi caso no es ese. En mi familia hablamos el español desde hace muchas generaciones, no sé si han oído hablar del Ladino, pues ese era el nombre del idioma de los sefarditas. Mis antepasados eran judíos sefardíes, es decir procedentes de Sefarad, en otras palabras, de la Península Ibérica. Desde la expulsión de mis antepasados de esta tierra, su cultura, sus tradiciones, sus leyendas, incluso su idioma, han sido conservados o, al menos, lo hemos intentado.

El idioma ha sido un signo de identificación dentro de nuestra propia comunidad. En el caso concreto de mi familia, hemos ido adaptándonos a las modificaciones que ha sufrido la lengua, aunque a veces en la casa aún utilizamos expresiones de hace mucho tiempo. En nuestras conversaciones con alguna persona que habla español utilizamos, sin darnos cuenta, esas expresiones antiguas y deberían ver la cara de extrañeza que ponen al oírlas.

De cualquier forma, con los medios de comunicación actuales, es muy difícil preservar en su integridad el legado que nos han dejado. En el tema del lenguaje se hace aún más difícil ya que, si queremos practicar, tenemos que hacerlo a través de la televisión o hablando con personas que sólo conocen el español de hoy.

– Me dijo mi marido que hace poco que se compró la casa.

– Sí, hace sólo unos años. Como les he dicho, mi familia procedía de aquí y siempre hemos querido conocer nuestras raíces, saber de dónde venían nuestros padres, cómo era su tierra y su vida en este lugar.

Yo personalmente tenía un interés especial por ello. Mis padres siempre se han extrañado de mi deseo desmesurado por conocer esta tierra. Todavía recuerdo la cara que pusieron cuando, en mi segunda visita a España, sin haberles comentado nada anteriormente, les puse encima de la mesa las escrituras de una casa en España y les dije: “esta es nuestra casa en Sefarad”.

– Nos imaginamos la sorpresa que les supuso y las críticas que se llevaría usted por "ese acto de locura", ¡una casa en España!, ¿para qué? –dijo Sara.

– Bueno, no se pueden ni imaginar, sin embargo con el tiempo cambió su actitud.

Un día me presenté con tres billetes de avión a Málaga, uno para cada uno de nosotros. No dijeron nada, pues sabían que no serviría de nada negarse ya que yo no admito un no por respuesta. A pesar de su avanzada edad, el viaje fue muy bien, les gustó la casa y la ciudad donde vivieron los suyos.

– Ahora comprendo su interés por el tema de los sefarditas en Andalucía –dijo Sara.

– Sí, he estado muy interesado desde siempre, aunque ahora mucho más por vivir temporadas aquí y por otras razones que quiero comentarles.

– ¿A qué se dedica en Nueva York? –preguntó Enrique que, como siempre, apenas intervenía en las conversaciones.

– Soy intérprete, tengo una agencia que se dedica a prestar servicios en convenciones, visitas, encuentros, congresos y cualquier acto que necesite traductores.

– ¿Trabaja usted solo? –continuó Sara.

– No, tengo varios colaboradores que me ayudan.

– Y, continuando con el tema anterior, que me interesa mucho, ¿qué ha conseguido averiguar de su familia aquí?

– Ese es el tema principal que quería hablar con usted, pues no he conseguido saber prácticamente nada.

– Pero algo conocerá, pues, según he querido entrever, al menos ha comprado la casa donde vivieron sus antepasados, ¿no es así?

– Bueno, eso no es del todo exacto. La casa de mis tatarabuelos no sé cuál fue exactamente, la historia que se ha ido pasando a través de nuestras generaciones, señalaba una casa en una zona de Ronda en la que en la actualidad no hay ningún edificio, ninguna vivienda.

He hecho muchas consultas a través de los arqueólogos municipales, historia de la ciudad y archivos históricos nacionales, pero he podido conseguir muy poca información. Con la historia de mi familia en particular, no he conseguido nada.

– Lo comprendemos, porque nosotros también lo hemos intentado y nos ha sido muy, muy difícil obtener datos de ese período –continuó Sara.

– Verá, la casa que compré, que como se habrán imaginado es la que está justo al lado de dónde la golpearon a usted, creo que perteneció a una persona que no era de mi familia, aunque en realidad tampoco tengo certeza de lo contrario, ya que pudiera ser que entre sus anteriores dueños figurara alguien de los míos, pero de eso no tengo pruebas.

Sé, sin embargo, que la persona a la que perteneció, fue amiga de uno de mis antepasados y por las

razones que ahora les explicaré, pudiera ser que con anterioridad hubiera pertenecido a ellos.

Mi tatarabuelo, cuando fue obligado a marcharse de Sefarad, como todos los judíos que decidieron no convertirse, vendió las posesiones que pudo y el resto pasó a ser propiedad de la Iglesia. Él tenía un buen amigo, era como su hermano, pero tuvieron algunas diferencias poco antes de marcharse, yo creo que motivadas por la necesidad de separarse, pues ninguno de los dos quería que eso ocurriera.

Este buen amigo decidió convertirse, algo que permite nuestra religión cuando corre peligro la vida, y al parecer éste era el caso. Si continuaba practicando sus creencias, se jugaba la vida, y por eso decidió cambiar de religión, para evitar a La Inquisición, aunque en el fondo él seguía dando culto a su dios.

Mi tatarabuelo no quiso hacerlo y al parecer discutieron por ese tema, pero al final todo quedó de nuevo entre amigos. Como él no se doblegó, se tuvo que marchar del país y, las propiedades que no pudo vender, se las dejó a su amigo para que se las guardara, por si algún día podía regresar o encontraba alguna manera de llevárselas. Con toda la pena del mundo se fue en un barco a Tánger.

En esa ciudad permaneció durante algún tiempo para, luego, trasladarse a Génova, dónde se dedicó al comercio. Varias generaciones de mi familia nacieron y crecieron allí.

En mil novecientos y algo, mis abuelos decidieron marcharse de Génova para, en el país donde todo es posible, iniciar una nueva andadura. En Estados Unidos nacieron mis padres y allí también he nacido yo.

– Qué historia más interesante –comentó Sara.

– Bueno, eso es a grandes rasgos, pero hay muchas dudas que me gustaría aclarar y por eso he pretendido que me ayudara a resolver al menos algunas de ellas.

– Por supuesto, en lo que pueda, cuente con ello.

- Además, de esa forma, podríamos establecer un intercambio, usted me ayuda a aclarar parte de la historia que desconozco y yo le sigo contando cosas de mi familia.
- Fenomenal, pero me gustaría saber si toda la información que tiene es oral o también tiene documentos.
- También tengo algo escrito, muy poco, pero precisamente por eso me he visto implicado en este lío con los anticuarios.
- A ver, explíquese, me tiene intrigada.
- Bueno, verá, en una de las últimas visitas que realicé a Ronda, y puesto que no conseguía ninguna información, decidí consultar con una persona que se dedica a la compra-venta de antigüedades. Le solicité información sobre piezas de origen judío, le pregunté si conocía casas antiguas dónde hubiera objetos de este tipo, incluso llegué a enseñarles uno de los documentos, fechados en la época de la expulsión, que hablaba de mi familia.
- ¿Qué tipo de documento?
- Concretamente uno que relacionaba objetos propiedad de mis antepasados. Se trataba del documento de cesión de propiedad de mi antepasado a su amigo, a cambio de una condonación de deuda.
- ¿Tenía una deuda con él?
- No, esa deuda no existía, pero para hacer válido el documento de cesión de los bienes, había que indicar que se trataba de una cancelación de deuda.
- Ah, claro.
- Cuando vieron el documento se interesaron de una manera especial, pero yo no le di mucha importancia.
- ¿Vieron?, ¿eran más de uno?

– Sí, eran dos, pero no dijeron nada, simplemente tomaron nota de algunos datos como mi nombre, domicilio y teléfonos de aquí y del extranjero. Me dijeron que no podían ayudarme, pero que me avisarían si encontraban algo. Después he sabido, por el interrogatorio al que me sometieron esos individuos, que su interés por mis datos era otro.

– ¿Qué querían?

– Ellos piensan que yo pretendo conocer esa información para averiguar la verdadera casa de mi familia, pues creen que esos objetos pueden estar todavía allí, piensan que yo los estoy buscando.

– ¿Y es así?

– No, por dios, no es este el motivo de mi búsqueda. El motivo ya se lo he dicho, me gustaría saber todo lo que pueda sobre la historia de mi familia en esta tierra.

– Sin embargo, pienso que ellos han deducido bien, yo también creo que esos objetos pueden estar todavía escondidos en algún lugar.

– ¿Y cómo puedo ayudarlo? ¿Qué dudas puedo aclararle yo? –preguntó Sara.

– No sé, pienso que se podía empezar por seguir la pista del amigo de mi tatarabuelo. Con los datos que tengo sobre él, puestos en manos de una experta como usted, tal vez se consigan algunas respuestas.

– ¿Cuáles son los datos que tiene sobre él o sus descendientes? –preguntó Enrique.

– Si les parece, como se está haciendo un poco tarde, lo podemos dejar para mañana. Yo tengo que hacer algunas cosas, además, me gustaría que vieran los documentos y no los tengo aquí.

– De acuerdo, si le parece quedamos mañana aquí a las diez –dijo Sara.

– Creo que es mejor que quedemos en mi casa. Allí, a pesar de no estar totalmente acondicionada, estaremos más cómodos –dijo Elías.

– Bien, nos vemos a las diez en su casa.

El matrimonio acompañó al americano hasta la puerta y tras la despedida, ya en la tranquilidad de la habitación, Sara no pudo disimular su entusiasmo. Enrique también lo estaba, aunque él siempre era mucho más frío a la hora de expresar su estado de ánimo.

La tarde estaba agradable, y la pareja comentaba en la cervecería la conversación mantenida con Elías. Estaban haciendo conjeturas sobre lo que les había contado el americano y en ese momento se presentó Brillamor.

– Hola buenas tardes –saludó Écija.

– Buenas tardes –contestaron secamente los dos.

El silencio que siguió al saludo era sólo una muestra de la tensión que se produjo con su llegada. En los rostros se mostraban los síntomas del daño de la mañana.

Fue Brillamor quien, con su innata habilidad, suavizó la tensión.

– Ya sé que no son muy buenas tardes, pero me gustaría mejorarlas. Me vais a permitir sólo un

minuto en respeto a nuestra reciente amistad, pues si fuera más antigua no dudéis que os exigiría más tiempo.

Su discurso tenía ese tono y esa fuerza que hacía imposible mantener cualquier posición, había ruego, sinceridad y deseos, buenos deseos.

Ellos no supieron negárselo pues el esfuerzo que hacía era evidente.

– Siéntate con nosotros –dijo en tono receptivo Enrique.

– Quería ante todo pedir os disculpas. No encuentro otra manera mejor de deciros que me encuentro mal, os conozco desde hace pocos días pero os aprecio como si fuéramos amigos de siempre.

Mi trabajo es así, no puedo decir que me he equivocado porque estaría mintiendo, ni siquiera que estoy arrepentido, porque no sería ético. En mi profesión tenemos que dejar a un lado los sentimientos y los presentimientos, cuando nos mandan hacer lo que tenemos que hacer, lo hacemos sin dudar, estamos entrenados para ello, sin embargo eso no quita que, como persona, esté sufriendo. Os comprendo y sólo os puedo pedir que me perdonéis.

La forma de expresarse de Brillamor hacía que cualquier persona que lo estuviera escuchando sintiera lo que él sentía.

Enrique, más frío, había entendido desde por la mañana que el policía estaba haciendo su papel, tenía que obtener toda la información posible de la manera más eficaz y si para ello tenía que recurrir a cualquier artimaña, lo haría.

Sara también lo sabía, pero su manera de percibir la profesionalidad, en ese momento, estaba mezclada con sus sentimientos, por eso no podía tener un pensamiento equilibrado. En ella todo estaba marcado por un sello distinto; no obstante, las palabras del policía cargadas de sinceridad, la

ablandaron. Un pellizco en el vientre se unía a una lágrima que intentaba escaparse de sus ojos, pero tenía que reponerse, a cualquier precio, y por ello escogió el paso al frente para salvar ese naufragio

– ¿Quieres tomar algo con nosotros? –dijo ella con una voz totalmente clara y segura.

– No hay otras personas en el mundo con quien lo deseara más.

Llamaron al camarero y pidieron. Con la carta de tapas entre las manos, se rompió el hielo y la conversación volvió a ser normal entre los tres. Ninguno quiso sacar el tema que los había unido y que también había estado a punto de romper su corta amistad.

El día amaneció azul cielo. Con el fresco de la noche, procedente de la Sierra Hidalga y de la Sierra de las Nieves, la temperatura era muy agradable. El silencio ocupaba todo el espacio y ese espacio limpio, llano, era roto solamente de vez en cuando por el graznido de las grajillas que sobrevolaban la garganta del Tajo.

La noche había pasado en un segundo, la pareja descansaba bien en esa ciudad, no había ruido de automóviles ni sonidos estridentes, ahora entendían en su total extensión lo que significaba un sueño reparador.

Cuando se dieron cuenta, eran más de las nueve, así que tuvieron que suspender su reposo mañanero y salir rápidamente hacia la cafetería para desayunar.

A las diez y cinco llegaban a la puerta de la casa de Elías, ambos se quedaron mirando la inscripción que aparecía en el dintel de la puerta, pero seguían sin poder adivinar lo que quería decir.

– Tenemos que preguntar a Elías, seguro que él sabe cómo es la frase completa.

– Lo mismo he pensado yo, alguien lo tiene que saber y seguramente su propietario ha tenido que conseguirlo.

Llamaron a la puerta y enseguida abrió el americano.

– Buenos días.

– Buenos días, pasen, por favor.

Cuando entró, Enrique recordó enseguida su visita de días atrás, sin embargo ahora la casa parecía más acogedora, las ventanas estaban abiertas y entraba más luz, tampoco había el olor a humedad de aquel día.

Se sentaron en las sillas que había alrededor de la mesa y Elías les ofreció un café que no supieron rechazar.

– ¿Qué les parece mi casa?

– Es bonita aunque, como dijo usted, no es muy acogedora ya que sólo viene de tarde en tarde y por eso no la puede tener muy acondicionada –dijo Sara.

– Claro, además este tipo de viviendas antiguas son muy difíciles de adaptar, habría que hacer una reforma en toda regla y supondría quitarle parte de su encanto.

– De todas formas la idea que usted tiene no es habitarla permanentemente, pues no pretende venirse aquí a vivir, ¿verdad?

– No, mi vida está en La Gran Manzana, allí tengo mi casa, el trabajo, la familia, los amigos, en fin todo, pero me gusta esta tierra y me gusta venir a descansar en verano algunos días, para mí es como un baño de salud. El periodo de meditación que necesitamos de vez en cuando para no matar nuestro cuerpo y nuestra mente.

Tampoco descarto en un futuro, cuando tenga el trabajo más organizado y sea más mayor, venir temporadas más largas. Creo que no sería mala idea compartir la residencia entre esto y aquello.

– Pero para entonces debería preparar la casa un poco mejor –señaló Sara.

– Claro, incluso tengo la idea, tocaría lo menos posible de su encanto, pero la prepararía de forma que apeteciera estar.

– Bueno, cambiando un poco de tema, ayer nos dijo que nos enseñaría los documentos que hablan de su familia.

– Tengo el contrato que les comenté pero, si les parece, puedo continuar donde lo dejamos y les iré enseñando los documentos conforme vayamos hablando de ellos, ¿de acuerdo?

– Perfecto.

– Como les decía ayer, mi antepasado decidió no convertirse y por eso tuvo que marcharse, pero antes de hacerlo consiguió vender todo lo que pudo y llevarse una pequeña fortuna a Tánger. Según me contaron mis padres, y a ellos los suyos y así sucesivamente, este antepasado mío fue traductor en tiempos de los Reyes Católicos.

Al oír esto el matrimonio se quedó estupefacto, se miraron y no sabían qué decir. Elías intentó continuar explicando la vida que había llevado su antepasado, pero inmediatamente se dio cuenta de que algo no marchaba bien.

Se hizo un silencio, las palabras habían desaparecido, el anfitrión pasaba la mirada de uno a otro

sin saber qué decir, qué preguntar, mientras que la pareja lo miraba fijamente con una cara de asombro imposible de disimular. Así pasaron unos segundos que parecieron minutos.

– ¿Qué ha pasado?, ¿qué he dicho? –preguntó al fin, Elías por romper de alguna forma con aquella situación.

– ¿Me pueden explicar qué pasa, por favor? –insistió.

– No es nada, o tal vez sí –dijo al fin Sara.

– De nuevo les ruego que me digan lo que pasa. Algo ha cambiado en su actitud.

– Verá, como le habíamos comentado, también nosotros hemos hecho alguna averiguación en relación a los habitantes de esa época. Yo quería ampliar un poco mis conocimientos sobre la presencia de los judíos en Andalucía para cuando celebráramos esta reunión y durante esa búsqueda encontramos pocos datos pero, curiosamente, algunos de ellos tienen relación con un judío intérprete que residió en Ronda.

Ahora la cara de asombro pasó a Elías, no podía creer lo que estaba oyendo.

– ¿Y qué han averiguado, me lo pueden decir?

– Claro que se lo podemos decir, pero puede tratarse de una simple coincidencia. En realidad es muy poca información y puede, digamos, contaminar, lo que nos tiene usted que contar, por eso creo que lo mejor es que termine usted. Una vez que conozcamos esos datos, podremos comprenderlo todo mejor y además le aseguro que tendrá toda la información que nosotros hemos encontrado, de esa manera no se nos quedarán cabos sueltos.

– Bueno, si no hay más remedio, y usted que es la investigadora cree que es lo mejor, intentaré

aguantar mi curiosidad hasta que termine de exponer lo que yo sé.

– Será mejor así, ya lo verá.

– Bien, como les decía, ese antepasado fue traductor y consiguió una pequeña fortuna con sus trabajos. En esa época eran pocos los que hablaban y escribían las lenguas que se utilizaban, en este caso el árabe y el castellano, por lo que consiguió algunas posesiones gracias a su preparación.

Como habrán podido imaginar, él era judío y ante la presión a la que fueron sometidos y de la que la historia se ha hecho eco, no le quedó más remedio que marcharse. Vendió lo que pudo, otra parte de sus bienes pasó a manos de la Iglesia, y el resto, para evitar que se perdiera, lo dejó a un amigo.

Para formalizar la parte que le dejó, de forma que no quedaran dudas que pudieran hacer que la Inquisición se lo arrebatara, redactaron un contrato por duplicado. Uno se lo quedó su amigo aquí en la península y el otro se lo llevó a Tánger Ysrael Alescar, que era su nombre.

Esta vez, nuevamente, la pareja intercambió una mirada, sin hacer ningún otro gesto, para no interrumpir el relato. Ellos ya sabían definitivamente que los datos que habían encontrado pertenecían a su antepasado.

Elías se levantó de la silla y cogió un maletín que tenía sobre una silla, lo abrió y sacó unos cuantos documentos. Algunos de ellos, estaban protegidos con una funda de plástico transparente a través de la cual se podían leer perfectamente. Se trataba de un plástico rígido que verdaderamente era una buena protección para esos papeles. El aspecto que mostraban, en cuanto a color y grado de destrucción, manifestaba claramente que se trataba de documentación muy antigua. Tomó uno de ellos y lo pasó a la pareja, Sara alargó la mano y lo cogió con mucho cuidado.

– Este primer documento es el que hace mención a la deuda que habían contraído –dijo Elías.

Evidentemente era ficticia, pero era la única forma de poder justificar por qué el amigo se había quedado con esas posesiones.

Según nos cuentan nuestros antepasados, Ysrael no pudo sacar del país dinero, joyas, oro, caballos, ni nada, pues estaba totalmente prohibido, la única forma de llevarse sus posesiones era a través de letras de cambio que a su vez pudieron ser transformadas en dinero en los bancos extranjeros. Eso fue lo único que pudo llevarse, letras de cambio, de las que tan sólo le permitieron cobrar algunas de ellas en los bancos de Génova.

Sara comenzó a leer algunos párrafos en voz alta para que su marido también pudiera enterarse de lo que había escrito.

"... seppan todos que yo Ysrael Alescar, trujuman de la ciudad de Ronda, otorgo a Manuel Alfonso Cohen que deuo a vos Manuel Alfonso, amado criado nuestro, la suma de cien florines d'oro por suplir cierta necesidad..."

El documento relacionaba, a continuación, las prendas cedidas y Sara las leyó parcialmente para no hacerse demasiado pesada.

"... una celada goarnecida de plata et, por quanto por el presente nos jacemos..."

"... diez sortijas d'oro".

"... una casa que avie comprado de un judío, e que el judío hera ya pagado de la compra... e por quanto se quedó con el título de ella, pago porque le diese el titulo los dichos maravedies, e qual título es de las (obligaciones) que dio el comendador, valorada en 5 l seda o 20 pesantes nuevos 4

maravédies..."

Cuando hubo leído parte de la relación, y de nuevo para no aburrir a los oyentes, pasó a otro de los párrafos que hacía mención a la deuda.

"... y otros doscientos florines d'oro por los quales el dicho Manuel Alfonso tiene prendas de dicho Ysrael..."

Sara dejó de leer.

– Con estos documentos queda claro que estos bienes, propiedad de Ysrael, pasaron a manos de Manuel Alfonso y también queda claro que, si no existía la deuda, como usted nos ha dicho, su tatarabuelo confiaba plenamente en su amigo, pues los bienes eran de gran valor –dijo Sara.

– Efectivamente, si leen de nuevo la relación, verán que se quedó sobre todo con joyas, aunque también se relaciona una casa en el barrio judío. Mi familia siempre ha pensado que la casa era la suya, pero no tenemos constancia de ello. Por los relatos de nuestros familiares parece ser que Manuel Alfonso no tenía casa propia, que vivía en la casa de Ysrael y que era su criado. Había tal relación de amistad que al parecer la vivienda fue un regalo para su amigo, que a cambio custodiaría todas esas joyas. Ysrael pensaba que cuando mejoraran los tiempos, y pudiera regresar, las recuperaría.

– ¿Y no tienen noticias de que se produjera esa devolución?

– Sí, sabemos ciertamente que la recuperación no se produjo. Hubo contactos entre ellos y después entre sus descendientes hasta hace un par de generaciones. Entre ellos se continuó transmitiendo el

compromiso de la custodia, pero no tenemos constancia de que se produjera la devolución en ningún momento.

– ¿Lo saben por documentos, o por trasmisión oral a través de la familia? –preguntó Sara, que era la que mantenía la conversación, mientras su marido se limitaba a escucharlos a los dos.

– Uno de nuestros antepasados recibió una carta, cuando ya vivían en Génova, esa carta no la conservamos, pero al parecer en ella contaba uno de los hijos de Manuel Alfonso que él había asumido la deuda contraída por su padre y que respetaría la palabra dada a su amigo. Su padre le había hecho responsable a él personalmente, de la custodia de las joyas.

– Pero en realidad son historias contadas en su familia, no existen pruebas de ello.

– Eso es verdad, pero la tradición en mi familia es algo especial, las historias contadas de viva voz tienen la misma validez que cualquier papel escrito y registrado por un notario. Nos empeñamos en transmitir lo que consideramos importante, procurando no cambiar ni una coma de lo que nos han contado las anteriores generaciones.

– No quiero poner en duda lo que nos dice, por favor, simplemente intento conocer los hechos en su realidad, pero le ruego que continúe.

– Me cuentan mis padres que, en la carta que escribió el hijo de Manuel Alfonso, hablaba de que su padre había hecho amigos y que compartía algunas fiestas con ellos. También decía que había conocido a uno que era poeta y que venía de Sevilla.

Dicen mis padres que, según sus antepasados, la carta era muy extraña, porque después de hablar de los buenos amigos que tenía su padre, hacía especial mención al poeta porque se había portado muy bien con él y también decía que le estaba muy agradecido. Pedía que si tenían ocasión, para conocer lo buen poeta que era, leyeran al menos su poesía "Una Cena", que estaba dedicada a una de las fiestas. Al parecer, esa fue la última fiesta a la que fue su padre, después enfermó y murió.

El matrimonio, nuevamente, se miró con disimulo para no interrumpir.

– ¿Conocen el nombre de su hijo o tienen algún dato para seguir su pista?

– Nada, de eso no tenemos nada, únicamente sabemos que la tradición familiar cuenta que la custodia fue pasando a través de los descendientes de Manuel Alfonso.

Entre estos documentos, –dijo Elías tocando la carpeta que había cogido anteriormente– hay algunas notas escritas por algunos descendientes cercanos de Ysrael. Algunas de ellas no tienen ningún significado para mí, no obstante, como se trata de un legado familiar antiguo, las he guardado porque siempre me ha parecido interesante conservar esta parte de mi historia personal.

– Me gustaría leerlos detenidamente, –señaló Sara– ¿podría llevármelos al hotel para verlos?

– Por supuesto, lo único que le pido es que los trate con la mayor delicadeza, ya sabe lo que suponen para mí.

– No se preocupe por eso, estoy acostumbrada a este tipo de objetos, mañana mismo se los devolveré. ¿No tiene nada más que contarnos?

– No, nada más, simplemente algo que creo que se me ha pasado. Nuestra historia también cuenta que un hijo de ese primer descendiente, es decir un nieto de Manuel Alfonso, tuvo que cambiar de casa y que en algún lugar de ella, cuando la construía, habilitó un espacio donde esconder aquellos objetos que no eran de su propiedad y que tenían que estar bien guardados.

Quisiera también hacerles referencia a otra historia, a la que al menos mis padres le han prestado siempre menos atención, y que cuenta que un descendiente de Manuel Alfonso, al haber perdido totalmente el contacto con los descendientes de Ysrael, decidió repartir los objetos y en ese momento dio por resuelto el contrato de custodia. De eso no tenemos documentación, sólo se transmitió como un

rumor.

– Esto aclara un poco el motivo de su secuestro ¿no es así? Usted les contó todo esto, a los de la tienda de antigüedades, y ellos pensaron que usted ocultaba más datos.

– No, yo no les conté nada de lo que les he dicho a ustedes, sólo les hablé de los documentos de la deuda, y creo que también se los enseñé. El resto de las historias de mi familia se las he contado a ustedes, no a ellos.

– Pero habrán imaginado que usted buscaba algo más.

– Posiblemente, pero en realidad esa es una historia sin relevancia para mí. Ya se perdió la pista de todos esos bienes hace mucho tiempo, yo sólo quiero saber cosas de mi familia, cuáles son mis orígenes y dónde vivieron mis antepasados, sólo eso.

– Hay una cosa que no entiendo, –comentó Enrique, siempre haciendo gala de su despiste– ¿si no sabe nada más, cómo es que ha comprado esta casa que dice que quizás perteneciera a uno de los descendientes de Manuel Alfonso?

– Tiene usted razón, he dicho que no sabía nada más y no es del todo cierto. Como habrán leído en el contrato, el apellido de Manuel Alfonso era Cohen. He hecho averiguaciones sobre dónde se encontraba el barrio judío en Ronda y según los escasos datos que tenemos, parece ser que estaba situado entre las dos murallas que protegían la ciudad, justo por debajo de la llamada puerta de La Cijara o La Ecijara, según la llaman unos u otros investigadores, pero allí ya no hay ninguna vivienda de ese antiguo barrio.

Según lo que he podido saber, a partir de las capitulaciones de Ronda, la ciudad continuó su expansión hacia el barrio del Mercadillo por la otra margen del río, es decir desde el barrio de Padre Jesús hacia arriba. Con esa expansión los judíos conversos se fueron integrando con el resto de la población y habitaron las nuevas casas que se construían.

Debió de ser Manuel Alfonso, que ya era su nombre de converso, o quizás alguno de sus

descendientes, quien trasladó su residencia desde ese antiguo barrio, desaparecido, a una de esas nuevas casas.

Mi gestión ha consistido en buscar vecinos de esta localidad con el apellido Cohen en los diferentes archivos municipales y de la Iglesia. Fue muy difícil, pero al final encontré uno que al parecer fue antiguo propietario de esta casa, un tal Fernando Cohen. Sus más recientes propietarios no tienen nada que ver con ese, pero hace bastante tiempo él habitó aquí y por eso me gusta suponer que quizás fuera uno de los descendientes del amigo de Ysrael. Esto no tiene ningún rigor científico como pueden ver, no se trata más que de eso, un apellido común en una zona donde ese apellido no es común.

Ya creo que está todo, saben ustedes todo lo que yo sé de mi familia, en Sefarad.

– Es muy interesante, nos ha gustado mucho –insistió Sara.

– A mí también me ha atraído mucho toda esta historia, pero en mi caso es natural por tratarse de mi familia.

– Es normal, todo lo que suponga saber de tus raíces es atractivo para cualquier persona.

– Pero ya es hora de que me cuenten ustedes lo que saben, no crean que se me ha olvidado, es más, estoy impaciente por saber por qué tenían esa cara de extrañeza.

– Lleva razón, ahora hablamos nosotros –dijo Sara.

A grandes rasgos, le dieron detalles de toda la investigación que habían hecho. Le comentaron cómo habían conseguido saber que Ysrael había sido intérprete de los Reyes Católicos.

También le dijeron que sabían que Manuel Alfonso, en un momento de su vida, había sido acusado de judaizante y que tenían pruebas de ello.

Elías no podía creer lo que estaba oyendo, de alguna manera era como tener constancia por

escrito, poseer un testimonio real, de lo que a él le habían contado mediante historias pasadas de generación en generación.

Se sentía feliz de saber que su profesión no era fruto del azar, que su ilusión por continuar la profesión de sus antepasados no contaba con la base de un simple cuento familiar, sino que se debía a ese profundo sentimiento de seguridad en que la historia era verdadera. Ahora veía cómo todo estaba siendo confirmado con documentos y eso le producía a la vez sensaciones de alegría y satisfacción.

Cuando le hubieron contado todo lo relacionado con los dos personajes, ella consideró necesario sincerarse con el americano y le dijo que Enrique había estado en su casa hacía unos días. Se disculparon por invadir su intimidad, pero que con la excusa de conocer algo más sobre lo ocurrido, lo habían hecho. Le dijo que su marido, en su búsqueda, había encontrado una nota en una silla.

– Fue por casualidad –dijo Enrique– quería anotar la inscripción que hay en el dintel de la entrada, junto a la cruz, para que no se me olvidara. Quería que Sara la completara y la interpretara.

– ¿La que hay escrita en letras negras?

– Exacto, ¿ha completado usted la frase?

– No, no he podido. He intentado en numerosas ocasiones hablar con algún técnico o alguna persona informada, pero no lo he conseguido, quizás sea porque no he puesto demasiado interés.

– Pues, como le decía, buscaba algún papel donde anotar y me encontré éste encima de aquella silla,

–dijo Enrique mientras desdoblaba el papel– lo abrí y me encontré las anotaciones. Luego lo comenté con mi mujer y, dado que se trataban de unas frases un tanto enigmáticas, consiguieron atraer nuestra atención. Ante nuestro deseo de saber qué podía significar aquello comenzamos por leer la poesía Una Cena, y a partir de ahí fuimos siguiendo diferentes caminos según se nos iban ocurriendo ideas.

– La verdad es que sí, las frases son un tanto enigmáticas y despiertan el interés de cualquiera por

conocer su significado.

– ¿Sabe quién las escribió y qué significan?

– Claro, las escribí yo. Verá, en los documentos que les he entregado aparecen esas frases y a mí también me han intrigado siempre. En mis indagaciones he intentado buscarles un sentido, un significado, pero nunca he conseguido nada.

He leído infinidad de veces la poesía, e incluso la obra completa de Baltasar del Alcázar, pero nunca he conseguido relacionar nada, sin embargo, creo que deben de tener algún significado. Nadie escribe esas frases en un papel, sin que tenga alguna razón, algún sentido.

– Cuando mi marido me las enseñó enseguida despertaron mi interés, además como yo sabía que usted quería tener más información de ese poeta, lo impliqué en encontrar algún tipo de relación entre la poesía y la frase, así que también hemos investigado un poco sobre ellas.

– ¿Y han conseguido algo?

– Bueno, algo hemos logrado –dijo Sara.

– No me puedo creer que hayan tenido éxito en tan poco tiempo. Yo llevo indagando sobre esto muchos años.

– Quizás hayamos tenido la suerte de los principiantes –dijo Enrique con una sonrisa.

– ¿Me lo contarán, no?

– Ese mérito es de mi marido, por eso creo que le corresponde a él contárselo.

Enrique le relató, detalladamente, todo el proceso seguido para conseguir relacionar la poesía con los personajes.

Elías, estaba asombrado, no podía creer que después de tantos años y tanta búsqueda, pudiera

conocer todo lo que había oculto en aquellos documentos.

Una vez que hubieron compartido todo lo que sabían, Elías preguntó:

– ¿Saben por qué el poeta quiso relatar lo ocurrido a Manuel Alfonso?

– También hemos pensado en eso y al final hemos concluido que no tiene por qué ser él quien haya pretendido contarlo. Igual sólo hizo esa maravilla de obra y relató soberbiamente una noche de cena, sin ninguna otra pretensión. Posteriormente pudo ser que alguien la leyera y, usando su propia imaginación, la utilizó para dejarnos el mensaje.

– ¿Quieren decir que no fue el poeta?

– Si usted tiene datos de que esas frases, que aparecen en la nota, fueran escritas por Baltasar del Alcázar, entonces podríamos asegurar que sí, pero si no sabemos quién las escribió, entonces pudo ser cualquier persona –dijo Sara.

– Sin embargo conocemos que de ese poeta se dijo en alguna ocasión que procedía de una familia de judíos conversos –puntualizó Enrique.

– Pero en ninguna de sus obras ni en su biografía se hace mención a nada de eso. Lo único que relaciona su obra con las personas que nos ocupan son esas frases. Por cierto, me ha dicho que las frases originales están entre los documentos que me va a dejar ¿verdad? –preguntó Sara

– Sí.

– Es que me gustaría verlos tranquilamente.

– Ahí está todo lo que poseemos escrito, no existe nada más, al menos en poder de mi familia.

– De acuerdo, gracias, se los devolveré intactos.

– Lo sé. Sé que estarán en buenas manos.

- Está bien, yo creo ya está todo, será mejor que nos marchemos, no debemos hacernos muy pesados –dijo Enrique.
- No se preocupen, llevamos un buen rato hablando de este tema y para mí sigue siendo apasionante; no obstante creo que debemos meditar sobre todo lo nuevo que hemos conocido por ambas partes – señaló Elías.
- Creo que sí, –dijo Sara– necesitamos pensar sobre todo esto. Si le parece mañana nos vemos y cambiamos impresiones.
- Bien, me parece muy buena idea, nos vemos mañana a las diez, en el parador.

Se despidieron en la entrada de la casa y la pareja se fue alejando despacio por la calle Real, en dirección a la iglesia de Padre Jesús.

Cuando se levantaron de la siesta, a Enrique le apetecía pasear y se lo comentó a Sara.

- ¿Que vamos a hacer esta tarde? –preguntó Enrique.
- Yo pensaba que revisaríamos los documentos que nos ha dejado Elías.
- Ah claro, mañana tenemos que devolvérselos.

Sara notó que su marido, parecía un poco contrariado.

– ¿Tú habías pensado hacer otra cosa?

– Pues la verdad es que sí, como hemos pasado toda la mañana sentados y luego hemos echado la siesta, había pensado en ir a dar un paseo.

– Creo que, yo al menos, debo quedarme revisando estos papeles. No podemos presentarnos mañana diciendo que no los hemos visto. Si te parece puedes ir tú.

– Me parece bien, aunque suponga abusar de tu interés por el tema, necesito salir al menos un rato.

– De todas formas no creo que me lleve mucho tiempo, no son muchos, pero quiero revisarlos.

– De acuerdo, hasta luego –se despidió Enrique.

– Adiós.

Sara se quedó sola en la habitación, y aunque por una parte le hubiera gustado que Enrique la ayudara, ya que siempre es bueno contar con otra opinión, por otra prefería ser ella la que organizara aquello y decidiera los pasos a seguir.

Revisó los documentos sin sacarlos de su protección, comprobando, aunque sin mucha rigurosidad, que se trataban de manuscritos antiguos.

Lo primero que vio fueron los contratos que había leído parcialmente por la mañana. Los revisó minuciosamente con la satisfacción que le producía estar en contacto con algo de tanto valor histórico. El lenguaje la atraía enormemente aunque verificaba la similitud que existía ya con las expresiones actuales.

Fue anotando en su cuaderno algunas de las palabras y giros lingüísticos de la época para poder consultarlos con algún compañero en Madrid cuando volviera al trabajo. También anotó las monedas y los importes utilizados para, igualmente, poder confirmar el valor de los objetos y la vivienda en relación a las fechas y valores actuales.

Estuvo revisando algunas cartas que habían intercambiado cuando parte de ellos estaba en Génova y posteriormente en los Estados Unidos.

Toda esta documentación le parecía muy interesante, aunque le resultaba bastante extraño que alguien hubiera podido guardar los papeles durante tanto tiempo y estuvieran tan bien conservados.

Después leyó otra de las notas claramente escrita en tiempos más recientes.

"Me cuenta mi abuelo, que Ysrael recibió una carta del hijo de Manuel Alfonso, cuando aún vivía en Génova. Me dice que no era muy extensa y que en ella sólo destacaban extrañamente cuatro palabras en letras más grandes. También se decía, que él asumía las deudas de su padre con Ysrael y con sus descendientes.

En la carta le hablaba de su padre, Manuel Alfonso, y de lo agradecido que estaba a su amigo Ysrael. Le contaba que su padre había tenido nuevos amigos en los que tenía mucha confianza y que se lo pasaba muy bien con ellos en las fiestas a las que asistía. Le hablaba de un amigo poeta y le pedía que, si alguna vez tenía ocasión, leyera al menos una de sus poesías, en concreto la que se titulaba UNA CENA, porque en ella se relata una de las fiestas a las que FVE ALFONSO, su padre.

Mi abuelo me dijo que el final de la carta era muy triste, pues le decía que su padre murió después de esa fiesta. La despedida de la carta se hacía con una frase que le había resultado curiosa y extraña, en ella se mezclaba el cariño de tratarlo como hermano y el símbolo de una religión a la que no pertenecían en el fondo de su corazón, "Tu hermano te aguarda en "

Tras leer este documento, a Sara también le llamó la atención la despedida. Era una fórmula rara, no era corriente, aunque en el fondo podía ser adecuada para que, un judío converso, no levantara sospecha sobre su religiosidad, al escribir a un destinatario judío, en otro país. Ella pensó que, en esa época, cualquier escrito podía ser interceptado por el Santo Oficio, o alguno de sus

colaboradores, y enseguida hubiera tenido problemas. No obstante creía, que quizás hubiera sido más normal escribir "tu hermano te espera en Cristo", o "te aguarda en Cristo", o simplemente "tú hermano en Cristo". No creyó que fuera frecuente ver dibujada una cruz, que parecía ser la Cruz de los Evangelistas, en una despedida por escrito.

Tomó nota para consultarlo con sus compañeros o compararlo con algunas de las expresiones de la época y también se lo diría a Enrique pues, para esas cosas, a pesar de su despiste, él podía ver detalles que a ella le pasaban desapercibidos.

Después continuó revisando papeles, durante al menos una hora, hasta que Enrique entró a la habitación.

– Hola, ¿cómo ha ido la tarde?

– Bien, lo he revisado casi todo.

– ¿Has encontrado algo nuevo?

– No, prácticamente lo conocíamos ya todo, pero he disfrutado leyendo estos papeles escritos por alguien, hace mucho, mucho tiempo y ya sabes que para mí eso es importante.

– Me alegro. Yo también he disfrutado y me he despejado un poco.

– Vaya, ¡qué bien!

– ¿No necesitas mi ayuda entonces? –dijo Enrique.

– Bueno, sólo un par de cosas. Mira este escrito, que es mucho más reciente que el resto, y dime si hay algo que te llame la atención, algo que encuentres extraño, que no cuadre con el resto, algo que consideres fuera de contexto.

Enrique lo cogió y se lo llevó a la terraza donde la temperatura de la tarde hacía la estancia muy agradable. Sara lo siguió y ambos se sentaron impregnándose de los olores a verano que desprendían los campos de la serranía.

– Bueno, es evidente ¿no? – dijo Enrique.

– ¿Verdad que resulta extraña la cruz en la despedida?

– ¿Qué cruz?

– ¿Pero no te referías a la cruz del final? – preguntó Sara extrañada.

Enrique volvió a mirar el escrito y levantó la cabeza hacia Sara.

– Llevas razón, también resulta extraño.

– ¿Cómo también? – insistió Sara.

– Bueno, yo me he fijado en que la frase "fve Alfonso", no está escrita como en la nota que encontramos.

– ¿Que no está escrita como en la nota?

– No, no está escrita como la hemos visto hasta ahora.

– Déjame que lo vea – dijo ella cogiendo nuevamente el documento.

Sara no había reparado en ello, pero era evidente. La U de FUE aparecía como una V. Rápidamente ambos cayeron en la cuenta de que todo lo que habían trabajado con la frase, sobre la poesía, podía verse influido.

- Tenemos que revisarlo todo, porque la relación que encontramos ya no es la misma –dijo Enrique.
- Sí, el resultado no debe ser el mismo.
- Voy a buscar el trabajo que tengo en el ordenador.
- Espera un momento por favor, antes quiero que hablemos sobre la despedida de la carta.
- Es verdad, perdona, deja que la vea otra vez.

Enrique estuvo un rato callado leyendo el escrito. Encontraba algo extraña la despedida, pero a pesar de que la cruz le resultaba llamativa, no acababa de creer que fuera solamente eso. No obstante, decidió dejar esa reflexión para más tarde y buscó una excusa diciendo que simplemente no le cuadraba, pasando así de puntillas sobre el asunto. Más adelante le prestaría la atención que merecía su mujer, ahora sólo tenía ganas de buscar en el ordenador y ver cómo influía ese nuevo hallazgo de la V.

- Es verdad, resulta extraño dibujar algo así en la despedida, supongo que no será una invención del que escribió la nota, sino que en realidad, aunque se transmitiera de boca en boca, la cruz estaría pintada en la carta original.
- Hombre, creo que sí, si no hubiera estado por qué iban a hacer el dibujo, simplemente hubieran escrito la palabra como el resto de la carta.
- Claro, claro.
- Deberíamos de buscar alguna información sobre documentos de la época y ver si este tipo de despedida era frecuente.

– Me parece muy interesante, si quieres ocúpate tú de eso que, yo voy a ver cómo influye el cambio de la letra en la poesía.

Sara se quedó con el ordenador portátil en la habitación, mientras Enrique bajó a la recepción para consultar desde allí.

Con la agilidad que le daba la práctica de su profesión, y los años de experiencia, en unos minutos Enrique estuvo conectado a la unidad central de su departamento en la universidad. Accedió al fichero donde guardaba la información en la que había trabajado y sólo tuvo que cambiar la letra U por la V.

Enseguida le aparecieron los cuatro versos a los que se le había asignado la V.

"Vale un Florín cada gota"

"¡Qué oronda viene y que bella!"

"Cómo te va. Yo, por mí"

"Pues haz, Inés, lo que sueles:"

Al ver los resultados se dio cuenta rápidamente, de cuál era el verso que encajaba en el contexto, el que le daba sentido al mensaje.

Mandó imprimir el resultado anterior y, tras cambiar el verso, pulsó nuevamente la tecla de imprimir para enseñar los dos resultados a su mujer. Cortó la conexión y recogió ambos folios para subir a su habitación.

Cuando llegó, Sara estaba tendida en la cama con cara de no haber tenido éxito en su búsqueda.

– ¿Has encontrado algo? –preguntó Enrique.

– No, nada interesante, nada que pueda servir de ejemplo de despedida en las cartas de aquellas fechas.

– ¿Pero has visto alguna?

– Sí, claro que he visto, pero nada parecido a esta. Había mucha variedad y ni siquiera se parecen entre sí, eso lo único que nos confirma es que ésta podía ser una forma más en esa época, para decir adiós por escrito.

– Bueno, ya sabemos que la despedida, dentro de lo extraña, pudiera ser normal.

– Eso precisamente he estado pensando yo, no se sale tanto de la norma y sin embargo parece que quiere decir algo más. Quizás por las fechas en las que se escribió, convenía escribir algo sobre sus nuevas creencias católicas, no podemos perder de vista que se trata de judíos conversos, en caso de que alguien pudiera ver que escribe a un judío en otro país, convenía dejar claro que seguía abrazando a Cristo y que deseaba que la conversión de su hermano se produjera.

– Tiene sentido tu razonamiento, pero mi sensación personal es que esa frase encierra algo más, me resulta enigmática; por otra parte es llamativo que las sucesivas generaciones la han transmitido exacta, con el dibujo.

Si te fijas, en el documento se comentan a grandes rasgos pasajes de la vida de su padre, incluso el tema de su muerte no es relatado textualmente como debería haber estado escrito en la misiva original. Sin embargo, los detalles que convenía guardar y transmitir de generación en generación, sí se han transcrito literalmente, como "FVE ALFONSO" con la V incluida, o "UNA CENA". Por esa misma razón me llama mucho la atención que la despedida también se transmita íntegramente, incluido el dibujo. ¿Qué opinas? –preguntó Enrique.

– No sé cómo eres informático, creo que has equivocado tu profesión, la historia es lo tuyo.

– ¿Por qué lo dices?

– Pues por lo que tú me estás contando. Me parece una reflexión muy acertada y totalmente acorde a los pasos que estamos dando.

– Bueno, esa reflexión se obtiene también desde el espíritu investigador, común a tu profesión y a la mía. Yo creo que el sistema de trabajo debe de ser común en todas, debes tener en cuenta que cuando haces un programa informático no se te puede escapar un detalle, ese despiste te puede costar horas de trabajo adicional buscando el pequeñísimo fallo que hace que no funcione nada de lo que has estado preparando. Sabes que en mi profesión tenemos que estar muy atentos a cualquier cosa que no concuerde con el resto, y esa filosofía es la que me ha hecho prestar atención a esa fórmula de despedida.

Es más, fijate en lo que te digo, por ese mismo razonamiento, cuando leo la frase de la despedida, me da la impresión de que también quiere decir algo más, que hay algo detrás de ella.

– Yo tenía la misma impresión y tu reflexión me lo está confirmando. Ahora estoy segura, esa frase no es lógica, a pesar de que quiera parecerlo.

– Bueno, ahí está, vamos a pensar en ella.

– De acuerdo, pero ahora muéstrame cómo ha cambiado la conclusión que habíamos obtenido en el tema de la poesía.

– Vaya, creía que no me lo ibas a preguntar nunca.

– Creo que me lo estás diciendo todo con tu cara.

– El resultado ha sido bueno, muy bueno diría yo.

Enrique le ofreció el folio con el resultado que tenían antes.

– Esto es lo que sabíamos utilizando "FUE", ¿no es así?

– Correcto, –dijo Enrique– y este es el nuevo. He cambiado el verso U por uno de los que tienen asignada la V.

Tenía este caballero un criado portugués.

Antes ponía: Digna de veneración, falta comenzar la fiesta.

Ahora: Pues haz, Inés, lo que sueles, falta comenzar la fiesta.

La moradilla va entrando, todo con tanta fineza, ¿no miras que tufo da?

Ya que, Inés, hemos cenado. Hizo fin, ¿qué viene ahora?... que el portugués cayó enfermo...

– Con esta última frase, se completa más claramente la información que querían transmitir. Dice quién ha ejecutado a Manuel Alfonso, es decir, Inés ha envenenado al portugués, e indica también que no era la primera vez que hacía ese tipo de trabajos.

– Es verdad, ahora se ve mucho más claramente. Lo has hecho tan bien, que has conseguido que encajen mejor las piezas.

La noche comenzó muy bien, salieron del hotel muy contentos para disfrutar de los encantos de la ciudad. Sus vacaciones estaban resultando mejor de lo que habían previsto, lo que iba a ser un viaje totalmente organizado por la agencia, con una pequeña estancia en esa ciudad, algunas visitas a los alrededores de Málaga, y varios días de playa, se había convertido en otro tipo de viaje.

Estaban en una ciudad de montaña donde pasarían la mayor parte del tiempo, se habían visto envueltos en una investigación policial, y para colmo no podían desconectar de sus trabajos, es más, estaban inmersos en una especie de aventura donde trataban de ayudar a otra persona a conocer su pasado.

– Es increíble cómo ha cambiado todo lo que teníamos previsto.

– Sí, es muy curioso –respondió Enrique.

– Hace una semana pensábamos en unas vacaciones para descansar y mira cómo nos vemos.

- Bueno, estamos descansando, no tenemos el estrés del trabajo, no hay que madrugar, no tenemos horario, no hay tareas de la casa, en fin..., vacaciones.
- No es mucho trabajo, pero no hemos parado de buscar e investigar –señaló Sara.
- Sí, pero de una manera relajada, pues nos está resultando distraído, ameno.
- En realidad no somos personas de estar tendidas al sol durante quince días sólo comiendo y bebiendo.
- Claro, esto nos está sirviendo de distracción y además nos llena de satisfacción, no sólo por la ayuda que le estamos prestando a Elías, sino por ética profesional. Nos hemos visto de alguna manera obligados a ir en una dirección, que no ha supuesto en modo alguno un trabajo, todo lo contrario, hemos disfrutado con lo que hemos hecho y conseguido –dijo Enrique.
- Por cierto, no se nos puede olvidar comentar con Elías nuestros nuevos hallazgos, seguro que le van a encantar.

La pareja disfrutaba de esa charla en una de las mesas del rincón de la taberna, cuando escucharon una voz conocida. Era Brillamor y venía acompañado.

- Hola, ¿cómo estáis?
- Bien –contestó después de una pequeña pausa de incertidumbre Enrique.
- Supongo, que os ha gustado esta ciudad tanto, que no queréis marcharos.
- Ya sabes que nos gusta y además lo estamos pasando muy bien.
- Bueno, os dejamos, nosotros también vamos a tomar una copa por ahí dentro.

El detective se marchó sonriente y en una animada charla con sus dos amigas. Fueron hacia el final de la barra del bar y se sentaron en sendas sillas, altas, una a cada lado de Juan Ramón y justo enfrente de Sara, Enrique les daba la espalda.

– Juan Ramón debe ser un Don Juan aquí, al menos tiene esa pinta.

– ¿Sí?, bueno tal vez, la verdad es que tiene buena facha –respondió Sara.

– Nunca le hemos preguntado si está casado, igual alguna de esas acompañantes es su mujer.

– Sí, quizás, pero no da la impresión de que ninguna de ellas lo sea.

– ¿Es muy elegante, verdad? –dijo Enrique.

– Y yo que sé. No me preguntes sobre Juan Ramón porque lo conozco lo mismo que tú, además, no me interesa si va elegante o no.

– Bueno, pero ¿por qué te enfadas?, sólo estamos hablando de algo, como antes.

– Pero es que me preguntas unas cosas que, ni me interesan, ni yo tengo por qué saber.

– Está bien, sólo era un comentario, nada más.

Sara se dio cuenta de que sus contestaciones no estaban siendo adecuadas. Su marido sólo estaba conversando, pero ella se encontraba ausente desde que entró Juan Ramón.

En su afán de no pensar en el policía, de no mirar hacia donde se había sentado, lo que conseguía era todo lo contrario, no paraba de mirar disimuladamente y además era incapaz de seguir la conversación con Enrique. De vez en cuando, contestaba con algún monosílabo para hacer creer a su marido que lo seguía en su monólogo, y que al parecer versaba sobre la situación, cualidades y gastronomía del hotel.

Sara no podía quitarse de la cabeza a Brillamor. Hoy estaba más seductor que nunca, las dos chicas que lo acompañaban se reían a cada instante con sus bromas y eso hacía que ella cada vez se encontrara más incómoda. En algunos momentos, incluso pensaba que se estaba sonrojando.

Una de las ocasiones, Brillamor, que estaba de perfil, volvió la cabeza hacia donde estaba ella. Sara hubiera apostado algo a que él había intuido que lo estaba mirando. Fueron sólo unos instantes pero pareció toda una vida, ella no pudo apartar la mirada y Juan Ramón tampoco quiso hacerlo. A la vez bajaron la cabeza, él entre las risas de sus acompañantes y ella ante la triste mirada de su marido.

Enrique estaba disimulando, volvía a actuar como si estuviera despistado, pero sabía que Sara estaba en otro sitio y fuera de sí, la conocía bien, aunque nunca había pasado por una situación como ésta. Continuó hablando y hablando de temas intrascendentes, aunque sabía que ella no estaba escuchando, le estaba dando la pausa necesaria para que pudiera rehacerse, adaptarse. Para él, la situación no era cómoda, y ante la posibilidad de que pudiera ir a peor, tomó la iniciativa con el máximo tacto y prudencia posible.

– ¿Quieres que nos vayamos? –preguntó Enrique.

– Sí.

No lo dudó ni un solo instante, llamó al camarero y en unos minutos pagó la cuenta y salieron del bar.

Ella no miró ni una sola vez hacia donde estaba Juan Ramón.

Enrique, mientras buscaba las monedas, observó cómo Brillamor miraba una y otra vez hacia su mujer, buscando unos ojos que esta vez no encontró.

Ahora, Sara se encontraba más habladora. Se dio cuenta de que tenía que atender a Enrique, pues lo notaba preocupado por distraerla. Estaba raro, no era normal que se mostrara tan atento, a ella le parecía increíble ver a su marido buscando conversación y hablando tanto.

– Te ha sentado bien el tinto, Enrique.

– ¿Por qué lo dices?

– Porque no paras de hablar y eso no es normal en ti.

– Será que este vino me hace hablar.

– Vas a tenerlo que tomar más frecuentemente, me gusta verte así.

A Enrique se le iluminó la cara.

– ¿Te parece que demos un paseo por la parte antigua, antes de ir al hotel? –preguntó Enrique.

– Me parece estupendo, un paseo ahora nos vendría muy bien.

La noche estaba fresca y la luna menguante adornaba las callejuelas de la ciudad. Esta vez decidieron caminar por calles que no habían pasado otras veces. Como siempre, La Ciudad invitaba a soñar.

En ningún momento se tenía sensación de peligro o incomodidad, pues había paseantes, gente en las puertas charlando, niños corriendo, parejas abrazadas y extranjeros despistados, con su mapa en la mano, buscando quién sabe qué.

Para los dos, la conversación estaba siendo agradable, el entorno invitaba a ese diálogo distendido, sin prisas, a ese diálogo, en que además de aprender, se absorbe cada detalle de alrededor.

Como decorado, los murmullos, las risas, los silencios, esas casas antiguas con sus cierros, sus puertas de cuarterones, sus fachadas de piedra, sus rejas de forja y sus escudos señoriales.

Algunas ventanas dejaban ver el interior de los hogares a través de las celosías. Familias cenando, charlas, tertulias de pueblo.

Escalones de piedra, marcos labrados, dinteles con cruces...

Enrique se paró en seco. Sara continuó hablando unos segundos hasta que se dio cuenta de que su marido se había parado. Estaba mirando fijamente la entrada de una de las casas. Bajó la vista y se mesó el cabello, nuevamente miró hacia arriba de la puerta y se tocó la barbilla. Giró la cara hacia Sara con la mano en la barbilla todavía, y volvió a observar la puerta.

– ¿Qué pasa Enrique?

– No, nada.

– ¿Entonces seguimos o te vas a quedar ahí toda la noche?

– Sí, sí, es que...

– Pues vamos, ¿por qué te paras?, ¿qué miras?

– No, nada, nada... vamos.

– No te entiendo.

– ¿Sí?

– ¿Qué te pasa? Por más que vivo contigo algunas veces me parece que no te conozco nada –dijo Sara.

– Perdona, ¿qué decías?

– Que no te entiendo Enrique. No sé cómo lo haces, pero consigues arruinar todo lo que has hecho bien.

– ¿Por qué dices eso?

– Porque en un momento estás pendiente de mí, te preocupas, parece que te va la vida en que me encuentre bien y al instante siguiente ya no estás.

– ¿Que no estoy por qué?

– Por nada, por nada, Enrique, mejor lo dejamos.

– Como quieras.

– No, como quiera yo, no, como quieras tú.

– ¿Pero por qué te pones así ahora? No lo entiendo.

– La que no lo entiende soy yo.

– Bueno, lo dejamos así. Continuamos donde estábamos para no enfadarnos y nos olvidamos de esta tontería sin sentido.

– ¿Y dónde estábamos? –preguntó irónicamente Sara.

– Tú hablabas de algo.

– Exactamente, ¿de qué hablaba?

– No lo recuerdo, como no te acuerdes tú que eras la que lo contaba –mintió Enrique.

– Pues sí, me acuerdo, pero no pienso decir nada hasta que tú no me digas en qué pensabas. No te estabas enterando de lo que decía, porque estabas pensando en otra cosa, y ahora, si quieres que continuemos bien, me vas a decir en qué pensabas.

La pareja se había parado delante de una casa típica de La Ciudad. La pared blanca de cal hacía resaltar los tres huecos de la planta baja y los dos balcones del piso superior. Toda la carpintería era de madera y las rejas rondeñas de forja.

Las dos ventanas que custodiaban la entrada no eran tales, eran cierros, esos típicos salientes enrejados que tenían su pequeño poyo interior para poder sentarse de espaldas a la calle, desde esa posición se podía observar por los laterales a quien pudiera pasar por la acera. El tejado, sin canalones, mostraba las bocatejas blancas y le daba parte de su sabor rancio a la vivienda. La entrada a la casa simulaba ser antigua, pero se notaba restaurada. La puerta de madera estaba enmarcada por listones de piedra de un buen ancho.

Enrique miró la parte superior de la puerta, el dintel y luego volvió nuevamente la vista hacia su mujer.

Parecía un niño, no se atrevía a hablar, pensaba que lo que se le había ocurrido era una barbaridad

y no quería decirlo porque Sara se reiría de él. Pero ya no le quedaba más remedio, no la podía engañar, además era incapaz de inventar una mentira creíble en tan poco tiempo, así que no le quedó más remedio que decir lo que había pensado.

– Se me había ocurrido una tontería y por eso me detuve, pero hasta ese momento te estaba escuchando.

– ¿En qué pensabas?

– ¿Has visto la puerta de esa casa? –dijo señalándola.

– Sí, muy bonita, ¿qué le pasa?

– Es que es una tontería.

– Bueno, pero dila ya, y nos podremos ir.

– Verás, estábamos hablando cuando de repente miré hacia allí y vi el dintel de la puerta.

Su inseguridad, a la vez que las reflexiones que se le ocurrían, hacían que fuera demasiado despacio en sus explicaciones, dudaba a cada instante sobre la siguiente frase que iba a decir, por eso las pausas era constantes.

– Venga Enrique, ¿qué tiene el dintel?

– ¿No has visto la cruz?

Sara levantó la vista hacia la parte superior de la puerta y vio una cruz cincelada en la piedra. En un principio su expresión fue de indiferencia, era un motivo ornamental más, ya había visto escudos y

cruces en muchas puertas de la ciudad, no era la única y no entendía cómo su marido había reparado ahora en una cosa, como esa. Al momento siguiente su expresión cambió. Enrique la observaba y comprendió que ella también lo había visto, que no se encontraba tan solo en su pensamiento, sabía que había alguien que compartía su idea.

– Sí, ahora lo veo, o mejor dicho, ahora me doy cuenta de por qué te has parado.

– Yo te he dicho por qué me distraje, ahora me tienes que decir tú lo que estás pensando –dijo Enrique.

– Esa cruz es muy común aquí, ¿verdad? –dijo Sara.

– Creo que sí, la he visto en la entrada de muchas casas.

– Pero además tiene una característica común que no es muy frecuente.

– Eso mismo pensaba yo cuando me has dicho que no te escuchaba.

– Esa especie de peana en la base no es frecuente y sin embargo todas las que están labradas en los dinteles de las casas de Ronda la tienen –señaló Sara.

– Si no todas, la mayoría.

– Exacto, además creo que se parece mucho a la Cruz de los Evangelistas.

– ¿Por qué?

– Porque tiene en su base los cuatro tomos de los evangelios.

– ¿A qué te recuerda la cruz? –dijo Enrique.

– Se parece a otra...

– Estás pensando lo mismo que he pensado yo, que la cruz se parece a la que hay en la despedida de la carta, ¿verdad?

- Es que no puede ser otra cosa.
- Bueno, no es posible afirmar eso con tanta rotundidad.
- ¡Cómo que no!, ya hemos dicho que ese tipo de cruz no es muy frecuente. Normalmente se dibuja la cruz, con los dos trazos, cruzados, y nada más, esa peana debajo no es frecuente –dijo Sara.
- Eso es verdad, pero no significa que tenga ninguna relación.
- Puede no tener relación, pero no se puede perder de vista que ese tipo de dibujo no es ordinario; por otra parte, el que aparezca con tanta frecuencia en esta ciudad y además esté en las anotaciones de los familiares de Elías, es un dato al que merece la pena prestar atención.
- No me lo digas a mí, eres tú la que se ha enfadado conmigo porque me distraje pensando en ello.
- Es verdad, perdona, ahora lo comprendo, no tenía razón, debí ser más paciente e intentar saber qué pasaba.
- Bueno, no tiene importancia, tampoco hay que ponerse así –dijo Enrique.
- Y hablando del tema nuevamente, ¿qué se te ocurre con esa nueva imagen?
- Ya me conoces, yo simplemente estaba deduciendo algunas cosas desde esta nueva información.
- ¿Y qué has pensado? –preguntó Sara.
- Pues en principio que el remitente de esa carta, en su despedida, dibujó la cruz a la que estaba acostumbrado a ver en su ciudad. Era la que él veía diariamente.
- Es lógico, por otra parte, esto nos demuestra que ese recuerdo remitido de generación en generación se ha hecho fielmente, pues no se ha deformado el mensaje original ni siquiera en el dibujo de la base de la cruz.
- Efectivamente, casi podemos asegurar que ese mensaje es original.
- No obstante, esta noche revisaré nuevamente las notas, quizás fuera eso lo que nos llamaba tanto la

atención del mensaje de despedida.

– Puede ser –dijo, sin mucho convencimiento, Enrique.

Sara y Enrique continuaron su paseo y en la primera bocacalle giraron para tomar una dirección que los acercara a su hotel.

A la mañana siguiente Enrique se encontró a Sara dormida en su cama, y rodeada de los documentos que Elías le había dejado. Como era habitual, pensó en quedarse un rato meditando sobre asuntos que normalmente carecían de importancia, pero ese día no pudo quedarse allí, la curiosidad lo mataba.

Se levantó muy despacio para no despertar a su mujer y fue recogiendo uno a uno todos los protectores conteniendo esos papeles, tan importantes para su dueño. Una vez ordenados, se volvió a tumbar en la cama y comenzó a revisarlos.

Cuando llegó al que contenía las notas, lo revisó una y otra vez. Hizo mentalmente todo tipo de conjeturas sobre lo que había escrito, pero al final no tuvo ninguna duda. No sabía lo que significaba, pero quien lo escribió había querido decir algo más, pues dibujar la cruz, esa cruz tan diferente, no era nada normal.

Recogió cuidadosamente todos los manuscritos y los puso sobre la mesilla de noche, se tendió cómodamente y decidió revisar mentalmente todo lo que tenían, pero le pasó lo que jamás hubiera

podido pensar que le ocurriera a él, se volvió a quedar dormido.

A las diez Sara lo despertó al tirar de la cisterna del cuarto de baño. Cuando ella entró en la habitación, Enrique la estaba esperando con las manos detrás de la nuca y apoyado en la almohada.

– ¡Cómo duermes! –dijo Sara entre risitas.

– No te vas a creer lo que me ha pasado, por eso no te lo voy a contar.

– Bueno, puedes intentarlo a ver qué pasa.

– Prefiero no hacerlo.

– Será mejor, igual me muestras tu lado oscuro y no resulta agradable.

– ¿Estuviste viendo los papeles anoche? –preguntó Enrique.

– Sí, los revisé todos nuevamente, en especial el de las notas.

– ¿Viste algo nuevo?

– Nada, sólo que coincido plenamente con lo que tú dijiste ayer, creo que puede tratarse del mismo tipo de cruz, y resulta interesante.

– Es curioso que unas personas que escribieron una carta hace tanto tiempo nos pasen un testimonio tan fiel de las cosas de su época.

– Tengo ganas de hablar con Elías para comentárselo –dijo Sara.

– Además será interesante saber si él opina lo mismo que nosotros, porque igual nos estamos precipitando y no le da la misma importancia que nosotros.

– Podemos ir a verlo. ¿Tú tienes otros planes?

– No, ninguno.

– Pues vamos, pero antes le voy a hacer una fotocopia a algunos de los papeles, no creo que sufran ningún daño por eso. Luego le consultaré a Elías si le importa que lo haya hecho y si no le parece bien, las destruiré.

Después del desayuno se marcharon a la casa de Elías.

– ¿Sabes cuántos días llevamos aquí?

– Claro que lo sé, Sara.

– A ver, dime cuántos.

– Pues hoy es jueves, el octavo día, llegamos el miércoles de la semana pasada, ¿recuerdas? La excursión a Ronda estaba prevista para el miércoles y ese fue el día que subimos desde Málaga – calculó Enrique.

– Exacto, ese fue el primer día, el miércoles y hoy es jueves, ha pasado todo volando.

– Sí, pero si te paras a pensar, verás cuantas cosas hemos hecho.

– Es verdad, pero sobre todo me da un poco de pena pensar que sólo nos quedan dos días –dijo Sara.

– Claro, pero eso siempre pasa. Cuando te lo estás pasando bien, cuando te diviertes como lo estamos haciendo nosotros, es normal que sientas tristeza de que se acabe.

– Bueno, siempre podemos quedarnos unos días más si nos apetece, no tenemos que rendir cuentas a nadie y el curso no empieza todavía.

– Depende, porque algo sí tenemos que hacer –dijo Enrique.

– ¿Cómo que algo tenemos que hacer?

– Al menos yo.

– ¿Tú qué tienes que hacer?

– ¡Como se nota que no estás implicada! No sé si te acordarás de que el lunes y el martes tengo que estar en el tribunal de las oposiciones.

– ¡Adiós!, no me acordaba.

– Claro, el veinticuatro y veinticinco, lunes y martes.

– Sí, lo había olvidado totalmente, ahora recuerdo que cuando concertamos el viaje con la agencia nos coincidía perfectamente, pues llegábamos a Madrid unos días antes de las pruebas.

– ¡Vaya una memoria!, ¿no dice todo el mundo que es muy buena? –dijo Enrique.

– ¿Y tú por qué no me lo has recordado antes?

– Porque teníamos estos días para olvidarnos de todo y, si hubiéramos estado pendientes de las fechas, no habríamos disfrutado tanto. Pensé que con las excursiones y los días de playa nos olvidaríamos de los trabajos.

– Y así ha ocurrido, nos hemos olvidado de todo, al menos yo, desde que lo comentamos hace ya algunos meses, no me había vuelto a acordar.

– Yo en cambio no lo he olvidado totalmente. Sabía que teníamos que irnos pero como cambiaron los planes y al final ha resultado tan agradable nuestra estancia aquí, no he querido recordártelo.

– Bueno, al menos lo hemos pasado extraordinariamente bien, y además nos quedan dos días –dijo Sara.

– Claro.

– ¿Cómo tenemos organizada la vuelta?, ya no estamos en el grupo de la excursión.

– El día que fui a Málaga lo hablé con la agencia y me tramitaron los billetes del tren para salir

desde aquí.

– ¿Cuándo nos vamos entonces?

– Tenemos el billete para el domingo a las doce de la mañana.

– ¿Y a qué hora llegamos?

– Alrededor de las cinco.

– ¡Que buena hora!, tenemos toda la tarde para organizar un poco.

– Ahora vamos a seguir con nuestras vacaciones de investigadores.

– Sí claro, eso es lo más importante –dijo Sara entre risas.

Cuando llegaron a la casa, llamaron a la puerta, Elías les abrió y los saludó, pero antes de pasar, Enrique les dijo que le apetecía dar un paseo por los alrededores.

– Si os parece, te puedes quedar tú, Sara, y vais viendo los papeles. Hace una mañana tan buena que me apetece acercarme al río.

– De acuerdo, si Elías no tiene inconveniente, por mí no hay problema, a nosotros por distintas razones cada uno, nos atrae mucho más que a ti quedarnos viendo los documentos.

– Nada, por mí no hay inconveniente –dijo Elías.

Enrique se fue paseando hacia la orilla del riachuelo.

Era un placer caminar en cualquier momento por la parte antigua. A esas horas de la mañana los sonidos eran los de un pueblo pequeño, algunas personas mayores paseaban charlando, otros estaban en las puertas de sus casas y algunos tenían, a su alrededor, a los nietos jugando.

Al fondo se escuchaba el sonido del agua. El río, que bajaba de la Sierra de la Nieves, ya con escaso caudal por las fechas estivales en las que se encontraban, se preparaba para entrar en la garganta del Tajo.

Él era informático, no era un hombre de letras, pero llevaba unos días especialmente sensible y pensó que alguien, con alma de trovador, podría decir del río algo parecido a lo que estaba pensando:

“Cuando lo ves bajar serpenteante desde la montaña, asemeja la hilera de presidiarios que camina desde el patio hasta su encierro.

El río llora, grita, se hace oír porque siente, porque sabe que no puede volverse, porque está cambiando su libertad en los campos y la montaña, donde nació, por su prisión.

El río sabe que, irremediabilmente, va a entrar en ese pasillo oscuro y frío, alto y angosto, rudo y seco. Entrará en su celda de piedra, de la que nunca podrá salir.

El río se ahoga en la garganta, y mira hacia arriba porque es su única esperanza, pero no se consuela.

El río se anima al ver el puente, y cuando se acerca a él, se alegra, y salta de alegría entre las rocas, y estalla y llora de emoción cuando descubre que sólo ha sido un pequeño sueño. Se le iluminan sus ojos cuando descubre el valle que lo libera de su prisión.

El río se ríe altanero, y se pasea alrededor de la cornisa despidiéndose, soberbio, de su ciudad favorita.

El río, traicionero, se olvida enseguida de su ciudad, soñada, pensando en el mar”.

Enrique pensó que le gustaría ser poeta para poder expresar estas cosas. Era demasiado modesto, creía tan poco en él, que se pensaba incapaz de llevarlo al papel.

Estuvo andando un rato más por los alrededores, gozaba con el aroma a campo, a verano, a pueblo, hasta que, al rato, decidió regresar a la casa. Pensó que quizás se interpretaría como una falta de respeto marcharse nada más llegar, pero necesitaba ese paseo y a él le costaba mucho disimular.

Al llegar a la puerta recordó la primera vez que entró e instintivamente levantó la cabeza hacia el dintel de piedra.

La inscripción, en ella, lo atraía, pero no lograba descifrar las letras que faltaban. Quizás fuera una inscripción reciente, pero sin embargo aparecía la V en una de las palabras. Era la que más claramente podía identificarse y la V hacía la función de U "JVEZA", pero no conseguía completar el resto de la frase. No obstante seguía pensando que la inscripción era reciente, demasiado reciente, tendría, sin remedio, que consultar a alguien para que le aclarase la duda, no podía olvidarse, pues si se marchaba sin conocer el significado, se estaría arrepintiendo largo tiempo. Decidió hacerle unas fotos a la fachada antes de entrar, por si le hacían falta en algún momento.

Tras llamar, fue el propio dueño quien abrió la hoja de la puerta, que estaba sólo encajada, pero al cruzar el escalón, Enrique se paró.

– Perdona un momento, ahora vuelvo.

– ¡No me diga que se marcha otra vez! –exclamó extrañado Elías.

– No, no, es sólo un momento, vaya adentro, yo voy enseguida.

Enrique nuevamente se volvió desde la puerta, pero esta vez la dejó abierta, pues sólo pensaba quedarse en la entrada.

Observó el dintel de piedra rascándose la cabeza. Miraba hacia arriba, hacia los lados, hacia el suelo y otra vez al dintel y movía la cabeza negando. Así pasaron unos minutos hasta que decidió nuevamente entrar a la casa.

Esta vez lo hizo sin llamar y tropezando en el escalón. Casi fue a darse de bruces con la puerta de entrada a la cocina, que estaba cerrada, y así consiguió detenerse, poniendo las manos contra ella.

– Esta vez has hecho una entrada triunfal –dijo Sara entre risas cuando vio que no le había pasado nada.

– ¡Que graciosa!, vaya, como siempre en estos casos, –dijo Enrique con el habla entrecortada y con la cara roja no se sabe si por el susto o por la vergüenza que estaba pasando.

– ¿Está usted bien? –le preguntó Elías.

– Sí, sólo ha sido el susto, me he despistado y tropecé con el escalón.

– No se preocupe, a mí me sigue pasando algunas veces. No es normal la disposición del escalón de la entrada y además el suelo de la casa está más bajo que el nivel de la calle. Todas esas circunstancias hacen que resulte extraña la forma de entrar.

– Sí, pero ya la conocía, lo que pasa es que estaba pensando en otra cosa. Me ha pasado porque me he distraído.

– ¿Quiere sentarse?

Elías le ofreció una silla alrededor de la mesa donde ya estaban sentados ellos. Sobre ella estaban esparcidos los papeles, en sus fundas protectoras.

- Le he contado a Elías lo que se nos ha ocurrido en relación a la cruz que aparece en la despedida de la carta.
- ¿Y qué opina de ello?
- Se lo acabo de decir a su mujer, –dijo Elías– me parece interesante la deducción y demuestra la veracidad de los escritos. También le he dicho que una de esas cruces la tenemos aquí, en esta casa, o mejor dicho dos.
- ¿Dos? –se extrañó Enrique.
- Sí, dos, una en la puerta, como algunas de las casas de Ronda y otra ahí dentro –dijo Elías señalando la cocina.
- ¿En la cocina?, yo acabo de ver la de la puerta, siempre me había fijado en la inscripción pero nunca presté atención a la cruz. Ahora cuando iba a entrar la segunda vez, he reparado en ella, precisamente por eso me he vuelto, quería verla, porque en un principio pensaba que lo había imaginado, pero no, ahí está.
- Efectivamente, no era una ilusión –dijo Elías sonriendo.
- ¿Y la otra dónde dice que está?
- Pues dentro de la cocina, encima de la alacena hay otra.
- ¿Podemos verla?
- Claro, ¿por qué no?

Se levantaron y se dirigieron a la cocina, Elías abrió la puerta y se apartó junto al poyo para que la pudieran ver bien. La cruz era idéntica a la de la entrada sólo que blanqueada como el resto de la habitación. Se notaba que estaba labrada también en una especie de dintel de piedra, que tenía la alacena en la parte superior, pero al estar dentro de la vivienda y ser una habitación más de la casa,

alguno de sus anteriores moradores decidió blanquearla.

Después salieron a la puerta y confirmaron que eran iguales a las que había por toda Ronda.

– La de la cocina está blanqueada, pero se nota que es del mismo tipo –afirmó Elías.

– Ya me he fijado, además esta labrada en piedra.

– Es una especie de friso –terció Sara.

– Creo que alguien tendría que decirnos por qué aparecen estas cruces en algunas casas de Ronda – comentó Enrique.

– Lo consultaremos esta tarde cuando volvamos al hotel y si no encontramos nada, lo hablaremos con alguien de la ciudad. Alguna persona que conozca ese tema, como puede ser un historiador, el cronista oficial, un arquitecto, en fin ya buscaremos.

– Bueno, creo que deberíamos marcharnos, quizás Elías tenga cosas que hacer y lo estamos entreteniendo.

– No, no se preocupen, sólo tengo previsto hacer un poco de deporte, como todos los días. No quiero desaprovechar la calidad del aire de esta zona, no estoy acostumbrado a ambientes tan sanos y me gusta llevarme mis pulmones algo más limpios.

– Bueno, estaremos en contacto, aunque ya sea por poco tiempo.

– ¿Poco tiempo? –preguntó Elías.

– Sí, se nos terminan las vacaciones, nos marcharemos el domingo –contestó Sara.

– ¿Por qué tan pronto?, el curso no empieza todavía.

– Efectivamente, no empieza hasta septiembre, pero Enrique ha sido designado para formar parte de un tribunal, en unas oposiciones que se celebran a partir del lunes, y no nos queda más remedio que

marcharnos.

– ¡Qué pena!, con lo interesante que estaba siendo esta experiencia.

– Pero no se preocupe, a partir de ahora mantendremos la comunicación. Creo que deberíamos intercambiar las direcciones de correo electrónico por si tenemos que hacer alguna consulta y, por supuesto, antes de marcharnos nos pasaremos para despedirnos.

– Muy bien, nos vemos pronto y en esa última visita nos pasamos los datos.

– Ah, por cierto, antes de que se me olvide, aquí tengo unas fotocopias de algunos de los papeles que me dejó anoche, me he tomado la libertad de hacerlas sin su permiso. Creo que me pueden ser de utilidad, siempre las utilizaría en un ámbito estrictamente personal y nunca las haría públicas, pero si no está de acuerdo, me lo dice y las destruyo ahora mismo.

– No se preocupe, no me importa.

– No obstante, si quiere que firme algún documento como garantía, me lo dice, por favor.

– Le repito que no tiene por qué preocuparse, tengo plena confianza en ustedes y más aún después de lo que me están ayudando.

– De acuerdo, gracias. Hasta pronto.

La tarde del jueves, Sara le propuso a su marido quedarse un rato en el hotel. Le apetecía leer algo y consultar algunas cosas en el ordenador.

Enrique, sin embargo, decidió irse a pasear. Salió y giró a la derecha en dirección al Puente Nuevo y la parte antigua. La tarde empezaba a refrescar, el día había sido muy caluroso, casi sofocante.

Cuando cruzaba el puente no se pudo resistir y en cada balcón que pasaba, se asomaba para ver el fondo del Tajo. En uno de los balcones tuvo que esperar un poco, porque se encontró con uno de esos grupos de turistas que, con tanta frecuencia, recorrían la ciudad. Estaba distraído pensando en alguna cosa cuando escuchó que alguien del grupo le hablaba.

– ¡Hola amigo! ¿Cómo está su señora?

Levantó la vista y confirmó que efectivamente era a él a quien se dirigía. Cuando se fijó en su interlocutor lo conoció inmediatamente, se trataba de Antonio, el guía que les había enseñado Ronda el primer día.

– ¡Ah, hola!, ¿cómo está?

– Bien, bien, pero le pregunto por su mujer, ¿cómo sigue?

– Ya está bien, muchas gracias, se recuperó rápidamente.

– Me alegro de que sólo haya sido un susto. Bueno, les deseo una feliz estancia.

– Gracias.

Enrique vio cómo Antonio seguía con el grupo en dirección a la plaza del parador. Se había quedado un poco sorprendido con el encuentro, pero decidió seguir caminando; sin embargo, enseguida se dio cuenta, que sería interesante hablar con él sobre algo que tenía pendiente.

Giró rápidamente y comenzó a caminar para alcanzar al grupo. Lo consiguió cuando llegaban a la plaza y se reunían alrededor del guía. Lo saludó con la mano y le hizo unos gestos para comunicarle que cuando terminara quería hablar con él.

Una vez acabada la explicación ambos se acercaron y nuevamente se saludaron.

– Hola.

– Hola, de nuevo.

– ¿A qué hora termina con los grupos?

– Éste es el último. Acabo de decirles que el hotel donde se hospedan está a unos cien metros

siguiendo esa calle hacia arriba, ¿por qué me pregunta eso?

– Verá, es que necesitaría hacerle unas preguntas sobre unas dudas que tenemos, en relación a algunos edificios de esta ciudad.

– ¿Algunas dudas sobre edificios?

– Sí, como sabe, nos hemos quedado unos días por aquí y en nuestros paseos hemos visto algo en algunas casas que nos ha llamado la atención. Hoy al verle he pensado que, usted mejor que nadie, podría ayudarnos en ese asunto.

– Yo no soy ningún experto, –dijo Antonio con una sonrisa– sólo conozco algo de la historia de la ciudad, para serlo hace falta estudiar mucho más de lo que yo lo he hecho.

– No sea modesto, que se nota que usted está muy bien informado.

– Mire, si no es mucho tiempo, ahora podemos ir a tomar un café allí enfrente y hablamos sobre ello.

– No, no será mucho tiempo, sólo el de tomar ese café al que le voy a invitar.

– ¿Cuáles son esas preguntas?, si le parece podemos ir charlando sobre ellas.

– Pues se trata de una inscripción que hemos visto en la entrada de una casa en la zona donde está la iglesia de Padre Jesús. Está pintada en el dintel de la puerta con letras negras, pero faltan algunas. La inscripción dice algo así como " NaA... de Jvez..."

¿Tiene alguna idea de lo que puede significar esa frase?

– Pues en principio no, aunque tendría que ver cuál es la casa y la inscripción, pero no me suena de nada, no me recuerda nada que yo haya visto antes.

Enrique sacó su móvil y le fue enseñando las fotos que había hecho de la fachada.

– Mire, aquí tengo unas fotos por si le sirven de ayuda.

– Ah, sí. Ya sé cuál es la casa, pero no me había fijado nunca en esa inscripción.

– Aquí se ve más de cerca –dijo mostrándole otra foto.

– Sí, se ve más claro, pero insisto en que no me recuerda a nada, parece sin embargo que es relativamente reciente. Creo que en este asunto no le voy a servir de mucha ayuda, no obstante, si van a estar por aquí más días, alguna de las veces que baje me acercaré para ver si puedo aclararles algo más.

– Muchas gracias, además tengo otra pregunta y ya le dejo tranquilo, porque estará usted demasiado cansado después de todo un día de trabajo.

– No se preocupe, no tiene ninguna importancia.

– La otra pregunta es también en relación a las entradas de las casas de esta ciudad.

Hemos visto que algunas tienen escudos heráldicos y otras tienen una cruz en la entrada. En concreto, hablando de las cruces, las encontramos labradas normalmente en el dintel de la puerta y nos gustaría saber qué significado tienen o el motivo por el que están allí. Además nos ha extrañado un poco su forma pues se trata de un tipo de cruz especial ya que tiene una especie de peana en la base, la encontramos un poco distinta a las cruces que normalmente vemos.

– Sí, efectivamente son distintas de otras, pero a la vez muy comunes en Ronda, incluso en casas de reciente construcción o restauradas sus dueños la han puesto en la entrada. Es un tipo de cruz más, no creo que tenga un significado especial, es un modelo que se utiliza aquí y es el que pone todo el mundo. En cuanto a por qué están allí, o qué significado tiene, hay varias teorías que le voy a resumir.

La más extendida es, a la vez, la más simple y yo, personalmente, pienso que puede ser la correcta. Consistiría en que simplemente el titular de la vivienda la pone en la puerta de su domicilio porque

es cristiano. Le gusta el símbolo y forma parte a la vez de la fisonomía de esta ciudad, de alguna manera la dueña, o el dueño, decora su casa y manifiesta sus creencias. Yo creo que no tiene más que ese sentido.

– Pues sí, parece lo más lógico.

– Otra de las teorías, quizás la más rocambolesca, cuenta que las casas que hay en Ronda con ese símbolo pertenecieron al torero Pedro Romero.

Este hombre, con su profesión, ganó mucho dinero y se cuenta que compró muchas propiedades. Cada compra la marcaba con ese símbolo para identificar que era suya. Posteriormente, se extendió la costumbre y muchas otras personas la pusieron también en la puerta de sus viviendas.

Pienso que es una teoría con poco fundamento, aunque es posible que algunas de las casas que comprara el torero, la tuvieran ya y a otras se las hiciera poner; sin embargo no creo que fuera el símbolo generalizado de sus propiedades.

– Bueno, por lo menos es muy curioso –dijo Enrique.

– Sí, pero un poco exótico desde mi punto de vista.

– Estas leyendas urbanas, como suelen calificarse, normalmente tienen alguna base y sobre todo tienen algún atractivo para la historia de cada lugar. En una ciudad como esta, con tanto interés turístico, creo que debe de llamar la atención de los viajeros.

– Pues sí, yo que me muevo en ese mundo, puedo asegurarle que es cierto. Cuando expones las diferentes teorías en respuesta a alguna pregunta como la que usted me ha hecho, la que despierta mayor interés y crea mayor expectación, es ésta.

El tema del toreo y los profesionales de ese sector tienen mucho interés para mis clientes, tanto españoles como extranjeros. Cuando cuentas esta leyenda, enseguida surgen infinidad de preguntas en el grupo, cosa que no ocurre con muchas de las otras historias reales que cuentas.

– Estoy totalmente convencido de ello –dijo Enrique.

– En realidad pienso que se trata de la parte infantil que todos llevamos dentro. El tema de los cuentos y las leyendas siempre mostrarán un atractivo especial para todos nosotros, es nuestro pequeño reducto de la niñez que aparece en algunos momentos.

– Me parece muy interesante lo que dice.

– Y por último, otra de las teorías, habla de que este símbolo empezó a decorar las fachadas con posterioridad a las capitulaciones de Ronda y su incorporación al reinado de los Reyes Católicos.

– ¿Cuál sería el motivo?

– Se cree que con la promulgación del decreto de expulsión de los judíos, muchos de ellos se convirtieron al catolicismo para evitar su expulsión o su condena por los tribunales del Santo Oficio.

En esas fechas, las delaciones y acusaciones sobre las personas que podían haberse convertido, a efectos de evitar los castigos, eran muy frecuentes. Pues bien, al parecer muchos de estos judíos conversos, para evitar dudas y mostrar la fuerza de su aceptación de la nueva fe, hacían labrar en sus entradas el símbolo cristiano, de esa manera nadie dudaba de su autenticidad. Ningún judío haría incluir, en el lugar más visible de su más preciada joya, su casa, el símbolo de la religión más odiada. Se piensa, que de alguna manera los hacía inmunes a cualquier acusación o duda sobre su conversión.

– También parece interesante esta teoría y además tiene una base razonable.

– Sí, todas pueden tener una base razonable, incluso algunas otras leyendas que hay por ahí y que ya no le voy a contar porque, bajo mi punto de vista, son irrelevantes.

– Bueno Antonio, no quiero entretenerlo más. Le agradezco que me haya atendido a deshoras, cuando ya debe de estar cansado.

– No se preocupe, me gusta mi trabajo y no me importa hablar un rato más para atender la curiosidad

de personas como ustedes.

Ya se marchaba, cuando recordó algo, y se volvió antes de salir de la cafetería.

– Perdona, una última pregunta y le prometo que ya no le molesto más, ¿estas cruces sólo están en las puertas de las viviendas?

– Claro, ahí es donde usted las ha visto ¿no?

– Sí, sí, ¿pero en el interior de las casas no las hay?

– Yo no las he visto en ningún otro sitio, ¿por qué lo pregunta?

– Por nada, simple curiosidad, o quizás para buscarle algún otro significado por su ubicación.

– Ya le digo, yo al menos no las he visto. De hecho los libros que nos sirven de consulta para conocer la historia de Ronda y sus escudos heráldicos, las incluyen en ese apartado. No son escudos heráldicos propiamente dichos pero al aparecer en el mismo lugar que estos, les dan ese mismo tratamiento. Es precisamente en estos textos donde aparecen las teorías que le he contado sobre su origen.

– De acuerdo, perdona de nuevo y muchas gracias.

Enrique continuó con su paseo, pero durante todo el tiempo que anduvo prácticamente no se fijó en nada, su mente estuvo ausente pensando en lo que Antonio le había contado.

Cuando llegó a la habitación Sara estaba sentada en la cama, con el ordenador encima de las piernas.

– ¡Hola!

– ¡Hola!, ¿cómo ha ido la tarde?

– Bien, yo diría que productiva.

– ¿Productiva?

– Bueno, me he relajado un poco dando el paseo y de camino he averiguado algunas cosas.

– ¿Algunas cosas como cuáles? –dijo Sara.

– Como, el por qué, de las cruces en las puertas.

– ¡No me digas!

– Pues sí, me he informado de las principales teorías.

– ¿Principales?, ¿pero es qué hay más de una?

– Pues sí –dijo Enrique demorando su respuesta.

– ¡Cuéntame!

Enrique se reía y cuando empezó a ver que a su mujer le iba cambiando el semblante, decidió contarle la charla mantenida con el guía.

Sara, siempre mucho más impulsiva y expresiva, inmediatamente se decantó por la teoría de los judíos conversos, era la que más le gustaba y la que encuadraba perfectamente en toda la historia.

– Mira si es lógica, que hasta la casa de Elías tiene una en su puerta.

– Una no, dos.

– Es verdad, dos y además sus antiguos propietarios eran judíos conversos, es la prueba real de su

validez.

– Bueno mujer, puede ser una coincidencia, quién te dice a ti que no hay casas con ese símbolo que hayan pertenecido siempre a familias de cristianos, o incluso algunas que hayan pertenecido al torero.

– Puede ser, pero históricamente los judíos conversos hicieron todo lo posible por ocultar su pasado mediante asistencia a misas, donaciones a la Iglesia Católica y todo un sin fin de actuaciones para dar la apariencia de estar totalmente integrados en esa fe. Yo pienso que, si no todas, muchas de las viviendas de estos conversos fueron marcadas de esa forma para pasar totalmente desapercibidos.

– La verdad es que yo también estoy de acuerdo contigo, lo que pasa es que intento hacer de abogado del diablo para encontrar pegas a nuestra seguridad.

– Me lo imaginaba.

– ¿Tienes por ahí las fotocopias de los papeles de Elías? –preguntó Enrique.

– Sí, ¿por qué?

– Por si puedes dejármelas un momento, quiero verlos de nuevo.

Sara se fue hacia la mesa donde había puesto el ordenador y comenzó a buscar entre todo lo que había desparramado encima de ella, de entre todo sacó unos cuantos folios cogidos por un clip y se los entregó a su marido.

Él se fue hacia la cama y Sara lo acompañó, intuyendo que tenía algo entre manos, que no le iba a explicar hasta que no lo comprobara con sus propios ojos.

Revisó uno por uno todos los papeles y sólo apartó aquél que incluía la referencia a la poesía, la frase, y la despedida de la carta.

– ¿Por qué has apartado éste?

– Ya te lo he dicho, porque quiero revisarlo más detenidamente –dijo con una sonrisa Enrique.

– Tú tienes algo más en tu cabeza, no digas que no.

– No tengo nada más.

– Creo que sí, que tienes algo más y que no quieres compartirlo.

– No, sólo es lo que ya hemos comentado otras veces.

– ¿Qué hemos comentado?

– Nada, sólo que sigo dudando de la despedida de la carta. No me parece muy natural.

– Pero tú mismo acabas de decir que los conversos utilizaban toda una serie de artimañas para ocultar su procedencia y ésta podía ser una de ellas.

– Efectivamente, eso es muy razonable, es la despedida que yo pondría. Esta frase ocultaría cualquier duda de mi fe, no se podría utilizar en ningún juicio en mi contra. Es más, serviría como prueba de todo lo contrario en caso de cualquier acusación.

– Entonces ¿por qué sigues pensando que no es natural?

– Vamos a ver, porque yo pienso que lo natural sería poner la palabra Cristo, es decir "Tu hermano te aguarda en Cristo" no "Tu hermano te aguarda en ".

– ¿Y no es lo mismo?

– Pues yo no lo veo así y más aún si la cruz es como las que hemos visto de Ronda, ¿tú no lo ves?

– Sí, pero no lo encuentro tan diferente.

– En fin, déjame que vea ese folio y piense un poco, igual termino viéndolo como tú y me parece tan natural como a ti.

Enrique cogió el folio y se tendió en la cama mientras Sara comenzó a recoger sus cuadernos de trabajo. Él, se interesó por lo que había hecho ella toda la tarde, y mientras, no le quitaba ojo a aquella fotocopia. Su mujer le contó que había estado contestando algunos correos, tomando algunas notas y preparando mentalmente la vuelta a casa.

Al cabo de un rato decidieron arreglarse un poco, y salir.

Con la luz de la mañana entrando por los laterales de las cortinas, se la veía removerse entre las sábanas, mientras, él, sobre su cama, con las manos detrás de la nuca, miraba sin parpadear al techo de la habitación.

Así llevaba desde antes del amanecer, a pesar de no haberse acostado temprano. A primeras horas del día se había despertado, sin ningún motivo aparente, y ya no pudo conciliar el sueño.

Era como esas imágenes, que por alguna razón aparecen en un día cualquiera, en un momento determinado, y se repiten continuamente, de manera obsesiva, sin poder quitártelas de la cabeza. Se trataba de la fotocopia de aquella tarde una y otra vez, de una forma y de otra, al final y al principio. La frase de despedida, le daba la vuelta y la leía al revés, cambiaba las palabras de orden, prescindía de algunas, las combinaba... y al final, y al principio, la cruz.

Le estaba dando tantas vueltas, que casi había empezado a dormirse otra vez, cuando Sara, que llevaba un rato observándolo, le llamó la atención.

– ¿Llevas mucho tiempo despierto?

– Sí, un rato.

– ¿Qué piensas?, que nos dejamos la tranquilidad en esta ciudad ¿verdad?

– Pues sí, vamos a echar de menos estos días.

– Yo también estuve pensando en eso ayer y, si te parece bien, el año que viene alquilaremos una casa y nos vendremos un par de meses a descansar de verdad.

Enrique se levantó como si tuviera un muelle detrás de la espalda, y se sentó en la cama casi gritando.

– Pero si está muy claro, ¿por qué había que darle tantas vueltas?, está a la vista de todos y no nos hemos enterado.

– ¿De qué estás hablando? –dijo un poco asustada Sara.

– De la despedida de la carta –respondió reteniendo cada una de las sílabas de la frase.

– Enrique, te vas a volver loco y me vas a volver loca a mí también, ¿no estábamos hablando de las vacaciones?

– ¿De qué vacaciones?

– De ningunas, por dios, de ningunas, ¿me puedes explicar lo que estás diciendo de la despedida?

– Pues claro. Verás, como sabes, yo seguía teniendo dudas con la frase de la despedida de la carta.

– Sí, eso ya lo sé.

– Ya, ya, pero no me cortes por favor. Esta mañana me desperté muy temprano y mi mente me ha martirizado hasta ahora con esa imagen, no me la podía quitar de la cabeza. Le he dado muchas

vueltas, he hecho muchas pruebas, pero no encontraba nada, sin embargo ahora, de pronto, lo he visto.

– ¿Qué has visto?

– Ayer, cuando estuve hablando con Antonio el guía turístico, le pregunté si había visto ese tipo de cruces en algún otro sitio de las viviendas que no fuera en la entrada, y me dijo que no, que él sólo las había visto en ese lugar. Eso me resultó extraño, pues como sabes, hay una encima de la alacena en la casa de Elías, yo sin embargo no le dije nada, pero me quedé con la duda, por eso para hoy tenía pensado que, si nos lo encontrábamos otra vez, se lo comentaría para conocer su opinión.

Sin embargo, ahora, dándole vueltas a esa despedida, se me ha ocurrido que quién lo escribió, además de decir adiós, está diciendo otra cosa tal y como habíamos supuesto.

– ¿Algo más como qué?

– Como dónde guardaba algo.

– No te entiendo.

– La frase dice: "Tu hermano te aguarda en ". ¿No se querían Alfonso e Ysrael como hermanos y se trataban como hermanos según nos han contado?, pues lo que quiere decirle un hermano a otro es que TU HERMANO TE LO GUARDA EN LA ALACENA, donde está la cruz.

En otras palabras, creo que la frase quiere decir que hay algo guardado en la alacena, porque, según Antonio, el guía, no hay cruces en otros sitios que no sean en las puertas de las casas.

– Me dejas impresionada otra vez, pues puede tener sentido lo que estás diciendo.

– Yo pienso que puede ser así.

– Es muy razonable. Tal vez por algún motivo, el autor de la carta sintió peligrar su vida y decidió guardar el legado de Ysrael en algún lugar secreto y comunicar su paradero, en clave, a sus legítimos dueños –dijo Sara.

– Tal vez la muerte de Manuel Alfonso, que según hemos visto no fue casual, los previno y decidieron tomar la iniciativa para que no cayera en otras manos ilegítimas.

– Creo que es decisiva esta nueva idea, Enrique.

– Pienso que es la base de todo.

– Las frases nos han mostrado el camino para deducir de la poesía, que Manuel Alfonso fue asesinado. El motivo pudo ser el simple hecho de ser judío, pues ya había sido acusado de practicar ritos de esa religión, según muestra el texto que encontraste y que narraba la preparación de aquel cordero.

Por otra parte, era amigo de Ysrael, que tuvo que marcharse porque no quiso convertirse. Cualquier persona pudo pensar que parte de la fortuna de su amigo pasó a manos del portugués y ante la posibilidad de que quien lo asesinara pudiera acusar también a la familia o incluso entrar en su casa para encontrar pruebas, sus descendientes decidieron esconder el legado para protegerlo.

– Bueno, hasta ahora es una simple teoría, que puede aclarar las dudas que teníamos.

– No digas tonterías. Tú que eres matemático, deberías saber que eso que has propuesto se llama hipótesis y sobre ellas son sobre las que se inician los trabajos.

– Tal vez tengas razón, por lo menos, aunque disparatado, deberíamos seguir el proceso lógico sobre eso que tú llamas hipótesis. Para comprobarlo tendremos que hablar con Elías y comentárselo, así sabremos su opinión y si está dispuesto a ahondar en el asunto.

– Pues vamos a desayunar y bajamos otra vez a su casa –dijo Sara.

– Cuando nos vea llegar, nos va a echar a patadas, tiene que estar harto de nosotros.

– No creo, puede ser molesto, pero creo que a él le está interesando todo lo que le hemos contado, además le estamos ayudando en lo que quería.

– En fin, en cualquier caso tenemos que intentarlo, no podemos dejarlo así.

A las once de la mañana estaban los dos en la puerta de la casa de Elías. Llamaron, pero no contestó nadie, insistieron un poco más y esperaron, porque tal vez estuviera ocupado. Tras varios intentos desistieron pensando que habría salido.

Sara recordó que tenían su teléfono móvil, se lo comentó a su marido y lo llamaron.

Elías les dijo que había salido muy temprano para Málaga porque había quedado con unos amigos, para pasar el día allí, volvería en un autobús que salía a las siete de la tarde.

Ellos le dijeron, que simplemente querían hablar con él para comentarle un asunto sin importancia, y que al día siguiente lo verían. No quisieron decirle nada más por teléfono, porque sería largo de explicar y sólo le crearían incertidumbre.

Después de esto, sólo les quedaba volver al hotel para ir preparando el viaje de vuelta.

Pasaron parte de la mañana en la habitación, arreglando todo lo que tenían y guardaron en las maletas lo que ya no iban que utilizar.

Como terminaron antes de lo que habían pensado, decidieron ir al centro y cuando estaban visitando una de esas tiendas típicas con juguetes y curiosidades imitando a los que existieron en épocas anteriores, sonó el teléfono móvil de Enrique. Sara estaba distraída y no prestó atención a lo que hablaba su marido, pero a él se le escuchó decir en varias ocasiones, bien..., de acuerdo..., pues nos vemos a las dos..., hasta luego.

Cuando terminó, buscó a su mujer y, le habló de su conversación.

– Me ha llamado Brillamor.

– Se te va a escapar ese nombre delante de alguien o incluso delante de él y vamos a pasar un mal

rato.

– Es verdad, pero se me ha metido en la cabeza y para todos es más fácil identificarlo con la persona.

– Pero ten cuidado.

– Sí, al menos tengo que intentarlo.

– ¿Que quería?

– Saber cómo estábamos, cómo nos iba.

– ¿Qué le has dicho?

– Que estamos bien y que mañana nos vamos porque terminamos las vacaciones.

– ¿Se habrá sorprendido, no?

– Sí, se ha disgustado mucho. Me ha dicho que tiene mucho interés en invitarnos a comer hoy, pues quiere despedirse. Dice que mañana tiene guardia y no sabe si podrá hacerlo.

– Tú le habrás dicho que no podemos, ¿verdad?

– ¿Por qué no podemos?

– Es una excusa.

– Cómo voy a decirle eso Sara, cómo voy a mentirle tan descaradamente si sabe que estamos de vacaciones y no tenemos ningún compromiso aquí.

– ¡No me digas que has quedado con él!

– Pero bueno, ¿qué le voy a decir?, ¡por dios!

– Pues no sé, que estamos malos, que vamos a salir, que hemos quedado, no sé, cualquier cosa para que vea que no queremos.

– ¿Pero por qué no queremos?, ¿no es nuestro amigo?, ¿no quedamos al final bien con él?, ¿no pidió disculpas por el interrogatorio? No entiendo esa negativa, ¿me lo puedes explicar?

– Pues no sé, no lo conocemos tanto, no estamos muy cómodos con él, no sé.

– No sé lo que pasa. Me parece que no tiene tanta importancia que quedemos con Juan Ramón, el último día, para comer, después de como se ha portado con nosotros.

Sara se quedó dudando unos segundos, comprendió la sinrazón de sus argumentos y seguidamente cambió de opinión. No tenía ningún sentido su posición.

– Es verdad, a veces, sin razón aparente, pienso que algo no me cuadra y defiendo unas posturas tan tontas, que hasta ni yo misma sé por qué las mantengo.

– Pues claro mujer, vamos con él, almorzamos y charlamos un rato. Tenemos que despedirnos y es una buena oportunidad para hacerlo como buenos amigos.

– Vale, es verdad, ¿a qué hora has quedado?

– A las dos y media.

Con la puntualidad que los caracterizaba, a las dos y media, el matrimonio estaba esperándolo en el bar que habían quedado. Decidieron pedir algo mientras llegaba Juan Ramón, y cuando ojeaban la carta apareció su amigo.

– Hola, ¿cómo estáis?

– Hola, pues ya ves, indecisos por no saber qué pedir entre tanta variedad –dijo Enrique.

Sara lo saludó con una sonrisa y una leve inclinación de la cabeza. Él la miró directamente a los ojos, que rápidamente apartó ella para, de un vistazo distraído, analizar su estampa. Camiseta y Vaqueros de marca, ajustados, pero no ceñidos. Él tomó nota de su actitud y se dirigió al camarero para pedirle una cerveza.

- Si me permitís aconsejaros y os gusta el pescado, yo pido, ¿de acuerdo?
- Claro, además de que acertarás, nos quitarás de encima el problema –dijo Enrique.

Nuevamente llamó al camarero y pidió varias tapas.

- Bueno, se os está terminando esto.
- Es una pena, han pasado los días sin darnos cuenta, pero debemos marcharnos por necesidades de trabajo –dijo Enrique.
- Lo importante es que os lo hayáis pasado bien, que os haya quedado un buen sabor de boca. Tan bueno como para volver en otra ocasión.
- Lo hemos pasado muy bien, además de divertirnos y disfrutar de la naturaleza y la gastronomía de la zona, hemos ayudado a nuestro amigo Elías en algo que nos había solicitado.
- ¿Vuestro amigo?
- Sí, nuestro amigo, al final hemos hecho una buena amistad. Es una persona un poco seria y sus costumbres no coinciden mucho con las nuestras, pero humanamente es una maravilla.
- Según creo recordar quería saber algo sobre su familia, indagar un poco sobre sus raíces, ¿no es así?

Con una mirada Brillamor le dirigió la pregunta directamente a Sara, que hasta ahora no había participado en la conversación y pasaba la mayor parte del tiempo pendiente de las tapas, las bebidas, el camarero y todo lo que se movía alrededor.

Ella puso expresión de extrañeza encogiendo las cejas y mostró con sus gestos la mayor de las indiferencias por lo que había estado hablando con Enrique.

– ¿Cómo dices? –preguntó indiferente Sara.

– Perdona, hablábamos de Elías y os decía que al parecer quiere conocer sus raíces aquí.

– Ah... sí, sí.

– Procede de una familia Sefardita y sus antepasados vivieron aquí. –Cortó Enrique rompiendo la frialdad de su mujer– Hemos averiguado algunas cosas bastante interesantes.

– Pues me alegro mucho de que lo hayáis ayudado, después de lo que pasó el hombre, eso lo habrá compensado del susto.

– Creo que sí, hemos revisado alguna documentación antigua que poseía de su familia y junto a ella y a los conocimientos de Sara, hemos logrado aclararle algunos puntos.

– No sólo mis conocimientos –terció ella– sino fundamentalmente los tuyos. No eres un experto en historia, pero tus aportaciones y tu capacidad de síntesis ha hecho que lográramos todo lo que se ha conseguido.

Mi marido, además de ser una persona muy modesta, –dijo mirando directamente a la cara a Brillamor– es capaz de hacer que los demás parezcan mejores que él, cuando en realidad no le llegamos nadie a la suela de los zapatos.

Sara no dejó de mirarlo mientras pronunciaba estas palabras, a la vez que le cogía la mano a Enrique, quien rápidamente la soltó para tomar el vaso de cerveza.

- Se nota que Sara aprecia tus capacidades y te valora mucho –dijo Brillamor mirando a Enrique.
- Vais a conseguir que me ruborice, me parece que estáis exagerando. ¿Por qué no pedimos algo más?, yo me he quedado con hambre.
- Si os parece, podemos ir a un restaurante nuevo que han abierto aquí al lado, me han dicho que merece la pena comer allí –dijo Brillamor.
- ¿Tú qué opinas Sara? –preguntó Enrique.
- Como queráis, pero a mí no me apetece hoy ninguna comida formal, yo preferiría seguir aquí.
- Yo opino lo mismo y si... Juan Ramón no tiene inconveniente, nos quedamos aquí.
- Casi se te olvida el nombre –dijo con una sonrisa Brillamor–. Pues por mí no hay problema, si a vosotros os gusta de esa forma, para mí también será lo mejor, lo que pretendo es que lo paséis bien.

El tono de la conversación del policía, a partir de ese momento, pareció cambiar. Si bien mantenía la conversación con Enrique con su habitual desparpajo, sus frases tenían un toque de tristeza.

Avisó al camarero y, tras ojear la carta, pidió nuevos platos y la aprobación de sus amigos para pedir más, o esperar a que trajeran lo que había solicitado.

La conversación fue monótona y versó sobre temas intrascendentes. Brillamor estaba deseando marcharse y el matrimonio se había dado cuenta de ello, por lo que la reunión se prolongó sólo un rato más.

Al ver el giro que había dado la situación, por su culpa, Sara intentó remediarla, quería salvar al menos la amistad, porque se dio cuenta de que era una pena terminar de esa manera tan fría.

- Ya mañana será nuestro último día aquí, no obstante no podemos ponernos tristes porque, como has

dicho al principio, nos hemos quedado con un buen sabor de boca –dijo Sara dirigiéndose a Brillamor.

– Era lo que pretendíamos, y creo que hablo en nombre de todos los que hemos estado en contacto con vosotros. La gente de aquí es muy acogedora y está educada para atender bien a los viajeros, desde hace muchos años.

– Ya lo hemos hablado mi marido y yo, el año que viene estudiaremos venir una temporada más larga.

– Me parece una buena idea, hay muchas casas rurales y están bastante bien acondicionadas para pasar unas vacaciones inolvidables, incluso podéis hablar con vuestro amigo y que él os alquile la suya, de esa forma os beneficiaríais los tres, pues vosotros descansaréis y la casa estará abierta y cuidada durante ese tiempo.

– Puede ser una buena idea, aunque preferimos la comodidad de un hotel. Mañana tendremos que pasar a despedirnos de él, hoy se encuentra de viaje –dijo Sara.

– Bueno familia, me tengo que marchar, os deseo que las horas que os quedan las disfrutéis plenamente.

– Gracias por todo, te has portado muy bien con nosotros –dijo Enrique.

– Sí, creo que nos dejamos aquí un buen amigo –rectificó al final Sara.

Se despidieron con sendos abrazos y besos y salieron del bar en direcciones distintas.

Todo había resultado raro, frío. Enrique lo había sabido desde que le comentó a su mujer que había quedado para comer. Intuía que esa reunión no iba a ser muy cómoda.

Sara lo había preparado todo, quería mostrarse fría, indiferente, ajena a todo, y al final se le había ido de las manos. Brillamor estaba decepcionado, no entendía nada, o no quería entenderlo, había

pasado un mal trago, aunque al final quiso ver arrepentimiento en su amiga.

De camino al hotel, Enrique rompió el silencio que habían mantenido desde la salida del bar.

– Creo que no lo has hecho bien con Juan Ramón y no entiendo por qué.

– ¿Qué no he hecho bien? –manifestó ella enfadada.

– Creo que no has atendido a nuestro amigo como se merece.

– ¿Que no lo he atendido bien?, ¿qué he hecho?

– Tú lo sabes, has estado cortante, seca, hubiera sido preferible que no hubieras venido.

– Eso tenía que haber hecho pero, por no dejarte mal, fijate como he quedado.

– Desde que te lo dije esta mañana, sabía que no iba a ir bien.

– Entonces, ¿por qué has quedado? –dijo Sara.

– Ya lo había hecho.

– Podías haberlo llamado luego con alguna excusa.

– No había pensado que pudiera salir tan mal, esperaba de ti otra actitud.

– Ya me conoces lo suficiente, si no quiero una cosa soy incapaz de fingir otra.

– Pues al final, sí que te has dado cuenta de tu error –le dijo Enrique.

– ¿Al final?

– Sí, al final, cuando ya nos marchábamos, precisamente cuando él manifestaba su cansancio, tú te distes cuenta y creo que intentaste rectificar.

– ¿Rectificar qué?

– Rectificar tu actitud, de la que por otra parte no entiendo la razón.

- ¿Qué actitud?, ¿que no me apetecía comer con nadie?
- No es ya comer con nadie, es otra cosa, no sé. Es como si estuvieras disgustada, enfadada con él, cuando no tenía ninguna culpa de nada, sólo quería despedirse de nosotros invitándonos.
- No sé, tal vez tengas razón.
- Tal vez no, sabes que en esta ocasión la tengo.
- Es verdad, creo que me he pasado, a veces no sé contener mis contrariedades, pero, como tú has dicho, al menos al final he rectificado.
- Al final, muy al final.
- ¿Tú crees que él se habrá dado cuenta?
- ¿De tu enfado?, claro.
- Eso ya lo sé, me refiero a que si se habrá dado cuenta de que al final he rectificado. Me apena que se pueda sentir mal por mi trato, con lo bien que se ha portado con nosotros.
- Yo creo que sí, creo que ha notado tu arrepentimiento, pero no sé si ha sido demasiado tarde. De todas formas no te preocupes, a veces las cosas no salen como queremos, en otra ocasión se harán mejor.
- De acuerdo, no le daré más vueltas, lo he hecho mal, pero ya está hecho y no tiene remedio.

La pareja había llegado a su habitación, todo estaba empaquetado y preparado en las maletas, sólo quedaba cerrarlas.

La mañana siguiente, después de su rutina metódica y su café con churros, llamaron a la puerta de la casa de Elías.

El dueño abrió y los saludó con su cariñoso trato habitual, los hizo pasar y se sentaron alrededor de la mesa, como las otras veces. Hablaron de su viaje a Málaga mientras Sara se consumía por dentro, de ganas de comunicarle su nueva e imaginativa idea. Cuando encontró un hueco en los halagos de Elías, a la capital, ella no pudo resistirse más.

– Pues nosotros queremos comentarle algo nuevo que creemos que puede ser interesante.

– ¿De qué se trata?

– Verá, marido estaba obsesionado con la despedida de la carta que aparece en los documentos que nos había dejado.

– ¿Aquella que está en la misma hoja que el nombre de la poesía y la frase de Alfonso? –preguntó Elías.

- Efectivamente, la que dice "Tu hermano te aguarda en ".
- Ya les dije que a mí también, siempre, me había llamado la atención no sólo por la expresión, sino por incluir el símbolo cristiano.
- Nos resultó curioso que también estuviera en el documento donde aparecen los datos más significativos y destacables que nos han hecho conocer más profundamente esta historia – señaló Enrique.
- En fin, como le decía, –continuó Sara– mi marido ha relacionado esa despedida, con su casa.
- ¿Con mi casa?
- Mire Elías, se trata solamente de una hipótesis, como lo llamamos nosotros, y está basada en algunos de los datos que conocemos, como por ejemplo que esta casa pudo pertenecer a los descendientes de Alfonso, o que alguno de sus descendientes fue el que se despidió de esa manera, o que Alfonso se quedó en custodia algunas de las joyas y documentos de su tatarabuelo Ysrael.
- Todo eso que dice es cierto, tenemos datos de todo.
- También hemos hecho algunas averiguaciones sobre las cruces que aparecen en la fachada de su casa y en la alacena que, como habrá observado, tienen esa forma especial y es común a todas las que aparecen en las fachadas de las casas de Ronda.
- Claro, me he fijado en ellas. No quería tener ese símbolo en la puerta de mi casa, pero al tratarse de zona de protección especial por razones de, algo así como patrimonio histórico, no me han permitido quitarlas. De todas formas me he acostumbrado a ellas y ya ni me fijo, es más, lo tomo como una parte más de la forma de mi casa.
- Bueno Elías, pues mi marido dice que la despedida, además de ser eso, una despedida, también tiene en el fondo otro significado.
- Explíquese, por favor.

– Hemos intentado conocer el origen de ese símbolo en las puertas de las casas y nos han dicho, y además hemos comprobado por otros medios, que no hay una teoría concreta y única sobre el mismo, sino que puede deberse a distintos motivos. No se los voy a comentar todos, pero entre ellos le destacamos el que creemos que puede tener cierta base lógica, o al menos a nosotros es la que más no interesa –dijo Sara mostrando una sonrisa.

– Me gustaría conocerlos todos y en cuanto tengamos ocasión me los tienen que comentar, pero como vamos cortos de tiempo no quiero entretenerlos, así que díganme al menos ese.

– Como usted conocerá mejor que nosotros, los nuevos conversos, en tiempos de los Reyes Católicos, tuvieron que idear multitud de maneras para mostrar a todos que su conversión era real. Entre ellas estaban la práctica de ritos católicos a diario, la colaboración con asociaciones de ese tipo, el cambio de hábitos e incluso, como hemos visto en la despedida de la carta, la muestra de símbolos en cualquier lugar y momento.

Pues bien, al parecer muchos de los conversos optaron por señalar su casa con el símbolo de la cruz para, de esa manera, disipar cualquier duda sobre su religión.

– Realmente parece que esa teoría está cargada de lógica, además coincide en este caso, pues, al parecer, esta casa perteneció a judíos conversos –dijo Elías.

– Efectivamente, y eso apoya nuestra teoría.

– Pues ahora me gustará tenerla en la fachada, es una prueba de lo que sufrieron sus antiguos habitantes y debe seguir estando ahí.

– Lo que al parecer no tiene tanta lógica, es que haya otra dentro de la casa.

– ¿Por qué?

– Porque hemos comprobado que no es normal que las pongan en el interior de los hogares. Lo hemos verificado en documentaciones y lo hemos confirmado con algunas personas que conocen de esos

temas y no es nada frecuente, es una rareza.

– Es verdad, ahí no tiene ningún sentido poner la cruz.

– Esa es otra de las cosas que le han hecho pensar a Enrique.

– Si es como ustedes lo cuentan, que no las hay en otras casas, no deja de ser llamativo, aunque también podría ser otra forma de afianzar, ante cualquier visitante, que eran cristianos convencidos.

– Pues sí, pero mi marido ha pensado en otra cosa.

– ¿Qué?

– Pues que en la frase "Tu hermano te aguarda en ", parece que la persona que se está despidiendo, desea la conversión de su interlocutor a la vez que reafirma su creencia. Sin embargo, Enrique ha supuesto que también puede querer decirle al hermano que se marchó, que lo que le dejó en custodia se lo guarda donde está la cruz.

– ¿Qué me quieren decir?, ¿que el legado de Ysrael se oculta en la alacena? –dijo sorprendido Elías.

– Es lo que se nos ha ocurrido. Sabemos que es descabellado, pero a veces lo más alejado de nuestros pensamientos es lo real.

– Es impresionante, me dejan con la boca abierta, no sé qué decir, está tan a la vista y a la vez tan oculto, que tiene toda la lógica del mundo. No sé cómo pueden haber conseguido llegar a esa conclusión, me parece increíble, me quedo sin palabras.

– ¿Entonces no lo encuentra descabellado?, ¿no le parece un despropósito?

– ¿Cómo me va a parecer un despropósito, si tiene toda la lógica del mundo?, podrá ser o no real, podrán equivocarse, pero no cabe duda de que es un razonamiento muy acertado.

– Si esa teoría fuera correcta, podría resolver las dudas respecto a lo que dejó Ysrael en custodia a Alfonso y confirmar parte de la historia que ya conocen.

– Claro, esto supondría un gran descubrimiento para mi familia.

– Si no le importa me gustaría pasar a la cocina para ver la alacena otra vez –pidió Enrique.

Los tres se levantaron como si tuvieran un resorte en el asiento de la silla. Estaban esperando que alguien dijera de ir a ver, para salir corriendo.

Se quedaron a distancia del hueco y no dijeron nada, solo observaban, miraban arriba, a los laterales, a la parte de abajo, al fondo y nuevamente volvían a mirar la parte superior, blanqueada con cal, y ocultando parcialmente el relieve de la cruz.

La alacena parecía un hueco excavado en el muro de la casa. Tenía unas medidas aproximadas de un metro y medio de ancho por dos de alto y unos cincuenta centímetros de fondo. El hueco se abría a medio metro del suelo y esa base era la primera balda, luego había otras dos más arriba separadas a distancias parecidas. Las puertas eran de madera, con cristales muy antiguos que dejaban ver totalmente el interior, pues los marcos eran muy finos. Tenía una llave de esas antiguas que servía para cerrar las dos hojas.

El interior estaba lleno de objetos propios del menaje de cocina. Una vajilla, vasos, jarras de cerámica, algunas fuentes, todo ello acorde a la casa. No eran elementos modernos sino más bien antiguos o de imitación.

Elías salió por la puerta que daba al patio y se agachó al lado de una pequeña jardinera. Se presentó con una especie de espátula estrecha y cogió una de las sillas de la cocina, se subió en ella y comenzó a raspar con mucho cuidado todo el friso que bordeaba la parte superior de la alacena. Rápidamente comprobaron que la cal no estaba muy bien adherida y que salía en grandes conchas dejando al descubierto la piedra. Sólo en algunas zonas se quedaban restos de cal un poco incrustados.

Como no había conversación, la tarea era eficaz y mostraba resultados rápidamente, al cabo de un

rato estaba casi toda la piedra a la vista, únicamente la parte de la cruz, que era la que había dejado para el final, presentaba el color blanco. Con mucho más cuidado y atención, Elías fue poco a poco descubriéndola para no dañarla.

El resultado fue espléndido, toda la cocina había cambiado de aspecto, sólo quitar la capa de cal a un metro cuadrado, que era la superficie aproximada del dintel, había hecho cambiar la fisonomía del lugar.

Elías se bajó de la silla cubierto de trozos de cal, pero no le importaba, pues estaba deseoso de saber más sobre todo aquello.

Tras comentar cómo había quedado, nadie se atrevía a preguntar nada, los invitados por supuesto no querían anticiparse a cualquier decisión del dueño. Éste, por otra parte, no quería decir cuál debería ser el siguiente paso, porque no tenía ni idea de por dónde empezar. Así que fue Sara la que con la iniciativa de su carácter, propuso lo que habría que hacer.

– Creo que deberíamos pensar dónde hubiera querido guardar el autor de la frase el legado de Ysrael.

– Sí, eso deberíamos hacer –confirmó Enrique.

– Tal vez si despejáramos totalmente la alacena y nos quedáramos sólo con la vista del hueco, podríamos averiguar el sitio con mayor certeza –dijo el dueño.

– Buena idea, ¿dónde podemos poner todo lo que vayamos quitando? –preguntó Sara.

– Lo llevaremos al salón, que es la habitación más cercana. Lo iremos colocando en el rincón junto a la ventana.

– Perfecto, empecemos ya que estoy impaciente, o mejor dicho, estamos todos impacientes.

Sin tener en cuenta siquiera que su ropa no era la más adecuada para esas tareas, los tres se pusieron a dismantelarla a una velocidad de vértigo. Se cruzaban en sus idas y venidas, a veces chocaban y de vez en cuando caía algo al suelo, con la suerte de que no hubo que lamentar ningún destrozo significativo.

Poco a poco se iba viendo toda la hornacina que formaba aquel espacio, separado únicamente por las baldas de obra.

– ¡Por fin! –exclamó Sara.

– En realidad no había tantas cosas, sólo se trataba de tener un poco de cuidado, pues algunas son frágiles y les tengo cariño.

– Hemos tenido suerte, todo ha salido bien.

– ¿Ahora que procede? –dijo Elías.

– Si os parece podemos dar golpes en el fondo y en los laterales por si existiera algún hueco. Si fuera así, el sonido sería diferente –dijo Enrique.

Elías y Sara empezaron a dar golpes en la parte del fondo pero todo parecía macizo, no se notaba ninguna diferencia en el tacto ni en el sonido. En los laterales pasó igual, no encontraron ninguna señal que indicara la existencia de algún compartimento oculto.

Mientras tanto Enrique, un poco apartado, pues todos no entraban para hacer las comprobaciones, miraba todo el espacio y los alrededores donde pudiera haber alguna otra señal relacionada con la búsqueda.

Como los resultados fueron infructuosos, al cabo de un rato dejaron de dar golpes y se acercaron a su compañero que permanecía al margen y meditando sin perder nada de vista. Un poco

decepcionados, se miraron.

– Bueno, parece que no hay nada. También tenemos que pensar que vuestra hipótesis pudo ser una realidad en otro tiempo –dijo Elías. Pudo haber estado escondido y alguno de sus dueños posteriores lo encontró por casualidad. En ese caso, nosotros habríamos llegado un poco tarde.

– Puede ser, aunque para no desanimarnos totalmente, también pudiera ser que con el método tan rudimentario que hemos utilizado, a base de golpecitos con la mano, no detectemos lo que hay oculto, porque la capa que lo cubre sea demasiado gruesa.

– Es que no tenemos otros métodos. Para hacerlo bien, tendríamos que avisar a unos albañiles que descubrieran todo el hueco y sus laterales.

– Si al menos tuviéramos una piqueta, un martillo u otra herramienta podríamos dar unos golpes más fuertes.

Enrique continuaba callado, pero al ver que no se obtenían resultados y que el desánimo estaba cundiendo entre sus dos acompañantes, decidió exponer lo que había estado pensado.

– Yo también creo que no tenemos las herramientas ni la ropa adecuada para hacer este trabajo, no obstante pienso que debería haberse notado algo con lo que habéis estado haciendo. No encontrar nada puede deberse a varias razones, primera, a que no está ahí, segunda, a que está tapado con una buena capa de cemento como habéis sugerido, o tercera, a que está en otro sitio.

– ¿En otro sitio?, no puede ser, ¿no hemos quedado en que, según la frase de despedida de la carta, debería estar en la alacena?

– Me refiero a otro sitio de la alacena.

– ¿En qué otro sitio?, ya hemos dado golpes en todos los laterales y al fondo –dijo Sara.

– Pues me refiero a que ese otro sitio puede ser debajo del friso de piedra, justo detrás de la cruz, o abajo, en el poyo que sirve de base a la última balda. Ahí no habéis dado golpes y si lo hubierais hecho no habríais conseguido nada.

– Para ver si está arriba, detrás de la cruz, tendríamos que llamar definitivamente a un albañil o dos como mínimo. Nosotros no podemos desmontarlo solos, sin romperlo. Además debemos tener en cuenta el peso que tiene, porque necesitaríamos otro tipo de instrumentos para bajarlo –afirmo Elías.

Por otra parte, si apareciera algo, deberíamos tener en cuenta que entonces ya habría otras personas ajenas que se enterarían de todo y eso es algo que tenemos que valorar.

– Es cierto, si se tiene que hacer así, la búsqueda sería mucho más compleja y usted, como dueño de la casa, tendría que estudiarla más despacio, pues los costes pueden ser altos sin tener ninguna garantía de éxito.

También tendría que valorar las consecuencias de la difusión de su hallazgo pues habrá otras personas, ajenas a nosotros, que tendrán que realizar los trabajos. En resumen, deberá decidir la importancia que tiene conocer la historia de su familia en relación a esas consecuencias –comentó Sara.

Elías se quedó en silencio unos instantes y seguidamente les dijo:

– Sí, es cuestión de estudiarlo detenidamente, debemos ser razonables y no precipitarnos, pues no es bueno tomar una decisión sin analizar todas y cada una de las consecuencias. Como no tengo prisa, se puede dejar pendiente y pensarlo durante el tiempo que pase en New York, de esa forma, en mi próxima visita lo tendré decidido.

- De acuerdo, nos parece razonable. Lo dejamos entonces en este punto –dijo Sara.
- Pero espere, yo me refería al tema de desmontar la piedra de la parte superior; sin embargo, ya que están ustedes aquí, lo que podríamos hacer es terminar al menos con la otra opción.
- ¿Qué otra opción? –dijo Sara.
- La de descubrir la parte de abajo.
- ¿Se refiere a la parte inferior del hueco?
- Claro, a la base, la parte de abajo.
- Pero también necesitaríamos un albañil –dijo Sara.
- Yo creo que no sería necesario. Tendríamos que quitar las losas de barro, pero eso parece más asequible, además, estando ustedes, sería más fácil. Si lo hacemos, descartaríamos prácticamente todas las opciones, dejando solamente para estudiar el asunto del friso superior –dijo Elías.
- Pero para desmontar la base tampoco tenemos herramientas. Puede ser más fácil, pero si no tenemos al menos un martillo y un cincel para despegarlas, no podemos hacer nada –insistió Enrique.
- Ya he pensado en eso. Podría acercarme ahora a la casa de alguno de los vecinos que conozco, por si ellos me los pudieran prestar.
- Es buena idea. Si le parece, Enrique lo puede acompañar, yo mientras los espero aquí.

Al cabo de un rato se presentaron con una bolsa de plástico cada uno, en la que sonaban varios objetos metálicos. No existía concordancia entre el aspecto de ambos y el ruido que hacía todo el instrumental que portaban.

- Hemos tardado un poco más porque me ha costado trabajo encontrar a alguien que nos pudiera

dejar lo que necesitábamos. Uno de los vecinos que conocía, vive tres casas más arriba, pero no tenía herramientas, sin embargo nos ha acompañado a un conocido que hace ciertas chapuzas de albañilería. Ese hombre nos ha ayudado y además se ha ofrecido a hacerme los trabajos, pues está en el paro, yo he dejado la contestación un poco en el aire por si al final no apareciera nada aquí y decido desmontar la parte de arriba. Parece una persona de confianza y tal vez pudiera ser quien me ayude en un futuro.

Elías, que parecía un poco más acostumbrado a manejar las herramientas, quizás por haber hecho ya alguna chapuza en la casa, fue el que cogió el martillo y el cincel y trató de levantar una de las losas de barro. Con cuidado situó la punta del cincel entre el cemento y el cuerpo de la baldosa para que se desprendiera con el golpe. Así lo hizo, solo que con el primer martillazo no consiguió nada, por lo que seguidamente dio varios de ellos hasta que saltó un trozo de la baldosa. Era un trozo pequeño y debajo sólo había más cemento. Continuó golpeando en la unión entre ambos materiales y poco a poco fueron saltando trozos y descubriendo más cemento.

El matrimonio seguía la obra con la expectación y ansiedad de que apareciera algún indicio, pero cada vez que saltaba un trozo de baldosa comprobaban con desilusión que debajo no había nada, sólo cemento.

Cuando comenzaba a quitar otra, llamaron a la puerta y los tres se miraron. Pasaron unos segundos pero al final estaba claro que alguien tenía que contestar, Elías se dirigió a la entrada, abrió, y su sorpresa fue mayúscula.

– Hola buenos días –dijo Elías.

– Buenos días, ¿cómo está? –saludó Brillamor.

– Bien, ya mucho más relajado y tranquilo, aunque un poco sorprendido por su visita, ¿hay algún

problema?

– No, ninguno, simplemente estaba con mi compañero por esta zona, realizando un trabajo rutinario, cuando los he visto entrar, así que he venido solamente a saludarlos.

El policía se apartó a un lado y miró hacia dentro de la casa. Lo hizo de manera inteligente para que el dueño le invitara a pasar, pues quería ver de nuevo a sus amigos, en especial a Sara. Brillamor estaba totalmente convencido de que Enrique no estaba allí solo, sino que su mujer también estaría dentro.

Elías evidentemente no quería que entrara, porque si bien no tenía importancia que estuviera haciendo obra en su casa, el policía seguro que se iba a extrañar de la situación, se sorprendería de verlos a los tres en esas faenas, y el resultado sería que tendrían que darle todo tipo de explicaciones. Por otra parte no sabía si el matrimonio estaría de acuerdo en que hubiera más personas informadas de lo que tenían entre manos, aunque en realidad el más afectado era él y tampoco tenía por qué ocultar nada, al fin y al cabo no era ningún delito investigar en su propia casa sobre la historia de su familia.

El americano pensaba todo eso en un segundo, pero al final casi no tuvo oportunidad de decidir, porque Brillamor le hizo una pregunta a la que no le quedó más remedio que contestar.

– ¿Puedo pasar a saludarlos?

– Ah... perdone, claro, pase por favor.

Elías iba delante cuando entraron en el salón, pero ellos no estaban allí, seguían en la cocina donde los había dejado. La puerta estaba abierta y con un simple vistazo los vio, por lo que sin

dudarlo un segundo se acercó.

Ellos no podían imaginar quién sería la visita y tampoco que entraría literalmente hasta la cocina. Enrique estaba agachado delante de la alacena viendo lo que había debajo de la baldosa que había quitado Elías y su mujer lo estaba mirando.

La mirada que cruzaron los cuatro era indescriptible, Brillamor no encontraba explicación a aquella situación, Sara cambió de color de la cara del rojo al blanco y seguidamente otra vez al rojo sin saber qué decir. Elías iba con su mirada de uno a otro buscando una explicación razonable para todos, pero no la encontraba.

Enrique se puso de pie intentando mantener su compostura y para hacer la situación más llevadera, inició la conversación.

– Hola inspector, ¿cómo está?

Brillamor con su habitual desparpajo fue el primero en reaccionar de una forma más o menos lógica y, haciendo uso de su sentido del humor, respondió a su amigo.

– Vaya, ahora a la vejez me vas a llamar de usted, precedido del tratamiento de inspector. Hubiera sido preferible que usaras el mote con el que me conoce todo el mundo, quizás así no se hubiera notado tanto lo nerviosos que estáis.

– ¿Nerviosos? –dijo Enrique.

– Nerviosos o como quieras llamarlo, pero esta situación no es normal. Estáis como flanes, da totalmente la impresión de que acabáis de enterrar a alguien ahí dentro.

– ¿Enterrar a alguien?, –preguntó desconcertado Elías– no hemos enterrado a nadie.

– Es una broma señor Alescar, o al menos eso pretendía que fuera. Lo que sí deseo es que esto no tenga nada que ver con lo ocurrido a usted y a Sara –afirmó el teniente Écija con el tono más policial que nunca habían oído en él.

– No, por favor, –habló Sara– no tiene nada que ver con esos sucesos, o al menos no directamente con ellos. Te puedo asegurar que no se trata de ningún asunto turbio ni hay, por supuesto, más personas implicadas.

Sara miró a Elías como suplicando que explicara la situación, porque ellos no tenían ningún inconveniente en que su amigo conociera lo que hacían allí; sin embargo no era a ellos a quienes correspondía hablar del tema, estaba claro que era potestad exclusiva del dueño dar a conocer esa información o callarla.

Elías no lo meditó mucho y seguidamente invitó al teniente al salón para que, sentados alrededor de la mesa, conociera todo lo que ellos sabían. Cuando empezaba a dar explicaciones el teniente se disculpó un momento y salió a la calle a decir a su compañero que tardaría un poco, que esperara por la zona.

Durante al menos media hora, Elías y Sara estuvieron contándole los aspectos más destacados de la investigación. Para que no se alargara mucho, intentaron omitir los detalles insignificantes y destacaron aquellos que era necesario conocer.

Una vez hubo conocido el motivo de su obra en la cocina, el policía se mostró un poco más amigable. Aunque en ningún momento pensó que lo que hacían allí fuera delictivo, pero por un momento le salió su vena policial y contempló otras perspectivas sobre aquella situación tan rara.

– Me parece muy interesante lo que estáis haciendo, debe de haber sido apasionante todo lo que habéis vivido alrededor de esta historia. Siento un poco de envidia al no haber participado, pero

claro, yo habría ayudado poco.

– Bueno, en cierta forma también has participado, al menos al principio –dijo risueña Sara.

– Hoy la veo de mejor humor, ¿verdad? –comentó Brillamor dirigiéndose a Enrique.

– Lo que te pido, y creo que hablo en nombre del dueño de la casa, es que esto permanezca en el más absoluto de los secretos –dijo Enrique.

Elías lo confirmó seguidamente.

– Efectivamente, este es un asunto estrictamente privado y confidencial que sólo conocen esta familia y usted. Se lo hemos comentado como amigo, no como policía, esto no tiene nada que ver con ningún asunto oficial, si después fuera necesario, porque los hallazgos así lo requirieran, se informaría oficialmente del asunto y se harían todas las gestiones necesarias para arreglar cualquier tema que no estuviera dentro de la ley.

– Queda muy claro y así lo he interpretado desde el primer momento. Desde que me habéis sentado a vuestro lado en esta mesa he comprendido que hablabais con vuestro amigo, no os preocupéis.

– Gracias, no esperaba menos de usted –respondió Elías.

– No quiero entreteneros más, me marcho y os dejo trabajar, yo también termino pronto y tengo que pasar antes por la comisaría, además mi compañero me está esperando en la puerta.

Los tres se despidieron y cuando estaba saliendo, Brillamor, que había pensado que ellos no tenían pinta de buenos albañiles, les ofreció de nuevo su amistad.

– Y si queréis, cuando termine mi trabajo, vengo y os ayudo, porque veo que expertos, lo que se dice expertos en excavaciones, no parece que seáis.

Se miraron y Enrique fue quien contestó esta vez.

– Nos parece una excelente idea. Te esperamos.

Se fueron nuevamente a la cocina y Elías continuó con el martillo y el cincel. Cuando terminó con la baldosa del centro continuó con las laterales y seguidamente con las otras dos que restaban hasta llegar a la pared. Estaba terminando los últimos trozos cuando llamaron a la puerta nuevamente.

– Será Juan Ramón –dijo Sara.

Elías entró acompañado del policía, que ya venía con una ropa más adecuada para el trabajo que pretendía hacer.

– Bueno, será mejor que me encargue yo directamente de estas tareas, creo que tengo más práctica que vosotros.

– Seguro que sí, –dijo el dueño de la casa– el que estaba rompiendo era yo, y no soy muy bueno en esto.

– ¿Has hecho alguna vez trabajos de este tipo? –preguntó Enrique.

– Te puedes imaginar, en mi profesión y empezando desde cero como lo hice yo, he tenido que hacer

de todo, porque aunque tengas estudios, en este trabajo tienes que aprender a solucionar todo tipo de problemas y de entre todos los que se te pueden presentar, los trabajos manuales son los más fáciles de resolver.

– Bueno, pues gracias una vez más por ayudarnos y vamos a ver si conseguimos algo.

Sabiendo lo que hacía, Brillamor rompió los restos de losas que quedaban y limpió toda la superficie del poyo.

Ellos le hablaron del método que habían utilizado para saber si había algún hueco al fondo o en los laterales. El policía coincidió con ellos en que también podían utilizarlo ahora para la parte de abajo, una vez quitadas las baldosas.

Brillamor lo puso en práctica, pero esta vez utilizando el martillo que habían traído. Dio unos golpes bastante fuertes en las diferentes zonas, pero no se notó ninguna diferencia en el sonido. Como no se obtenían resultados, alguien sugirió hacer lo mismo en la parte frontal y lateral de toda la alacena, por si acaso los golpes con las manos no hubieran sido lo suficientemente fuertes.

De nuevo el resultado no mostraba ninguna parte diferente al resto. La desilusión llenaba la habitación, todos estaban desanimados, incluso al recién llegado se le notaba la decepción.

El policía era constante y, a pesar de su reciente ingreso en esa especie de club, tampoco quería dar por concluida la búsqueda sin dar una nueva tanda de golpes, así que probó nuevamente en la parte de abajo. Golpeó mucho más fuerte en el centro y en la parte de la izquierda y casi centímetro a centímetro fue desplazando los golpes hacia la derecha hasta que, ya cercano al lateral derecho de la alacena, uno de los golpes cambió casi imperceptiblemente, se hizo menos seco, más sordo. Golpeó varias veces en esa zona, alrededor de ella, con más intensidad, con menos, incluso con un poco de cadencia entre golpe y golpe.

Los que estaban detrás también lo estaban notando ya, los golpes ahora eran muy suaves y el

silencio alrededor hacía que su pequeño eco se notara perfectamente.

El policía paro su golpeteo y, todavía en cuclillas, se volvió hacia Elías y sus amigos sin decir nada. Todos comprendieron, y fue sólo Elías el que, con un leve movimiento de su cabeza en sentido afirmativo, indicó que rompiera esa parte.

Brillamor había delimitado la zona con sus golpes de martillo, era una especie de cuadrado de unos diez centímetros de largo por otros diez de ancho, por eso había resultado tan difícil de localizar. Se trataba de un espacio tan pequeño que había que dar muy en el centro para detectarlo.

Cogió nuevamente las herramientas y comenzó a romper. Poco a poco fueron saltando trozos pequeños de cemento hasta dar con una capa de color ladrillo. Limpió todo el cuadradito de cemento, y comenzó con el ladrillo que rápidamente cedió, dejando a la vista un pequeño agujero oscuro que fue agrandando minuciosamente para que los trozos no cayeran dentro. Al volver la cabeza se dio cuenta de que tenía casi encima a los otros tres intentando ver que había.

– ¿Quiere usted hacer los honores? –preguntó Brillamor a Elías.

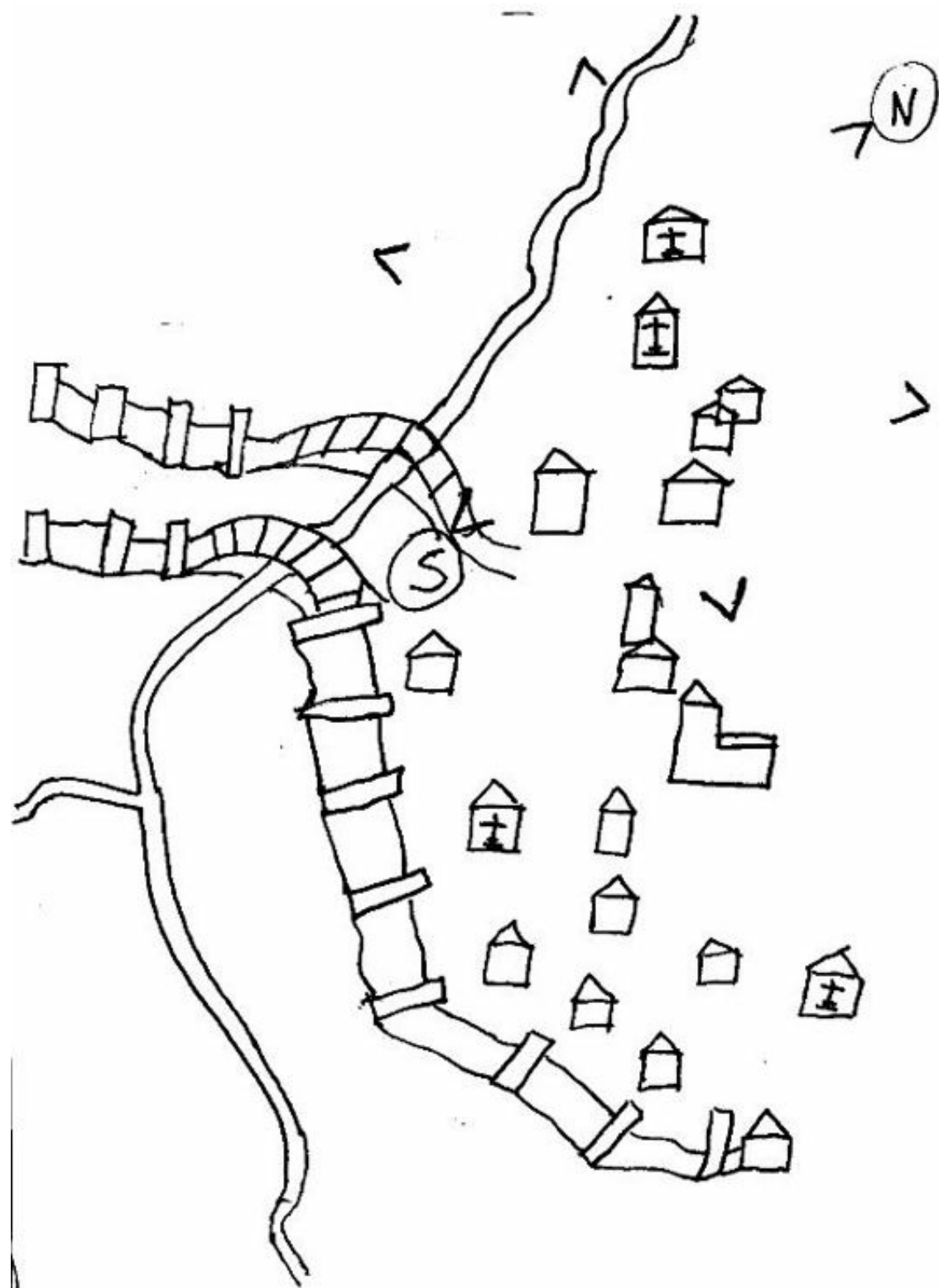
El dueño de la casa se acercó, mientras el policía se apartaba a un lado. Sin dudarlo un sólo segundo metió la mano en el hueco, comprobando que su brazo se hundía hasta el codo, sin rozar absolutamente con nada. Cuando se disponía a seguir hasta el hombro, rozó con la punta de los dedos algo parecido a una bolsa de tela rígida. La cogió y tiró de ella con mucho cuidado.

Efectivamente, se trataba de una especie bolsa alargada hecha de una tela rígida negra, amarrada en uno de los extremos con una especie de cuerda, negra también, que contenía algo en su interior. Elías desató la lazada y la abrió para ver su contenido.

Era un pergamino enrollado. Aparentemente estaba bien conservado pero, dada su previsible

antigüedad, no sabía si abrirlo o no por lo que miró a Sara con la pregunta en los ojos y el documento en las manos.

– Déjemelo ver –dijo ella.



Lo tomó con mucho cuidado y comprobó que estaba muy bien conservado.

– El material del que está hecho ha resistido bien el paso del tiempo, no parece haber sufrido mucho daño, quizás por haberse conservado en un recinto pequeño, y casi en ausencia de oxígeno. Voy a intentar desliarlo por una esquina para ver cómo responde.

Sara Comenzó a abrirlo ante la mirada atenta de todos.

–Parece que se desenrolla bien y no sufre daño, pero si os parece nos vamos al salón, creo que sobre la mesa lo podremos ver mejor.

Una vez estuvieron todos de pie alrededor de la mesa, porque no tenían acierto para sentarse, Sara fue abriendo poco a poco el documento y en cada esquina aparecía un dedo para sujetarlo.

En aquella especie de papel amarillento estaba dibujado, con trazos irregulares, lo que parecía ser un plano de Ronda, o al menos de una parte de la población. El río, los puentes más antiguos y las murallas. El Arroyo de las Culebras también estaba representado en su zona de unión con el río Guadalevín.

Se habían dibujado las siluetas de casas que parecían delimitar algunas calles de la zona del barrio de Padre Jesús.

No había nada representado de lo que actualmente llamamos La Ciudad; sin embargo en la otra parte del río, donde se encuentra la fuente de los Ocho Caños y la iglesia, la idea estaba bastante clara.

En la parte baja había algunas casas, incluida la de Elías, que estaba muy bien indicada porque aparecía marcada con la ya famosa .

En una de las zonas se señalaban dos puntos cardinales, el norte con una N y el sur con una S. Un pequeño vértice de flecha, o ángulo, indicaba la dirección.

En general eso era todo lo que se podía ver en aquel documento, pero curiosamente no se había dibujado la totalidad de la antigua medina, es decir La Ciudad, ni por supuesto el barrio del mercadillo, es decir la parte nueva de Ronda, pues no existía aún.

Tras unos minutos en los que todos los presentes se dedicaron a mirarlo, fue Brillamor el que rompió el silencio dirigiéndose al dueño de la casa.

– Bueno, parece ser que es un plano de su barrio.

– Pues sí, y esta podría ser mi casa –dijo Elías señalándola.

- En un principio no identificaba la zona, ni siquiera la ciudad, –advirtió Enrique– pero cuando Juan Ramón ha dicho que es su barrio, he comprendido la situación y está claro que se trata de esta zona.
- Efectivamente. Esa sería la casa de Elías, pero hay más viviendas dibujadas en el plano y algunas de ellas también tienen la cruz, al menos estas tres –dijo Sara señalándolas.
- Es evidente que el plano no tiene ningún valor monetario –dijo Brillamor.
- Pues no, no lo tiene –ratificó Sara.
- Y tampoco parece que se quiera indicar nada especial en él –apuntó Elías.
- Sin embargo, yo creo que debemos de tener algo claro –dijo Enrique– y es que no es normal que se oculte, tan bien, una cosa tan simple como este mapa, sin que detrás haya otra intención.
- ¿Qué quiere usted decir?, ¿que este mapa esconde algo? –preguntó Elías
- Eso parece lo más lógico, ¿no?

Todos respondieron de manera afirmativa, y seguidamente iban exponiendo su propia visión, a la vez que volvían la vista una y otra vez hacia el documento. Cada cual creía ver algún signo raro en una parte de la hoja, pero los supuestos eran rechazados uno detrás de otro por alguno de los presentes, con algún argumento convincente.

Estuvieron intentando comparar incluso los trazados de las calles y de los ríos, con los actuales, o imaginando las viviendas en su actual posición, pero no consiguieron ningún resultado.

Prestaron especial atención a las viviendas señaladas con la cruz, que parecía ser lo más significativo, pero tampoco extrajeron ninguna conclusión. Observaron sus diferencias por si había alguna distinción entre ellas, pero tampoco encontraron nada destacable.

Cualquier suposición chocaba con la experiencia de su propio descubrimiento, es decir, pensaron que lo que buscaban podría estar en una de las otras casas marcadas con el símbolo de la , pero ello

implicaba tener que entrar en ellas. Tendrían que comentar a sus habitantes lo que buscaban, hacerlo verosímil a sus dueños y una vez convencidos, intentar descubrir lo que pudiera haber oculto. Cuando estuvieran en ese punto, podrían encontrarse con el mismo descubrimiento que en esta casa, es decir un plano que nada indicaba. Además, deberían de tener en cuenta que, si lo hacían así, tendrían que informar, de todo, a más personas.

Totalmente decepcionados, poco a poco y uno tras otro se fueron sentando en las sillas. Soltaron los picos del documento que, como por un resorte, se enrolló sólo y se quedó encima de la mesa, ante el silencio de todos los presentes.

El que menos convencido estaba con el resultado era Enrique, estaba encerrado en sí mismo, pensativo. Sara, desde enfrente, no dejaba de mirarlo de forma intermitente, sabía que no estaba conforme y no pudo aguantar más sin preguntarle.

– ¿Qué opinas Enrique?

Todos volvieron la mirada hacia él, quien sorprendido, levantó la cabeza, pues estaba en su mundo particular cuando fue interrumpido y creyó nuevamente que había sido pillado "in fraganti".

Pasó su mirada de uno a otro sucesivamente y se creyó en la obligación de exponer algo, de decir algo, no sabía qué, pero creía que de alguna manera tenía que levantar el ánimo de aquellas personas, así que comenzó a hablar. Él, que no era el mejor en esos temas de tomar la iniciativa, comenzó a decir lo que había pensado para ver si de esa manera, diciendo cosas, se le ocurría algo nuevo a alguien.

– Pues no sé. Lo que pienso es lo que he dicho antes, nadie esconde un mapa con algunos detalles tan

claros, en un lugar tan oculto, sin que tenga algún sentido. Estoy seguro de que no se trata de una simple descripción de la zona, estoy convencido de que en ese documento hay algo que no vemos.

Con la mente analítica que lo caracterizaba, continuó exponiendo lo que él creía que no concordaba con el resto, lo que a su parecer llamaba la atención, por no encajar allí.

– Veréis, he intentado analizarlo mientras lo teníais sujeto y hay varias cosas que me llaman la atención.

Primero hay demasiados detalles en algunos dibujos como los puentes, algunas casas, los ríos, y no entiendo por qué se detallan tanto algunos, y otros tan poco, a no ser que lo que se pretenda es que sean situados correctamente, es decir que no haya ninguna duda sobre dónde están cada uno de esos elementos, digamos... especiales.

– Sí, yo lo he visto desde el principio, –dijo Sara– no le he prestado la atención que tú le dedicas a estos detalles, pero efectivamente no se trata de un plano general de toda la ciudad, sino de una especie de plano de situación donde se quieren indicar determinados puntos de referencia.

– Eso enlaza con el segundo punto que me llama mucho la atención –continuó Enrique– y es el tema de señalar el norte y el sur. No entiendo muy bien el motivo de indicarlo. Cualquiera que conozca Ronda sabe dónde se encuentran cada uno de esos dibujos, salvo que lo que se pretenda sea reiterar su situación por algún otro motivo que desconocemos. Sin embargo yo creo que, de todo ello, lo principal es otra cosa.

– ¿Qué? –preguntó Sara sin poder contenerse.

– Que también aparecen esos otros pequeños ángulos –dijo Enrique señalándolos en el mapa.

– Creo que pueden tratar de indicar los puntos cardinales intermedios, es decir el noreste y noroeste

y el sureste y suroeste –señaló Sara.

– Tal vez, pero aun así me resultan extraños.

– Llevas razón, es un poco extraña esa representación, pero era por buscarle alguna explicación.

– Por último está el tema de la cruces. Vuelven a aparecer aquí, son las que desde el principio nos han guiado, a la vez que han ocultado la verdadera fe de los autores. En definitiva son las que nos han conducido aquí.

Pienso que es una muestra de la convivencia de las religiones y de su uso habitual pero, a la vez, creo que siguen teniendo algo más que decir. Su situación, su ordenación, no sé..., pienso que nos quieren mostrar la solución y no la vemos. Insisto, debe haber algo escondido detrás de ellas.

– A propósito de lo que había escondido, –dijo Brillamor dirigiéndose a Elías– cuando sacó el mapa ¿recorrió con la mano todo el agujero?

Todos volvieron la mirada instintivamente y en milésimas de segundo hacia Elías, que a su vez se sintió incluso amenazado por las expresiones de sus colegas, aunque sólo pretendieran encontrar algo a qué agarrarse en su decepción.

– Pues... no sé, creo que no, sólo roce el bolso de tela y fue lo que cogí, no sé si había algo más. Estaba tan deseoso de verlo, que no presté atención a si había algo más.

Todos se levantaron a la vez pero, esta vez sin galanterías ningunas, fue el policía quien metió la mano hasta el fondo del agujero y hurgó por todas partes del pequeño recinto hasta dar con algo en el fondo. Lo sacó y se lo pasó a la otra mano mientras continuaba buscando, pero ya sólo tocaba las frías paredes del hueco.

Cuando se puso de pie lo entregó a Elías y se fueron nuevamente hacia la mesa para que nadie se perdiera detalle.

Se trataba de una bolsa no muy grande, de cuero, atada con unas cintas del mismo material. Dentro se escuchaba el tintineo de algo metálico.

Elías quitó la lazada que la mantenía cerrada, la abrió y sacó de su interior un colgante y su cadena, ambos de oro.

Era una Estrella de David.

Pasaron un rato viéndolo, tocándolo, revisándolo, mientras el mapa permanecía sobre la mesa sujeto por varias piezas de la vajilla que habían rescatado del rincón del salón.

No encontraron nada más, no había relación aparente entre ambos objetos, no aparecía la estrella en el mapa, no había ningún símbolo común. Nada, no había nada, seguían sin tener nada. Estaban otra vez en un punto muerto y sin embargo coincidían en que debería haber alguna relación entre ambos objetos, pues no tenía ninguna lógica que se escondieran los dos en el mismo sitio sin ningún otro valor aparente. En su interior nadie pensaba que aquello fuera todo el legado.

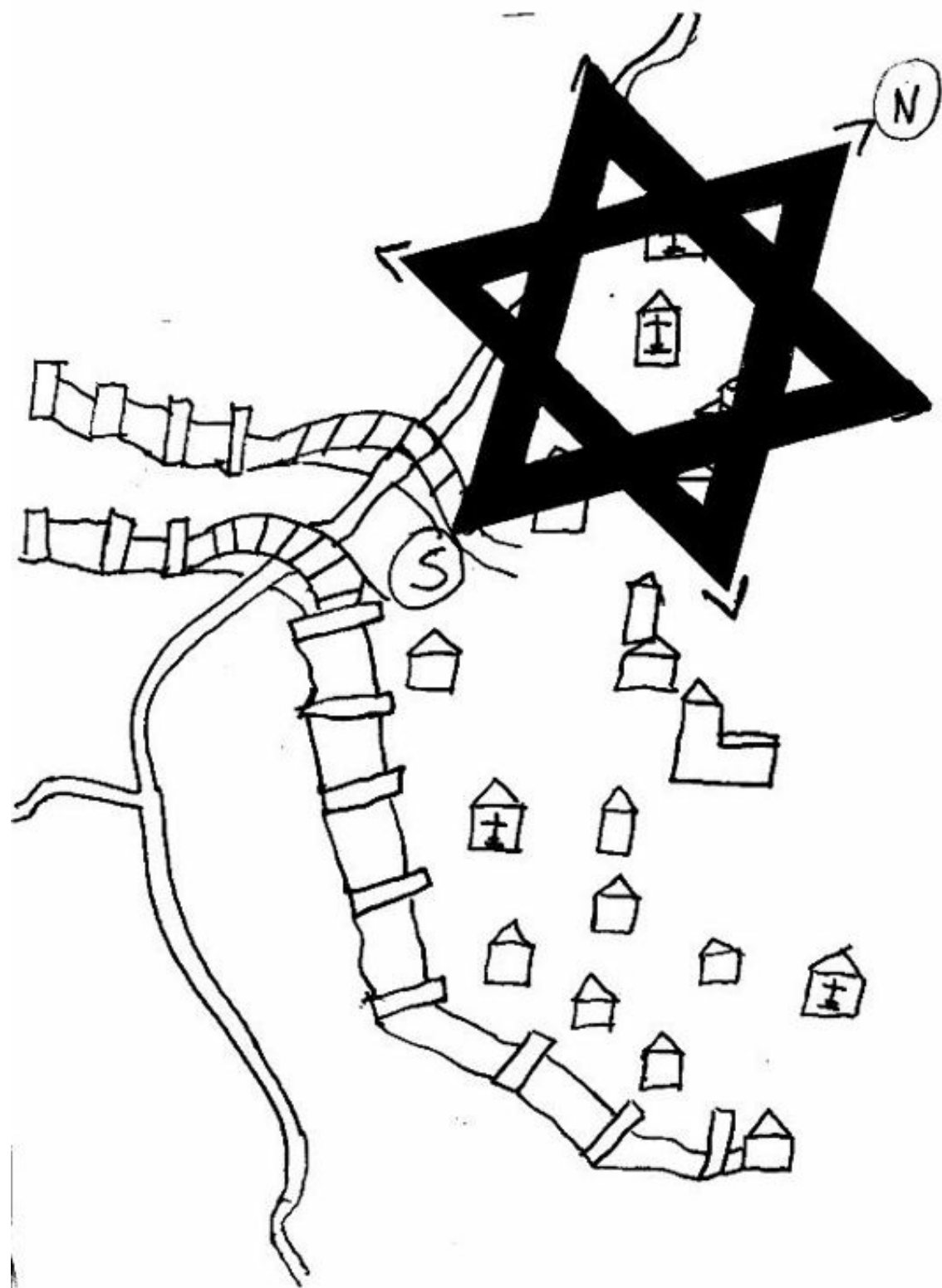
Era demasiado tarde y tenían ganas de comer, por lo que decidieron dejar todo como estaba e irse a algún restaurante cercano. Allí hablarían mientras calmaban su apetito, quizás con el estómago lleno pudieran pensar mejor.

Sin embargo, en el grupo, el único que no hablaba de comida, ni de ningún otro tema era Enrique, seguía mirando y mirando el mapa. De repente miró el colgante que tenía su mujer en las manos y se lo pidió. Hasta ahora sólo lo había cogido una vez.

Brillamor y Elías se estaban retirando ya hacia la puerta.

Enrique quitó la cadena al colgante y acercó la estrella al mapa, justo al lugar donde estaban señalados los puntos cardinales.

La coincidencia era total, cada uno de los vértices señalados en el mapa enmarcaba exactamente una de las puntas de la estrella. El hexágono que se forma en el centro enmarcaba una de las viviendas que tenía la cruz. Sara y Enrique se miraron, sabían lo que acababan de encontrar, sabían lo que significaba aquello. Aquel era el lugar donde estaba escondido el legado de Ysrael.



Antes de que sus compañeros se dieran cuenta, debido a la conversación que mantenían, Sara le preguntó a su marido cómo lo había deducido.

– ¿Cómo lo has visto?

– Me seguía extrañando la situación de la referencia de orientación, por otra parte había otra cosa que no me acababa de cuadrar y no sabía qué era.

– ¿A qué te refieres?

– Ahora, con la estrella encima, se ve mejor, fíjate cómo los ángulos, de lo que podían ser las referencias NO, SO, NE y SE, no están exactamente en su sitio, no señalan donde deberían señalar, sino que están ligeramente desviadas de su posición natural. Los vértices pintados en el mapa no están donde realmente deberían estar, es decir esos vértices no señalan exactamente el NO, SO, NE o SE, sino que están ligeramente desviados, pues si no fuera así, no encajaría la estrella. Eso era lo que

me extrañaba.

– Es verdad.

– Al intentar desligar los vértices del resto de los dibujos, te das cuenta de que están enmarcando las puntas de la estrella.

– Sí claro, ahora lo veo, ¡qué listo eres! –dijo Sara medio en broma.

– No te burles de mí, mujer.

– No hombre, no. Lo digo muy en serio.

Al comenzar a reírse, Elías y el policía se dieron la vuelta para ver qué pasaba y Sara, que estaba pendiente, los llamó para explicarles lo que habían visto.

La comida resultó más distraída de lo que esperaban antes de encontrar la relación entre el mapa y el colgante.

Una parte la dedicaron a especular sobre lo que podría haber escondido en esa vivienda y otra a trazar un plan de actuación para poder acceder a ella. Deberían ver de qué casa se trataba, si estaba reformada recientemente, conocer a sus dueños, en fin, saber todo lo posible sobre ella.

– Bueno, queda un buen camino por recorrer y nos hubiera encantado continuar con vosotros esta investigación –señaló Sara con un poco de tristeza.

– Es verdad, –dijo Elías– vosotros os marcháis mañana.

– Sí, mañana.

– ¿Y no hay manera de que lo aplacéis, al menos una semana, para aclarar esto un poco? A nosotros

dos solos, y con nuestra escasa experiencia, nos va a resultar muy difícil continuar.

– No hay forma, Enrique no puede incumplir esa obligación, sólo se admitiría su ausencia por cuestiones verdaderamente graves.

– ¿Y no podéis ir y volver en cuanto termine?, os esperaríamos. ¿Cuántos días son?

– Son sólo tres, lunes, martes y miércoles, pero es un gran trastorno marcharnos y volver a los tres días. Nos encanta estar en Ronda, pero no podemos venirnos a vivir aquí, llevamos mucho tiempo fuera de casa y hemos de volver para arreglar algunos asuntos pendientes –mintió Sara.

– En fin, al menos nos acompañaréis ahora para ver la situación de la casa ¿no es así?

– Sí claro, y si lo necesitáis, tendréis toda la ayuda que podamos daros. Con los medios de comunicación tan ágiles que tenemos hoy, nos podemos mantener en contacto a través del correo electrónico o del teléfono.

Cuando terminaron de almorzar decidieron ir al centro a tomar café, pero lo harían subiendo por la calle, en la que indicaba el mapa, que se encontraba la casa.

De nuevo las prisas por llegar los traicionaban, iban con un paso tan rápido que Enrique tuvo que decirles que fueran ellos delante, porque a él le gustaba pasear más despacio. Todos se pusieron a su lado y comprendieron que no había ninguna necesidad de ir tan rápido.

Mientras subían por la calle Virgen de los Remedios, miraban con lupa todas las fachadas. En un momento determinado todos se pararon ante una de las casas, sin embargo, Sara continuó subiendo y mirando hasta dar con otra, ante la que ella sí se detuvo. Inmediatamente se volvió con del resto del grupo.

– Es ésta, –dijo cuando llegó– si recordáis, en el mapa aparecían dos casas marcadas con la cruz en

la misma calle, sin embargo, por la posición de ambas, el centro de la estrella estaba en ésta.

Brillamor sacó el móvil y le hizo una foto. Una vez se hubieron fijado en la fachada, y para no llamar demasiado la atención de los vecinos, decidieron seguir su camino hasta la cafetería.

Era un local amplio, no había nadie, las mesas estaban todas desocupadas, por lo que decidieron seguir hasta el fondo y sentarse en una de las más grandes para poder estar cómodos y apartados de la entrada. La señorita que los atendió tomó nota de lo que tomarían y cuando se retiró pudieron hablar sin ningún entorpecimiento sobre lo que acababan de ver.

– Bueno, estaréis de acuerdo conmigo en que, a simple vista, la casa no es lo que esperábamos ¿verdad? –dijo Sara.

– Efectivamente, –terció Brillamor– yo al menos esperaba otra cosa.

– ¿Qué quieres decir con otra cosa?

– Que quizás esperaba una casa reformada, habitada, una casa normal, no en ruinas, como parece estar ésta.

– A mí me ha pasado lo mismo –dijo Elías. Esperaba una casa habitada, pero este cambio sobre la idea que teníamos, quizás sirva para mejorar nuestras expectativas.

– Yo también pienso así –dijo Sara. Si allí no vive nadie, será mucho más fácil ver qué hay dentro sin molestar ni levantar ninguna sospecha sobre nuestras intenciones. Ya era hora de que nos ocurriera algo bueno, hasta ahora todo nos ha venido con alguna complicación, pero si esta vivienda está deshabitada creo que facilitará mucho más la labor.

– Pero no creamos que esto será un camino de rosas. El que la casa esté cerrada, implica que no conoceremos a sus dueños con una llamada a la puerta, sino que tendremos que hacer indagaciones en diferentes sentidos, como por ejemplo hablando con los vecinos, en el Ayuntamiento, en las inmobiliarias y otros sitios relacionados con inmuebles como puede ser el Patronato de Recaudación o el Registro de la Propiedad –dijo Brillamor.

– Pero de cualquier forma, siempre será más cómodo así, salvo que las llaves estén en poder de alguien que no resida en la plaza –insistió Sara.

– ¿Os habéis fijado en que la fachada está blanqueada totalmente y que la cruz apenas se ve? –dijo Enrique.

– Sí, pero está debajo de la capa de cal, como en la alacena de mí casa –dijo Elías.

– Yo creo que no hay dudas, la casa es esa a pesar de que tenga la fachada blanqueada y no se vea la cruz nítidamente. Está claro que si quitáramos esa capa de pintura quedaría al descubierto una cruz, como las que hemos visto habitualmente labradas en las piedras de las entradas, –remató Sara para evitar seguir sobre un tema más que evidente. Sin embargo yo creo que lo importante es marcar la estrategia que deberíais seguir para intentar ampliar lo que ya sabemos.

– Sí, ese es el primer paso –concretó Enrique.

– No sé si Elías querrá continuar con la investigación o no y, sobre todo, en qué sentido, pues se trata de su historia personal, por eso pienso que debería ser él quien dijera qué idea tiene para, sobre ella, construir la estrategia. Nosotros continuaríamos colaborando desde Madrid –dijo Sara.

– Les voy a decir que, encontrar la casa en ese estado de deterioro, me ha hecho ver la situación de manera distinta. Me parece mucho más accesible nuestra investigación de esa forma, por eso creo que lo mejor sería continuar ahora. Pienso que estamos llegando al final, que el camino se termina dentro de esa casa y que lo que me queda por conocer de mi familia, al menos en su parte importante, lo vamos a encontrar ahí. Yo estoy dispuesto, así que espero vuestras ideas para continuar.

Una vez que estuvieron todos de acuerdo, fue Sara nuevamente la que tomó la iniciativa y empezó a diseñar la estrategia asignando a cada uno sus tareas.

– Creo que Juan Ramón podría ir al Registro de la Propiedad a pedir una nota simple para conocer el nombre del propietario.

– Muy bien, de acuerdo, contad con ella.

– Para evitar suspicacias por tratarse de un policía, las gestiones con los vecinos creo que debería hacerlas usted, –dijo Sara dirigiéndose a Elías.

– Correcto.

– Juan Ramón también podría hacer las gestiones sobre la residencia del propietario, una vez que supiéramos quién es.

– Lo haré cuando conozca el nombre.

– Elías también podía conseguir alguna información del Patronato de Recaudación, aunque, con la Ley Orgánica de Protección de Datos, no sé si van a poder informarle. En definitiva, nuestras primeras indagaciones deberían ir en el sentido de conocer a sus dueños y su domicilio, una vez tengamos alguna pista sobre ellos, el siguiente paso sería intentar entrar en la casa.

– Eso es lo que yo quería decir, –señaló Brillamor– creo que tenemos que entrar a la casa lo antes posible para ver lo que hay. Tendríamos que comprobar si es fácil continuar con lo que encontremos allí dentro o por el contrario no tenemos más pistas. Porque, imaginad que entramos en la casa y no vemos nada que nos indique que podemos seguir, si fuera así, nada de lo que hemos hablado serviría. Ninguna estrategia, a priori, sería útil si no tenemos una base sobre la que trabajar.

– Yo creo que la base es el titular de la casa, Juan Ramón, –habló Enrique que hasta ahora sólo había

estado escuchando— cuando conozcamos al titular entraremos de una forma u otra y ya podremos plantear el camino a seguir, pero hasta entonces sólo queda trabajar en los sentidos que ha dicho Sara.

— Sí, es lo correcto, yo coincido con vosotros, lo primero es averiguar de quién es, pero me refiero a que, en cuanto tengamos la oportunidad, debemos entrar para poder trazar el plan definitivo.

— Entonces, quedamos en eso. Mañana comenzaré por hablar con los vecinos para ver qué información pueden darme. Quizás con la excusa de que me interesa la vivienda puedan darme los datos que queremos. Cuando tenga alguna información se la comunicaré a ustedes y decidimos qué hacer —señaló Elías.

— Perfecto, nosotros nos vamos ya, pues nos quedan cosas por recoger —finalizó Sara.

— De acuerdo.

Los cuatro se levantaron y Elías fue a pagar la cuenta. Antes de salir, el matrimonio se despidió nuevamente de sus acompañantes, con el deseo de mantenerse permanentemente en contacto.

Enrique fue todo el camino, desde la cafetería al hotel, callado, sólo respondía con escuetos monosílabos a las preguntas que le hacía su mujer. No se encontraba bien, no lograba concentrarse y pensar sobre nada en concreto, estaba enfadado y no se había parado a pensar cuál era el motivo, pero tampoco podía desahogarse con su mujer porque no tenía ninguna razón para hacerlo. Sus pensamientos pasaban instantáneamente de temas relacionados con la investigación, a su trabajo, y de ahí, a sus vacaciones, e inmediatamente volvían a su viaje a Madrid y a su participación en el

tribunal de las oposiciones.

Tenía ganas de quedarse, continuar en este asunto que tanto les había llenado. La investigación seguía teniendo un atractivo especial y más ahora que se acercaba el final, pero sabía que no podían quedarse, era inútil seguir martirizándose con un problema que no tenía solución.

Sara, en cambio, estaba mucho más fría en este caso, cosa que no era habitual. Había asumido que su marcha era irremediable, ese punto estaba cerrado, por lo que sólo quedaba asumir el mando, aunque fuera en la distancia, y de esa manera tendría información instantánea de todo lo que iba ocurriendo. Había aceptado sumisamente que su papel directo en la investigación había terminado, al menos en cuanto a su presencia directa en los acontecimientos, por ello estaba totalmente centrada en conseguir que los pasos que se dieran, fueran los correctos.

Habían llegado a la habitación y estaban terminando de llenar las maletas y bolsos con lo que restaba por guardar, sólo los útiles de aseo, los pijamas y la ropa del viaje es lo que les quedaba fuera.

Cuando llegó la noche estaban mucho más descansados, Enrique seguía inusualmente callado, él normalmente no hablaba mucho, pero esta vez ni siquiera los monosílabos de sus respuestas a Sara, llegaban a salir de su boca. De hecho, su mujer, en una de las ocasiones, tuvo que llamarle la atención para que respondiera. Le recriminaba que ya estaba con la mente en Madrid y la responsabilidad de su trabajo, que nunca iba a aprender, que tenía que ser capaz de disfrutar de sus vacaciones hasta el último minuto, pero el día terminó para los dos, con la esperanza de que el siguiente fuera mucho mejor.

La mañana era luminosa como ninguna. Ambos permanecían sobre las camas mirando el cielo, con las montañas de fondo, sólo se oían los ya familiares graznidos de las grajillas del Tajo. Los dos, sin hablar, repasaban mentalmente uno por uno los días pasados en esa ciudad, lo hacían con una sincronía de pensamientos tal que, si hubieran podido leerse simultáneamente, hubieran coincidido casi en su totalidad. Ambos estaban satisfechos con lo que habían encontrado, con lo que habían aprendido, con su ayuda a Elías. Cuando el estómago empezaba a moverse, fue Sara quién se levantó.

– Bueno, ya no lo pensamos más, arriba, porque si no, vamos a llegar tarde.

– Venga, vamos –respondió con sus primeras palabras Enrique.

Sara se fue directamente al baño, mientras su marido se quedaba sentado en la cama con los codos apoyados en las rodillas y las manos sujetando su cabeza. Así permaneció todo el rato que su mujer

estuvo fuera. Cuando ella salió y lo vio en la misma posición que lo había dejado, le volvió a recriminar su actitud.

– ¿Todavía estás así?, yo pensaba que habías estado arreglándote, que estabas haciendo algo.

– No, estaba esperando.

– ¿Esperando qué?

– Esperando que terminaras.

– A ti te pasa algo, ¿verdad?

– No lo sé, tal vez. Estoy muy, muy raro, no logro concentrarme en lo que tengo que hacer, no tengo claro nada de todo esto.

– Me tienes preocupada, ¿estás mal físicamente?, ¿has pasado mala noche?, ¿te duele la cabeza o algo?

– No, nada, físicamente estoy perfecto, sólo que no soy capaz de saber qué me pasa.

– Pues si no te sientes mal, por qué no te duchas y vamos a desayunar, igual cuando comas algo te encuentras mejor.

– Está bien, lo haré, a ver si así me mejoro.

Enrique se metió en la ducha ante la disimulada mirada de su mujer. Ella había entendido que no se encontraba bien psíquicamente, sabía que no tenía mucha importancia, pero lo que fuera, lo estaba comiendo por dentro.

Cuando salió de la ducha se puso la toalla en la cintura y se secó el pelo con la toalla de manos. Ella se estaba pintando los labios y él se sentó en el borde de la cama. Sara se volvió, pero fue

Enrique quien se dirigió a ella.

– Me iré yo sólo a Madrid.

– ¿Qué dices?

– Que me voy sólo a Madrid, lo que has oído.

– ¿Me quieres explicar en qué estás pensando?, ¿qué idea se te ha ocurrido ahora?

Sara no daba crédito a lo que estaba oyendo, por un lado la sorpresa la atenazaba y por otro, la idea de seguir allí había hecho que su corazón le diera un vuelco. Hacía tiempo que había desechado esa opción y ahora llegaba de sopetón, inesperadamente, y para colmo, de parte de su marido.

– Vamos a ver si me explico, no quiero que te quedes aquí, o mejor dicho, quiero que nos quedemos los dos para continuar con lo que hemos empezado, porque pienso que nosotros somos los verdaderos impulsores de estos hallazgos y sería triste que ninguno estuviera presente cuando llegue el final, cuando se descubra lo que quiera que haya dentro de esa casa.

– Sí, pero...

– Espera un momento Sara. Yo no me puedo quedar, es imposible, pero sólo son tres días los que estaré fuera y cuando termine, podré regresar. De hecho, el curso no comienza todavía y no existe ningún inconveniente para que prolonguemos las vacaciones unos cuantos días.

Creo necesario que tú estés aquí dirigiendo y coordinando todo lo que se va a hacer. Todos están de acuerdo cuando tú das las instrucciones y eso demuestra que tenemos total confianza en tus métodos. Debes quedarte hasta que yo regrese.

– Pero no quiero dejarte solo, también me gustaría acompañarte.

– Por mí no tienes que preocuparte, estaré bien, dormiré en la casa y las comidas puedo hacerlas fuera, total sólo son tres días. Me llevaré sólo la ropa imprescindible, además tengo en la casa todo lo que puedo necesitar.

He estado dándole vueltas en la ducha y creo que es esto lo que me pasa, tenía la desazón de no estar tomando la decisión correcta.

– Me dejas que no sé qué decir. No quiero que te vayas solo, pero tus argumentos son claros y creo que correctos, no contaba con este nuevo giro pero, a pesar de que no me gusta la idea de que te vayas solo, pienso que puede ser interesante que me quede aquí. Por otra parte, como tú dices, sólo serán tres días.

– Creo que es la decisión más acertada. Ahora si quieres bajamos a desayunar y comentamos los últimos detalles.

Sara intentaba disimular su alegría, pero su rostro se mostraba en todo su esplendor. La idea de continuar a la cabeza de todo, de colaborar, incluso de conocer la identidad del dueño de la casa y todas las consecuencias que pudiera traer ese descubrimiento, la hizo sentirse especialmente feliz.

Enrique estaba más hablador que en las últimas horas, pero también disimulaba un poco su contrariedad por el hecho de que su mujer no lo acompañara. Estaba acostumbrado a ella y pensar que pasaría tres días en Madrid solo, no le resultaba una idea agradable, sin embargo comprendía que era la mejor decisión.

Revisaron durante el desayuno los últimos detalles del viaje y también los pasos que deberían seguirse en la investigación. Quedaron en que, cuando se marchara Enrique, ella se pondría en contacto con Elías para explicarle esta última decisión, pues sabían el apoyo que Sara iba a suponer para el grupo. Elías se alegraría mucho, y Brillamor también.

Media hora antes de la salida del tren, avisaron a un taxi y Sara acompañó a su marido a la estación. A la hora en punto partió en dirección a Madrid, con Enrique como pasajero.

Cuando Elías se disponía a salir sonó su teléfono. Prefirió hablar desde dentro de la casa, porque en la calle siempre había mucho más ruido y a veces era difícil mantener una conversación. Era Sara, él pensó que posiblemente se habría acordado de algo y querría darle algunas instrucciones.

– Dígame.

– Buenos días Elías.

– Buenos días, ¿cómo está?

– Muy bien y muy contenta de hablar con usted.

– ¿Por qué?

– Porque estoy en Ronda.

– ¿En Ronda?

– Sí, en Ronda, por eso estoy contenta, porque me he quedado aquí. Enrique y yo hemos decidido que sería mejor que me quedara, total, sólo son tres días los que tiene que pasar solo, en Madrid. No debe suponer ningún problema para él y luego volverá aquí con nosotros.

– ¡Qué buena decisión!, necesitábamos su ayuda y no quería molestarlos pidiéndoles que se quedara usted, pero la verdad es que nos viene muy bien. Sin sus aportaciones hubiera sido todo más complicado porque usted conoce toda la evolución mejor que nadie.

– Pues al final, contarán conmigo.

– Ahora iba a salir para hablar con los vecinos, ¿le apetece acompañarme? Entre los dos podremos obtener más información que si voy yo sólo.

– De acuerdo, voy hacia abajo, nos vemos en la puerta de la casa.

– Perfecto, hasta ahora.

No habían pasado ni diez minutos cuando se encontraron. Sara estaba mirando la fachada cuando llegó su colega.

– Hola, buenos días de nuevo –saludó Elías.

– Buenos días, ¿cómo está?

– Muy bien, ahora un poco más ilusionado que ayer, porque su ayuda es fundamental. No quería decírselo para no influir en su decisión, pero la verdad es que nos viene muy bien su experiencia en estos temas.

– Bueno, pues ya estamos de nuevo aquí o mejor dicho, continuamos aquí.

– De acuerdo, ¿por dónde empezamos? –dijo Elías.

- Yo creo que deberíamos llamar a la puerta de la casa de al lado, que parece que está habitada. Preguntaremos si conocen al dueño y nos interesaremos por ella como si quisiéramos comprarla.
- Bien, pero usted dirige la conversación.
- De acuerdo.

Entraron en el pequeño zaguán y llamaron al timbre, enseguida abrieron la puerta. Se trataba de una señora de mediana edad. Dentro se oían hablar a varias personas y las voces de unos niños.

- Buenos días, ¿qué querían?
- Hola, buenos días, mi nombre es Sara y él es mi amigo Elías, queríamos preguntarle sobre la casa de al lado. Verá, hemos visto que está cerrada y parece deshabitada. Nosotros somos de fuera y estamos interesados en comprar algo en esta ciudad, la hemos visto y nos gusta el sitio, queríamos saber si conoce a los dueños o si sabe dónde podemos encontrarlos.
- Ah, la casa de arriba. No los conozco, sólo sé que pertenece a unas personas que no viven aquí y que la compraron hace algún tiempo.
- ¿Pero son de Ronda?
- No lo sé, sólo he oído que su interés era hacer obra y restaurarla.
- ¿Los ha visto por aquí?
- No, no los he visto nunca. Lo que les estoy contando lo oí de algún vecino hace tiempo, pero al parecer no han seguido adelante con su idea. Según creo, la tienen puesta en venta porque han cambiado de opinión.
- ¿Sabe qué inmobiliaria la vende?

– No, no lo sé.

– ¿Algún vecino podría contarnos algo más?

– Creo que no, pero pueden preguntar por si acaso, yo solamente puedo decirles eso.

– ¿No sabe quién podría tener la llave para visitarla?

– No, ya les he dicho que no lo sé, pero podrían preguntar en alguna inmobiliaria. De hecho, ahora que caigo, yo hablé con una señorita que estuvo enseñándola y me dijo que trabajaba para una agencia de esas, y que los dueños la querían vender.

– Bueno, no se preocupe, intentaremos informarnos, seguramente se la habrán entregado a más de una, así que no debe de ser difícil contactar con ellos. Muchas gracias por su ayuda.

– De nada, que tengan un buen día.

Salieron satisfechos de esa primera gestión, pero el único inconveniente era que no podían continuar. Los domingos los negocios estaban cerrados, no los atenderían en ninguna inmobiliaria.

– Aquí termina nuestra gestión por hoy, ya no podemos hacer nada más.

– Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Si le parece podemos quedar mañana a las diez en el hotel. La esperaré en la cafetería, la invitaré a desayunar y nos marcharemos para visitar las inmobiliarias – dijo Elías.

– De acuerdo, hasta mañana. Hoy aprovecharé para dar un paseo por el centro y ver las agencias más céntricas, que seguramente serán las que tengan la información.

– Muy bien, yo llamaré a Juan Ramón para contárselo.

– Yo también se lo comentaré a mi marido.

Se despidieron y Elías se marchó marcando el número de teléfono de Brillamor, mientras que Sara se dirigía hacia el centro de la ciudad.

Durante su paseo no dejaba de pensar en que el policía se iba a interesar por ella cuando se enterara de que seguía en Ronda, pero no tenía su número de móvil, pues cuando había tenido que ponerse en contacto con ellos, había llamado al de Enrique.

También pensaba en su marido. Sabía que le hubiera gustado quedarse, lo veía entusiasmado con la investigación. Él no era una persona que se mostrara muy expresiva en sus sentimientos, pero, en esta ocasión, se le notaba incluso apasionado con todo lo que les había ocurrido. Ella estaba segura de que lo conocía bastante bien, por eso había notado que estaba diferente, incluso más atento. Estaba tan distinto que sus despistes habían sido mucho menos frecuentes que de costumbre, su interés por todo era especial. Había notado algo más y no sabía a qué podía deberse. Tal vez fueran ilusiones suyas, después de los días que llevaban, con tanta sorpresa, podría ser que todos estuvieran cambiando.

Enrique leía en el tren, o mejor dicho, intentaba leer. Estaba distraído, le seguía faltando concentración, empezaba con un párrafo y cuando llegaba al final, muchas de las veces, no sabía qué había leído. No estaba bien, a pesar de haber tomado la decisión de irse solo, no se encontraba en su mejor momento. Su malestar no procedía de tener que marcharse a Madrid, ni de tener que dejar tres días a su mujer en Ronda, pues en otras ocasiones ya había ocurrido. Su estado de ánimo en esta ocasión era diferente, esta vez su malestar tenía otro motivo.

También conocía a su mujer, eran muchos años juntos, por eso había observado que ella tampoco era la misma desde que estaban en esa ciudad. Había notado pequeñas modificaciones en su forma de

ser. Sara siempre era decidida en sus acciones, pero ahora tenía un punto más de agresividad, seguía siendo viva, pero ahora la notaba un poco distraída en su viveza. Seguía siendo eficaz y autosuficiente, pero ahora esperaba a veces el apoyo, su apoyo, incluso había aparecido un toque de inseguridad. Era la mejor en su trabajo, y continuaba siéndolo, pero recientemente pasaba por alto detalles que, anteriormente, jamás los habría obviado.

Enrique estaba seguro de que, en parte, su desazón era motivada por eso que él consideraba "hechos" y que tal vez sólo fueran ilusiones suyas. Quizás todo fuera producto de su imaginación, y el que no estaba normal, era él. De todas formas estaba convencido de que era la decisión adecuada, era la única posible, no podía privar a su mujer de hacer lo que de verdad quería. La obligación en Madrid era suya, no de ella, pero la opción que había tomado le dolía y no sabía el motivo, o quizás no quería saberlo.

Sara pasó parte de la mañana dando paseos por el centro, buscando oficinas inmobiliarias. Había anotado la dirección de las más céntricas, para que al día siguiente no tuvieran problemas en encontrarlas, aunque ella se orientaba perfectamente.

Se había parado a mirar el escaparate en el que había fotos de propiedades en la zona. Algunas eran muy bonitas y su imaginación le llevó a pensar, qué le parecería a Enrique comprar algo allí, sería una segunda vivienda para pasar algunas temporadas. Mientras miraba, oyó su voz.

– Al final te has quedado, ¿no?

Se giró y lo vio. Nuevamente en su presencia se quedó sin palabras, notaba incluso rubor en sus mejillas. La sonrisa del policía, y la satisfacción que mostraba al encontrársela, la contagiaba también a ella.

Se saludaron con dos besos.

– Hola, no te esperaba.

– Pues yo vivo aquí y no es nada extraño verme por este pueblo, mucho más extraño para mí ha sido saber que te habías quedado.

– ¿Me has visto por casualidad?

– No, estaba buscándote. He hablado con Elías y me ha contado que estabas por aquí, que habíais ido a hablar con los vecinos y que te venías al centro para localizar las inmobiliarias, por eso me he venido, para acompañarte.

– Ya las he visto casi todas, al menos las del centro.

– ¿Y qué piensas hacer ahora?

– No tenía nada pensado, como no podemos continuar las indagaciones sobre los propietarios de la vivienda, sólo había decidido ir a comer algo.

– Si te apetece podemos comer juntos.

– Bueno –dijo Sara entre un montón de dudas.

– Te gusta algo en particular, algún restaurante, chino, pizzería...

– No tengo ningún interés especial, cualquier sitio será bueno para mí.

– Pues te voy a sorprender. Ven, cogeremos el coche e iremos a un lugar que te va a gustar.

El viaje fue corto, sólo unos quince minutos. Hablaron sobre la investigación, Sara también le contó cuál había sido el motivo del cambio de planes y cómo lo habían organizado ella y su marido.

El camino, como todos los de la zona, era precioso. Encinas, alcornoques, bosque mediterráneo y

al final un cartel indicando el nombre del lugar donde iban, una bodega.

– ¿Vamos a una bodega?

– Sí, pero no a visitarla, aunque probablemente nos la enseñen sus dueños.

– ¿Entonces?

– Vamos a comer, como te he prometido, en esa bodega sirven comidas los propios dueños, están hechas con ingredientes ecológicos y cocinadas por ellos mismos.

– ¡Qué idea tan buena!

La comida resultó muy buena, apetitosa y abundante, además estuvo regada con vinos de la casa que les resultaron sobrios y elegantes. Las charlas y ocurrencias, que nunca le faltaban a Brillamor, aderezaron ese encuentro.

– ¿Qué te ha parecido el lugar y la comida?

– Me ha gustado mucho. La idea y el sitio son originales y por supuesto la comida y la bebida muy buenas, ¿qué más quieres que te diga?

– Pues nada más, solamente quiero que me digas que nos vemos esta tarde.

– No sé... es que tengo que hacer algunas cosas.

– ¿Qué tienes que hacer?, un domingo por la tarde y aquí en Ronda que no conoces a nadie. ¡No digas que estás ocupada!

– Tenía que llamar por teléfono y organizar algunas cosas.

– Eso son sólo diez minutos, así que no pongas excusas. Nos vemos, porque si no, te vas a aburrir

sola toda la tarde.

– Vale, de acuerdo, pero ahora me llevas al hotel.

– Por supuesto.

Entre bromas salieron de la bodega y en unos minutos, casi sin darse cuenta, Sara estaba en el hotel y Brillamor arrancaba de nuevo en su coche. Habían quedado a las nueve.

Estaba sentado en uno de los sofás de la entrada. Llevaba un pantalón rojo y una camisa turquesa con cuello de tirilla, los puños doblados hasta la mitad del antebrazo y un sólo botón desabrochado. Zapatos mocasines marrones de punta fina. No portaba ningún otro complemento, pero destacaba su pelo moreno totalmente engominado y brillante.

Ella bajó del ascensor luciendo un vestido muy corto naranja pastel, con un pañuelo anudado al cuello de colores, a juego. Sus zapatos, con un poco de tacón, tenían el tono del fondo del pañuelo. Su melena larga, suelta, rubia, le daba ese aspecto juvenil que hacía que los hombres no supieran a qué generación pertenecía. En la mano portaba un pequeño monedero de piel.

Se saludaron con dos besos y caminaron juntos hacia la entrada.

Parecían dos adolescentes. No sólo era su indumentaria, sino su forma de moverse, la alegría que desprendían, sus miradas radiantes. Todo hacía que los dos parecieran flotar. Algunas de las personas, que en ese momento pasaban por la recepción del hotel, se los quedaban mirando, buscaban en su entorno y miraban a otros lados, quizás porque pensaban que se trataba de un anuncio

publicitario, desarrollado en situaciones idílicas, como los que se ven en la televisión.

Brillamor era conocido por ir siempre en las mejores compañías femeninas, por eso, cuando entró al bar, a nadie le extrañó su nueva amiga. Lo saludaron varias personas, y unos amigos, al fondo, le hicieron señas para que se fueran con ellos. Él pidió en la barra dos cervezas y le dijo a Sara que esperara un segundo, que iba a saludar a sus amigos. Les dijo que hoy no podía estar con ellos porque tenía que atender de forma muy especial a su invitada, a lo que sus colegas respondieron con una sonora y unánime carcajada, Brillamor sin embargo, muy serio y desconocido para ellos, se despidió secamente con un "es mi invitada" y regresó junto a ella.

– ¿Son tus amigos?

– Es uno de los grupos de amigos con los que salgo. Son muy agradables.

– Ya os he visto, ¿de qué os reíais?

– Habrás visto que nos han dicho que nos fuéramos con ellos, ¿verdad?

– Claro, te llamaron cuando entramos.

– Pues he ido a explicarles que hoy no podía, que estaba contigo.

– ¿Y eso les ha hecho gracia?

– No, eso no, les ha hecho gracia que les dijera que te iba a atender de forma especial.

– Vaya... de forma especial.

– Sí, especial.

– ¿Y qué has querido decir con especial?

– Pues simplemente eso, especial –dijo en tono muy serio–. Por eso se reían también ellos, he tenido que reiterarles de manera distinta que eras mi invitada y después de eso creo que ya me han

entendido.

- Bueno hombre no te pongas tan serio, tan sólo habrán querido darte una broma por tu expresión.
- A veces las personas estamos acostumbradas a una conducta determinada en un entorno concreto y en ciertos momentos, y claro, nos parece que esa persona es así siempre, que es de tal o cual forma, sin embargo no siempre se actúa de igual manera ante hechos parecidos. Fíjate bien que digo parecidos, porque las personas vemos los hechos parecidos como iguales, y no es así. Esta situación puede ser parecida a otras que mis amigos pueden haber vivido conmigo, pero no es igual.
- Bueno... estás en plan filósofo esta noche. No conocía esta faceta tuya y me estas sorprendiendo.
- ¿Tú crees que te estoy sorprendiendo?
- Ummm... no lo sé, quizás no.
- Claro que no, no estamos sorprendidos ninguno de los dos con respecto al otro, sin embargo sí creo que estamos sorprendidos de nosotros mismos. Yo diría que eso es lo que de verdad nos está sorprendiendo, nosotros.
- Bueno, filósofo..., filósofo.
- No intentes desviar la conversación. ¿Crees que tengo razón en lo que digo, o no?
- No desvíó la conversación, simplemente era por decir algo. No he interpretado que quisieras seguir hablando de esto, ni siquiera que quisieras conocer mi opinión sobre ello.
- Por supuesto que quiero conocerla, me interesa mucho –dijo Brillamor.
- Pues creo que llevas parte de razón en lo que has dicho, sin embargo no la llevas en tu actitud con tus amigos. A ellos no puedes cortarlos de esa forma por su interpretación de lo que has dicho. Son tus amigos, pero quizás no conocen tus otras facetas y por tanto creo que no debes enfadarte como lo has hecho.
- No sé, tengo algunas dudas.

- Pues creo que no debes tenerlas, no se puede ser tan tajante en las cosas.
- Puede que sea así, quizás tuve un mal momento.
- En cuanto a si me sorprendes por tus razonamientos filosóficos, te diré que no, que no me sorprende nada, imaginaba que eras así a pesar de la imagen que das.
- Luego eso contradice lo que tú has dicho antes, ellos son mis amigos y deberían conocerme mejor que tú.
- Igual no se han dado cuenta o no les ha interesado darse cuenta, posiblemente les guste más la otra faceta tuya y por eso no han pensado que puedas tener otra pero, en cualquier caso, no creo que debas reprocharles nada.
- Cada vez que hablas es como si dictaras una sentencia, dejas las cosas tan claras que es imposible rebatirlas –dijo Brillamor.
- ¿Ahora te vas a meter conmigo también?
- Al contrario, estoy halagándote.
- Bueno, me lo tomaré por la parte buena –dijo ella.
- Aun me falta por saber qué opinas de lo que te he dicho sobre que estamos más sorprendidos de nosotros mismos, que del otro.
- Eso me ha costado un poco más entenderlo, –quiso esquivar la pregunta Sara– no sé qué quieres decir exactamente.
- Quiero decir que no estamos actuando ninguno de los dos de una manera habitual –amplió ingenuamente él.
- Sigo sin entenderte, ¿por qué no actuamos de forma habitual? –volvió a decir ella para evitar una respuesta directa

– No sé Sara, quizás estoy hablando un poco por mí. Yo creo que no estoy haciendo lo que hago normalmente, no actúo de la misma forma. No puedo explicártelo pero, en pocas palabras, te diría que en parte he cambiado, no soy el mismo.

– No te entiendo, además, como casi no te conozco, no puedo decirte si has cambiado.

– ¿Tú has cambiado tu forma de actuar en algunos temas personales recientemente? –le preguntó directamente Brillamor.

Sara se quedó un momento pensativa, no porque tuviera dudas sobre la respuesta, sino porque si no decía la verdad, se temía que Juan Ramón le hiciera algunas preguntas directas, que sólo él sabía hacer, y que la llevarían a descubrirse, por eso pensó nuevamente en contestar de una manera un poco ambigua.

– Las personas cambiamos constantemente. Posiblemente yo haya cambiado, cambio frecuentemente, tomo decisiones hoy que mañana pueden ser inadecuadas y me pregunto por qué no escoger este camino hoy, si creo que es mejor que el de ayer.

Las personas tenemos normalmente criterios de actuación e intentamos seguir nuestra impronta personal, con las influencias de nuestra niñez, familia, educación y todo lo que tú quieras, pero a veces nos saltamos todo eso y no se sabe por qué razones decidimos en un momento cambiar algo. Puede ser que eso te esté ocurriendo a ti en este momento. Habrás notado algún pequeño cambio en tu forma de proceder, que no tendrá la más mínima trascendencia en tu futuro.

– Ahora eres tú la filósofa, e insisto en que me gustaría saber si estás sorprendida por tus cambios recientes.

– Esto parece un interrogatorio.

– No mujer –dijo entre risas Brillamor– es una conversación un poco especial entre amigos.

– Bueno, pues ya no tengo más ganas de responder preguntas, será mejor que dejemos este tema, porque nos está ocupando demasiado tiempo y esta noche tengo ganas de divertirme, no tengo ganas de pensar tanto.

– Pues vamos a intentarlo.

Al marcharse, los de amigos de Brillamor se despidieron con un seco “hasta luego”, pero el policía se levantó de la silla y les preguntó dónde iban a estar. Con su habitual encanto les dijo que luego se pasarían a buscarlos, para tomar una copa con ellos.

– Me ha parecido muy bien lo que has hecho, además me apetece tomar una copa con tus amigos, así me contarán quién eres de verdad.

– ¿De verdad crees que ellos me conocen?

– No lo sé, pero creo que por lo menos vamos a pasar un rato divertido.

El policía fue a levantarse de la silla para pagar, y al poner la mano sobre la mesa, rozó la de Sara. Ambos se miraron, e instintivamente él la acarició suavemente sin apartar la vista de sus ojos.

Ella se levantó también y retiró su mano.

– ¿Nos vamos?

– Voy a pagar.

En la barra, la aglomeración de clientes era bastante grande. La gente apenas podía circular por un pequeño pasillo que había entre los que estaban en el mostrador y los de la pared de enfrente, quienes apoyados en una estrecha repisa a modo de barra, hacían extraños escorzos para conseguir que no les tiraran las copas. Era increíble, pero nada les impedía continuar charlando con sus amigos.

– ¿No te atreves a pasar? –le dijo él.

– Pues la verdad es que no, no sé por dónde meterme.

– Simple, se traza la línea hasta la puerta, que es aquella –dijo señalándola con un gesto de la cabeza– y vamos empujando un poco a la gente hasta hacer un hueco. Verás, ponte detrás de mí.

Juan Ramón con su brazo izquierdo iba abriendo hueco y con el derecho la cogió por la cintura para que no se separara de él. En ese momento ella sintió un escalofrío que le bajaba desde el cuello hasta las piernas y por un momento pensó que se iba a desplomar.

Con la suavidad de la seda, sujetada por su fuerte y agradable mano, Sara se pegaba a Juan Ramón y pasaba por los huecos que él iba dejando. Pasaba entre la multitud sin apenas darse cuenta, fue como si todo hubiera ocurrido en un solo segundo. Para ella, lo que parecía que sería atravesar una jungla con baños de cerveza incluidos, sólo supuso algo parecido al suspiro de una hoja al caer de un árbol. Más tarde, en sus pensamientos, el recuerdo de ese hecho tan insignificante supondría el estremecimiento de todo su cuerpo.

Cuando salieron del bar, Juan Ramón apoyó su mano en el hombro de Sara, pero ella, con un leve giro de su cuerpo, la hizo caer. Él lo comprendió, sin embargo ella no sabía por qué lo había hecho, en el fondo de su alma y por un instante se arrepintió, pero ya no había vuelta atrás.

- Antes de ir a buscar a mis colegas, vamos a dar un paseo, me apetece un poco de aire fresco.
- De acuerdo.

Al cabo de un par de horas, que pasaron charlando de sus trabajos y de anécdotas del cuerpo de policía, Billarmor llamó a uno de sus amigos por teléfono y decidieron verse en uno de los locales nocturnos que más frecuentaban.

El recibimiento fue el esperado, bromas, empujones y risas que hicieron olvidar cualquier resto de tensión entre ellos. Él hizo las presentaciones y ella los fue saludando uno por uno. Las chicas enseguida hicieron un corro, y ellos otro, pero a los pocos minutos Juan Ramón se acercó para sacarla de aquella situación, pues sabía que no era de su total agrado.

- ¿Por qué no me acompañas y pedimos algo de beber?
- De acuerdo, con eso me dices dónde están los servicios.

Él le indicó dónde estaban y le preguntó qué iba a tomar, luego se dirigió a la barra y allí esperó a que saliera. Estaban junto al grupo, pero ellos conversaban aparte, a una pequeña distancia que les permitía hablar con cierta intimidad.

- Bueno, ¿qué te parecen?
- Bromistas, como tú. Encajas perfectamente en ese grupo.
- Claro, ¿por qué crees que voy a veces con ellos? Pero no somos tan iguales como parece.

– Ya lo sé.

Él estaba echado sobre la barra mientras ella se mantenía frente a él. Cuando la miraba de frente y directamente a los ojos, ella se sentía intimidada. Él lo había notado, pero no podía apartar la mirada de su rostro y por eso insistía, de alguna manera quería comunicarle, sin palabras, lo que sentía.

– ¿Cómo lo estás pasando?

– Bien, muy bien, hacía mucho tiempo que no salía de noche.

– ¿Pero te lo pasas bien sólo por eso?

– Tú quieres saber demasiado. Te he dicho que no voy a responder a tus preguntas de policía y menos cuando tengo tres copas de tinto en el cuerpo, ¿a ti gustaría que te interrogaran todo el día?

– ¿Por qué no? Son sólo preguntas que tienen la intención de conocerme. ¿Por qué no las voy a contestar?

– Tocada.

– Tocada no, ¿por qué no preguntas tú?, te contestaré a todo.

– Ummm... ¿por qué te empeñas en hacer preguntas personales?

– Porque me interesa conocerte.

– Qué directo, ¿no?

– Sí, ya sabes, soy así.

– Pues a veces no es bueno ser tan directo, hay que tener en cuenta las circunstancias.

– En mi caso, ahora, las circunstancias son estas, es más, te he dicho que te contestaría a todo lo que me preguntaras y no suelo andarme por las ramas.

- Bueno, pues dada la situación, por mis circunstancias de ahora, será mejor que no haga más preguntas.
- ¡Vaya hombre!, ahora tampoco quiere preguntar. Ni preguntar ni responder.
- Pues sí, ¿podemos hablar de otras cosas?
- De acuerdo, pues te voy a hablar de lo que estoy pensando.

Ella cogió una silla de barra y se sentó, mientras él no dejaba de mirarla.

- Estoy pensando que, como te dije, no me reconozco a mí mismo, estoy sorprendido de mí. Tú no querías entrar en este tema pero yo no quiero dejarlo pasar más tiempo. Me sorprende porque no te conozco más que de haber hablado contigo en muy pocas ocasiones, y sin embargo tengo la profunda sensación de conocerte de toda la vida, que siempre había estado esperándote.
- Espera, espera un momento, no puedes seguir por ahí, ¿lo sabes verdad? Si piensas seguir por ese camino nos vamos ahora mismo.

Sara decía estas palabras, pero no acababa de creérselas. Estaba en la encrucijada más grande de su vida, quería luchar por no hacer nada en contra de sus convicciones, su lealtad hacia los que siempre habían estado a su lado, era su sustento. No podía traicionarlos, sin embargo su corazón quería escaparse de su pecho, no podía controlarlo, no sabía si este arrebatado de cordura le duraría mucho más. No tenía ninguna seguridad sobre qué pasaría la próxima vez.

Sin embargo Juan Ramón parecía estar sordo, o no comprender el idioma que ella hablaba.

– Dime una sola razón por la que no deba expresar lo que siento, una única razón por la que no pueda decir lo que tú estás viendo en mí.

– Tú sabes perfectamente la razón.

– Estás casada, quieres a tu marido, ¿es esa la razón?

– Prefiero no hablar, por favor.

– Pero sí puedes oírme, no hables si no quieres, pero deja que exprese lo que pienso, eso no le hace daño a nadie.

– Haz lo que quieras –respondió Sara resignada.

– Me encuentro bien contigo y eso no hace daño a nadie. También quiero decirte que pasar un rato contigo me ha merecido más la pena que todas las tardes que paso con cualquiera de esos grupos de amigos y amigas. No porque no me guste estar con ellos, sino porque lo que siento al estar contigo es muy diferente y no quiero renunciar a ello.

Cuando estoy a tu lado tengo una sensación placentera, es como si ahora conociera el significado de la palabra "feliz". Hasta ahora lo pasaba bien con las juergas, las copitas, las reuniones y toda la vida que he llevado, pero desde que te he conocido he comprendido cómo puede uno sentirse feliz al lado de alguien, sin tener que hacer nada especial. Desde que te conozco, mi vida es distinta, es como si todo hubiera cambiado de repente.

– Bueno, ¿has terminado ya?, ¿estás más tranquilo? Es muy gracioso, suena a anuncio de desodorante.

–Dijo en un tono de burla, Sara, para quitar un poco de dramatismo– Suena tan bien, que igual lo tienes muy ensayado, lo habrás repetido multitud de veces. ¡Has tenido tantas conquistas...!

– Elías me llamó y me contó que te habías quedado, yo estaba de paso en la comisaría, ¿sabes qué me pasó?, que me mareé, me tuvieron que sentar en una silla, incluso querían llevarme al hospital. Si no me crees, puedes incluso preguntárselo a Luis, ese que te he presentado ahora, el que estaba a mi

lado. Eso me pasa normalmente con todas mis conquistas, como dices tú, –dijo muy serio– por eso la Seguridad Social me va a dar la invalidez absoluta.

– Perdona, no quería ofenderte.

– No me ofendes, no podrías aunque quisieras, únicamente desearía que me creyeras, que pensaras que estoy hablando muy en serio.

– No te preocupes, sé que no estás bromeando, pero te lo ruego una vez más, vamos a dejarlo por hoy, tienes que entenderme, me siento muy mal.

– Tú no tienes que sentirte mal, sólo tienes que oírme, con eso me conformo. Yo a ti te comprendo perfectamente.

En el local sonaba música de Frank Sinatra y en la pequeña pista de baile, una pareja bailaba.

Sara no pudo más y de su boca salieron tres palabras sin saber cómo.

– ¿Quieres que bailemos?

Juan Ramón la cogió de la mano y juntos se fueron a hacer compañía a la otra pareja. Se abrazaron como nunca habían abrazado a nadie, con dulzura, con cariño y con deseo. Se fundieron en uno sólo, no tuvieron conciencia de su individualidad. El sentimiento de la pareja era el de ser un sólo bailarín danzando al son de "New York, New York".

Los amigos se marcharon sin decir adiós, comprendieron por qué su amigo les había dicho que esa, era una noche especial.

Los minutos pasaron sin piedad y terminaron por romper ese frágil lazo de porcelana que los tenía

unidos.

Con el cierre del local, Juan Ramón la acompañó al hotel sin apenas cruzar dos palabras, ya se lo habían dicho todo. Él también se marchó a su casa, ambos llevaban la ilusión en el bolsillo.

Cuando Sara se despertó eran las ocho de la mañana, temprano para ella, pues se había acostado tarde. No había descansado bien, toda la noche estuvo muy inquieta. Se quedó un rato en la cama y serían las ocho y media cuando decidió llamar a Enrique. Las pruebas comenzaban en una hora y él iría de camino. Lo había notado raro la tarde anterior, le había preguntado por el viaje, por los planes que tenía para la tarde, por el billete de vuelta, pero lo notó abstraído como venía siendo habitual en los últimos días. Sus respuestas fueron atentas, pero casi sin emoción. Lo vio tan ausente que ni siquiera le preguntó nada a ella. No se interesó por saber dónde iría, dónde cenaría, que haría el día siguiente, nada.

Seleccionó el teléfono en la agenda, llamó, y al segundo tono descolgó su marido.

- Buenos días –contestó Enrique.
- Hola, buenos días, ¿cómo estás?
- Bien, llegando a la facultad.

– ¿Has descansado? –preguntó Sara.

– Sí, ¿y tú?

– Yo muy bien y mucho, ya sabes cómo se duerme aquí.

– Bueno, te dejo que voy entrando y no sé lo que me voy a encontrar, ya hablamos.

– De acuerdo, que tengas un buen día y que todo vaya bien.

– Gracias, adiós –se despidió Enrique.

– Adiós.

De nuevo le extrañó su comportamiento. Ella sabía que no era una persona habladora, pero en esta ocasión estaba especialmente parco en palabras. Estaba preocupada, pues no sabía si estaba transmitiendo parte de lo que sentía, sin querer, o simplemente él estaba intuyéndolo, pero, para evitar que su salud se deteriorara más de lo que ya estaba, decidió no pensar más en ello, no podía hacer nada, estaba ocurriendo y no podía evitarlo. Para aclarar sus ideas necesitaba esperar, ordenar un poco su cabeza, ver cómo evolucionaba todo, los hechos se sucedían sin que pudiera hacer nada. Ella no podía cambiar el curso de las cosas, lo había intentado, aunque quizás no con toda la fuerza que hubiera requerido, pero tampoco podía luchar contra ello.

Sara ya no era una niña, pero jamás había sentido lo que ahora sentía, por eso no quería modificar nada, pensaba que el tiempo se le iba y no era el momento de luchar contra su corazón. Siempre había pensado que las cosas o eran buenas, o eran malas, pero en esta ocasión ni siquiera pensaba en eso, el concepto de bueno o malo no se le había pasado por la imaginación, sólo deseaba hacer lo que estaba haciendo. En un principio, la estrechez de sus pensamientos la llevaron a dudar, pero conforme iban pasando los minutos, las horas y los días, su interior se negaba a calificar su actitud, simplemente vivía lo que estaba sucediendo. Hacía lo que le dictaba su corazón, quizás algún día su

conciencia le reclamara algo pero, en ningún caso hoy, nadie, podía reclamarle nada por su forma de actuar, ni siquiera ella misma.

Decidió levantarse y desayunar, cuando terminara llamaría a Elías para visitar las agencias inmobiliarias.

A las diez estaba esperando a su colega, en la puerta del hotel. La mañana era muy agradable y deseaba dar un paseo, por eso pensó que las visitas que tenían previstas le vendrían muy bien.

Elías llegó puntual y ella le propuso tomar un café, pero él ya había desayunado, así que directamente se pusieron en camino. Sara le dijo que Juan Ramón no vendría porque tenía servicio esta mañana. Tendrían que ir solos los dos, para ello había hecho una lista con los locales que tenían que visitar, empezarían por los más cercanos y céntricos. De camino, ambos trazaron una estrategia para no descubrir sus intenciones y que hubiera coincidencia en sus preguntas y respuestas.

La primera inmobiliaria no era muy conocida, pero les cogía de camino, así que decidieron entrar. Los atendió una chica joven a la que le solicitaron información sobre la casa en cuestión, les dieron las señas y le explicaron de qué vivienda se trataba. La joven estuvo consultando su ordenador y buscando en diferentes carpetas, pero el resultado fue negativo, no tenían datos de esa vivienda, ellos no tenían ese inmueble en sus ficheros. La chica les ofreció otras viviendas cercanas e incluso algún chalet en las afueras, pero le dijeron que sólo estaban interesados en esa casa, que no querían otra.

Visitaron una segunda agencia, también con resultado negativo.

En la tercera consiguieron noticias. Era una inmobiliaria de renombre en la zona y les atendió una chica después de esperar un rato a que terminara con unos clientes. Ellos la informaron de lo que querían y, tras consultar en el ordenador, les contestó afirmativamente.

- Lo he confirmado con la ficha que tenemos de ese inmueble y efectivamente lo tenemos a la venta. Yo ya lo sabía pues he estado en varias ocasiones enseñándolo, pero quería confirmar que continuaba en nuestros ficheros como gestionable, que no estaba reservado por alguno de mis compañeros.
- Perfecto, pues a nosotros también nos gustaría verla.
- ¿Cuándo les vendría bien?
- ¿Ahora no puede ser?
- Ahora mismo no porque mi compañero ha salido con unos clientes a visitar otro inmueble y la oficina no la podemos cerrar, ni dejar sola, pero en cuestión de una hora podré acompañarlos. Si les parece, pueden esperar aquí o bien ir a tomar un café, en cuanto él vuelva no tendré inconveniente en ir con ustedes.
- Preferimos ir a tomar ese café, ya nos pasaremos un poco más tarde.
- De acuerdo.
- Adiós.

La cafetería estaba a rebosar, era un local muy céntrico, se notaba que era el lugar de reunión de todos los comerciantes de la zona.

Estuvieron especulando sobre lo que podrían encontrarse en la vivienda y se dieron cuenta de que lo que iban buscando, las propiedades de Ysrael, podrían estar escondidas en cualquier lugar de una casa tan grande. Tal vez en una visita tan corta no tendrían oportunidad de conseguir nada. El mapa que habían encontrado les había dado muy pocos datos sobre su emplazamiento, así que tendrían que confiar en que el interior les ofreciera alguna pista más clara; por otra parte no parecía lógico que se señalara esa casa en concreto y no se hiciera ninguna aclaración, quizás por eso esperaban, y

deseaban, que la pista estuviera en el propio edificio.

Tras el café se fueron dando un rodeo por todos los parques del centro, para hacer un poco de tiempo antes de llegar a la agencia. La conclusión a la que habían llegado, de no tener más pistas que la situación de la casa, los había puesto nerviosos y, a pesar de que no querían manifestarlo, el deseo de llegar cuanto antes los traicionaba.

La chica estaba atendiendo a unos señores, y ahora se veía un chico a través de los cristales de un despacho que había más adentro. Intuyeron que ahora podrían ir, sólo era cuestión de que ella despachara pronto esa visita.

Pasados unos diez minutos los clientes se levantaron, se despidieron y salieron de la agencia. Ella, que ya los había saludado a su llegada con un leve gesto de asentimiento con la cabeza, les dijo que iba a informar a su jefe y enseguida volvía para ir a enseñarles el inmueble.

Cuando sacó la llave para abrir la puerta, los nervios de Sara y Elías estaban destrozados, sin embargo ella actuaba con la tranquilidad que muestran los vendedores que conocen su producto y saben de la calidad de lo que ofrecen, a pesar de que la forma no acompañara al fondo, como en este caso.

El sitio era bueno, pero la imagen que ofrecía no era la mejor. A pesar de su deterioro, Laura, que era el nombre de la agente, les daba información sobre los detalles de la fachada y les hablaba de la existencia de otros materiales más nobles debajo de la capa de cal, como era la piedra labrada de la entrada. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos con su verborrea para mejorar su aspecto, el detalle de algunos jaramagos sobre los balcones eran muestra de la dejadez de sus dueños.

El interior era desolador. Polvo, restos de tabiques, huecos con puertas totalmente ajadas, suelos con losas rotas. En fin, no era ese el mejor aspecto que podía ofrecer una casa para un posible

comprador. No obstante, la vendedora insistía en que lo que se compraba, fundamentalmente, era el sitio.

La distribución interior era la habitual que habían visto en algunas casas de la ciudad. Se entraba directamente a lo que parecía ser un salón, a la izquierda se abría un hueco sin ninguna carpintería, sólo quedaban las bisagras de haber sujetado algún día una puerta.

Por ese hueco pasaron a una habitación que también tenía una ventana que daba a la calle, parecía ser un dormitorio. No había ningún mueble, sólo los marcos de algunos cuadros y uno de ellos conservaba la estampa de un santo con barba, allí tampoco había nada especial. Laura estaba encantada, no paraba de dar explicaciones, pero ellos apenas escuchaban, aunque por sus gestos parecía que su intención de comprar era muy real.

A pesar de estar un poco pendientes de la vendedora, Sara y Elías continuaban sin perderse un solo detalle de la casa que pudiera significar algo relacionado con lo que buscaban. Miraban las paredes, los suelos, el techo, una posible indicación en un muro. Milímetro a milímetro escrutaban toda la vivienda.

Volvieron al salón y desde allí, por la puerta del fondo, pasaron a otra habitación que a su vez daba a un patio interior. Esa era más grande que la primera, porque ocupaba el ancho de las dos anteriores. Había una mesa redonda con una tarima para poner el brasero, tres o cuatro sillas y una especie de aparador, también muy deteriorado. Al fondo estaba el patio y después de él se veía la puerta de otra habitación. A la izquierda subía una escalera que con seguridad conducía a la planta superior.

Ellos pensaron en seguir hacia el interior por el patio, pero la vendedora, de una manera diligente, se fue hacia la escalera comentándoles que la visita continuaría arriba. Estaba claro que quería dejar las habitaciones del fondo, que eran las que tenían vistas al Tajo, para el final. Sabía que el cierre de una venta era más fácil con el regusto de un buen final en la visita. Si la casa estaba mal, el sitio

había que explotarlo.

Subieron a la planta superior en la que vieron cuatro habitaciones. Una daba a la calle y parecía un dormitorio, otra daba al patio, el baño y una cuarta dependencia que tenía vistas al Tajo. Las vistas de ésta última, otro dormitorio, eran espléndidas, aunque las ventanas eran antiguas y pequeñas. El baño tenía todas las piezas y los dormitorios ni un solo mueble. La distribución parecía la adecuada y, con unas reformas, podría quedar una casa muy bonita, pero a ellos les interesaba otra cosa. Los ojos se les iban a salir cuando entraban en cada una de las estancias, sin embargo el resultado no estaba siendo el que esperaban. Revisaban a fondo una tras otra y después se miraban, con sus gestos se lo decían todo.

Bajaron de nuevo a la planta baja y Laura se mostraba especialmente agradable y divertida con sus explicaciones. El patio al que entraron no era demasiado grande, pero prestaba la suficiente luz a las habitaciones para que les diera la alegría de una casa de pueblo. Los tiestos y las jardineras vacías eran la muestra de que en su día, las flores adornaron ese coqueto rincón.

Laura les abrió la puerta de cristales de la cocina. A los dos les llamó la atención nada más poner un pie dentro que la estructura era idéntica a la de la casa de Elías. Ambos se miraron y pensaron que esa era la señal. Estaba demasiado claro.

A la derecha, el poyo de la cocina, de obra, y encima, un mueble de madera medianamente conservado. En el centro, la mesa y dos sillas y a la izquierda, una alacena. Una alacena cuyo adorno, a piedra vista en la parte superior, era una cruz labrada. Era lo lógico, pensaron simultáneamente ambos.

La estructura de la alacena era idéntica a la de Elías. Un hueco en la pared, dos baldas de obra y en la parte inferior un poyete hasta el suelo. Se podía ver todo perfectamente, pues en su interior no había casi nada. Las hojas de las puertas no existían, sólo quedaba el marco de madera. En la última balda, cubierto de polvo, había un lebrillo antiguo.

No quisieron entretenerse mucho allí, porque creían que sus pensamientos eran transparentes y en cualquier momento la chica les iba a detectar sus intenciones. Instintivamente Sara se dirigió al fondo de la habitación, donde se veía otra puerta.

Laura la abrió con otra llave de su llavero y les mostró el Tajo desde un balcón pegado al borde. Las vistas eran espectaculares, más aún que en el piso de arriba, pues por lo limitado de la visión desde las ventanas, no se podía ver toda la garganta en su plenitud. La vista del Puente Nuevo era una postal única.

Ellos ya no estaban para nada, ni siquiera para admirar unas vistas como aquellas. Laura estaba extrañada de que nada más salir al balcón, que ella pensaba que era la mejor carta de venta de la vivienda, los dos dijeran que les había gustado mucho y que tenían que marcharse ya.

En la entrada, Sara le dijo que les gustaba la casa, que estaban interesados. Le rogaron que se la reservaran, porque ahora tenían prisa. En cuanto al precio, le dijeron que no era el momento de hablar de ello, que ya habría tiempo. Le pidieron una tarjeta, con la idea de llamarla nuevamente para concertar una cita en la que hablarían de todos esos temas pendientes, incluso le comentaron que podría ser esa misma tarde.

Serían sobre las dos cuando salieron. Elías le propuso invitarla a comer en uno de los restaurantes cercanos, y Sara aceptó gustosa. De todas formas estaba sola y además de resultarle agradable su compañía, tendrían ocasión de comentar lo que habían visto.

Estaba claro que durante la comida sólo existiría un tema de conversación, la casa. Ambos habían coincidido en que la cocina era el lugar. Su distribución y, sobre todo, la cruz sobre la alacena, era la señal inequívoca de que lo que hubiera escondido, tenía que estar allí.

– Bueno, hay una cosa bien clara y es que estamos convencidos de que hay que romper la alacena,

como hemos hecho en mi casa, pero la cuestión está en cómo vamos a hacerlo sin levantar sospechas.

– A mí no se me ocurre nada, o mejor dicho, lo que se me ocurre no tiene sentido porque no es viable –dijo Sara.

– ¿Qué se le ocurre?, dígalo, igual surgen ideas y entre los dos podemos encontrar alguna solución.

– Bueno, se me ocurre pedirle la llave con la excusa de verla de nuevo. Habría que intentar que no nos acompañasen, y para ello habría que mentir diciendo que deseábamos visitarla solos, porque estaríamos más cómodos. Pero claro, habría que romper y luego restaurar para que no se notara y, pienso que, eso es imposible.

– Eso es complicado, no creo que resultara, aunque podríamos decir que mientras estábamos en la parte de arriba entró alguien y cuando bajamos lo habían destrozado. Diríamos que lo vimos cuando iba saliendo por la puerta –dijo Elías.

– Es muy poco creíble, aunque siguiendo por ahí, podíamos hacer una copia de la llave, si conseguimos que nos dejen verla a solas.

– Yo creo que eso se puede hacer. De hecho, los vecinos no conocen a los dueños, además siempre podríamos decir que la inmobiliaria nos ha dejado la llave y así entrar todas las veces que quisiéramos.

– Bueno, puede ser una solución, la tendremos en cuenta –dijo Sara.

– ¿Se le ocurre alguna otra?

– La más natural es hacer las cosas según la ley, es decir, denunciar ante la policía que usted es el propietario de lo que allí hay. En eso nos podría ayudar Juan Ramón y solicitar legalmente que, lo que allí se encuentre, sea de su propiedad.

– Es otra opción –afirmó Elías.

– Sí, es otra opción, pero tiene sus complicaciones, pues supondría meterse en pleitos. Según tengo

entendido, la ley dice que lo que se encuentra en la propiedad de una persona es suyo, con las excepciones de los bienes de interés público, como pueden ser los yacimientos arqueológicos, y en este caso no sabemos cómo podría interpretarse el hallazgo. En cualquier caso, yo creo que usted sería uno de los últimos en poder hacerse con la propiedad.

– En definitiva, que no tenemos muchas posibilidades de acceder al interior y recuperar lo que allí haya. Es evidente que si no lo hacemos de acuerdo con la legalidad, supondría infinidad de problemas.

– Eso he pensado yo también, sin embargo, es evidente que el legado es suyo, de sus antepasados, y siempre cabrá la posibilidad de reclamarlo por los cauces normales de la justicia. Aunque esté en una casa que no sea de su propiedad, los documentos que posee le acreditan como dueño.

– Como uno de sus dueños. No olvide que soy uno de los herederos, habrá muchos más a los que tendré que informar una vez en nuestras manos lo que quiera que encontremos.

– Claro, claro –afirmó Sara.

– ¿No se le ocurre ninguna otra opción?

– Pues la verdad, ninguna otra, sólo que lo hablemos con mi marido y con Juan Ramón, por si ellos estuvieran inspirados y se les ocurriera alguna idea.

– Pues yo no tengo ninguna que pueda ser de utilidad –dijo Elías.

– Perdona, ni siquiera le había preguntado.

– No se preocupe, no tiene importancia.

– Dígame, usted también habrá pensado algo.

– No, quizás no tenga importancia porque sea una simpleza.

– Todas las ideas son buenas, así que dígame –dijo Sara.

- Pues había pensado en comprar la casa.
 - Hombre claro, esa es la solución ideal, es la mejor idea, pero ¿cuánto vale?
 - No lo sé, habría que preguntarlo, y de hecho hemos quedado en hablar con la chica para ese asunto, allí podremos enterarnos.
 - ¿Quién la compraría?, ¿usted? Ni siquiera pienso en nosotros, porque creo que esa vivienda vale mucho dinero para los ahorros que tenemos mi marido y yo.
 - Yo dispongo de algunos fondos en Estados Unidos y creo que podría mandarlos en poco tiempo. Podría dar una señal, como hice con la otra casa, y luego entregar el resto cuando se hicieran las escrituras.
 - Eso se puede hacer. Incluso con el contrato privado de compra-venta podríamos iniciar la búsqueda y creo que estaríamos dentro de la legalidad –dijo Sara.
 - Eso había pensado.
 - ¿Pero qué va a hacer con dos casas en Ronda? Usted no vive aquí, sería una nueva inversión bastante grande, sin tener ninguna garantía de que haya algo dentro.
 - Efectivamente, una inversión sin garantías, pero es mi historia, la que he venido buscando desde hace mucho tiempo y que ahora tengo la posibilidad de conocer. No creo que exista una manera mejor de invertir mi dinero, sobre todo ahora que soy relativamente joven.
- Por otra parte, lo que compro es un inmueble, siempre tendrá un valor y más en el sitio en el que está. Podría vender la otra casa o alquilarla. Podría incluso hacer obra en ésta y acomodarla para que fuera mi auténtica residencia de verano, el sitio es mucho más bonito.
- Desde luego, el sitio es inigualable. Pero, en fin, esto depende de usted, que será quien tendrá que ver lo que más le conviene.
 - Sí, pero antes querría hablarlo con su marido y con el teniente para tener más opiniones. Como

hemos quedado esta tarde con la chica, le preguntaremos el precio, y cuando tengamos todos los datos, se lo comentaremos a ellos para ver qué opinan.

– De acuerdo, quedamos en eso, ahora lo mejor es que nos marchemos y ya hablaremos a la tarde.

– Sí, pero esta tarde he quedado con un grupo de personas con las que me veo con frecuencia. Si le parece, como yo tengo que subir, puedo llegarme a la agencia y preguntar el precio, luego iría a la reunión y cuando salga la puedo llamar y quedamos.

– Me parece buena idea, así me ahorro de ir a la inmobiliaria, el tema del dinero no me interesa mucho y no tengo por qué estar presente.

– Bueno, a mí no me importaría, pero he considerado que sería un engorro, por eso no se lo he propuesto –dijo Elías.

– Muy bien, entonces quedamos en que me llama usted, ¿verdad?

– Exacto.

– Hasta después entonces. Gracias por la invitación, he comido muy bien.

– De nada, hasta luego.

Llevaba sólo veinte minutos en la cama, cuando sonó el teléfono de la habitación.

– Hola, soy Juan Ramón.

– Hola, buenas tardes, ¿qué tal estás?

– Bien, ¿y tú?

– Descansando un poco.

– No te he llamado antes porque no me has dado el número de tu móvil, por eso he esperado hasta que he calculado que ya habrías llegado. Tenía ganas de saber cómo os había ido.

– Medianamente bien, pero es largo de explicar. Si quieres nos vemos a la noche, he quedado con Elías para terminar de concretar algunas cosas, y te lo podemos contar.

– De acuerdo, nos vemos a la noche, pero ahora ¿qué estás haciendo?

- Pues estaba durmiendo la siesta y me has despertado.
- Lo siento, no he pensado en eso. He terminado hace muy poco y como he tenido una mañana agotadora, no he caído –dijo Brillamor.
- ¿Has comido?
- No, sólo a media mañana me tomé una cerveza y una tapa, pero tampoco tengo mucho apetito.
- Es lo que habla la gente de la vida del policía, que no tiene horas –dijo Sara.
- Exacto, por eso te he llamado a deshoras.
- Bueno, pues entonces nos vemos a la noche.
- Espera, espera, también te he llamado por si querías tomar un café, vamos, si es que no vas a seguir durmiendo –dijo él.
- No, ya no podría seguir, ¿cuándo sería ese café?
- Ahora –dijo el policía.
- ¿Ahora mismo?
- Con eso me vas anticipando algo de lo que habéis visto esta mañana en las inmobiliarias.
- Bueno, vale, ¿dónde nos vemos?
- Abajo en recepción.
- Pero dame algunos minutos porque tengo que hacer algunas cosas antes –dijo Sara.
- Ah... otra cosa, ¿te gusta montar en moto?
- Sí, ¿por qué lo preguntas?
- Porque si quieres dar un paseo, te puedes poner unos vaqueros o algo así, y vamos a dar una vuelta.
- De acuerdo, nos vemos dentro de media hora en la cafetería del hotel.

Sara se quedó unos minutos tendida pensativa. Se le acumulaban las ideas, las cosas que hacer, los pensamientos, las ilusiones, los sentimientos...

Decidió llamar a Enrique.

– Hola, ¿cómo estás?

– Bien, un poco cansado, pero bien –dijo Enrique. ¿Y tú, que haces?

– Pues aquí en la habitación, un poco cansada también.

Sara notó a su marido un poco más hablador que los días anteriores. Se mostraba más agradable y eso la hizo tranquilizarse. Notaba cómo había bajado un poco la tensión entre ambos y esa tarde la conversación estaba resultando un poco más fluida.

– ¿Qué habéis hecho esta mañana?

– Pues hemos recorrido unas cuantas inmobiliarias hasta que al final hemos dado con la que tenía la casa.

– ¿Y habéis entrado? –preguntó Enrique.

– Claro.

– Cuéntame, ¿qué habéis encontrado?

– Pues más o menos lo que esperábamos, una casa prácticamente en ruinas y lo más importante, una cocina idéntica a la de Elías, con una alacena y la famosa cruz labrada encima.

– ¡No me digas!

- Pues eso, una copia de la casa de Elías –dijo Ella.
- ¿No se habrá puesto Brillamor a excavar allí mismo? –preguntó Enrique un poco en broma.
- No, él no ha venido, tenía trabajo, pero además, con la vendedora delante, no se podía hacer nada.
- ¿Y qué habéis decidido?
- Nada, todavía.
- ¿Habéis pensado en algo? –insistió Enrique.
- Elías y yo hemos estudiado varias posibilidades, de hecho vamos a ir esta tarde a la inmobiliaria para concretar algunos datos que nos faltan, pero en principio queremos esperar para hablarlo con vosotros, mientras más opiniones tengamos mejor. De todas formas hoy es lunes y tú vienes pasado mañana, cuando estemos todos nos reuniremos y aportaremos todas las ideas que tengamos.
- Yo he cambiado el billete para mañana por la tarde, porque creo que me dará tiempo a coger el tren. He organizado todo para terminar con esto mañana mismo y creo que los compañeros me van a poder ayudar.
- ¡Estupendo!, nosotros continuaremos ampliando los datos que nos faltan y tú ve pensando qué podemos hacer para acceder a la casa sin levantar sospechas. Necesitamos entrar y abrir el poyo de la alacena para ver lo que hay allí, pero no sabemos cómo hacerlo.
- Está bien, lo pensaré.
- Bueno, nos vemos mañana. Si puedo te llamo, aunque será difícil hacerlo entre tus oposiciones y mis gestiones.
- De acuerdo, hasta luego entonces.

Sara se quedó un poco más tranquila después de hablar con Enrique. Tampoco era tan malo lo que

estaba haciendo, sólo había tomado unas copas, paseado, y esa tarde iría a dar una vuelta en moto con un amigo. Además, también era amigo de su marido. Todo lo que hacía entraba dentro de lo normal, sin embargo no podía quitarse de encima ese sentimiento de culpabilidad.

A veces la memoria es muy flaca y no le interesa recordar lo que no quiere. Ahora, mientras hacía esas reflexiones, la de Sara se dio media vuelta para no ver que la noche anterior había bailado, como si fuera un solo cuerpo, con Juan Ramón.

Cuando entró en la cafetería, Brillamor estaba en la barra tomando su café y charlando con el camarero.

– Hola, buenas tardes.

– Hola Sara, ¿qué tal?

– Nada, a tomar ese café al que dices que me ibas a invitar.

– Dicho y hecho. Ponle un café solo, corto, a la señora –dijo el policía al camarero.

– ¿Cómo sabes lo que quiero?

– Ahhh... por algo uno es policía.

– Bueno, vamos a ver, policía, ¿dónde me vas a llevar en moto?

– A dónde vamos es una sorpresa, pero como dices que te gusta montar en moto, te prometo que vas a disfrutar porque el camino es bonito.

– Ya te he dicho que me gusta, pero he pensado que no tengo casco.

– He venido preparado, tengo dos.

– De todas formas, hace mucho tiempo que no me subo en una, así que ve despacio que no tengo ganas de volver al hospital.

– No te preocupes, esta moto es para pasear, no para ir corriendo. Está hecha para disfrutar de conducir y ver el paisaje, aunque, si lo deseas, también es capaz de hacer sentir el vértigo de la velocidad.

– Pero hoy, eso es lo que me gustaría, disfrutar de un paseo.

– ¿Has terminado?

– Yo sí, por mi parte nos vamos cuando quieras.

La tenía aparcada en la esquina del parador. Los cascos estaban cogidos a la Harley.

El sonido de esa máquina cuando Brillamor la puso en marcha, hizo que todos lo que por allí pasaban se quedaran mirando. No sólo volvía locos a los entendidos con su machaqueo constante y metódico, sino a cualquiera que le gustara una buena sinfonía.

Ambos se subieron, y al ritmo del "Cerdo de Milwaukee", cruzaron la ciudad y salieron a la carretera. Sara, abrazada sin pudor la cintura de Juan Ramón, iba totalmente pegada a su espalda, como hace un buen "paquete". Sin esperarlo oyó la voz de él.

– ¿Cómo vas?

– ¡Oye!, ¡qué bien!, podemos comunicarnos y todo, no lo sabía.

– Sí, yo creo que es uno de los mejores complementos que puedes tener en la moto, los intercomunicadores. Antes era muy aburrido llevar acompañante y no poder hablarle más que de parada en parada.

– Es verdad, yo nunca había probado esto.

– También noto que vas muy pegada, –rió el policía– y a mí me gusta, pero no estés en tensión porque

no voy a correr, iremos despacio y disfrutando de los paisajes.

– Ah... vale, así puedo ir viéndolo todo mucho mejor –Sara se relajó un poco, aunque continuaba sujeta fuertemente a la cintura de Juan Ramón.

El paseo discurrió por una carretera de montaña estrecha, aunque bien asfaltada. Prácticamente todo el rato las encinas y los alcornoques formaron parte de su paisaje y el bosque mediterráneo en todo su esplendor se extendía a izquierda y derecha del camino. Pudieron ver grandes cortijos blancos entre los árboles, pequeñas casas con jardines y piscinas, arroyos custodiados por arboledas de chopos, manadas de reses bravas, piaras de cerdos y una bandada de buitres.

Sara estaba encantada, giraba la cabeza de un lado a otro para empaparse de toda aquella gama de formas y colores.

Después de media hora de viaje y tras atravesar un par de aldeas, llegaron a un pueblo. Desde lejos era blanco, como la nieve, y conforme se acercaban se iban adivinando los tejados de las casas, color barro. Estaba incrustado en el hueco de la montaña caliza, como si hubiera sido lanzado con un tirachinas, como si una masa blanca de cal hubiera sido arrojada desde lejos y hubiera caído en esa hondonada entre las montañas. Por un momento se perdió de vista, pero de pronto apareció nuevamente y ya estaban en la primera calle, que fue la que los condujo hasta el mismo centro.

Una plaza grande con casas de solera. Iglesia, ayuntamiento, calles irregulares, arriates, altozanos, rincones de flores, entradas repletas de macetas, callejuelas de estrecheces infinitas, subidas, bajadas, revueltas de mareo, limpieza, tranquilidad, quietud, sosiego y el tiempo... desaparecido.

Pasos entre juegos de los niños, roces de manos al andar, miradas furtivas encontradas, preguntas en el aire sin respuestas, el mimo del silencio y por fin, la caricia consentida.

Fue un paseo por las nubes, fue caminar por el amor, fue andar en la esperanza, fue vagar por el tiempo. Por un rato fue el imperio del sentimiento.

De un sobresalto, los sacó a los dos de su mundo. El teléfono de Sara sonaba, era su marido.

– Hola, ¿cómo estás?

– Bien, un poco aburrido en la casa. Estoy organizando un poco para, en cuanto termine mañana, tenerlo todo listo y poder coger el tren a tiempo.

– ¿Por fin puedes venirte mañana?

– Creo que sí, lo he organizado todo, he hablado con los compañeros y al final cerrarán ellos la prueba. Me lo dejaré todo firmado para que no tengan problemas y podré salir un poco antes.

– ¡Qué bien!, estamos deseando que te incorpores para continuar juntos todo el grupo.

Brillamor permanecía a distancia, pero sin pretenderlo se estaba enterando de todo, pues había muy pocos ruidos.

– ¿Y tú qué haces? –dijo Enrique.

– Pues nada, dando un paseo.

– ¿Por dónde?

– Pues por La Ciudad, ya sabes que es un sitio donde no hay mucho ruido.

– ¿Has visto ya a los amigos? –preguntó Enrique.

– No, todavía no, luego llamaré a Elías y veremos qué vamos a hacer.

– Bueno, nos vemos mañana, te dejo que disfrutes de tu vuelta.

– Nos vemos mañana, un abrazo.

Juan Ramón la miró, y ella bajo la cabeza. Se acercó y le pasó el brazo por encima de los hombros, la apretó muy cariñosamente contra su pecho.

Había mentido a su marido y sabía que él se había dado cuenta.

Vagaron unos minutos, o tal vez muchos más, por la calles el pueblo. No sintieron prisa, sólo el placer de la cercanía y de la complicidad.

Al cabo de un rato, ella propuso marcharse para concretar con Elías los pasos siguientes, pues ya habría hablado con el personal de la agencia.

– ¿Cuándo vuelve Enrique? –preguntó Brillamor.

– Mañana.

– ¿Por la tarde?

– Sí –dijo ella.

– ¿A qué hora has quedado con Elías?

– No hemos quedado a ninguna hora, sólo que nos llamaríamos esta tarde.

– Si no te importa me gustaría acompañarte.

– Por supuesto, cuando llegemos lo llamo y nos acercamos.

– Muy bien, pero antes quería... –Brillamor se quedó un poco pensativo como eligiendo las palabras.

– ¿Qué querías?

– No sé... había pesado en invitarte a cenar, quizás esta sea la última noche que pasemos solos.

– De acuerdo, pero primero hablaremos con Elías.

– Bueno. Te recogeré y cenaremos en mi casa.

Se produjo un breve silencio que pareció durar mucho tiempo. Juan Ramón la miraba, y en sus ojos se mezclaban el ruego, con el miedo a una negativa.

– Luego vemos la hora, cuando hayamos terminado con Elías.

– Gracias –logró decir Brillamor conteniéndose para no abrazarla nuevamente.

Se montaron en la moto y salieron para Ronda. Durante todo el camino no hablaron, sólo vivieron el abrazo de Sara que, como un animal herido, se aferraba a su cintura como único soporte de su mundo.

Se citaron con Elías, y cuando estuvieron con él, Sara le dijo que había puesto a Juan Ramón en antecedentes sobre el punto en el que se encontraban. Una vez todos con la misma información, y a la espera de que llegara Enrique, sólo quedaba que Elías les dijera qué había hablado con la vendedora.

Él les dijo que el tema del precio no era necesario hablarlo, pues no tenía ninguna importancia, estaba en la línea de cualquier casa de Ronda situada en una zona de interés como era aquella. Había quedado en continuar la negociación en un par de días o tres, dependiendo de la decisión que tomara.

– ¿Sigues pensando en comprarla? –preguntó Brillamor.

– Bueno, como le habrá contado Sara, dentro de las opciones que tenemos, parece la más idónea.

– Yo también creo que es la mejor, pero supone una fuerte inversión que sólo usted puede valorar dependiendo de su economía.

– Efectivamente, sólo puedo hacerlo yo.

– Conozco al gerente de la inmobiliaria, –dijo Brillamor. He pensado que podría hablar con él y pedirle que nos dejara las llaves para hacer una visita por nuestra cuenta, pero sólo podríamos llegar a eso. No me parece muy legal, ni ético, excavar en una propiedad que no es nuestra sin las debidas autorizaciones. Por otra parte no sabemos lo que nos podemos encontrar y ello podría significar un problema añadido.

– Sin embargo, no es una mala idea el poder hacer una visita, solos, sin tener una persona desconocida observándonos –dijo Sara.

– Pues si queréis, mañana, a pesar de tener trabajo, puedo hacer un hueco y nos llegamos a la agencia –dijo Brillamor.

– Eso es un complemento a la mejor opción, que es la compra, –dijo Elías– pero en realidad no tenemos otra alternativa ¿verdad?

– Yo al menos no la veo –dijo Sara.

– Podría existir otra posibilidad, que es la de hablar con los dueños –dijo Brillamor.

– ¿Y qué conseguiríamos? –continuó Sara.

– Pues implicarlos de alguna manera, incluso ofrecerles un porcentaje de lo que allí se encuentre, a cambio de aceptar. Redactaríamos un documento en el que se acuerde que lo que aparezca sea considerado herencia de usted, de su entera propiedad, con un porcentaje sobre su valor de tasación para los dueños de la vivienda, de esa forma se ahorraría el tener que comprarla.

– Pero para eso tendríamos que explicarles qué es lo que tenemos y qué buscamos –dijo Sara– con la consiguiente pérdida del factor secreto, sorpresa, o como queramos llamarlo. Los dueños, una vez que conozcan esa información, pueden negarse a aceptar el trato y podrían dedicarse a buscar por su cuenta lo que nosotros ya hemos localizado.

– Por otra parte no conocemos qué tipo de personas son, y si bien tenemos que presuponer que no se

trata de indeseables, no debemos olvidar que también podemos encontrarnos con gente con un punto de vista distinto al nuestro y ello puede ocasionar conflictos al principio, durante y después de la búsqueda –apunto Elías.

En ese momento sonó el teléfono de Sara y pidió disculpas retirándose a un rincón de la cafetería, para poder hablar más tranquilamente.

Cuando se quedaron solos, Brillamor, utilizando sus encantos personales y su habilidad como policía, aprovechó el momento para conocer las intenciones de Elías.

– El sitio es muy bueno, y aunque la vivienda no está en buenas condiciones, su compra siempre puede ser una buena inversión, ¿verdad?

– Eso he pensado yo. Como lo más importante para mí es conocer la historia de mi familia, la inversión es más una satisfacción personal que un negocio en el que busque rentabilidad.

– ¿Y usted correría con todos los gastos?

– En principio sí, pero como quizás no pueda reunir todo el efectivo en tan poco tiempo, posiblemente tengan que ayudarme.

– ¿Sus hermanos le ayudarán?, ¿ellos también estarán interesados?

– No, yo no tengo hermanos, sólo a mis padres, son muy mayores pero se encuentran bien de salud y son un buen apoyo.

– Ah... entonces serían ellos lo que colaborarían con usted.

– Sí, ya les he hablado y me han dado su visto bueno. Me han dicho que me ayudarían hasta que pueda recuperar otras inversiones que no puedo hacer efectivo en este momento.

- Por el tema del blanqueo de capitales, con el envío de los fondos desde el extranjero, también tendrán que justificar ante las autoridades de su país, dónde van destinados los fondos.
- Claro, las normas allí son bastante estrictas en ese sentido y hay que informar detalladamente del destino de la inversión.
- Pero hasta ciertos importes ¿no? –dijo el policía.
- Exacto, pero con cantidades que superan los ciento ochenta mil euros de este caso, es necesario detallar y aclarar muchas cosas. No obstante, tanto mi padre como yo, estamos muy bien relacionados en distintos ámbitos de las finanzas y no debe suponer ningún problema, ni ninguna pérdida de tiempo su tramitación. De hecho ya tenemos alguna experiencia en estos asuntos, pues hace algunos años tuvimos que hacer la misma operación para la compra de la otra casa.
- Habrá pensado también en la posibilidad de hacer obra en esta y poner en venta la de abajo. El sitio y las vistas no se pueden comparar con el de aquella.
- Claro que no se pueden comparar, pero a aquella casa le tengo un cariño especial, ya que siempre la he considerado como el hogar donde pudo haber vivido la familia del mejor amigo de Ysrael.
- Es verdad, pero de cualquier manera, ya habrá tiempo de pensar en eso, ahora de momento tendremos que centrarnos en resolver este primer problema –dijo Brillamor.
- La atención especial estará principalmente en eso, aunque no se pueden perder de vista el resto de los problemas que se nos pueden presentar.
- Que no serán pocos.
- Por ejemplo, antes de nada habría que informarse sobre la legislación relativa a los hallazgos de ese tipo. Creo que no debemos hacer nada hasta que no hable con algún abogado, y por eso me he anticipado. Mañana tengo cita en Málaga en un bufete de los más prestigiosos de la ciudad. Sin dar detalles de la operación, quiero informarme sobre todo lo relativo a esos asuntos, quiero hacerlo

incluso antes de entregar la señal de compra.

– Es muy buena idea.

– Si la legislación no ampara a los dueños de la vivienda, tendré que replantearme la compra.

En ese momento se incorporó Sara y no quiso interrumpir la conversación, aunque Elías la puso al tanto de lo que pensaba hacer a la mañana siguiente y los motivos de ese viaje.

– De cualquier manera, entre lo que encuentre allí puede haber objetos de valor, pero también puede que haya otros documentos que amplíen la historia de su familia y eso siempre será bonito, aunque no pueda tenerlos en su poder –dijo Brillamor.

– Claro, eso es lo que principalmente me hace no desistir en mi empeño, pero deberá reconocer que hay que informarse de todo antes de seguir adelante.

– En relación a eso, –dijo Sara– quiero comentaros que he estado hablando con Enrique y le he anticipado todo lo nuevo que sabemos. Él ha apuntado que también cree que la mejor opción es la compra, aunque legalmente no sabe cómo puede influir en los posibles hallazgos. Lo que tenemos claro, es que si la casa fuera suya, las posibilidades de que lo que encontremos también sea de su propiedad, aumentarían.

– Veremos qué dicen los letrados mañana –dijo Elías.

– Enrique también piensa que la entrega de la señal de compra nos daría la posibilidad de poder iniciar las tareas. Si se dieran seis u ocho mil euros por ejemplo, usted tendría derecho a la llave y a entrar en la casa. En ese caso, aunque las escrituras públicas no se hagan hasta la entrega final de todo el efectivo pactado, ya se podría empezar a descubrir la alacena. En caso de que no apareciera nada, se podría romper el trato y sólo perdería la señal; si por el contrario apareciera algo, lo

podríamos mantener en secreto hasta que se eleven a público las escrituras.

– Es lo más razonable –dijo Elías– yo también había pensado hacerlo de esa forma, pero mañana decidiré una vez que vuelva de Málaga.

– Bueno, será mejor que nos marchemos. Yo mañana tengo que madrugar.

– Es verdad, nos estamos haciendo muy pesados con todo este asunto –señaló Sara.

– No, lo que pasa es que todos estamos demasiado implicados y eso no es bueno, las cosas hay que tomárselas de una manera menos apasionada –comentó Elías.

– Pero a veces, con determinados temas, eso no se consigue –dijo irónicamente Brillamor mirando a Sara.

– He quedado pasado mañana con la chica de la agencia para cerrar definitivamente la operación o rechazarla, una vez conozca la opinión de los abogados. Si les parece nos podemos ver mañana por la tarde y les cuento lo que me han dicho en el bufete.

– Bien, aunque depende de la hora, pues Enrique llega también mañana y me gustaría ir a esperarlo a la estación.

– Nos podemos ver un poco más tarde que hoy, sobre las nueve, de esa forma ya estará aquí su marido y yo habré vuelto de mi viaje.

– De acuerdo, en principio nos vemos mañana a las nueve.

– Antes de que nos marchemos quería comentarles algo sobre la investigación de su secuestro –dijo el policía mirando a Elías.

– Es verdad, con tantos acontecimientos se me había olvidado que ese proceso sigue en marcha.

– Efectivamente, nosotros hemos continuado la investigación para esclarecer lo que ocurrió.

– Y bien, ¿cómo va el asunto?

– Pues el caso prácticamente está cerrado, sólo estamos pendientes de cumplimentar algunos formularios. En la última reunión que tuvimos, los agentes que hemos llevado la investigación, hemos decidido darla por concluida.

– Cuando han decidido cerrarla es porque ya tienen todos los datos sobre lo que pasó –dijo Elías.

– Bueno, todos los datos va a ser muy difícil conseguirlos, pero creo que hemos llegado al límite de lo que legalmente podemos conseguir.

– ¿Legalmente?

– Sí, legalmente. Con la norma en la mano no podemos obtener más información de las personas presuntamente implicadas. Ellos, con el asesoramiento de sus abogados, han presentado pruebas y argumentos suficientes que hacen prácticamente imposible imputarlos por ningún delito. Como, por otra parte, usted no ha querido presentar una denuncia formal por retención contra su voluntad, nosotros nos hemos visto atados para poder proseguir con el caso.

– Pero yo no puedo presentar una denuncia por secuestro, –dijo Elías– porque en todo momento el comportamiento que tuvieron conmigo fue muy correcto. A mis preguntas sobre dónde estaba o si me podía marchar, siempre me decían que en poco tiempo estaría nuevamente en mi casa, pero que ese no era momento de salir por temas de seguridad, aunque nunca me aclaraban cuáles eran.

– Además, según nos manifestaba en su declaración, en ningún momento le agredieron ni maltrataron, ¿verdad?

– No, salvo cuando me cogieron en la puerta de mi casa. En esos momentos sólo sentí un pequeño pinchazo y enseguida perdí el conocimiento. No pude ver a nadie.

– Claro, aquí quien únicamente puede ayudarnos es Sara –dijo el policía mirándola.

– Yo tampoco tengo muy claro lo que ocurrió, salvo que dos personas, a las que me costaría trabajo reconocer, pues llevaban la indumentaria de sanitarios, con sus correspondientes mascarillas.

Cogieron a Elías y lo metieron en una ambulancia. Con lo que vi, tampoco podría denunciar a nadie en concreto.

– Yo me muevo en estos ambientes –dijo Brillamor– y la verdad es que, con la ley en la mano, es imposible conseguir una imputación de nadie si no tenemos denuncia contra esa o esas personas en concreto.

Comprendemos que ustedes no tienen seguridad de lo que ocurrió, ni conocen a las personas que intervinieron, pues no pudieron verlas. Entendemos que una denuncia sólo supondría un proceso burocrático que no conduciría a ningún sitio, sólo sería un engorro para todos.

– Eso es lo que hemos pensado Enrique y yo –señaló Sara.

– Y yo también pienso lo mismo –dijo Elías.

– Claro, pues por eso mismo, con los datos que hemos conseguido en la investigación y por el tipo de personas que hemos visto implicadas, hemos pensado que lo mejor en este caso es cerrarlo. No obstante, también hemos concluido que sería conveniente tenerlo presente, para que en cualquier momento que pudiéramos detectar algún indicio de delito en sus actividades, nos ayudara en la imputación de alguno de ellos.

– Creo que es la decisión más acertada –comentó Elías.

– Bueno, pues si no tienes nada más que contarnos, creo que sería mejor que nos marcháramos –dijo Sara.

– De acuerdo, –contestaron los dos.

Elías se marchó a su casa y Brillamor acompañó a Sara hasta el hotel. Quedaron en que pasaría a recogerla en una hora.

Eran las nueve y media cuando llegó Brillamor, se sentó en uno de los sofás de la entrada esperando a que ella bajara. Informal, vaqueros y camisa blanca con las mangas dobladas a la mitad del brazo. Su pelo brillante, muy brillante.

Bajó a los pocos minutos con un vestido largo, suelto, alegre, vaporoso y de colores muy vivos. Su pelo recogido a uno de los lados de la cara, dejando a la vista su fino y elegante cuello al otro. Los pendientes de aro le colgaban para dar ese toque divertido a su rostro.

Nuevamente se saludaron y se dirigieron a la entrada, donde, Brillamor, haciendo uso de los privilegios que le da el puesto que desempeña, tenía estacionado el coche. Todos sabían de quién era ese vehículo, y que tenía las llaves puestas por si necesitaban moverlo. Subieron y se marcharon hacia una de las salidas de la ciudad.

– ¿Dónde vives?

– Tengo una pequeña parcela en las afueras, no está muy lejos, sólo a un par de kilómetros del centro.

- Vives como un verdadero marqués, buen coche, Harley y parcela con chalet en las afueras.
- Yo no he dicho que tenga un chalet, he dicho que tengo una parcela.
- ¿No vivirás en una tienda de campaña y cenaremos sobre una manta en tu parcela?
- Más o menos. Tengo una mesita plegable y dos sillitas de tijera que nos van a servir para que no tengamos que sentarnos en el suelo. También he encargado unas pizzas y dentro de un ratito las traerán.
- Bueno, nuevamente me sorprendes con tus cosas. Ahora una cena campestre con pizzas, a la luz de la luna.
- Claro, pretendo que tu estancia por estas tierras sea variada.

Ambos rieron mientras Brillamor giraba el volante a la derecha, en una de las carreteras que rodeaban Ronda. Seguidamente entraron en un carril de tierra, por el que continuaron unos trescientos metros hasta llegar a una cancela que, de forma automática, se abrió a ambos lados de un nuevo carril de cemento. Esta nueva pista, más cómoda, los condujo de forma serpenteante hacia abajo, para girar bruscamente a la derecha, dónde aparecieron unas preciosas vistas a un valle. En el fondo se apreciaba el curso de un arroyo escoltado por chopos.

Dejaron a un lado una casa pequeña totalmente de madera. El porche estaba repleto de flores de muchos colores y muy bien cuidadas. El automóvil no se detuvo, ni Brillamor dijo nada, sin embargo fue Sara, la que entre risas, y al ver que pasaban de largo, hizo un comentario sarcástico.

- ¿Esa es la casa del personal de servicio?
- Efectivamente, he empezado por tener al personal contento antes de construirme mi propio hogar – continuó con la broma Brillamor.

– El sitio es muy bonito y la parcela parece muy grande, ¿es sólo tuya?

– Sí, pero tiene dos hectáreas nada más.

– Tienes hasta tu pequeña viña, ¿no me digas que también haces vino?

– Todavía no, son cepas nuevas del año pasado, pero quiero que en un futuro uno de los vinos que se tomen en esta casa sea el de la propia cosecha.

– Vaya, está bien, otra idea bonita.

Al acercarse, Sara no creía lo que estaba viendo, pensaba que la parcela se había terminado, buscaba la valla que los separaba de la estructura que tenía delante de sus ojos, porque no hubiera podido imaginarlo ni en sueños. Original era la palabra.

Paró el coche en una explanada que había delante de la entrada de "aquello", justo donde estaba la Harley, por eso pensó que no había duda. Eso debería ser "la casa" de Juan Ramón.

Se trataba de una especie de hangar de aviones. Era una nave de cubierta semicircular enorme, diríase que estaba sacada de las que se utilizaban en la Segunda Guerra. Hasta tenía las arrugas propias de esas estructuras, esas especies de canalitos que la recubrían enteramente.

La fachada era plana, a manera de la boca de un túnel, pero todo de un color verde hierva que estaba totalmente adaptado al entorno. Cristales, un porche lleno de jardineras con geranios, tulipanes, gitanillas, claveles y sobre todo rosas, muchas rosas, de todos los colores, con unos olores espectaculares. Cuando estaba en la entrada de "aquello", a Sara, ya no le parecía un hangar, era un hogar, un hogar en toda regla, acogedor, alegre, divertido, original.

Una vez abierta la puerta de entrada, también acorde con la edificación, el interior dejaba a la vista una nueva conmoción para los sentidos y ella, una persona sensible, se sintió sorprendida nuevamente.

- No sólo te burlabas de mí por el camino cuando decías que cenaríamos en dos sillas de tijeras, sino que ahora vuelves a hacerlo. Tu casa me parece excepcional.
- No es para tanto, sólo he pretendido conjugar la funcionalidad con la simplicidad y el gusto por algunas estructuras.
- No seas modesto, todo es sorprendente, desde su ubicación, a su funcionalidad, pasando por su adaptación al entorno y la sensación de libertad que te ofrece.
- Pasa, por favor –cortó Brillamor que no quería más elogios.

Lo que desde fuera parecía una estructura íntegra que simulaba metal, en su interior se mostraba como un espacio diferente, lleno de luz. Ahora se podían apreciar a ambos lados del hangar, unos grandísimos ventanales que ofrecían preciosas vistas. Eran tintados e impedían que desde fuera se viera nada de su interior, se trataba de cristal con la misma forma y color que el resto de la estructura. En la parte superior de cada uno de los huecos, completamente disimuladas, había una especie de persianas que ocultarían las vistas e impedirían la entrada del sol en caso de que fuera necesario.

No había paredes que cortaran la visión ni dividieran todo ese inmenso espacio, sin embargo, desde que se entraba, se podían adivinar las diferentes estancias. Las piezas mobiliarias señalaban esas diferencias.

A la derecha, un espacio con muebles de cocina y una isla en el centro, delataba dónde se encontraban. Delante de la encimera, uno de los ventanales daba vistas a unos jardines y a un pequeño huerto.

Enfrente de la cocina, a la izquierda de la entrada, había otra zona con una mesita y un sofá

rinconera que delimitaba ese espacio, algunas estanterías repletas de libros señalaban el otro extremo de lo que era el salón. Su ventanal daba a una piscina que parecía una charca, pues una pequeña cascada donde burbujeaba el agua al caer, le daba ese aspecto tan natural. A eso se le unía el vaso, que era irregular, y se extendía unos diez metros de largo por cinco de ancho hasta otra zona, donde había juncos, helechos y otras plantas de agua como nenúfares. Las chinias de río completaban ese micro hábitat que culminaba al fondo con un paisaje en el que se veía el valle en toda su extensión.

A continuación del salón, y ofreciendo una sensación de amplitud enorme, había una mesa de billar sin troneras, se notaba que Brillamor era un hombre de carambolas. Su ventanal tenía las mismas vistas que el salón. Una puerta comunicaba el hangar con la zona de la piscina.

Justo enfrente de ese apartado había un rincón acogedor con un pequeño bar delimitando el espacio de la cocina. Una alfombra grande delante de la chimenea hacía que aquella zona, a pesar de la amplitud, pareciera el rincón más íntimo y embriagador que uno se pudiera imaginar. El sofá inglés que lo separaba de donde estaba el billar le concedía el privilegio de lo exclusivo y el encanto de un cuento.

Ya al final del hangar, a la derecha, una escalera amplia colgada de un techo de madera, conducía a una zona superior. Los únicos recintos delimitados por paredes simulando madera, estaban al final a la izquierda y se trataban del cuarto de aseo y otro baño completo.

Conforme ibas subiendo a la planta de arriba, te acercabas al techo de madera que cubría toda esa parte, a la vez que divisabas y distinguías perfectamente todas las zonas de la vivienda que acababas de ver.

La parte superior era cálida, sólo madera. Tenía utilizable algo menos de la mitad de la de abajo, al fondo de la nave. La componía solamente un dormitorio con el techo abovedado cuya cama ocupaba el centro. Detrás del cabecero, en la parte de la derecha, estaba el vestidor, y en la de la

izquierda, un cuarto de baño inmenso con todos los elementos imaginables. Las vistas al valle dejaban a cualquiera con la boca abierta.

Durante todo el recorrido por su vivienda, Juan Ramón fue explicando a Sara pequeños detalles, aunque no estaba acostumbrado a hacer de cicerone, porque no le gustaba que nadie viera su casa. No quería hacer ostentación ante nadie de lo que tanto esfuerzo le había costado y aún le costaba, pues a él nadie le había regalado nada, y por eso precisamente no alardeaba de sus cosas.

Sara estaba asombrada, no había dejado de alabar cada cosa, cada rincón, cada detalle.

– Supongo que esta idea la habrás copiado de algún sitio, o te la habrán dado los arquitectos, ¿no?

– Pues no. Simplemente un día, cuando ya había terminado de pagar la parcela, fui a visitar a un amigo que practica el vuelo en ultraligeros. Tiene una casa en el campo y la pista de aterrizaje al lado. Cuando iba llegando me llamó mucho la atención el hangar de los aviones, que es una nave de forma parecida a ésta, pero hecha de unas láminas de metal muy finas, la había montado para resguardar los aparatos. Me gustó mucho la forma y pensé que cuando me hiciera una casa podría parecerse a esa, y así fue. Yo mismo la diseñé, ayudado evidentemente de los consejos de los técnicos.

– ¿La decoración y la distribución del interior también ha sido idea tuya?

– Más o menos. Yo tenía mi idea de amplitud y de evitar límites en los espacios, pero me han ayudado mucho también los expertos.

Cuando ya iban hacia la escalera para bajar, Sara bromeó entre risas, señalando con un gesto la cama.

– ¿Y aquí es dónde sueles traer tus conquistas para vacilar de casa no?

Juan Ramón puso un gesto muy serio y contestó secamente.

– Nunca ha entrado una mujer en esta casa, excepto tú.

Sara notó cómo se le encendía el rostro, sabía que lo que acababa de decir su amigo era totalmente cierto y se sentía arrepentida de haber bromeado con ese tema.

Fueron directamente a la cocina y Brillamor le ofreció un delantal a la vez que él se colocó otro.

– Bueno, ahora toca pringarse, no todo va a ser venir aquí y sentarse a comer, eso hay que currárselo.

– ¡Venga, dime qué hago!

Brillamor sacó de uno de los armarios una plancha de asar que enchufó a la corriente eléctrica, situándola bajo la campana extractora. También puso una sartén grande en uno de los fuegos de la vitro cerámica.

De la nevera se trajo un recipiente con media docena de gambas de Garrucha y un trozo de lomo de atún.

– Tú te encargarás de que las gambas estén en su punto y yo de que el atún salga jugoso, ¿de acuerdo?

– De acuerdo.

Uno junto al otro, delante de sus tareas, conversaron sobre temas gastronómicos. En algunos momentos Juan Ramón, con el ruido que hacía la campana y la cocina, tenía que acercarse al oído de Sara para explicarle algo y en esos momentos la respiración de él, tan cerca, le hacía perder el sentido.

Al cabo de un rato todo estaba listo y lo fueron llevando, por la puerta lateral, a una mesa que tenía dispuesta al borde de la piscina.

Se sentaron frente a lo que habían cocinado y a una botella de cava bien frío. El Sol se estaba poniendo y una leve brisa acariciaba sus rostros en el silencioso atardecer de un día cualquiera de ese verano en Ronda.

Cenaron entre bromas y risas. A veces la conversación versó sobre temas más serios, como su investigación, e incluso, otros ratos, rozaron temas filosóficos, pero lo que de verdad les asustaba esa noche era que cada vez que sus cuerpos se tocaban o sus manos se rozaban, les invadía una sensación de indefensión a la que sabían que no iban a poder enfrentarse.

Cuando tomaban la tercera copa, Juan Ramón tomó su mano, la acarició como jamás había acariciado la mano de una mujer. Su cuerpo entero se estremeció y, como si le hubiera transmitido la sensación, ella también se sintió conmovida. Ninguno de los dos retiró la mano, las palabras se hicieron sencillas, humanas y el diálogo se tornó del color del atardecer que habían visto hacía un rato. Juan Ramón tomó el rostro de ella y lo acarició pasando las yemas de sus dedos por su frente, sus ojos, su cara y su cuello, para finalmente acariciar los labios con su piel.

Él lo hacía todo con soltura, como un experto hace su trabajo, sabiendo qué hacer en cada momento, como si fuera una rutina aprendida y practicada infinidad de veces. Esa era la imagen, lo que se veía desde fuera, sin embargo, en su interior, cada caricia era disfrutada como si fuera la

primera, la única y la última.

Cuando parecía que habían perdido el sentido del tiempo, Juan Ramón rompió la magia con otra broma.

– Al menos teníamos que habernos lavado las manos, el rastro que dejan las toallitas no es del todo agradable.

– Es verdad, pues yo voy a aprovechar para ir al baño.

– De acuerdo, yo también iré... después de ti, claro –dijo entre risas Juan Ramón.

– Me llevaré estos platos para dentro.

– Oye, ¿te apetece un baño en la piscina?

– Pues no estaría nada mal. Claro que me apetece, pero no he traído bañador.

– Mejor, así nos bañamos desnudos, aquí nadie nos verá.

– Eres tú muy listo. Va a ser que no, me moriría de vergüenza.

– Pues, cuando vuelvas, te quitas el vestido y te metes en el agua, sería como si tuvieras puesto un bikini y dentro de la piscina no se vería ninguna diferencia.

– Bueno, ya veré lo que hago, porque se me han quitado las ganas de baño –dijo entre risas.

Ella se marchó y Juan Ramón la siguió con el resto de los cubiertos y platos que habían utilizado. Cuando volvió, él ya había recogido todo en el fregadero y estaba sentado abriendo una nueva botella de cava. También había puesto sobre la mesa unas bolitas de chocolate trufado que había hecho.

– Aquí te dejo al cuidado de la bebida y del chocolate, espero que esté intacto cuando vuelva –dijo él.

– No te preocupes, no tocaré nada.

Ambos rieron mientras se separaban, acariciándose los brazos hasta acabar rozándose las puntas de los dedos.

Sara estaba en la piscina, había dejado el vestido sobre la silla y los zapatos al lado. La vio y volvió a entrar en la casa, al momento apareció con dos toallas de baño.

Se quitó la camisa, los zapatos, el pantalón y los slips, lo puso todo en la silla y se dio la vuelta para meterse en la piscina. Sara no daba crédito, se quedó petrificada, lo miraba a la cara porque no sabía dónde mirar. El, con el gesto ausente, abstraído, se acercó al borde y se tiró de cabeza al agua.

Cuando nadaba bajo la superficie hacia ella, se dio cuenta de que todo había pasado muy deprisa, sin pensarlo, parecía que hubiera ocurrido en décimas de segundo. No se había parado a pensar en lo que hacía, había visto a Sara en el agua e inmediatamente, como si lo empujara un resorte, sus decisiones habían sido ejecutadas.

Emergió frente a ella y se miraron a los ojos durante unos segundos.

Ella lo acarició, tocó su pelo, su cara, sus labios, como él lo había hecho antes. Se abrazaron y se besaron con tanta pasión, que llegó un momento en que les dolían los brazos y los labios.

Sus cuerpos, uno junto al otro, se enlazaron en una danza de amor ancestral. Cada centímetro de su piel estaba junto al otro, cada célula de sus cuerpos saltaba de alegría al tener tan cerca las del otro. Sólo los separaba el duro calor que manifestaba el deseo.

Él comenzó a desnudarla y mientras lo hacía, acariciaba su cuerpo. La sensualidad brotaba de ese solo de piano de amor a cuatro manos. El equilibrio en el sentir de cada roce y el cariño en las miradas volaban a su alrededor como aves en un cortejo nupcial. Aspiraban el sosiego y el sabor de cada momento.

Luchaban por sentir todo de cada instante; no era una lucha sin cuartel, era más bien la lucha de saber, del saber de lo desconocido. Quisieron saborear ese detalle, guardar esa imagen, oír ese gemido.

Flotando en la nube de la inconsciencia, aquello era el placer de los sentidos. Besaron y tocaron sus cuerpos húmedos hasta que no pudieron resistir más.

Allí, bajo la luna llena, en el agua que envolvía sus cuerpos ocultando su pudor al resto del universo, se unieron en el más íntimo de los abrazos, en el más profundo de los silencios, únicamente interrumpido por los jadeos que salían de sus gargantas.

Hay quien dijo días después, que esa noche se vio un destello en el cielo, quizás porque la suya fue la fusión de dos almas, más que la de sus cuerpos.

La noche fue eterna, y arriba, en el hangar desierto hasta ahora, la luna entró a raudales para llenar la casa con el hálito que da la vida.

Después de desayunar subieron al automóvil. La idea era dejar a Sara en el hotel, porque el policía tenía que ir a la comisaría para resolver algunos asuntos.

Cuando pasaron delante de la casita de madera de la entrada ambos se miraron y se rieron. Los dos sabían quién era el guarda que, a ratos, la habitaba.

Durante el camino hablaron sobre sus actividades de la mañana y quedaron en verse por la tarde con Elías. Sólo se cogieron de la mano para despedirse, no quisieron hablar de nada. A ambos se les saltaron las lágrimas.

Subió a la habitación y se tendió en la cama. Fue un choque con la realidad, el impacto de reconocerse en su vida real, en su vida diaria, parecía como si de un momento a otro fuera a salir Enrique del baño. Las sensaciones se agolpaban una tras otra en su mente impidiéndole razonar y sin embargo necesitaba aclarar todo aquello, necesitaba aclararse, pero en ese momento no era capaz.

Cuando ya no pudo más, comenzó a llorar desesperadamente. Sara se quedó allí, sin saber cuánto

tiempo, ni cuántas lágrimas estaba derramado.

Brillamor se marchó a la comisaría, tampoco él se encontraba bien, pero sus motivos eran diferentes. Jamás en su vida se había encontrado en una situación similar. En quince días, su concepto de la vida y su modo de llevarla, habían cambiado. Lo que siempre había supuesto blanco, ahora era negro y lo que era subir, resultaba que estaba cuesta abajo. No comprendía su forma de pensar y actuar, parecía como si no fuera él mismo, como si se tratara de otra persona. No podía quitarse de la cabeza a Sara, cualquier cosa que hacía le recordaba a ella, en cualquier proyecto que se le ocurría estaba ella, parecía como si su vida ya no tuviera sentido solo. Ya no era su vida lo importante, era la de los dos, sin embargo se desesperaba porque sabía que sus proyectos no tenían futuro, todo lo que imaginaba era eso, pura ilusión.

Habían estado juntos mucho tiempo pero no habían hablado del futuro. Los dos comprendían que era absurdo mantener esa conversación, aunque en el fondo albergaban la esperanza de que el otro, en cualquier momento, ofreciera una solución mágica que hiciera realidad sus sueños.

Elías pasó gran parte de esa mañana reunido en el bufete de abogados. Para ponerlos en antecedentes, les expuso una especie de hipótesis sobre un familiar que había encontrado diversas piezas antiguas enterradas en una de sus fincas. Los abogados le preguntaron qué tipo de piezas eran y él les dijo que eran muy variadas, desde documentación hasta joyas, pasando por monedas. Les indicó que todas eran piezas que procedían de la familia, que se trataba de algo que había guardado alguien, por algún motivo que desconocía.

Ellos le dijeron que habría que estudiar profundamente el tema, que habría que ver cada una de las piezas por si se trataban de bienes que pudieran considerarse patrimonio histórico, pero que en principio, al tratarse de un hallazgo en una finca de sus antepasados, y lo encontrado era antiguamente propiedad de la familia, entendían que no había necesidad de hacer ninguna declaración. Simplemente podría considerarse como bienes propiedad de sus actuales dueños. En cuanto a la documentación hallada, si se trataba de información familiar, y concerniente sólo a ellos, igualmente era propiedad privada, pero si se trataba de información pública o considerada como patrimonio histórico útil, entonces había que hacer la correspondiente declaración. Le comunicaron que, lo que

le decían, era a título informativo, en caso de duda, lo correcto era avisar a los técnicos en este tipo de temas, para que estudiaran lo encontrado. Una vez concluido su informe y estudiado por ellos en el bufete, podrían decir cuál sería la manera correcta de proceder.

No obstante Elías salió del despacho un poco más satisfecho que cuando entró, al menos le habían hecho reflexionar sobre el tema de la propiedad de los objetos. Si él compraba la casa, todo lo que incluía también era suyo; por otra parte, como posee documentos que acreditan la historia de su familia, sería innegable que, lo que pudiesen encontrar, iba a ser de su propiedad.

En un momento determinado pensó que si su familia, en lugar de marcharse, hubiera seguido viviendo en ese país, los objetos habrían pasado de generación en generación, de personas a personas, y en ese caso no existiría la más mínima duda de que serían de su propiedad. Por eso, vista esta situación de manera práctica, lo que realmente se hace es coger algo que ya era propiedad de su familia, aunque saltándose algunas generaciones. Este pensamiento lo tranquilizó, acalló de alguna forma su conciencia, y le dio seguridad y determinación para tomar las acciones que ya había decidido.

A la una y media sonó el móvil y Sara saltó de la cama totalmente desquiciada, no sabía dónde estaba, le dolía la cabeza y notaba su cara y sus ojos hinchados. Ahora comenzaba a recordar, se estaba situando, vio que sus últimas imágenes fueron las de la habitación borrosa por el llanto, los pensamientos pasando de Enrique a Juan Ramón y al revés, sin ninguna posibilidad de solución. La desesperación hecha realidad.

Vio en la pantalla que se trataba del policía y descolgó.

– Hola –dijo con la voz más natural que pudo.

– ¿Sara?

- Sí, dime, ¿qué querías?
- Ah, es que no me parecía tu voz.
- Es porque me has despertado, me eché en la cama cuando llegué y me he quedado dormida.
- Bueno, por lo menos tú has dormido algo –dijo en un tono un poco de broma, Brillamor.
- Algo he descansado, pero no creo que me haya sentido muy bien porque tengo un cuerpo malísimo.
- A veces pasa, esas siestas antes del almuerzo no son buenas.
- Pues así estoy yo, mal.
- Bueno, pues vamos a ver si te mejoras, ¿te parece que comamos juntos?
- ¿Ahora?
- Claro, ahora, ¿cuándo va a ser?
- No, ahora no.
- ¿Por qué lo dices de esa forma tan tajante?, ¿ha pasado algo?
- No, simplemente que no es el momento.
- No te entiendo, ¿por qué no es el momento?, ¿qué ha cambiado para no poder ir a almorzar juntos?
- No ha cambiado nada, es simplemente eso, que no ha cambiado nada. Necesito un poco de espacio, no me encuentro bien, además Enrique volverá esta tarde y quiero estar tranquila y serena, necesito ordenar mis pensamientos.
- Pero tal vez yo pueda ayudarte en eso.
- Seguro que me podrías ayudar, pero ahora no, te repito que no es el momento.
- De acuerdo, disculpa si te he molestado. Si en cualquier instante deseas hablar conmigo llámame, recuerda que siempre que quieras estaré a tu lado.

– No te preocupes, lo haré.

– Bueno, hasta la tarde entonces.

– Adiós Juan Ramón.

– Adiós Sara.

Brillamor se quedó destrozado, había encontrado a Sara aburrida, más que aburrida decepcionada, hundida. No sabía qué hacer, por un momento pensó en ir directamente al hotel para hablar con ella, para intentar ayudarla. No quería que en esos momentos de sufrimiento estuviera sola, porque se sentía unida a ella en todo lo que le estaba pasando.

Sara volvió a echarse en la cama y de nuevo rompió a llorar, no tenía consuelo y lo peor de todo era que no sabía cuál era el verdadero motivo de encontrarse así. En su mente se cruzaban las palabras, eran como hojas de papel blanco en las que había escritas, "cariño", "locura", "traición", "amor", "deseo", "lealtad". Las hojas se cruzaban y no sabía si eran todas o ninguna las que le estaban machacando su mente.

A las dos y media decidió bajar al restaurante a comer algo, necesitaba cambiar de sitio, quizás así podría ver más clara la situación. Pensó que tener gente alrededor le haría reaccionar y estar alerta; por otra parte necesitaba comer algo, eso también la ayudaría a controlarse, le daría serenidad.

Cuando llegó al comedor sonó nuevamente el móvil y en la pantalla apareció el nombre de Enrique.

– Hola, ¿cómo estás?

- Bien, de camino ya. ¿Y tú?
- Estoy llegando al restaurante para comer algo –dijo Sara.
- Yo también iré ahora al vagón restaurante.
- Al final has podido escaparte, ¿no?
- Sí, los compañeros se han portado bastante bien y he podido dejar terminada mi parte, ellos terminarán el resto.
- ¿A qué hora llegas?
- Sobre las seis, creo.
- ¡Qué bien!, muy temprano ¿verdad?
- Si, cuéntame, y vosotros, ¿habéis avanzado algo?
- No, no hemos visto nada más, yo me he pasado la mañana en la habitación consultando algunas cosas en el ordenador, después me he dormido encima de la cama y tengo un cuerpo malísimo.
- Y del resto de los amigos, ¿qué sabes?
- Pues nada, lo que ya te dije ayer, Elías iba esta mañana a Málaga a ver lo de los abogados y Juan Ramón estará en su trabajo.
- Bueno, entonces nos vemos esta tarde.
- Sí, claro, iré a esperarte a la estación, confirmaré la hora de llegada del tren y allí nos veremos.
- De acuerdo, hasta luego entonces.
- Adiós.

Sara pidió un pescado a la plancha y una ensalada. El restaurante estaba repleto, eso le hacía estar

atenta y distraída con lo que pasaba a su alrededor, a la vez que se sentía protegida en ese océano de personas que bogaban en sus barcos totalmente independientes unos de otros. Ella, en su piragua, se sentía por momentos zozobrar, seguía sin encontrar el norte, su brújula había dejado de funcionar hacía mucho rato y los vómitos estaban apareciendo.

Pidió otra copa de vino tinto y una fruta de postre, después se marchó de nuevo arriba.

En la terraza de la habitación, cuando ya no podía darle más vueltas a la situación, decidió que no iba a llegar a ninguna conclusión. Ese dilema no tenía solución y lo único que cabía era esperar, sólo esperar. No podía hacer nada, no podía decidir nada, su vida ahora estaba con Enrique y debía mantenerse así por el momento, cualquier cambio supondría un daño tremendo para todos. En este momento lo único que cabía era dejar madurar todo lo que había pasado, el tiempo debería actuar en su favor y le daría la perspectiva necesaria para que las soluciones no fueran drásticas. Sin embargo, a Sara lo que más le preocupaba era su apariencia, creía que tenía en la frente escrita la palabra adulterio, que no podía ocultarla por más que lo intentara. Pensaba que su cuerpo y su mente no colaborarían y que en cualquier momento la delatarían, no obstante tenía que intentarlo, cuando llegara Enrique todo debía ser normal, las soluciones vendrían después. No debía hacer daño a su marido.

Al bajar del tren ella lo estaba esperando en el andén, puso cara sonriente y él también lo hizo, echaron a andar el uno hacia el otro. En la proximidad, él hizo ademán de besarla suavemente en los labios, como hacían normalmente, pero instintivamente Sara giró la cara para besarlo en las mejillas. Fue un acto reflejo que, sin darse cuenta, los marcó en lo más profundo. Sara se arrepintió inmediatamente, e intentó remediarlo con sus palabras y sus gestos.

– Hola, ¿cómo ha ido el viaje?

– Bien, un poco cansado a pesar de no haber tardado mucho.

– Sí, sólo han sido cuatro horas y con el almuerzo de por medio, no debe de haberse hecho muy largo.

– No, sólo es el cansancio.

– Ah, estás levantado desde muy temprano.

- Eso es. Todo añadido a la tensión de la prueba y las premuras de tiempo para coger el tren, han hecho que aumente mi agotamiento.
- Bueno, pero ya estás aquí. Ahora a descansar estos días.
- Claro.
- Bueno, si nos deja Elías, vamos a ver qué nos trae hoy.
- Primero iremos al hotel para ducharme y relajarme un poco.
- Eso es lo que yo había pensado, primero iremos allí para que descanses un poco y luego ya veremos cuando llame Elías.

El taxi los dejó a la entrada del parador, por el camino apenas cruzaron dos palabras sobre cómo había pasado estos días en Madrid y dónde había comido. Las preguntas, intentando normalidad, fueron solventadas por parte de Enrique con indiferencia, quien se limitó a contemplar la ciudad por la ventanilla del automóvil, con la mirada ausente.

Ya en la habitación se metió en la ducha y ella se fue a la terraza. Abajo en la piscina algunos huéspedes estaban tendidos al Sol todavía. Cuando salió del baño se vistió y se fue a la terraza con ella.

- Pensaba que te ibas a acostar un poco antes de irnos, todavía es pronto para llamar a Elías.
- Ya lo sé, pero me he despejado con la ducha y no me apetece dormir ahora, además me quitaría el sueño de la noche –dijo Enrique en un tono más relajado.
- No es necesario que duermas, simplemente que te tiendas, que descanses un poco.
- Con lo cansado que estoy y después de la ducha, si me acuesto, me duermo.

– Igual no hace falta que nos veamos esta tarde con ellos. Cuando hable con Elías le preguntaré qué le han dicho, y si no es necesario, mejor nos vemos mañana, así tu puedes descansar hoy.

Sara dijo esto con la idea de evitar la reunión con Juan Ramón, pues no se encontraba con fuerzas para asistir a una situación como esa.

– No, –dijo Enrique– nada de eso, yo, ya estoy bien y tengo mucho interés en ver y oír lo que tienen que decir tanto Elías, como Brillamor. Es necesario que todos estemos al tanto de por dónde vamos, lo antes posible.

– Como tú quieras –dijo ella sin acabar de comprender lo que su marido estaba diciendo, él no era así y sin embargo su estado de ánimo le hacía creer que Enrique estaba utilizando un doble sentido en la frase.

– Bueno, cuéntame, ¿qué has hecho en todos estos días? –preguntó Enrique.

– Ya te lo he ido contando casi todo al momento. Hoy deberíamos decidir qué camino vamos a seguir.

– ¿Y el resto del tiempo qué has hecho?, ¿dónde has comido?, en fin, cuéntame algo más.

– Pues nada en particular, sólo un día me invitó Elías a comer y otro di un paseo en moto con Juan Ramón. El resto he comido por aquí o simplemente he paseado y dormido, como esta mañana.

– ¡No me digas que has montado en moto!

– Pues sí, hacía mucho tiempo que no lo hacía y me dijo Juan Ramón que si quería dar una vuelta, él me llevaba a un pueblo cercano, así que me animé y fuimos a verlo. Por cierto, deberíamos ir nosotros allí un día, no te lo puedes perder, el camino hasta llegar, y el pueblo, son preciosos.

– Total, que al menos no te has aburrido.

– No, la verdad es que no. He estado muy distraída y ocupada con la investigación, nos sigue preocupando, qué podemos hacer para continuar con el proceso, sin llamar mucho la atención.

Sara aprovechó este desvío en la conversación para contarle las nuevas opciones que tenían para entrar en la casa. Se relajó un poco, al haberle contado su viaje con Brillamor, parecía como si hubiera descargado parcialmente su conciencia y ello le proporcionó algo de tranquilidad.

Enrique también lo había notado, ella estaba más relajada aunque no sabía a qué achacarlo, si a que estaba entusiasmada porque hablaba de sus temas o a que todo lo que tenía que contar sobre esos tres días, ya lo había contado. Decidió aferrarse a esto último y esperar a la reunión de esa tarde.

No dio tiempo a que Sara llamara, poco antes de las nueve sonó el móvil de ella. Era Elías.

– Hola, ¿cómo está?, ¿cómo ha ido el viaje? –preguntó impaciente Sara.

– Bien. Llegué a primera hora de la tarde, no estuve mucho tiempo con los abogados, ha sido muy simple.

– ¿Entonces no es necesario que nos veamos? –intentó influir Sara para aplazar la reunión.

– No mujer, yo creo que sería bueno que nos reuniéramos como habíamos quedado, así podré contarles directamente lo que pienso.

– Claro, claro, ¿a qué hora nos vemos?

– Yo estoy saliendo de mi casa, llamaré ahora a Juan Ramón y, si les parece, podemos quedar en la recepción del hotel.

– Buena idea, nosotros nos vamos preparando y bajamos enseguida.

– Hasta ahora.

– Adiós.

Parecía que habían acordado el minuto exacto, cuando ellos salían del ascensor, por la puerta de entrada aparecían Brillamor y Elías.

Elías saludó a Sara con una inclinación de cabeza y a Enrique estrechándole la mano y preguntándole por el viaje. Mientras, Sara saludaba con un discreto hola a Brillamor y a continuación Enrique y el policía se estrechaban la mano, a la vez que este último también se interesaba por el viaje y su estancia en Madrid.

Sara propuso ir a algún sitio, pero todos coincidieron en que el mejor lugar para hablar era uno de los rincones de ese mismo salón, allí estarían más tranquilos y no tendrían el ruido de un bar. Una vez consensuado el lugar, se sentaron en una de las esquinas del espacioso recibidor y pidieron unos refrescos. Elías les contó todo lo que había hablado con los abogados del bufete, mientras el resto de sus colegas permanecieron totalmente en silencio escuchando su relato.

Durante todo el tiempo Sara estuvo intranquila. Su marido, que la conocía bien, lo había notado. Ella no hizo nada especial, pero Enrique sabía que no actuaba con total normalidad.

Era un buen actor. A pesar de que algunos de sus despistes eran reales, otros eran el fruto de su

habilidad para conocer las situaciones en las que se encontraba como si no estuviera presentes en ellas, como si fuera un mero observador. Era su forma de actuar para conocer a la gente, incluso en algunos casos lo pasaba mal, pues llegaba a conocer tan bien a las personas con las que se relacionaba, que sentía como propios los problemas que sufrían.

En la situación en la que estaba ahora, seguía instintivamente todos y cada uno de los gestos y palabras de todos ellos, por eso, a pesar de que no apartó en ningún momento la mirada de Elías, seguía a la vez todos los detalles que ofrecían los demás, y le resultaba extraño que en ningún momento Brillamor apartara la vista del americano, parecía seguir atentamente cada uno de los detalles de su explicación de una manera obligada. Parecía forzado a mantener la mirada sobre él.

Por otra parte, y al contrario que en el caso del policía, también se había dado cuenta de que Sara estaba deseosa de hablar, de entablar diálogo sobre algo, pues a cada momento parecía querer interrumpirlo para preguntar. Encontraba aquellos momentos demasiado tensos.

Elías concluyó diciendo que ya había decidido lo que iba a hacer en relación a la casa. Les dijo que lo había estado pensando detenidamente desde esa mañana y para no provocar más incertidumbre de la que ya tenían, había decidido comunicársela en esa reunión.

– Creo que la mejor decisión es comprarla o, mejor dicho, entregar la señal de compra. Eso me dará espacio para, en una semana o diez días, decidir si me quedo definitivamente con ella o no.

– En eso coincidimos todos, –dijo Sara deseando intervenir– ese paso nos abriría la puerta de la casa, nunca mejor dicho, y nos permitiría seguir adelante. Claro que eso lo decimos nosotros que no vamos a tener ningún gasto, para usted será diferente, pues esto puede costarle bastante caro.

– Como habrán intuido, ya he sopesado el tema de los gastos y he comprendido que, como cualquier negocio, éste tiene sus riesgos. En nuestra familia hemos sido comerciantes y negociantes desde siempre, esta inversión no es más que un nuevo camino para emprender que, llevado con optimismo,

puede incluso ser bonito además de rentable.

Tampoco hay que olvidar que el fin primordial de esta compra no es la rentabilidad, sino el anhelo de conocer la historia de mi familia, si no fuera por esa razón no habría pensado siquiera en ella. Aunque sea un puro desastre en rentabilidad, siempre habrá merecido la pena buscar para conocer.

– Yo creo que, si estuviera en su situación, también lo haría –afirmó ella.

Elías miró al resto de los interlocutores y ambos respondieron con un gesto afirmativo de cabeza.

– Yo también lo creo, haría lo mismo que usted. Además tiene el aliciente de encontrar algún objeto que le compense económicamente –dijo Brillamor.

– Bueno, yo no tengo ninguna confianza en encontrar nada. Si hubiera algo, quizá no tenga más que valor sentimental.

– Pero en cualquier caso puede considerarse como la compra de un billete de lotería, puede tocarle.

– No me ponga esa comparación porque entonces sí que no lo hago. No me gustan ese tipo de juegos –dijo muy secamente Elías.

– Es verdad, –reconoció el policía habiéndose dado cuenta de su error– no se puede comparar este tema con un juego de azar.

– Por mi parte ya está todo dicho, mañana iré a la inmobiliaria para acordar el precio de la compra y el importe de la señal. Ellos me informaron de que sería posible en ese mismo momento realizar el contrato privado de compra–venta. Si fuera así, les pediría las llaves de la casa y los llamaría a ustedes.

– Podríamos comenzar mañana mismo –dijo efusivamente Sara.

– Todo depende de la inmobiliaria, cuando lo tenga resuelto los llamo y quedamos.

– De acuerdo.

Brillamor se quedó un poco pensativo y antes de que se marcharan les manifestó su duda.

– ¿Habéis pensado en cómo vamos a romper el poyo de la alacena?

– No, no habíamos pensado en eso. Las herramientas que utilizamos el otro día se las llevé a su dueño, así que volvemos a tener el mismo problema.

– Bueno, no os preocupéis, yo tengo algunas. Se me había planteado esa duda, pues supuse que las que utilizabais no eran vuestras –dijo Brillamor.

– De acuerdo, nos vendrán bien –dijo Elías.

– Muy bien, cuando me aviséis las traeré.

– Ahora sí que ya no tenemos nada más pendiente, mañana los llamaré.

Todos se levantaron a la vez, se despidieron en la entrada del hotel de la misma manera que habían hecho al llegar, pero esta vez sin apretón de manos.

Cuando los dos visitantes se hubieron marchado, la pareja se dirigió hacia el ascensor, pero antes de llegar, Enrique se giró hacia su mujer.

– ¿Nosotros dónde vamos?

– No lo sé, la verdad es que ya es hora de cenar.

– Yo tengo apetito.

– ¿Vamos al restaurante? –preguntó Sara.

– Como quieras, aunque yo no tengo ganas de comida formal, preferiría ir a tomar unas cervezas por ahí, con eso me despejo un poco.

– De acuerdo, a mí también me apetece –mintió Sara.

– ¿Sabes una cosa?

– Si no me la dices, no.

– Pues te la digo, –dijo entre bromas Enrique– que me ha extrañado que Juan Ramón no dijera nada de ir a tomar algo después de la reunión.

– Sí, es un poco raro.

– Claro que no todos los días tiene uno ganas de ir de copas y más en una profesión como la suya, que tiene que estar todo el día en la calle –dijo Enrique.

– Puede ser por eso, o tal vez no le apetecía, porque con nosotros puede llevarse bien, pero igual con Elías no encuentra la confianza suficiente –observó Sara.

– No lo había pensado, pero también puede ser por eso.

A la mañana siguiente, Elías paseaba por los alrededores de la inmobiliaria esperando a que abrieran. La chica llegó a las diez en punto, él esperó a que organizara un poco su puesto de trabajo y entró.

– Buenos días.

– Hola, buenos días, ¿cómo está? –contestó la chica.

– Pues bien, de nuevo por aquí para ver si nos ponemos de acuerdo.

– Claro que sí hombre, ¿cómo no nos vamos a poner de acuerdo?

Elías le dijo que seguía teniendo interés en la vivienda, pero que el precio había que bajarlo un poco. Le detalló y argumentó los motivos, como eran el deterioro de la vivienda, el coste de sanearla en su totalidad con los correspondientes gastos por estar en el centro de la ciudad y el tema de

encontrarse en zona de especial conservación, con los consiguientes trámites, restricciones y permisos especiales.

Después de su argumentación le dijo que estaba dispuesto a entregar un diez por ciento del precio final como señal y que necesitaría las llaves en el momento de la firma del contrato privado, a fin de poder llevar a los técnicos y que fueran tomando datos para no demorar la obra.

Ella le respondió que no estaba en su mano bajar tanto el precio, que tendría que consultarlo con los dueños. Le rogó que esperara unos minutos, que iba a hablar con su jefe.

Entró en el despacho del fondo y cerró la puerta. Estuvo hablando con la otra persona que había allí quien, tras consultar en el ordenador, descolgó el teléfono y mantuvo una conversación durante al menos diez minutos. Cuando colgó habló con la chica y ella salió del despacho.

– Perdona que haya tardado pero es que hemos estado hablando con el dueño de la casa para consultarle lo que usted nos ha propuesto y por eso nos hemos entretenido un poco.

– ¿Qué ha contestado?

– Verá, esta casa ya ha sido bajada de precio en tres ocasiones y comprendemos que el precio es todavía muy alto, pero nuestro cliente dice que es mucha cantidad la que usted pretende bajarle.

– Saben perfectamente que, aun bajándole ese precio, la casa es cara, si a eso le sumamos los gastos de desescombro, permisos, arquitectos y construcción, ¿sabe a cuánto ascendería el coste total?

– No, pero me lo imagino –dijo ella.

– Entonces comprenderá que no puedo pagar más de lo que les he dicho, haciendo un gran esfuerzo podría subir algo, entorno a los diez o quince mil euros, pero le aseguro que ni un céntimo más – cerró Elías muy secamente como buen comerciante.

– Verá, esos mismos argumentos le ha presentado mi jefe al dueño y al final se ha quedado dudando

sobre su postura. Nos ha dicho que gestionáramos dejarlo en algo menos y, si no fuera posible, que lo llamáramos nuevamente. Así que si no le importa, antes de marcharse, le ruego que nos dé una última oportunidad.

– No hay problema, esperaré un poco más si es necesario –dijo con el convencimiento de que aceptaría. No obstante, en caso de que no lo hiciera, ya buscaría algún argumento para volver al día siguiente. Estaba convencido de que la compra estaba casi hecha.

Al cabo de unos minutos volvió la chica con una sonrisa radiante en la cara.

– Al final mi jefe lo ha convencido, firmaremos por esa cantidad. Digo firmaremos porque nos tiene autorizados a realizar el contrato privado en su nombre y el importe acordado está dentro de los límites que en su día nos comunicó.

– ¿Entonces podemos firmar hoy?

– Sí, si tiene usted el importe de la señal de compra en su poder, podemos hacerlo ahora mismo.

– No, en mi poder no, pero en cuestión de media hora estaré aquí con el efectivo.

– Perfecto, nosotros mientras redactaremos el contrato.

– Nos tiene que dejar su documentación, necesitamos tomar sus datos. En cuanto regrese se la devolveremos.

– Aquí tiene. Hasta ahora.

– Adiós.

Pasados unos veinticinco minutos se presentó Elías nuevamente en la oficina, la joven lo

acompañó hasta el despacho y tras los pertinentes saludos se sentaron alrededor de una pequeña mesa redonda que había en una de las esquinas.

El jefe le explicó nuevamente cómo había trascurrido la negociación e intentó endulzar la firma con los halagos por la buena compra que había realizado. Seguidamente le leyó el contrato privado que coincidía en todos sus puntos con la idea que él había prefijado y en el que se contemplaban, por supuesto, todos los puntos que había requerido. Firmaron por duplicado, con la chica como testigo.

Elías salió de la inmobiliaria sin su dinero, pero con las llaves de la casa en el bolsillo y no pasaron ni cinco minutos desde que cerró la puerta de la oficina, hasta que llamó por teléfono a Enrique.

– Buenos días.

– Hola, buenos días, Elías.

– Los llamo para decirles que ya he cerrado la compra.

– ¿Sí?, ¡qué bien!, enhorabuena, me alegro mucho por usted, creo que ha sido una buena decisión.

– Es verdad que estoy muy satisfecho, creo que he hecho una buena inversión en todos los sentidos.

– Nosotros también lo creemos.

– Los llamo también para decirles que todo se ha cerrado de acuerdo con las previsiones que teníamos. A la firma del contrato me han entregado las llaves, así que cuando quieran podemos proceder según habíamos hablado.

– Bien, ¿a qué hora podríamos vernos?

– No sé, acabo de salir de la inmobiliaria. Si les parece nos damos una hora más o menos de tregua y a las doce nos vemos en la puerta de la casa, ¿le parece?

– Perfecto, se lo digo a mi mujer ahora mismo.

– De acuerdo, yo avisaré a Juan Ramón.

– Hasta luego.

– Adiós.

Seguidamente Elías llamó al policía, quién le dijo que no sabía si podría estar a esa hora, pero que lo iba a intentar. También le dijo que las herramientas las tenía en el coche pero tampoco podía llevárselas en ese momento. Brillamor le aseguró que si él no podía llegar a tiempo, le enviaría todo el material que necesitaban con alguna persona.

No eran todavía las doce cuando llegaban los tres a las cercanías de la casa, ellos dos por arriba, desde el parador, y Elías desde su casa, por abajo. Tras el "hola" de rigor se dirigieron hacia la puerta. Elías colocó la llave en la cerradura de la puerta girándola a la vez que empujaba la hoja. Una vez dentro, Enrique, con su habitual tranquilidad, observaba todos los rincones. Ellos dos se dirigieron directamente a la cocina, no se detuvieron a esperar a su compañero, pues ni siquiera se dieron cuenta de que no los acompañaba.

- Bueno ya estamos como la otra vez, frente a una alacena que queremos destrozar –dijo Elías.
- Efectivamente, con la misma estructura y con su cruz encima.
- Es como si viviéramos la misma historia dos veces.
- Pero esperemos que con un final distinto.

– ¿Esperamos que sea distinto? –dijo Elías.

– Yo creo que sí, ¿no?, si fuera igual no creo que lo soportáramos, nos volveríamos todos locos de tanto buscar.

– Ah, ¿dice usted que no desearía encontrar nuevos acertijos que nos obligaran a seguir buscando en otro sitio?

– Claro, por eso creo que no deseamos que sea igual, sino que lo que queremos es encontrar el lugar definitivo donde fue ocultado el legado.

– Mujer, yo creo que no debe de haber más complicaciones, lo que hemos deducido parece ser lo más lógico y la historia de mi familia, sin lugar a dudas, debe de estar ahí abajo –dijo señalando la base de la alacena.

– La verdad es que es lo más lógico y lo que todos deseamos, pero tampoco es bueno hacerse ilusiones, ya hemos visto lo que pasó la vez anterior.

– Bueno, ¿dónde está su marido?

Ella se volvió pensando que estaba detrás de ellos, pero no era así.

– ¡Enrique! –lo llamó Sara.

– Dime, –dijo él apareciendo por la entrada.

– ¿Dónde estabas?

– Visitando la casa, vosotros ya la conocéis, pero yo no, y deseaba ver despacio toda la vivienda, quería hacerme una idea general de la distribución para intentar conocer a sus moradores.

– Es verdad, no hemos pensado en ti, nosotros entramos directamente a la cocina para recrearnos en

ella y no hemos comentado contigo nada de las otras habitaciones aunque, la verdad, no creo que tengan ninguna importancia.

– Yo también lo creo, por lo que he podido ver es como cualquier otra.

– Ésta es la habitación más atractiva, o al menos eso creemos nosotros.

Enrique empezó a examinar la cocina de arriba a abajo y de izquierda a derecha, no dejaba ningún centímetro por escrutar. Mientras tanto ellos dos lo miraban atentamente, pues sabían que si había algo que pudiera tener algún sentido especial, él lo iba a detectar. Para disimular un poco, Elías y Sara hablaban de las vistas del patio exterior, sin embargo, él se dedicó a dar vueltas como un sabueso, se mantenía tan abstraído en su estudio, que era totalmente inconsciente de que era observado.

Al cabo de unos minutos, Sara no pudo más.

– ¿Qué tal Enrique?, ¿no te parece extraño?

– ¿Cómo?

– ¿Qué si no te parece extraño?

– ¿Qué es extraño?

– Esta habitación, la cocina.

– ¿Extraña?

– Sí, extraña, ¿que si no te parece extraña?

– No, no me parece extraña, me parece bonita y bien conservada, no como el resto de la vivienda, pero extraña no.

– ¿Tú no le encuentras nada raro?

– Pues no, me sorprende que la alacena tenga la misma estructura que la de la casa de Elías, pero sólo relativamente, porque eso ya me lo habías dicho tú. No me sorprende nada más.

– ¿No te has dado cuenta de que también el resto de la habitación tiene la misma distribución que la de su casa?

– Eso también lo había visto, incluso de eso podría deducirse que sus moradores pudieron ser los mismos o como mínimo que tuvieron los mismos gustos.

– Pero es raro ¿no?

– Mujer, raro, raro, no lo creo, más que raro, me resulta sorprendente, como te he dicho antes, me confirma que estamos en la buena línea. Todos los datos que hemos ido encontrando confluyen en lugares similares y con características equiparables, lo que nos indica que las personas que en su día las habitaron tenían, como mínimo, gustos afines, además, a todo lo que construyeron le aplicaron sus ideas y éstas las fueron transmitiendo a través de los escritos que nosotros hemos seguido y poco a poco hemos ido encontrando.

– ¿Qué me dices de la alacena?

– Pues eso, que es idéntica a la otra, sólo que con la cruz sin blanquear.

– ¿No te entran ganas de empezar a romper?

– Pues sí, –dijo mirando a Elías– pero supongo que quién más ganas tendrá será nuestro amigo.

– Sí, –dijo él– pero no nos queda más remedio que esperar. Juan Ramón me dijo que sobre la una me llamaría, si no podía venir antes. Me dijo que tendría una mañana muy ocupada, pero que haría todo lo posible por estar aquí.

– ¿Las herramientas las trae él?

– Sí, me dijo que las tenía en el coche, pero por eso no tenemos que preocuparnos, pues también me

comentó que, si no podía venir, las mandaría con alguien.

– Bueno, si le parece, –dijo Sara dirigiéndose a Elías– podemos enseñarle el resto de la casa a mi marido mientras viene Juan Ramón.

– Muy bien, aquí delante no hacemos nada –dijo el estadounidense.

Los tres se dirigieron hacia el patio que daba al Tajo, haciendo tiempo para que llegara el policía.

Sobre la una y cuarto se abrió la puerta de la casa. Brillamor venía con una ropa deportiva gris y en la mano traía una bolsa de viaje bastante grande, dentro sonaban las herramientas. Cerró la puerta, llamó con buena voz a Elías y desde arriba contestó el americano.

– Estamos arriba, ya bajamos.

Al momento estaban los cuatro en la habitación de la entrada. El policía se disculpó por haber llegado un poco más tarde y durante la conversación hubo un cruce de miradas en el que las palabras sobraron. Sara sintió que el calor se agolpaba en sus mejillas mientras que Juan Ramón intentaba ocultar cómo le temblaban las manos cogiendo de nuevo la bolsa que había dejado en el suelo. También Enrique notó que algo había cambiado y rápidamente se giró para dirigirse a la cocina.

– ¿Estamos solos? –preguntó el policía.

– Por supuesto.

– En ese caso podemos empezar.

– Claro, estamos impacientes, pero ¿no le gustaría ver antes la casa? –dijo Elías

– No creo que sea necesario –contestó Brillamor.

– Simplemente era por si quería verla, los demás ya lo hemos hecho, y en realidad tiene poco que ofrecer, únicamente las vistas al Tajo. La casa en sí está totalmente destrozada, necesita una reforma total.

– Pues si les parece podemos empezar, ¿dónde está la cocina?

– Sígame –se ofreció Elías, mientras la pareja los seguía.

Al llegar a la cocina también él se extrañó de la similitud entre ambos recintos, inmediatamente miró hacia arriba para comprobar que también estaba el friso con la cruz.

– Está claro, es tan evidente, que huelga cualquier comentario ¿verdad?

– Así lo hemos visto todos.

– Entonces, ni pregunto.

Puso la bolsa en el suelo y abrió la cremallera para sacar un martillo y un cincel, también sacó una machota por si era necesaria y se colocó unos guantes de trabajo. Todos se retiraron e hicieron un círculo a su alrededor como la otra vez.

Estaban nerviosos, impacientes, querían ver de una vez por todas qué había allí. El único que se desahogaba era el policía, pues con los golpes descargaba parte de su tensión y aplacaba sus nervios.

Comenzó por la parte del hueco donde había aparecido en la otra ocasión el mapa. Quitó las losas que tenía pegadas en la parte superior y después continuó intentando romper más rápidamente lo que él suponía que podía ser la tapa. No era muy dificultoso, se trataba de una especie de cemento muy

antiguo, pero a pesar de hacer saltar varias capas, tenía una pinta distinta a la otra vez. Amplió el radio por si no era esa la zona y continuó golpeando y haciendo saltar trozos de cemento y piedras. En poco tiempo había roto a una profundidad de unos cinco centímetros y una superficie de cuarenta centímetros cuadrados.

Los nervios iban en aumento y algunas dudas habían comenzado a aparecer en sus semblantes, pero ninguno se atrevía a pronunciar palabra, deseaban que el policía continuara rompiendo a mayor velocidad y profundizara varios centímetros en cada golpe como si se tratara de un flan, pero no avanzaba, y lo peor de todo era que no aparecía ningún síntoma de que hubiera algo allí abajo, ni siquiera cambiaba el sonido con los golpes.

– Si os parece voy a golpear por todo el poyo, porque igual no está en esta zona.

– Buena idea –contestó Sara, que no pudo contener su impaciencia.

– Pasadme la machota, por favor.

Enrique se agachó y se la acercó. Dio varios golpes en las distintas zonas, cada vez lo hacía a menor distancia uno de otro, pero la decepción iba apoderándose de ellos, pues el sonido era igual de sordo en todas partes. Aquello era macizo. Cuando había repasado prácticamente todo el poyo, dio un golpe en la zona en la que había estado trabajando y todo cambió de repente.

– Aquí suena distinto, ¿lo habéis notado?

– Sí –contestaron todos como un coro.

Nuevamente dio uno y más golpes, notándose claramente que sonaba de manera diferente al resto.

Golpeó con todas sus fuerzas para que cediera la capa que lo cubría, pero resultó imposible, por lo que decidió volver al martillo y el cincel. Ahora golpeaba con mucha mayor vehemencia y fuerza en toda esa parte, haciendo saltar, uno tras otro, pedazos de cemento y piedras. Amplió el radio para que fuera más cómodo trabajar, pero el resto de sus compañeros no entendían el motivo de ese proceso, ya que ellos pensaban únicamente en profundizar, no tenían en cuenta que para hacerlo era mucho más fácil cuando se ampliaba la superficie de trabajo.

Cuando hubo rebajado unos cinco centímetros volvió a coger la machota, dio un golpe con todas sus fuerzas y en ese momento notó cómo la superficie se movía un poco. La capa, aun, era gruesa, pero con el golpe había cedido. Brillamor experto, al notar la debilidad, volvió a golpear fuertemente y se abrió una pequeña grieta, cuando la vio dejó la machota nuevamente y recurrió al martillo y al cincel, pues pensaba que en uno de los golpes cedería totalmente y los ripios podrían dañar lo que hubiera allí abajo.

Así pues, pausadamente y con pequeños golpes retomó la tarea de hacer saltar trozos de cemento y piedras aprovechando la grieta. Ahora era mucho más fácil ir quitando los trozos, así que continuó hasta que logró abrir un pequeño boquete que era la muestra palpable de que había dado con el lugar.

– Ya está.

– Sí, ahí se ve.

– Voy a continuar poco a poco, para que no caigan muchos trozos abajo, no quiero que se dañe nada.

– Perfecto, ya estamos viendo lo bien que lo hace, –dijo Elías– yo creo que ni un profesional lo hubiera hecho mejor.

– Abriré un poco más alrededor para poder meter la mano, de esa forma cuando vaya rompiendo el resto, iré recogiendo los trozos con la otra. Siempre caerá algo, pero evitaremos que la mayor parte se nos escape.

– Muy bien.

Continuó dando pequeños golpecitos y fue agrandando el agujero hasta que pudo meter la mano, después con el martillo fue golpeando poco a poco alrededor y haciendo caer trozos en su mano que luego iba sacando y tirando fuera.

Cuando el agujero tenía un diámetro de unos quince centímetros, metió totalmente el brazo y lo giró en círculo para intentar comprobar las dimensiones del hueco. Inmediatamente se dio cuenta de que el ancho era el del fondo de la alacena, sin embargo tanto por la derecha, como por la izquierda, sus dedos no llegaron a tocar nada, este hueco era mucho mayor que el otro.

Cuando sacó el brazo se volvió y se dirigió a sus amigos.

– ¿Habéis visto?

– Sí, –contestó Elías radiante– el espacio que hay es muy grande ¿verdad?

– Efectivamente, el ancho es este –dijo señalando el de la alacena– pero a los lados no he podido tocar la pared ni tampoco he podido llegar al fondo.

– Eso es un muy buen síntoma, –dijo Sara, que también mostraba su felicidad– si el continente es grande, el contenido tiene muchas posibilidades de que también lo sea o que, en lugar de grande, sea abundante.

– Bueno, si os parece continuaré agrandando el agujero hasta la zona que he rebajado y luego veremos.

Así continuó hasta que llegó a la parte que no había rebajado. Dejó el martillo en el suelo y fue a la bolsa donde había traído las herramientas. Buscó hasta encontrar una linterna y, ante el asombro de

sus colegas, que habían comprendido lo previsor que era, la encendió e iluminó el interior del agujero.

– ¿Qué ves? –preguntó impaciente Sara.

– No mucho, el hueco ocupa todo el espacio del poyo y el fondo está bastante hondo, se ve una especie de saco oscuro que recubre algo, pero es imposible saber qué es. Está como a unos ochenta centímetros.

– ¿Crees que podrías sacarlo por el agujero?

– Creo que no, es demasiado grande y lo único que conseguiríamos es moverlo y puede que lo rompamos al sacarlo.

– Si queréis, podéis mirar vosotros por si se os ocurre algo.

Se levantó y dejó el sitio para que ellos también miraran. Entregó la linterna a Elías, que se agachó a mirar.

– Estoy con usted, creo que cualquier intento de sacar lo que haya allí abajo, hay que hacerlo con cuidado.

– Al menos esa es la impresión que da.

– Tome y mire –dijo Elías entregando la linterna a Sara.

– Efectivamente, yo también coincido con vosotros, no debemos tocar nada hasta que tengamos más espacio para poder descubrir y valorar. ¿Quieres mirar? –dijo refiriéndose a Enrique.

Él tomó la linterna y se acercó también.

– ¿Qué opinas? –le preguntó su mujer cuando se estaba poniendo de pie.

– Sí, hay que descubrir más, además el saco que lo recubre lo protegerá un poco de los cascotes que caigan. Creo que hay que ir despacio, tenemos que ser pacientes.

– Entonces, voy a continuar –dijo Brillamor.

– ¿Saben ustedes qué hora es? –preguntó Elías.

– Las dos y media –respondió Sara.

– Es un poco tarde, por eso creo que deberíamos ir a comer algo antes. No nos va a dar tiempo a descubrirlo todo antes del almuerzo, yo pienso que podemos poner algo encima del agujero para que no se vea nada y continuar después, de esa forma, cuando retomemos la tarea, será para terminarla.

– Es buena idea –dijo Brillamor.

– De acuerdo –confirmó Sara.

– Pues vamos, lo dejaremos todo como está y quedamos aquí a las cinco, ¿les parece?

– Bien, aunque nos cueste dejarlo ahora, creo que es lo mejor que podemos hacer.

Una vez que se hubieron sacudido un poco el polvo, salieron de la casa y cerraron la puerta con llave. Como no llevaban ropa adecuada, decidieron ir cada uno a su casa, y la pareja al hotel, en lugar de comer todos juntos.

La relación era fría, no se atrevían a hablar de nada que no fuera su investigación o cuatro temas triviales. Las frases eran cortas, con preguntas a veces innecesarias, por lo que las respuestas también eran acordes a los interrogantes. Incluso pasaban algunos ratos sin cruzar una sola palabra, aunque curiosamente los dos eran ajenos a esos intervalos.

Tanto la mente de uno como la del otro estaban en otro sitio, sus pensamientos les hacían no estar presentes y sus espíritus vagaban el uno por otros tiempos pasados y el de la otra por un valle no muy lejano.

Eran sensaciones diferentes. Él se recriminaba su marcha, su celo profesional, su ética personal en el cumplimiento de unos trabajos que, al fin y al cabo, no eran necesarios. Su presencia no era imprescindible y así lo vio desde el principio, incluso pensó en negarse cuando se lo ofrecieron, aquel debería haber sido el momento, porque después ya no podía. De cualquier forma ese no era el problema, aunque pudo haber sido el catalizador. Su pregunta era insistente, ¿qué había hecho mal?, revisaba una y otra vez su forma de actuar, su forma de ser, su físico, sus defectos, en definitiva, toda su vida punto por punto, como si se tratara de un programa informático que no funciona y hay que

saber dónde está el error. Él era el más adecuado para analizar estas situaciones y sin embargo, en este caso, no encontraba esa instrucción mal situada.

Hubo un momento en que decidió olvidarse de él mismo y concentrar el estudio en su mujer, porque también pudo ser ella la causante. Revisó todas las posibles necesidades que no hubiesen sido cubiertas, intentó valorar si, por su manera de ser, o por el hastío de la monotonía de la vida a su lado, eso hubiera sido el detonante. Pensó y repensó todas las situaciones y no encontraba razones merecedoras de tenerlas en consideración.

Finalmente, a pesar de que continuaba una y otra vez barajando cualquier posibilidad, decidió culpar de ello a algo en lo que nunca había creído, a algo que habría ocurrido en los pocos días de vacaciones que habían pasado allí. Enrique había decidido culpar al destino, al azar o a cualquiera de las infinitas razones que el ser humano es capaz de inventar, para justificar hechos a los que no es posible aplicar una razón lógica.

Ambos intercalaban entre sus pensamientos alguna frase sobre el primer tema que se les ocurría y el otro agradecía la intervención y contestaba con cualquier respuesta que justificara su atención y les hiciera pasar el trámite para volver a sus pensamientos.

Ella estaba totalmente fuera de sí, no era Sara, no sentía como Sara, no actuaba como Sara, no hablaba como Sara. Sara había desaparecido en una noche cualquiera y posiblemente no volvería nunca.

Era una mujer normal, dedicada a su trabajo, a su marido, a sus aficiones. Estaba contenta con todo, no había necesitado nada especial, o tal vez sí, pero había luchado por lo que quería, lo trabajaba y lo planteaba desde el pragmatismo que siempre había presidido su vida. No era una persona fría ni calculadora, no lo había sido nunca, pero se movía en una zona muy cómoda de manejar. Obtenía lo que se proponía con su esfuerzo, y sus metas no tenían límite, había sido y seguía siendo una persona luchadora y con unos ideales muy avanzados. Su imaginación era desbordante y

jamás se dejaba caer en el conformismo.

Ahora era diferente, los hechos la desbordaban, la situación la había superado, el control de su persona había pasado a otras manos y lo curioso era que no sabía a las de quién. No comprendía cómo, en tan poco tiempo, con tan poca reflexión, había llegado a ese punto, un punto que por otra parte no sabía si era bueno o malo, si era el que quería o no. No sabía siquiera qué hacía allí, pero lo peor de todo era que no pretendía justificarse, no encontraba ninguna razón para ello. Lo ocurrido, había ocurrido simplemente y no sentía ningún remordimiento ni arrepentimiento, ella lo veía como un episodio de su vida, un episodio único e irrepetible que no cambiaría por nada y que no sabía si quería volver a repetir. No quería ni pensarlo, y en el fondo no sabía si era por miedo o por convencimiento de que para esas cosas la mente era innecesaria, los hechos se iban a producir cuando llegara el momento sin necesidad de buscarlos. Los sentimientos son ingobernables, imparables, implacables.

Habían pasado tres horas desde que se despidieron de sus amigos. Habían almorzado, tomado café, echado un rato de siesta en la que no lograron pegar un ojo, y todo había pasado en un instante.

La conversación mantenida había sido tan insignificante que, si hubieran preguntado a cualquiera de los dos sobre algo de lo hablado, seguramente ni se acordarían. Ni siquiera se habían preguntado por qué no habían dormido en la siesta o simplemente algo tan habitual en su matrimonio como decirse "¿en qué piensas?" o "¿por qué no duermes?". Tal vez el miedo a la respuesta es lo que les hacía inconscientemente no realizar ninguna pregunta que no fuera trivial. Los dos estaban totalmente convencidos de que su vida había cambiado.

Cuando llegaron empujaron la puerta y cedió, pasaron directamente a la cocina, allí estaban ya Juan Ramón y Elías esperando.

– Hola, buenas tardes.

– Buenas tardes.

– ¿Lleváis mucho tiempo aquí?

– No, –contestó el policía– hemos llegado a la vez y hemos decidido esperaros para que todo sea en grupo, como siempre.

– Gracias –volvió a responder Sara.

Juan Ramón se había dado cuenta de que la situación no era normal en el matrimonio. Si bien

Enrique no era nunca muy hablador, sí que participaba de vez en cuando en las conversaciones; por otra parte los cambios de impresiones en el matrimonio siempre habían sido frecuentes y, sin embargo, ahora prácticamente no se dirigían la palabra. Se encontraba violento y, por eso, la mayoría de sus consultas ya no las hacía a Sara, sino a Elías, quien, por su parte, parecía preocupado solamente por la investigación.

– Esta tarde voy a intentar ir rompiendo con la machota la zona cercana al agujero, para ver si me ahorro rebajar con el cincel, ese trabajo es muy pesado y no se avanza.

– Pruébelo, usted tiene en su mano tomar las decisiones en esa materia, nosotros somos profanos, ¿no opinan ustedes lo mismo? –preguntó Elías mirando a la pareja.

– Claro, lo que Juan Ramón decida. Él es el que lo conoce mejor –contestó Sara.

– Entonces lo haremos así –respondió el policía.

Se puso los guantes de trabajo, cogió la machota y golpeó fuertemente en la zona cercana al agujero. No ocurrió nada, no cedió lo más mínimo la cubierta, lo intentó nuevamente varias veces, y con más fuerza, pero el resultado fue idéntico en todas ellas.

– No cede, está muy fuerte, voy a intentarlo de otra manera.

Cogió el cincel y el martillo y golpeó sobre la zona cercana al filo y de esa forma sí fue capaz de arrancarle un trozo, por lo que comprendió que esa sería la forma de hacerlo.

Se llenaron de paciencia y poco a poco el policía fue quitando trozos de esa cubierta y agrandando el agujero. Cambió el martillo por la machota para golpear el cincel y el avance fue mayor. Tanto

Elías como Enrique se ofrecieron para colaborar, pero Juan Ramón les dijo que no, pues podían hacerse daño, ya que tenían que saber manejar las herramientas.

La operación le llevó unas dos horas, a lo largo de las cuales hizo varias paradas para conversar con Elías y cambiar impresiones sobre el tamaño de la abertura, aunque cada vez coincidían en que era necesario agrandarla un poco más. Al final consiguió que el hueco abierto tuviera unas dimensiones bastante aceptables para poder sacar lo que había allí abajo, sus medidas podían ser de unos cincuenta centímetros de ancho por ochenta de largo.

– Yo creo que ya podemos intentarlo –señalo el policía levantándose de esa posición tan incómoda.

– ¿Lo saca usted? –dijo Elías.

– Le iba a ceder los honores.

– Prefiero que lo haga usted, tiene más talento que yo para estas cosas, seguro que si lo intento termino rompiendo algo.

– Está bien, vamos allá.

El policía se agachó de nuevo y metió la mano hasta tocar el tejido que lo recubría. Intentó tirar, pero al moverlo vio que su peso era significativo para poder hacerlo con una sola mano, por lo que decidió ponerse bocabajo y con ambas manos sacarlo hacia arriba. Al intentarlo todo cedió y sonaron objetos de metal en su interior. Pesaba bastante, por lo que pidió la ayuda de alguno de ellos para poder cogerlo de los dos extremos a la vez. Enrique se acercó y se agachó por el extremo que lo intentaba sacar Juan Ramón, lo miró y se extrañó, pues no pensaba que sería él quién se iba a ofrecer para ayudarlo. Al darle el extremo del saco, hubo un pequeño contacto que a ambos les resultó incómodo, rechazable. Cuando Enrique tuvo sujeta esa parte, el policía se desplazó hacia el otro lado

para coger la otra punta, una vez en su poder, miró a Enrique y se pusieron de acuerdo para levantar el saco.

– Tiramos a la vez.

– De acuerdo, tú avistas –dijo Enrique.

– Ya.

Ambos tiraron conjuntamente y subieron despacio aquella especie de saco oscuro conteniendo esos objetos de metal que seguían sonando. Pesaba bastante y el paquete era voluminoso, Sara y Elías se retiraron para dejarle sitio en el suelo.

Era un envoltorio negro, de un tejido parecido al empleado en aquellos sacos antiguos que contenían el azúcar o los garbanzos a granel, cuando se vendían al peso en la tiendas, pero de un tamaño mayor. Uno de los extremos estaba atado con una cuerda y, a pesar del tiempo que pudiera llevar allí, su estado de conservación no era malo.

Elías se acercó al extremo y sin decir absolutamente nada, procedió a desatar el nudo que lo mantenía cerrado. Lo abrió y comprobó que debajo había otro envoltorio como el anterior, otra bolsa de ese tejido, por lo que con la ayuda de Brillamor, que tiraba del otro extremo, mientras él sujetaba la bolsa de abajo, consiguieron sacar la primera capa. Ahora el nudo estaba en la otra parte, así que Elías se fue allí y volvió a hacer la misma operación, quitó el nudo y aparecieron algunos objetos.

El dueño sacó un cofre de madera de unos cuarenta por veinte centímetros y otros 20 de alto, que dejó a un lado. Después extrajo varios libros y lo que parecían cuadernos de notas, que con sumo cuidado fue entregando a Sara. También sacó unos legajos de documentos sueltos que tomó en su poder Enrique. Varios objetos de decoración de metal como candelabros, pequeños atriles y piezas

labradas en planchas de metal. Por último, ya al final de la bolsa, había otro cofre, un poco más pequeño que el anterior, pero igualmente de madera, con el que realizó la misma operación que el anterior, lo sacó y lo puso a su lado.

– Bueno, ¿qué hacemos con esto? –dijo Elías.

– No sé, –contestó el policía– lo que ustedes digan.

– Yo pienso que éste no es el lugar adecuado para examinarlo, –dijo Sara– creo que deberíamos volverlo a guardar, separando, claro está, lo que pueda sufrir daño en su traslado, y llevarlo todo a un lugar más tranquilo y reservado donde podamos verlo y estudiarlo tranquilamente. Aquí no se está cómodo por la ausencia de medios y por la inseguridad que te da que pueda presentarse en cualquier momento alguna persona, como puede ser un vecino, el dueño, o incluso lo más probable, alguien de la inmobiliaria.

– Sí, es lo más acertado, creo que todos estamos de acuerdo –dijo Elías–. Si queréis podemos llevarlo a mi casa, y allí, a puerta cerrada y sobre la mesa, vamos viendo todas las cosas.

– Es lo mejor, yo puedo sacar todas las herramientas del bolso en el que las he traído y ahí se pueden llevar las piezas sueltas. Los libros y el resto de los documentos los lleváis vosotros, –dijo señalando a Sara y Enrique– y en la propia bolsa donde estaban escondidos, contando con que no se rompa por el tiempo que tiene. Yo puedo llevar los dos cofres, ¿os parece?

– Es una buena idea, –señalo Elías– así que, si no hay ninguna opinión en contra, pongamos manos a la obra.

Brillamor sacó el resto de las herramientas que quedaban en el bolso y colocó dentro, con mucho cuidado, las piezas de metal. Lo entregó a Elías, y seguidamente volvió a meter los dos cofres en las

bolsas de tela en las que estaban. Una vez todo asignado, se pusieron en marcha, Elías cerró la puerta y se dirigieron calle abajo en dirección a su casa.

Cada uno dejó su parte del legado en un lugar. El matrimonio colocó los documentos sobre la mesa, Brillamor dejó en el suelo, a un lado, los cofres y Elías puso la bolsa junto a la pared, un poco alejada de ellos para evitar tropezar y que sufriera algún daño.

– Podemos empezar por los cofres, –dijo Elías– pienso que también coincidimos en que es lo que tenemos más interés en conocer, el resto ya lo hemos visto y los documentos necesitarán un estudio más minucioso.

– Será lo mejor –dijo Sara retirando los documentos de la mesa y llevándolos a una silla, junto a la bolsa que había traído el dueño.

Brillamor abrió las bolsas y sacó uno de los cofres, el más grande, para dejarlo sobre la mesa. Tenía una pequeña cerradura, pero la llave estaba puesta en ella. El dueño la giró y tiró de la tapa hacia arriba. En su interior había una bolsa de tela que sacó mientras, el policía, retiraba el cofre, la abrió y volcó su contenido sobre la mesa.

Allí, extendidos sobre la mesa, quedaron depositados, ante la mirada de asombro de todos, anillos, pulseras, pendientes, gargantillas, brazaletes y toda clase de adornos de oro y plata. Era un auténtico tesoro, parecía como si estuvieran viviendo una película. A pesar de que tenían la ilusión de encontrar algo parecido, nadie podía creer lo que estaban viendo.

– Bueno, al final, además de conseguir documentación sobre su familia, obtiene usted una recompensa material por su fe, su voluntad y su inversión –dijo el policía.

Elías, que estaba observando, tocando las piezas y mirando las piedras incrustadas en algunas de ellas, asintió con la cabeza.

– Efectivamente, aunque, como ya les he dicho en otras ocasiones esto no sea lo más importante para mí, sí que supone una satisfacción económica. Será de una gran ayuda para poder restaurar esa casa, porque ahora sí que tengo decidido que definitivamente me quedaré con ella e intentaré que se parezca a la que un día fue el hogar de personas de mi familia o muy cercanas a ella.

– Algunas son muy bonitas –dijo Sara teniendo entre sus manos algunas piezas–. Se notan que son piezas de artesanía antiguas.

Enrique, como siempre, se mantenía un poco al margen. Observaba a su mujer, a la vez que disfrutaba del éxito que habían obtenido, pero también cogió alguna de las joyas en sus manos para sentir la realidad de lo encontrado.

– Podemos recoger esto y ver lo que hay en el otro –dijo Elías.

Entre Sara y Elías volvieron a meterlo todo en la bolsa y luego en el cofre, mientras Brillamor lo sustituía por el otro.

Era un poco más pequeño, pero similar al anterior. También tenía cerradura y la llave puesta. De nuevo el dueño la giró y abrió la tapa.

En su interior aparecieron pequeños cuadernos de notas y debajo nuevos documentos manuscritos muy bien conservados. Conforme fueron sacando los cuadernos de notas, Sara abrió algunos y aparecían anotaciones con nombres de personas, objetos, y un importe, todo en la misma línea. Estaba claro que eran las anotaciones de alguien que había valorado los objetos y señalaba el nombre de la persona a la que quizás habría pertenecido y por el que se había pagado su valor en metálico.

De todas formas, en este primer examen, sólo se dedicaron a ver por encima de qué se trataba, ya habría tiempo de estudiarlo más detenidamente. Había mucha información y era importante tratarla muy despacio.

Una vez lo hubieron visto todo, lo volvieron a guardar y, con la alegría de la recompensa por todo el esfuerzo que habían hecho, se felicitaron por su trabajo ahora que ya se veían en el final. Esta vez fue Enrique quien habló ante el asombro de sus colegas.

– Ahora sí que ya no queda nada más. A pesar de todo lo ocurrido, de todo lo que hemos pasado, creo que tenemos la satisfacción en nuestro interior de haber culminado con éxito lo que nos habíamos propuesto, hemos ayudado a Elías a conseguir descifrar parte de su historia y a obtener el legado que han dejado sus antepasados. Debemos felicitarlos todos por lo que hemos conseguido.

– Ésta es la palabra, felicidades, felicidades a todos, hemos conseguido algo importante, ustedes han hecho posible esto. Dentro de esas felicitaciones tengo que incluir la palabra gracias, gracias a esta

pareja formidable por habernos puesto en el camino correcto, gracias por haber creído en esta idea y gracias por haber gozado de su compañía. Y cómo no, gracias a usted también por su trabajo y sus ideas, por habernos dedicado su tiempo y por estar siempre disponible, a pesar de su trabajo.

– Bueno, –dijo Brillamor– las palabras no son mi fuerte, pero también quiero agradecerlos el haberme permitido compartir con vosotros esta especie de aventura y, sobre todo, por vuestra compañía.

– Yo no voy a añadir nada más a lo que habéis dicho –dijo Sara. Estoy de acuerdo en todo y, además, sólo puedo sentirme feliz por tener vuestra amistad. Ahora creo que debemos dejarlo en este punto, no verlo como una despedida, sino considerar que éste es sólo el principio de nuestra amistad. Aún queda mucho por ver con tanto documento, que, si nuestro amigo Elías nos lo permite, vamos a seguir estudiando.

– Por supuesto, todo está a vuestra disposición. Cuando queráis podéis cogerlos y utilizarlos, el tiempo que necesitéis, pero como ahora ya es un poco tarde, podemos dejarlo aquí y descansar de un día con tanta novedad.

– Estupendo, es lo mejor –dijo Sara–. Ah, tenga mucho cuidado con todo eso, debería encontrarle un buen sitio para esconderlo mientras decide qué va a hacer con tanto objeto de valor.

– Ya lo he estado pensando y creo que tengo el lugar ideal hasta que lo decida. Esta noche desocuparé la bolsa, y lo llamo mañana, para que recoja las herramientas –dijo Elías al policía.

– Muy bien, hasta mañana entonces.

–Adiós.

Elías guardó las joyas en la bolsa en la que venían envueltas y las metió en el hueco de la alacena

donde encontraron el mapa. Colocó la losa encima y, un poco más tranquilo por haberlas ocultado, se puso a revisar documento por documento todos los que habían encontrado. Tenía necesidad de conocer lo que se decía en ellos antes que nadie, era el legado de su familia. También decidiría si podía entregarlos todos, para que los revisara Sara.

Estuvo hasta altas horas de la madrugada revisando los papeles. Cuando hubo terminado, los tenía clasificados y separados. Decidió que no había ninguna razón para ocultarlos a sus colegas. Ya en la cama repasó mentalmente lo que había visto y concluyó que los apartados estaban claramente delimitados.

Un primer grupo, el más numeroso, lo formaban los documentos que hablaban de la trasmisión de propiedades a Ysrael. En cada uno de ellos se detallaban los partícipes en el acto, que casi siempre eran su antepasado como comprador, el vendedor y un testigo. A continuación se hablaba del objeto de la trasmisión, con una buena descripción del mismo y por último se señalaba el precio pagado. Todos tenían prácticamente la misma estructura. Consideró importantes estos papeles porque justificaban legalmente la propiedad de los objetos encontrados.

Otro grupo de documentos eran escritos, tanto de Ysrael, como del portugués y sus herederos, en los que se hablaba de la familia. Todos los que habían puesto sus palabras allí, describían su vida, su trabajo, a qué se dedicaban sus familias, cuáles eran sus problemas, en fin, aquello era un verdadero legado familiar, que no tenía precio. Suponía un verdadero manual de su historia personal. Esa noche no pudo leer detenidamente cada uno de los documentos, pero se propuso organizarlo de acuerdo a las fechas y compendiarlo, para, en un único libro escrito por él mismo, describir todo lo acontecido a sus antepasados.

Encontró otro documento un poco especial, escrito por el propio Ysrael antes de su marcha, en el que se detallaba la donación de una gran parte de su fortuna en plata a la Iglesia, así como una de sus casas. De ello también encontró una copia firmada por las autoridades de la Iglesia, aceptando la donación. Junto a estos documentos aparecía un relato de uno de los descendientes del portugués, en

los que se decía que la fortuna en plata legada por Ysrael fue utilizada por la Iglesia para la construcción de un altar mayor íntegramente realizado de ese material.

Por último había dos cuadernos de notas un poco más pequeños, que también fueron revisados someramente. En ellos se describían cantidad de objetos de menor valor, posiblemente procedentes de empeños, pues en ellos siempre se repetía la misma estructura, descripción simple del objeto, nombre e importe.

Eso era todo, no creía haber pasado nada por alto. No obstante, sabía que Sara le pediría al día siguiente que la dejara verlos, ella entendía mucho más de estas cosas y era más minuciosa en su estudio, por eso estaba seguro de que si había pasado por alto alguna cosa, ella la vería.

Sara se extrañó cuando vio que su marido no estaba en su cama reposando como todos los días.

Miró hacia el otro lado y vio que la cortina se movía un poco con el aire y supuso que Enrique estaría en la terraza. No lo dudó y, a pesar de que no le gustaba esa forma de empezar el día, se levantó y descorrió las cortinas.

Con el movimiento de las telas él giró la cabeza y la vio.

Estaba sentado, abstraído en su mundo, en sus pensamientos, contemplando el paisaje. Sin embargo su cara no era la de una persona relajada, sus ojeras eran la muestra de una mala noche. Ella no estaba acostumbrada a verlo así. Salió fuera donde sólo se respiraba paz. El graznido de fondo de las grajillas, hablaban de la soledad del mundo y de la soledad de ellos.

– Buenos días.

– Hola Sara, buenos días.

Ella se sentó al otro lado del pequeño velador contemplando también la bella estampa de aquel infierno montañoso al fondo.

– Hoy te has levantado muy temprano.

– Sí, he dormido muy inquieto, incómodo, tal vez cené demasiado anoche.

– Quizás, pero sobre todo es que hemos vivido muchas emociones estos días.

– También puede ser eso. Ahora, ya más relajado, habrá terminado por salir la tensión y eso posiblemente me ha impedido dormir bien.

– Yo tampoco he estado tranquila.

– Ya te veo, llevas varios días con ojeras y muy nerviosa, no te veo bien físicamente.

– No lo estoy, no estoy bien ni física ni psíquicamente.

– ¿Por qué no estás bien Sara?, ¿pasa algo?

– No, nada especial, sólo será una de esas rachas que pasamos las personas de vez en cuando.

– ¿Pero hay alguna razón especial para ello?

Sara dudo unas décimas de segundo antes de responder, las suficientes para que Enrique saliera al paso. Él quiso evitar cualquier desastre irreparable, intuyendo que la sinceridad en la respuesta de su mujer, pudiera romper sus lazos después de tantos años juntos. Creyó intuir que ella estallaría definitivamente en ese instante y él ya no quería saber más, sólo le interesaba el presente. Lo ocurrido ya no tenía sentido revivirlo y por ello cortó, la más que probable, respuesta de su mujer.

– Bueno, no quiero decir que tenga que haber alguna razón especial, sino que tal vez te haya sentado mal algo que hayas comido –continuó él.

Sara volvió a demorar su contestación, esta vez con la clara duda de si decir o no la verdad de su desazón. Había dado miles de vueltas de noche y de día para saber qué decisión tomar. Había llegado a conclusiones totalmente diferentes. Unas veces decidía contar todo lo ocurrido a su marido, pues esa sería la única manera de descargar su conciencia, de dejar claro que a veces las cosas ocurren y no tienen una razón especial para que pasen, simplemente llegan. Otras veces la conclusión era totalmente opuesta y decidía que no contaría jamás nada a nadie sobre lo ocurrido, no había necesidad, ¿por qué razón tendría que hacer pasar un mal rato a nadie, por algo tan bonito?, nunca, nadie, entendería nada de esa historia y sólo produciría daño en las personas que la querían.

Ahora había tenido la oportunidad y, ante la sinceridad de su marido, en un segundo, había decidido abrirle su corazón pues sabía que la comprendería. Le debía lealtad, y no había cumplido, por eso su deber era ponerse en sus manos, la decisión ya no estaba en ella, sino en Enrique; sin embargo, cuando iba a iniciar su alegato, él la había interrumpido, y nuevamente había creado la duda, aunque esta vez era mucho más profunda.

Sara había visto en los ojos de su marido, por un sólo instante, todo lo que ella quería contarle. Enrique lo sabía todo, se conocían tan bien que era inútil hablar nada y por eso le había ofrecido una buena salida, evitando así el mal trago que les hubiera tocado vivir.

– Quizás haya sido eso.

– Si quieres podemos ir al centro de salud para que te den algún remedio. Algo tendrán para estos casos –dijo Enrique.

– Seguro, pero no creo que sea necesario, ya se pasará solo.

- Como quieras, uno es su mejor médico, si tú crees que se pasará, es que será así.
- Bueno, yo no tengo ninguna seguridad, no lo sé, esto es totalmente nuevo para mí y no sé cómo va a salir al final.
- Pues bien mujer, ¿cómo va a salir?
- No sé, porque a veces pienso que también pudiera ser algo psíquico, como te he dicho antes, y eso me preocupa mucho más.
- Eso es verdad, pero eres tú la que mejor te conoces y por ello deberías decidir qué vas a hacer.
- El caso es que no puedo decidir, en este momento no puedo, no tengo fuerzas. No sé qué hacer, estoy totalmente abatida y no tengo nada a qué agarrarme, en este caso ni siquiera te puedo tener a ti.
- Lo sé, yo no puedo ayudarte, no sabría qué decirte... solo pienso en los profesionales. Quizás algún psicólogo pudiera echarte una mano.
- Puede ser, pero tampoco me apetece ahora hablar con nadie de mis temas personales y eso será lo primero por lo que se interese esa persona.
- Pero algo tendrás que hacer, ¿no crees? Tú nunca has dejado las cosas estar, siempre has hecho frente a todas las situaciones y has tenido soluciones para todo. Jamás te he visto dudar sobre un problema, simplemente lo has estudiado y, sobre las diferentes opciones, has decidido.
- Esta vez es diferente, Enrique. No puedo decidir, no soy capaz de decidir, no quiero decidir, no me siento con fuerzas y lo peor de todo es que cualquier decisión será mala. No estoy totalmente segura de nada.
- Pero supongo que alguna solución tendrá, ¿no crees?
- No lo sé, te aseguro que no lo sé.

Enrique sacaba fuerzas de flaqueza intentando que su mujer no se hundiera del todo. Él no se encontraba mejor que ella, pero no podía dejar que se le notara. Tenía que mantenerse frío, calculador como siempre, tenía que aparentar que no estaba afectado, que sus sentimientos no existían. Él no tenía sentimientos, por tanto no se podían ver por ninguna parte.

– Pues yo creo que al final darás con la tecla, ahora estás un poco angustiada por un problema que desconoces y esa situación te sobrepasa, deberías descansar y tomarte esto como una reflexión profunda, aprovechando las vacaciones. Verás cómo al final sales, estoy seguro.

– Si tú lo dices...

– Claro mujer, ya verás. Ahora por lo pronto vamos a llamar a Elías para ir a verlo. Seguiremos hasta el final, aunque ya nos queda poco, verás cómo te entusiasmas con la documentación que hemos encontrado y ves las cosas de otra forma.

– Tal vez, pero deberíamos ir pensando ya en marcharnos a Madrid, quizás con el cambio de aires y el regreso a casa, mejore un poco.

– Ves, al final encontrarás soluciones, créeme.

– Tú siempre llevas razón, así que otra vez voy a confiar en ti y estoy segura de que saldré adelante.

– Hecho.

Sara agradecía infinitamente la comprensión de su marido. Aunque él pudiera conocer la situación, pensaba que no la estaba viviendo como ella, que era ajeno a un trauma tan severo. Él era inteligente y liberal, y le habría costado, pero seguro que ya lo tenía casi asumido. El problema estaba en ella, no sabía lo que quería, psíquicamente seguía anclada a aquella noche y era incapaz de soltarse. Sólo pensar en Juan Ramón le hacía perder el sentido, físicamente aparecían en ella una especie de

neblina mental, que no la dejaban pensar.

No obstante, eso sí lo tenía totalmente decidido, volvería a casa con Enrique. Había pensado que iba a pasar el resto de su vida acordándose de ese posible error, sin embargo no podía traicionarse a sí misma.

De camino a la casa de Elías, la conversión parecía mucho más fluida, en el fondo estaba esa llama que los quemaba, pero iba apareciendo una comprensión exterior que les hacía sentirse un poco más cómodos. Se querían y estaban a gusto juntos, cada uno tenía sus cosas, pero eran muchos años y se conocían perfectamente, o al menos eso pensaban los dos.

Decidieron dar un vistazo rápido a los papeles por si encontraban algo interesante, pero si al final sólo se trataba de documentos de carácter personal y con la misma relevancia que los que ya tenía Elías, no merecería la pena continuar investigando. Estaban totalmente de acuerdo, los revisarían esa mañana y si no había algo digno de atención, al día siguiente se marcharían a Madrid. Estaba decidido, ya habían hecho todo lo que estaba en sus manos y había llegado el momento de regresar a su hogar.

El dueño estaba dentro, abrieron la puerta y lo llamaron por su nombre.

– ¡Elías!, ¿hay alguien en casa?

– Hola. Estoy aquí dentro, pasen.

Se saludaron y los invitó a sentarse. Les explicó que la noche anterior había revisado por encima toda la documentación que habían encontrado y les detalló someramente de qué se trataba.

Ellos mostraron interés por todo lo que les iba contando, les parecía muy atractivo, interesante, y por eso le pidieron verlo.

Elías se lo trajo todo y se volvió a sentar junto a ellos. Sentados alrededor de la mesa, pasaron bastante tiempo ojeándolo. Sara estaba muy alegre y distraída, rebosaba satisfacción, como cuando vio los primeros documentos que le trajo su amigo, sólo que esta vez ellos habían contribuido a su hallazgo.

Cuando llegó al que relataba la donación a la iglesia, lo comentaron. Enrique rápidamente señaló que el motivo de esa donación bien pudiera haber sido el acallar que con su partida, y debido a su condición de prestamista, alguien pudiera pensar que dejaba algo escondido, o en manos de algún amigo, como al final sucedió. Enrique planteaba que de esa forma, con una donación pública de los bienes, todos pensarían que aquello que no había logrado vender antes de marcharse, lo había dejado a su amigo para que éste lo entregara a la iglesia y pudiera vivir en paz junto a la comunidad cristiana de España.

Elías les ofreció la posibilidad de llevarse los documentos para estudiarlos más detenidamente en el hotel, pero Sara, pidiendo con su mirada la complicidad de su marido, le dijo que habían decidido marcharse al día siguiente; sin embargo le comentó que en los próximos años, que por supuesto vendrían a veranear a la ciudad, dedicaría parte de su tiempo a estudiarlos.

Sara le dijo, de pasada, que había visto al final de uno de los cuadernos de empeños, un detalle un tanto extraño y que tenía mucho interés en estudiarlo más a fondo.

– ¿En uno de los pequeños? –preguntó Elías.

– Sí, el que tiene las portadas un poco más gastadas.

– ¿Qué detalle?, yo no he visto nada raro.

– Me refiero a un par de dibujos que hay en las últimas páginas, ya casi al final de todo, mire –dijo tomando el cuaderno y mostrándoselo al dueño.

– Déjemelo.

– Ve, en estas últimas páginas, cuando está todo en blanco porque parece que es lo último que hay escrito, aparecen estos dos dibujos.

Sara los señaló y allí se veían una llave y un puñal y debajo de ellos una anotación que decía: "ésta es la clave".

– Es curioso, no me había fijado, entre otras cosas porque no lo había revisado a fondo. Anoche estaba totalmente agotado, sólo lo había ojeado y no llegué al final.

– Entiendo que solamente se tratará de alguna anotación sin importancia.

– Supongo que sí, ahora estamos demasiado influenciados por todo lo que nos ha ocurrido, así que cualquier cosa nos parecerá motivo de investigación.

– De todas formas, lo que me ha llamado la atención no es el dibujo, sino que creo que estas dos figuras las he visto en otro sitio.

– Será por la misma razón Sara, –dijo Enrique– ahora todo nos recuerda a algo, todo parece misterioso.

– Será así.

– Bueno, es hora de marcharse, mi mujer y yo tenemos que preparar bastantes cosas todavía y no debemos entretenernos más.

– Esperen, tengo algo aquí para ustedes.

Sara y Enrique se miraron mientras Elías entraba a la habitación contigua. Al momento se presentó con una bolsa de plástico en la mano, la puso sobre la mesa y sacó dos envoltorios en papel de cocina. Despacio abrió uno de ellos y dentro aparecieron dos anillos y una cadena de oro gruesa. Uno de los anillos tenía una piedra bastante grande incrustada, parecía un rubí.

– Esto es para usted, –dijo entregándoselo a Enrique.

– No debo aceptarlo.

– Nada de eso, su ayuda y la de Sara ha sido mucho más valiosa para mí que todo lo que hemos encontrado, al contrario, pienso que es poco para lo que ustedes se merecen. Esto sólo tiene valor material, ustedes me han ofrecido amistad y colaboración, eso tiene mucho más valor que nada de lo que yo pueda darles. También pienso que a Ysrael le habría gustado que yo tuviera este detalle con ustedes.

– Esto es para usted –dijo ofreciéndole el otro envoltorio a Sara.

Ella lo abrió despacio y dentro había un anillo con una piedra bastante grande, varias pulseras, algunas de ellas con incrustaciones de piedras y una gargantilla de oro.

– No podemos aceptar todo esto. Con algún detalle por su parte sería suficiente.

– Está decidido, no pueden rechazar este regalo que les hago desde mi corazón.

El matrimonio cruzó una mirada admitiendo que sería imposible contrariar la voluntad de su amigo, por lo que con su expresión manifestaron su aceptación y seguidamente lo abrazaron.

Casi con lágrimas en los ojos se despidieron en la puerta de la casa, con la promesa de que pronto volverían a verse.

Cuando la pareja iba entrando al parador, escucharon la voz de Juan Ramón que llamaba a Enrique.

– Enrique.

– Buenos días Juan Ramón –contestaron a la vez.

– Acabo de hablar con Elías y me ha dicho que os marchabais ya.

– Sí, –contesto Enrique– ya no queda mucho por hacer aquí, así que hemos decidido irnos mañana. Ahora íbamos a llamarte para decírtelo.

– Elías me ha comentado que habéis revisado los documentos y no habéis encontrado nada de importancia.

– Está todo dentro de lo razonable, aunque le hemos dicho que se podría hacer un estudio un poco más profundo de todo, pero ya sería un proceso un poco más largo y la verdad es que tenemos ganas de volver, quizás en otra ocasión podríamos hacerlo.

– Bueno, entonces no queda más que despedirnos.

– Hemos pasado unos ratos muy agradables contigo y te agradecemos tu amistad –dijo Sara.

– Yo también lo he pasado bien con vosotros y es un placer contarme entre vuestros amigos –dijo Brillamor sin mirar a ninguno en particular.

Extendió la mano para saludar a Enrique y se acercó para dar dos besos a Sara mientras le cogía y apretaba el brazo con la mano.

Sara casi no pudo aguantar la emoción y sus ojos brillaron y le escocieron. No supo cómo lo consiguió pero lo hizo, evitó que las lágrimas salieran de sus ojos.

Con un “hasta pronto” se giraron y cada cual siguió su camino.

Brillamor continuó hacia la casa de Elías donde había quedado para que le entregara las herramientas. También el americano le tenía un regalo al policía, era una vez más la muestra de que se trataba de una persona agradecida con sus amigos.

A la mañana siguiente, después de pagar la cuenta en el hotel, recogieron sus maletas y pidieron el taxi que los llevaría a la estación.

La noche había sido larga, muy larga. Ambos habían disimulado, pero sumando el tiempo de los dos, el sueño efectivo seguro que no había llegado a las cuatro horas. Inquietos, nerviosos, sobresaltados, cuando lograban conciliar el sueño, las pesadillas los despertaban. Ninguno de los dos quería hablar de ello, pero a ambos se les notaba en el rostro la mala noche.

El tren salía a las once y ellos habían llegado a las diez y media a la estación. Mientras Enrique sacaba los billetes, ella se fue al andén y, con las maletas delante, se sentó en uno de los bancos a esperar.

¿Esperar qué?, no sabía qué estaba esperando, no sabía qué hacía allí. Todo le parecía extraño e irreal. A pesar de ser el paisaje más común del mundo, todo le resultaba diferente, alargado, frío. El día era espléndido y, a pesar de ello, todos los colores que veía eran grises, sin matices, apáticos. Era como si su vida no tuviera ningún sentido.

Enrique llegó y se sentó a su lado. Pasaron diez minutos que les parecieron diez años. No cruzaron ni media palabra. Ambos estaban cabizbajos, deshechos.

Un pellizco en el estómago hizo levantarse de pronto a Sara. Inició un paseo por el andén a la vez que las lágrimas asomaron y rodaron por su mejilla, esta vez no pudo contenerlas. Sacó de su bolso un pañuelo de papel y las secó con la excusa de limpiarse la nariz, no podía estar así ante su marido, tenía que aparentar normalidad, esto pasaría, en unos días estaría bien. Como buenamente pudo, continuó su paseo y se fue calmando para que a la vuelta, Enrique no notara nada. Era difícil, pero seguro que lo conseguiría, con su despiste y lo cansado que se le veía, seguro que no lo notaba.

Después de un par de vueltas para conseguir un poco de calma, volvió al banco y se sentó.

Fue ella, la que sacando fuerzas de donde no las había, quebró el estado de ausencia de Enrique.

– Parece que nos cuesta dejar esta ciudad, ¿verdad?

– Eso parece –contestó, con una mirada lejana, su marido.

– Bueno, ahora nos resulta más difícil, pero seguro que cuando lleguemos a Madrid veremos las cosas de otra manera.

– Quizás la rutina, el trabajo y toda la vorágine diaria nos hará estar ocupados y nos hará volver a la realidad.

– ¿A qué hora pasa el tren? –dijo Sara.

– A las once y siete minutos dice el horario.

– Bueno, ya son las once y cinco, estará al llegar.

– Sara, te tienes que quedar aquí.

– ¿Cómo dices?

– Que te vas a quedar aquí en Ronda.

– ¿Qué estás diciendo?, ¿te has vuelto loco?

– No, estoy más cuerdo que nunca. He reflexionado mucho sobre lo que te estoy diciendo. No puedes venirte conmigo.

– ¿Pero por qué?, ¿qué ha pasado para que me digas eso?

– No sé qué ha pasado. No lo sé, ni creo que me interese conocerlo, pero sí estoy seguro de que todo es diferente, todo ha cambiado, nuestra vida ha cambiado enormemente en unos días.

Nuestro matrimonio no era especial, no era diferente, pero funcionaba, como muchos de los que hay por ahí. Manteníamos nuestra independencia, pero teníamos muchas cosas en común y compartíamos muchos aspectos de nuestra vida, sin embargo eso ya no es así, ha cambiado.

Ni tú, ni yo, estamos cómodos el uno con el otro. Estamos apáticos, aburridos, indiferentes. No nos estorbamos, pero la relación no es fluida, parece como si de pronto el cariño que nos teníamos hubiera desaparecido.

– No digas eso, por favor, mi cariño por ti es el mismo ahora que hace un año, no ha variado lo más mínimo.

– Es verdad, en eso estoy de acuerdo, quizás esa expresión no haya sido la más adecuada, el cariño es el mismo, pero hay un matiz, dentro de ese sentimiento de cariño, que ya no es el mismo. Por decirlo de otra manera, ha aparecido otra línea de atención que no existía, que no conocíamos, y eso ha influido en nuestros sentimientos. A pesar de que sea el mismo cariño, las sensaciones no son las mismas.

Sara se quedó unos segundos sin saber qué decir, sabía que no tenía argumentos para rebatir lo que decía su marido, es más, él era lo suficientemente inteligente como para comprender cuándo

intentaban convencerlo de algo, en lo que ni siquiera creía su interlocutor.

– Posiblemente lleves razón, pero esto pasará. Sólo es una mala racha y no se pueden tomar decisiones tan drásticas en tan poco tiempo –dijo Sara.

– Quizás sólo sea una mala racha como tú dices, pero nunca sabrás si lo es o no, sin tomar esta decisión. Te lo digo con total determinación, debes quedarte, si no, te arrepentirás toda tu vida de no haber querido conocer lo que de verdad hay detrás de todo esto.

El tren silbó a unos doscientos metros de la estación y se lo vio venir por la curva. El pitido estremeció nuevamente a Sara, que en esos momentos sólo quería arrojararse a la vía. Estaba inmobilizada, no podía dar un sólo paso. Las lágrimas eran un río por su mejilla.

Enrique cogió su maleta y besó a Sara en la cara, giró en dirección al tren que estaba casi totalmente parado.

Sara permanecía junto al banco con la maleta en la mano y llorando con total desesperación.

Él subió, se volvió para decir adiós a su mujer y cuando el tren se puso en marcha tampoco sus lágrimas pudieron resistir más. Se dejó caer al suelo y, con la maleta abrazada, lloró desesperadamente como no lo había hecho nadie.

La miraba desde lejos, desde muy lejos. La miraba sin que se notara su presencia, como vigila un experto. Lo sabía hacer perfectamente, era su trabajo.

No quiso interrumpir nada, no tenía derecho, esperó, esperó, sólo tuvo que esperar.

Cuando ella cogió la maleta y entró de nuevo a la estación, él la estaba aguardando. La abrazó y la acompañó hasta su coche.

TEXTOS CONSULTADOS.

CARRIAZO Y ARRAQUIA J. de M.

Asiento de las cosas de Ronda. Conquista y Repartimiento de la ciudad por los Reyes Católicos.

JOAQUÍN GIL SANJUAN

Disidentes y Marginados de la Serranía de Ronda en el tránsito a los tiempos modernos.

JOSÉ MARIA ASENSIO.

Biografía de Baltasar del Alcázar.

AURORA MIRÓ.

Ronda Arquitectura y Urbanismo.

MACARIO FARIÑAS DE CORRAL.

Antigüedades de Ronda. Transcripción de Rafael Valentín López Flores y Sergio Ramírez González.

SEBASTIAN GARCIA GARRIDO.

El Diseño Heráldico como Lenguaje Visual. Heráldica nobiliaria de la Ciudad de Ronda.

J. VALENTÍN NUÑEZ RIVERA.

Criticón. Rodrigo Fernández de Ribera epigramático y Baltasar del Alcázar. Problemas de atribución.

MIGUEL ÁNGEL LADERO QUESADA.

En la España medieval. De nuevo sobre los judíos granadinos al tiempo de su expulsión.

MANUEL BARRIOS AGUILERA.

La población de Loja a raíz de su incorporación al Reino de Castilla. (Según padrón de 1491).

M. JOSÉ CANO y LOLA FERRÉ

Los judíos en Almería.

VIRGILIO MARTÍNEZ ENAMORADO (CSIC) y MANUEL BECERRA PARRAS (IERS).

Entorno al morabismo en la Serranía de Ronda.